



Never With Me

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

KAYLEE RYAN

KAYLEE RYAN

With Me

ESTE LIBRO LLEGA A TI
GRACIAS A



2
Simply Books

¡Descubre tu próxima aventura!

Never

KAYLEE RYAN

With Me

Créditos

TRADUCCIÓN

Mona

CORRECCIÓN

AnaVelaM

DISEÑO

Bruja_Luna_

Never

Índice

Créditos	3	Catorce	120
Sinopsis	5	Quince	128
Prólogo	6	Dieciséis	135
Uno	10	Diecisiete	143
Dos	17	Dieciocho	150
Tres	24	Diecinueve	159
Cuatro	34	Veinte	167
Cinco	42	Veintiuno	174
Seis	51	Veintidós	182
Siete	58	Veintitrés	190
Ocho	67	Veinticuatro	199
Nueve	76	Veinticinco	207
Diez	85	Epílogo	214
Once	94	Epílogo	216
Doce	104	Acerca de la autora	218
Trece	112		



Sinopsis

RAMSEY

Estoy fuera de mi elemento participando en una sesión de fotos de una cita a ciegas. No sólo se supone que debo actuar como si estuviera abierta a las citas, sino que debo ser sexy y acercarme a un completo desconocido.

Nada de lo anterior es propio de mí. Pero soy una tonta, y mi mejor amiga puede convencerme de cualquier cosa.

Deacon es el tipo de hombre con el que mi corazón podría estar seguro. Pero llevo mucho tiempo cuidando de mí misma, y no estoy segura de estar preparada para confiar en nadie más. Ni siquiera en el apuesto y exitoso hermano mayor de mi mejor amiga.

DEACON

Nunca la vi venir. Una cita con una bella desconocida, y estoy enganchado.

Técnicamente, Ramsey no es una extraña. Es la mejor amiga de mi hermana pequeña, la misma que me ofreció como voluntario porque afirma que "soy un adicto al trabajo que necesita desesperadamente el amor".

Todo lo que sé es que no puedo dejar de pensar en Ramsey y en la forma en que sus labios se sintieron contra los míos. Tengo que volver a verla. Menos mal que soy abogado, porque convencerla de que se arriesgue conmigo va a ser el caso más difícil que he alegado nunca. Le preocupa que el pasado se repita. Lo que aún no se ha dado cuenta es que su miedo es innecesario... nunca conmigo.

Prólogo

RAMSEY

Parpadeo con fuerza.
Una vez.
Dos veces.

Tres veces.

Me niego a dejar caer las lágrimas. Esta vez no.

Miro fijamente los moratones que rodean mi muñeca. Es fácil distinguir las huellas dactilares. Se las enseñaría a mi padre, pero sé que no importará. He tenido el mismo tipo de moratón varias veces. Además, acaba de decirme que debo casarme con el responsable de mis nuevas marcas.

A mi padre no le importa que el hombre me haga daño o que tenga una mujer diferente calentando su cama cada noche. Lo único que le importa es unir a nuestras familias. No le importa lo que yo quiera. Nunca lo ha hecho. Me he pasado la vida viviendo bajo su control.

No puedo soportarlo más.

Por primera vez en mi vida, voy a desafiarlo. Me asusta la repercusión de hacerlo, pero me asusta aún más pasar mi vida casada con un monstruo.

—No. —Mi voz es plana y sin ninguna emoción. Hace tiempo que aprendí que no se tolera ninguna otra cosa que no sea la obediencia. No le dejo ver que su exigencia me ha cortado en seco y que mi corazón se romperá para siempre con el hombre que debía amarme incondicionalmente. Protegerme.

—¿Qué acabas de decir? —La ira aumenta en su voz.

Lentamente, levanto la cabeza y miro a mi padre a los ojos. —He dicho que no.

Sus fosas nasales se agitan y, si fuera posible, le saldría humo por las orejas. En todos mis veinte años de vida, nunca había pronunciado la palabra *no* al hombre hasta ahora. La expresión de su rostro y la forma en que aprieta y afloja los puños me indican que no está en absoluto impresionado. No es que espere que lo esté.

With Me

Toda mi vida, él ha dictado todos mis movimientos. Lo que me pongo, de quién soy amiga y con quién salgo. Actualmente, es Robert Barrington, el tercero, mi actual novio, e hijo del socio de mi padre. Salimos desde el instituto, si quieres llamarlo así. Robert hace lo que quiere y me tiene cerca para cuando necesita montar un espectáculo. Soy consciente de que me ha engañado muchas veces. De hecho, es algo cotidiano. No me molesta. De hecho, es un alivio que lo encuentre en otra parte.

—Harás lo que yo te diga —escupe mi padre.

—No. —Estoy tranquila por fuera, pero mi interior tiembla. La rabia aparece en sus ojos, en su voz, y me asusta. Ambos lo hacen. Miro por el rabillo del ojo y veo a mi madre sentada en el sillón sorbiendo su vino. No he tenido que verla tomarlos para saber que también ha tomado ansiolíticos que seguro que ha regado con dicho vino.

Mi madre es débil. Se inclina ante mi padre como la buena esposa trofeo que es, y eso me pone enferma. Le he rogado más veces de las que puedo contar que lo deje. Podemos huir juntas y vivir una vida feliz, pero ella se niega. Dice que lo ama y que no es nada sin él. Él le ha lavado el cerebro y eso me rompe el corazón, pero en este momento de mi vida, tengo que aprender a defenderme. Me niego a convertirme en otra versión de mi madre.

Giro la cabeza cuando abre la boca, pensando que va a defenderme, pero en lugar de eso, la cierra rápidamente mientras se levanta y sale de la habitación, haciendo la vista gorda como siempre. La veo salir, lo cual es un error. Por eso no lo veo venir.

La palma abierta de mi padre se posa con un fuerte golpe en mi mejilla.

El dolor estalla en mi cara. Está soltando sus odiosas palabras y amenazas, y me cuesta todo lo que hay en mí permanecer de pie. Para no dejarle ver cómo me está destrozando. Después de unos instantes vuelvo al presente, y él sigue escupiendo odio.

—Te casarás con Robert, y eso es definitivo.

—No.

Se burla. —Hazlo o estás muerta para mí. —Sus ojos grises me miran fijamente con nada más que odio.

Espero que el dolor aumente, como un cuchillo enterrado en mi pecho, pero nunca llega. Soy inmune a sus amenazas de cortarme. ¿Y sus palabras sobre estar muerta para él? Las he escuchado desde que era pequeña. Es manipulador y frío, y cada día pierdo un trozo de mí misma viviendo bajo su control.

Ya he tenido suficiente. Prefiero estar muerta para él que seguir viviendo así. —No me casaré con él.

Never

With Me

—Vete. —Su voz es baja y dominante—. No te lleves nada. ¿Me entiendes, Ramsey? Estás muerta para mí. Vete. —Se da la vuelta y se dirige a la pequeña barra y se sirve tres dedos de whisky.

No me molesto en rogarle o suplicarle. En cambio, me doy la vuelta y salgo de la habitación. Sé que me dijo que no me llevara nada, pero de momento me llevo el móvil. Salgo y voy a llamar a alguien para que me recoja, y me doy cuenta de que no tengo a nadie a quien llamar. Todos mis amigos están vinculados a mi padre de alguna manera, y eso me hace sentir más sola de lo que jamás hubiera imaginado.

Recorriendo mis contactos, buscando a alguien, a cualquiera con quien pueda contactar, me detengo cuando veo el nombre de mi tía Carol. Sin pensarlo, pulso Llamar y, al segundo timbre, su voz llena mis oídos.

—Ramsey, qué agradable sorpresa.

—Tía Carol —gruño. La emoción de lo que me obligan a hacer me golpea con fuerza.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Tu mamá? —La preocupación se extiende por su voz.

—Estoy bien. Sólo necesito un lugar al cual ir. —La vergüenza me invade. No llamo a mi tía lo suficiente, y aquí estoy en problemas y apoyándome en ella.

—Ven a mí. Ven a Willow River. —No hay un ápice de duda en su voz.

—No tengo coche.

—¿Dónde estás?

—En casa de mis padres.

—¿Tienes dinero para un taxi?

—Sí.

—Ve al aeropuerto. Allí habrá un boleto esperándote. Te enviaré la información por correo electrónico.

—Gracias, tía Carol.

—¿Estás a salvo, Ramsey? —pregunta.

—Estoy a salvo —respondo, mirando los moratones de mi muñeca. El latido de mi cabeza se intensifica, al igual que el dolor de mi mejilla. Llevo mis dedos a tocar suavemente la piel que se siente caliente al tacto. Unas lágrimas calientes me queman los ojos, pero las disimulo. Tengo que ir al aeropuerto.

—Gracias a Dios. Podemos hablar del resto cuando llegues.

—Lo siento... no sabía a quién más llamar.

With Me

—Me alegro de que me hayas llamado, dulce niña. Sea lo que sea, todo va a estar bien.

Un sollozo se desprende de mi pecho. ¿Por qué no pude ser su hija? Nací de la hermana equivocada.

—Llama a un taxi, cariño. Ve al aeropuerto. Estaré allí esperándote cuando aterrices.

—Gracias.

—No me des las gracias, Ramsey. Para eso está la familia.

Consigo pronunciar un adiós antes de terminar la llamada para pedir un taxi. Comienzo a caminar, necesitando estar lo más lejos posible de la finca de mis padres. Hoy comienza un nuevo capítulo de mi vida. Voy a vivirlo a mi manera.

Never

With Me

Uno

RAMSEY

Dos años después

—**D** deja de moverte —me regaña mi mejor amiga, Palmer—. Ya casi he terminado.

—No puedo creer que me haya dejado convencer de esto —refunfuño.

—Porque va a ser divertido. Ya lo verás.

—¿Diversión? Palmer, estoy a punto de salir de esta habitación y tener una sesión de fotos a ciegas. Eso no suena como un momento de diversión. —La idea de entrar ahí y posar con un hombre que no conozco me revuelve el estómago. Digamos que mi pasado me ha dejado un poco hastiada con el sexo opuesto.

—Confía en mí. Te tengo. —Tengo los ojos cerrados, pero no necesito mirar a mi mejor amiga para oír la sinceridad en su voz.

—Eso es lo que me preocupa. —No me molesto en ocultar mi sonrisa—. Pero de verdad, Palmer, sabes que me pongo súper nerviosa con los hombres —digo suavemente.

—Hey. —Deja caer la mano con la que me aplicaba el rímel y espera a que la mire—. Lo sé. Sé de tu pasado y te prometo que lo conozco. Es uno de los buenos. Nunca te haría daño.

—Yo no salgo con nadie —le recuerdo.

—Lo sé, y sabes que te he estado rogando que vuelvas a salir. No dejes que las manos de un hombre, o en tu caso, de dos hombres, te impidan el toque amoroso de otro. —Su voz es suave—. Además, tengo un buen presentimiento sobre esto.

Ignoro su comentario de “buen onda”. —Son todos iguales. —Sé que tiene buenas intenciones. También sé que se trata de una gran campaña de marketing para ella y su nuevo negocio de fotografía, pero estoy muy nerviosa por salir ahí y tener que enfrentarme a un hombre que no conozco y pasar tiempo con él. La única razón por la que acepté es porque Palmer estará allí todo el tiempo haciendo fotos.

Never

—No es cierto, y lo sabes. —Me señala con el dedo índice.

—Bien. Lo sé, pero es que... estoy mejor por mi cuenta. He trabajado duro para llegar a donde estoy los últimos dos años. Estoy bien con donde estoy en la vida.

—¿No te sientes sola? —pregunta.

—Te tengo a ti y a los chicos —digo, refiriéndome a mis primos. Mi tía Carol es madre de nueve niños revoltosos. *Nueve*. Una locura, ¿verdad? Me abrieron los brazos al igual que la tía Carol y el tío Raymond. Son más bien mis nueve hermanos en lugar de mis nueve primos. Todos son protectores conmigo, incluso los tres que son más jóvenes. Demonios, puede que sean más jóvenes, pero todos son más altos que yo, y todos están contruidos. No estoy segura de lo que la tía Carol les dio de comer mientras crecían, pero maldita sea. Sí, son mi familia, pero puedo admitir que son todos magníficos.

—Vamos, Ramsey. Ya sabes lo que quiero decir.

—No me permito sentirme sola. Tengo demasiados trabajos. Si permito que la soledad se cuele, eso me da tiempo para pensar, y no quiero volver allí, Palmer. Soy mi propia persona y vivo en mis términos. Viniendo de mi entorno, no hay nada más liberador.

—Te quiero, Ramsey. —Se inclina y me da un abrazo—. Eres tan fuerte. Te prometo que hoy va a ser divertido, sólo una sesión de fotos. Estaré allí contigo todo el tiempo, y te juro que es un buen tipo. Nunca te pediría que hicieras esto de otra manera.

—Confío en ti. —Confío en Palmer. Ella y yo nos hicimos rápidamente amigas trabajando en la empresa de catering, At Your Service. Ese fue mi primer trabajo después de mudarme a Willow River. Yo era reservada y trataba de mantener la cabeza baja, pero Palmer no lo permitió. Me sacó de mi caparazón y, tras una noche de copas en su casa, le conté mi pasado. Ella ha estado a mi lado desde ese momento. No sabía que era posible tener una amiga como ella. Alguien en quien apoyarse cuando llegan los días difíciles, y alguien con quien celebrar cuando los días difíciles se esconden. Así que, sí, confío en Palmer. Esa es la única razón por la que estoy aquí.

—Bien. —Da un paso atrás y sonríe—. Va a perder la cabeza. —Sonríe.

—¿Puedes darme una pista? —pregunto, mi ansiedad vuelve a asomar su fea cabeza.

—No. No puedo darte una pista. Eso arruinaría todo el sentido de la sesión de fotos de la cita a ciegas. —Ella resopla.

—Bien. ¿Podemos terminar con esto?

—Eso podemos hacerlo. —Busca en su bolso y saca una venda negra—. Esto es para ti. Él también va a llevar una.

—¿Pasaste todo ese tiempo en mi cabello y maquillaje, y ahora me haces llevar una venda en los ojos?

—Sí. —Sonríe.

—Me lo debes, Palmer.

—Vamos. Vamos a llegar tarde.

—¿Se reunirá con nosotros en el parque? —confirmo.

—Sí. Cuando lleguemos, te quedarás en el coche. Le dije dónde encontrarnos. Prepararé mi equipo y me aseguraré de que esté en posición con los ojos vendados, y luego te llevaré hasta él.

—¿Sabe algo de mí? —pregunto, aunque ya sé la respuesta a la pregunta. Es una cita a ciegas, lo que significa que ninguno de los dos sabe nada del otro.

—No. —Palmer se muestra.

—Me alegro de que disfrutes torturándome.

—Es curioso, él dijo lo mismo.

—Eso es sorprendentemente tranquilizador —admito.

—Tuve que rogarle aún más de lo que tuve que rogarte a ti. Es un adicto al trabajo que nunca se toma tiempo para sí mismo.

Me devano los sesos tratando de recordar cualquier conversación que haya tenido con ella sobre amigos varones adictos al trabajo, y no encuentro nada. —No hay nada malo en centrarse en tu carrera. Parece que este tipo y yo podríamos tener algo en común después de todo.

—Tienes tres trabajos. Tienes veintidós años y trabajas toda tu vida.

—Estoy ahorrando para mi futuro. Me niego a fracasar como ellos dijeron que lo haría. —Ellos, son mi padre y mi ex.

—Sé que lo eres, pero odio verte trabajar toda tu vida. No es saludable ser todo trabajo y nada de juego.

—Yo sólo... no quiero volver a eso. Me niego a volver a vivir de esa manera. No voy a depender de nadie. Soy la única que me va a apoyar y cuidar.

—Eso no es cierto, Rams. Me tienes a mí y a tus tíos y a esa pandilla de preciosos primos Kincaid que tienes.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Lo hago. Te admiro por defenderte. Estoy muy orgullosa de ti por todo lo que has conseguido y por hacerlo todo por tu cuenta, pero también tienes que disfrutar de la vida. Te vas a quemar rápidamente. ¿Realmente sigues necesitando los tres trabajos?

—No —confieso—. Sin embargo, sólo hago sustituciones en el trabajo de limpieza cuando les falta personal o para cubrir las bajas. Y sólo hago dos días a la semana con la empresa de catering.

—¿Y el bar? —pregunta.

—Cinco turnos por semana.

—Ya veo. —Me mira antes de volver a mirar la carretera—. Trabajas demasiado. Sé que tienes unos buenos ahorros porque nunca vas a ninguna parte. Has vivido con tus tíos durante seis meses y has ahorrado hasta el último centavo.

—Sí, pero nunca quiero estar en una posición en la que no pueda pagar lo que necesito. Sé que es difícil de entender para ti, Palmer. Pero, cuando tienes dinero y estatus, y cosas materiales sobre tu cabeza. Cuando se abusa y se presiona, y se dicta cada movimiento, alejarse de eso es la libertad. La libertad, tuve que alejarme de mis padres para obtenerla. No me arrepiento de nada, y voy a asegurarme de que nunca lo haga. No los necesito, y quiero saber que no importa lo que la vida me depare, no necesito su dinero ni sus contactos para triunfar.

Se acerca y pone su mano sobre la mía que está apoyada en mi regazo. —Lo siento. Sólo quiero verte feliz.

—Soy feliz. Más feliz que nunca. —Le estoy diciendo la verdad. Desde que me mude a Willow River, la vida nunca ha sido mejor.

—Sigo pensando que necesitas a ese alguien especial para que la felicidad suba de nivel. —Mueve las cejas y me río.

—Hay dispositivos que funcionan con pilas y que sirven perfectamente para ese propósito. —Sé que existen, pero no tengo ninguno. La mayoría de los días, estoy demasiado agotada para ducharme antes de acostarme, y mucho menos para darme algún tipo de amor propio.

—No hay nada como lo real, amiga mía. —Se ríe mientras entra en el estacionamiento—. No te muevas. Voy a prepararme y asegurarme de que tu cita esté aquí y listo.

—Oh, tal vez no se presente. —Hago el gesto de cruzar los dedos índice y corazón de ambas manos, y ella pone los ojos en blanco.

—No te muevas. —Me señala con un dedo antes de salir del coche. Permanezco sentada mientras ella busca en el asiento trasero la bolsa de su cámara—. Vuelvo enseguida. Prepara tu venda. —Y cierra la puerta. La observo mientras camina detrás de una hilera de árboles.

He estado en Willow Park muchas veces en los últimos dos años. Está lleno de hermosos paisajes y bancos de parque. Hay un muro de ladrillos que es ideal para hacer fotos, y un montón de hermosos paisajes. Incluso hay un pequeño estanque con

un puente que lo cruza. Es casi algo sacado de un cuento de hadas. Sé que por eso Palmer eligió este lugar.

Sólo deseo que no me haya elegido a mí.

Un golpe en la ventana me saca de mis pensamientos. —¿Lista? —pregunta Palmer. Su sonrisa radiante me recuerda por qué acepté esta sesión de fotos a ciegas. Palmer es mi mejor amiga. Es mía, no una conocida de mis padres o porque tenga dinero o estatus. Es mi mejor amiga para mí, y haría cualquier cosa por ella, incluso si eso significa someterme a la incomodidad de una cita a ciegas.

No es sólo la parte de la cita a ciegas. No me va bien que me toquen hombres que no conozco y en los que no confío. Por eso trabajo detrás de la barra en la Taberna Willow. Me han ofrecido trabajar en el piso, pero me gusta la barrera que me proporciona el mostrador. Nunca más dejaré que un hombre me toque si no es mi elección. Esto me lleva a hoy. Busqué en Google sesiones de fotos de citas a ciegas, y son bastante íntimas. Parecen divertidas, pero eso es para alguien que es... normal. No una chica que fue tocada por las manos ásperas de su padre y su ex novio. No tienen el miedo que vive dentro de mí.

Gruño mientras empujo la puerta del coche. —Palmer, esto va a ser un desastre. —Me limpio las palmas sudorosas contra los muslos.

—No, no lo será. Confía en mí, Rams. Este tipo, es uno de los buenos. Nunca nos haría daño ni a ti ni a mí. Te prometo con todo lo que soy que lo conozco. No te pondría en esta situación con un hombre en el que no confiara.

Respiro profundamente. —De acuerdo.

—De acuerdo. —Ella sonríe—. Ponte la venda, mujer. —Mueve los hombros con emoción—. Estoy muy emocionada por esto. Muchas gracias.

—De nada. ¿Podemos terminar con esto?

—Qué impaciente —se burla mientras me ayuda a deslizar la venda sobre mis ojos. Enlaza su brazo con el mío—. No hay nada en nuestro camino. Vamos a dar pasos lentos y firmes. No está lejos —dice, guiándome hacia el punto de encuentro.

—¿Y si me odia? —Mis inseguridades son profundas. Claro, sé que a los chicos les gusta lo que ven, pero puedo oír a mi padre y a Robert en mi cabeza diciéndome que no soy nada sin ellos.

—¿Y si se enamora de ti? —pregunta ella, con una voz llena de asombro.

—Vamos, Palmer, ambos sabemos que eso no va a pasar. Soy la reina del hielo, ¿recuerdas? —Repito las palabras que Robert me dijo tantas veces que perdí la cuenta.

—Que se joda —dice Palmer, con la voz acalorada—. Eres hermosa, y créeme, este tipo, sería afortunado de tenerte.

—Estoy nerviosa. —Estoy segura de que ella puede sentir el temblor de mi brazo unido al suyo, pero expreso las palabras a pesar de todo.

Palmer coloca su mano en mi brazo que es. —Te tengo, Rams. Te prometo que esto va a ser divertido. Si en algún momento sientes que necesitas parar, lo haremos.

—Gracias. —Mi voz es suave, apenas un susurro, mientras lucho con mis emociones. Mi mejor amiga nunca sabrá lo agradecida que estoy con ella.

—Aquí estamos —dice Palmer—. Voy a colocarlos de forma que los dos estén cara a cara. Me alejaré y contaré hasta tres. A las tres, se quitan las vendas de los ojos.

—¿Puedes contar tan alto? —pregunta una voz grave, con humor. Me da escalofríos, pero no de miedo. Maldita sea, esa voz.

—Lo dejaré pasar, ya que me estás haciendo un favor —responde Palmer. Puedo oír el afecto que siente por el hombre en su voz, y eso ayuda a calmar aún más mis nervios.

—Bien, uno —empieza ella, pero el hombre vuelve a hablar.

—Espera. Entonces, nos quitamos las vendas, ¿y luego qué? —pregunta.

—¿De verdad? —Palmer suspira. Casi puedo oírla poner los ojos en blanco—. Se presentan y yo haré las fotos.

—¿Eso es todo? —pregunta.

—No, no es eso. Ya hemos hablado de esto. Te daré instrucciones para las posturas y posiciones, y puedes rodar con ellas. Se supone que esto es divertido.

—Diversión. Sí. —No parece convencido, y eso también ayuda a calmar mis nervios. Parece que Palmer usó sus encantos para convencerlo de hacer esto también. Probablemente esté enamorado de ella. Mi mejor amiga es muy guapa. Cabello largo y oscuro y ojos verdes como nunca antes había visto. Es extrovertida y amable, lo que significa que es hermosa por dentro y por fuera. Estoy segura de que todo lo que tenía que hacer era batir sus pestañas en él, y él se inclinaría a su voluntad. Diablos, no me gustan las mujeres, y el movimiento funcionó en mí. Lucho contra una sonrisa. Si Palmer es algo, definitivamente es persuasiva. Dice que es porque es la pequeña de la familia. Creo que es sólo ella.

—¿Alguna otra pregunta, señor asesino de la diversión? —se burla.

—Estoy bien —dice, y el afecto y el humor en su voz van aún más allá para apaciguar algunos de mis temores.

—Por fin. —El tono de Palmer es dramático, pero hay una jocosidad subyacente que es un rasgo constante de mi mejor amiga—. Ahora, ¿dónde estaba? Ah, sí. En el uno. Dos. —Hay una larga pausa dramática, y estoy a punto de decirle que continúe cuando dice: —Tres.

Me tiemblan las manos cuando alzo la mano y me quito la venda. Parpadeo un par de veces, dejando que mis ojos se adapten a la luz del sol, y entonces jadeo. El hombre que está ante mí es uno que he visto antes. No lo conozco, pero he visto fotos. Diablos, he estado en su casa. Me giro para mirar a Palmer, y ella está radiante.

—Ramsey, conoce a mi hermano mayor, Deacon. Deacon, este es mi mejor amiga, Ramsey.

Palmer me ha puesto en contacto con su hermano mayor. Deacon Setty es... el hombre más sexy que he visto nunca. Sus ojos dorados me absorben, y una sonrisa levanta sus labios. Respiro cuando sus pies lo acercan. Se detiene cuando nos separan unos treinta centímetros. —Ramsey —dice su voz ronca, tendiéndome la mano.

Trago con fuerza, tratando de encontrar mis palabras. —D-Deacon. —Coloco mi mano en la suya y me sorprendo cuando me lleva la mano a los labios y me besa los nudillos. Lo que es aún más sorprendente es que estoy demasiado hipnotizada por él como para preocuparme de que me esté tocando. Si eso no supone un problema, no sé qué puede serlo.

—¡Oh! —dice Palmer emocionada—. Y ni siquiera he tenido que entrenarte. Buen trabajo, hermano mayor —bromea.

Sus ojos sonrían, si es que eso existe. Si no lo es, lo es ahora. Al menos cuando se trata de Deacon Setty. —¿Cómo la soportas? —me pregunta, con un tono ligero.

Me encojo de hombros, sintiéndome fuera de lugar. —Te acostumbras a ella.

—Viví con ella durante años y aun así nunca me acostumbré a ella. —Su sonrisa es contagiosa.

—No debe ser tan mala. Ella te trajo aquí. —Inclino la cabeza hacia un lado.

—Es como un cachorro. Mordiéndote tus tobillos hasta que juegas con ella. —Se ríe, y el sonido me envuelve como una brisa fresca en un caluroso día de verano.

—Me quieres, y lo sabes —responde Palmer. No le molestan lo más mínimo los comentarios de su hermano.

—Sabes que sí, hermanita —responde. Mira a Palmer y puedo ver el amor que siente por ella. Mis hombros se relajan aún más y, de repente, todo este acuerdo no parece tan malo.

Dos

DEACON

Su nombre es Ramsey, y es un maldito golpe de gracia. He escuchado el nombre muchas veces en los últimos dos años, pero nunca había tenido la oportunidad de conocerla. Demonios, ella ha estado en mi casa para nadar con Palmer, pero nunca ha sido mientras yo estaba allí. Ahora, aquí está ante mí. Su largo cabello oscuro y sus grandes ojos azules me miran con tantas emociones diferentes. Ojalá la conociera lo suficiente como para leer exactamente lo que siente, lo que piensa.

Cuando Palmer me llamó la semana pasada para rogarme que hiciera esta sesión de fotos, me inventé todas las excusas del mundo para no hacerlo. Sin embargo, mi hermanita sabe cómo hacerme ceder, y aquí estoy. No tenía ni idea de lo que me esperaba, pero ni por asomo pensé que estaría delante de la mujer más hermosa que he visto nunca.

La mejor amiga de mi hermana.

Demasiado joven para mí.

Muy sexy.

—Es bueno ponerle una cara al nombre —digo, soltando su mano cuando me doy cuenta de que aún la estoy sosteniendo. Echo de menos el tacto de su suave piel al instante.

—Tú también. —Ella sonríe tímidamente, y mi polla se estremece.

—Entonces, ¿has hecho esto antes? —le pregunto. Ya sé la respuesta. Palmer me aseguró que la mujer con la que me iba a fotografiar era hermosa y estaba tan nerviosa como yo.

No es que esté nervioso. Es que tengo trabajo que hacer. Tengo treinta y dos años y estoy trabajando para llegar a ser socio en el bufete de abogados en el que estoy desde que aprobé la licenciatura. No tengo tiempo para citas a ciegas, especialmente las que son fotografiadas por mi hermana pequeña.

—No. Nunca. De hecho, intenté como el demonio salir de ella. —Se encoge de hombros.

Siento que se me levantan las comisuras de la boca. —Ya somos dos. Es implacable.

—Eso es. —Ramsey se ríe ligeramente, y el sonido me inunda—. Entonces, ¿cómo hacemos esto? —le pregunto.

—Bueno —mi hermana pequeña irrumpe en nuestra conversación—, piensa en ello como una sesión de fotos de compromiso.

Vuelvo la mirada hacia Ramsey. —¿Has estado comprometida alguna vez? —Es joven, como Palmer, así que dudo mucho que su respuesta sea afirmativa.

—No. ¿Tú?

—Nunca. —Nos giramos para mirar a Palmer. Señalo a Ramsey y luego a mí—. Nunca hemos estado comprometidos.

—Vamos. No es difícil. Trabajen conmigo, gente. —Palmer se ríe—. Sólo abraza, y sé juguetón, y piensa en cómo posarías si estuvieras comprometido.

—Sí, no ayuda —le digo.

—Ugh. Bien. Espera. —Con una mano aun sosteniendo su cámara, saca su móvil del bolsillo y toca la pantalla—. Esto. —Me pone la pantalla en la cara y la tomo.

Sostengo el teléfono para que Ramsey pueda ver también la pantalla. Ojeo las fotos que parecen divertidas y también íntimas. Ramsey se acerca y su aroma floral me envuelve como un abrazo.

Mientras hojeo las imágenes, siento que su cuerpo se pone rígido junto al mío. —¿Estás bien con esto? —le pregunto en voz baja. Seguramente Palmer no obligó a su mejor amiga a hacer esto.

—Sí, se lo prometí a Palmer.

Levanto la vista y veo a mi hermana de pie a unos metros de distancia, jugando con su cámara. —Puedes echarte atrás si quieres. No lo hagas si te sientes incómoda. —Vuelvo a centrar mi atención en Ramsey mientras ella exhala y se levanta un poco más, enderezando los hombros.

—Puedo hacerlo.

Parece que está tratando de convencerse a sí misma más que a mí. Algo en sus palabras, el cuadrar sus hombros y el tono de su voz me hace querer animarla y decirle que se vaya al mismo tiempo. Sé que Palmer puede ser mucho. También podría vender nieve a un esquimal. Mi hermana pequeña es muy convincente cuando quiere.

—Hey. —Espero a que me mire—. Si te sientes incómoda, podemos dejar esto ahora. Ella lo entenderá.

Ramsey me regala una leve sonrisa que me golpea justo en el centro del pecho. —Estoy bien, Deacon. Gracias. —Sus palabras son suaves, y la mirada en sus ojos me dice que está de acuerdo. Puede que esté nerviosa, pero no se va a retractar de la promesa que le hizo a mi hermana.

Asiento y le tiendo la mano. —Vamos a explorar. —Le doy lo que mi madre llama mi sonrisa encantadora y espero a que ponga su mano en la mía. Cuando por fin lo hace, le doy un suave apretón en la mano, esperando que le sirva de consuelo.

—Sí. Bien, esto es bueno —dice Palmer desde detrás de nosotros—. Sólo haz tuyo. Yo haré las fotos —nos dice.

Miro a Ramsey y pongo los ojos en blanco, lo que la hace reír. Sus ojos azules brillan bajo la luz del sol y mis labios vuelven a esbozar una sonrisa. —Entonces, ¿a qué te dedicas?

—Qué no hago. —Se ríe—. Tengo tres trabajos. Bueno, no tres trabajos a tiempo completo, pero tres trabajos al fin y al cabo —divaga. Es obvio que está nerviosa y, por alguna razón desconocida, eso me hace sentir protector con ella.

—Vaya. Tres. Eso es mucho. ¿Cómo te las arreglas para hacer malabares con los tres? —Nuestras manos están enlazadas y caminamos por el sendero pavimentado del parque. Está flanqueado por árboles, que proyectan sombras delante de nosotros y ofrecen algo de sombra del caluroso sol del verano de Georgia. Puedo oír el obturador de la cámara de Palmer detrás de nosotros, pero lo ignoro, prestando a Ramsey toda mi atención.

—Trabajo en la Taberna del Sauce cinco días a la semana. Mis turnos varían cuando me necesitan, pero suelo tener mi horario con varias semanas de antelación. También trabajo dos días a la semana para At Your Service Catering. Ese fue mi primer trabajo cuando me mudé a Willow River, y luego sólo hice de suplente en el servicio de limpieza Maid for You. Trabajé allí a tiempo parcial antes de empezar en la Taberna Willow.

—Maldita sea —murmuro—. ¿Alguna vez tienes tiempo para ti?. —Mi hermana resopla y yo me giro para mirarla por encima del hombro.

—Vamos, Deacon. —Palmer se ríe—. Olla —me señala—, te presento a Sartén. —Señala a Ramsey—. Los dos son adictos al trabajo. Todavía me sorprende que los haya traído aquí conmigo hoy.

—Tengo que trabajar más tarde. —Ramsey le saca la lengua a mi hermana. Tengo que recordarme a mí mismo que es demasiado joven para mí para que mi mente no divague hacia esa lengua, y las imágenes de lo que puede hacer con ella invaden mi mente.

—¿La taberna? —Supongo que sí.

—Sí. Trabajo la mayoría de los viernes y sábados por la noche. No me importa. Las propinas son mejores en las noches de fin de semana.

—Oh, junto a la pared de ladrillos —indica Palmer.

Con la mano de Ramsey aún entrelazada con la mía, nos conduzco hasta la pared de ladrillos. Apoyando mi espalda en la pared, tiro de ella para que se coloque frente a mí, y mis manos se posan en sus caderas. Su respiración se entrecorta y mi polla lo nota.

—¿Esto está bien? —le pregunto. Mi voz es suave. No es que me importe que mi hermana nos oiga, pero hay algo en el momento y en la posición en la que estamos, mis manos agarrando sus caderas y ella inclinándose hacia mí, que lo hace más íntimo, más justo para nosotros.

—Estoy bien. —Su cuerpo se relaja visiblemente al decir las palabras.

—Vamos, ustedes dos. Ya saben cómo tiene que ser esto —anima Palmer.

—¿Ramsey? —Me mira el pecho. Lentamente, para no asustarla, coloco mi dedo índice bajo su barbilla, y sus ojos se encuentran con los míos—. Voy a tener que tocarte por esto. Tal vez incluso besarte —le digo, acercándola un poco más. Ella se estremece un poco, y yo intento que no me afecte.

—Busqué algunas tomas de este tipo en YouTube —confiesa—. Se abrazaban y se besaban, y... sí, ella va a querer eso. —Hace un gesto con la cabeza hacia mi hermana.

—¿Qué quieres?

Sus ojos azules sostienen los míos. —Le hice una promesa.

—Dime qué está prohibido. —Puedo verlo en sus ojos, está incómoda, y quiero saber por qué. No sólo porque hará esto más fácil y menos incómodo, sino porque algo primario en mí ve a una mujer en su caparazón, y quiero ayudarla a salir de él. Eso no es algo que haya deseado antes, pero mi instinto me dice que Ramsey necesita saber que tiene el control.

—Mis muñecas —susurra. Su voz es tan baja que no la habría oído si no le hubiera prestado toda mi atención.

—¿No tocarte las muñecas?

Ella asiente. —¿Y tal vez si pudieras decirme qué vamos a hacer antes de hacerlo?

No quiere que le toque las muñecas y quiere conocer mis acciones. Busco cicatrices o hematomas y no veo nada. Alguien ha hecho algo para que se sienta así. Tiene que ser eso. Me trago la rabia de que alguien la haya herido y le presto toda mi

atención. —Voy a poner mi mano en tu mejilla. —La comisura de su boca se inclina en una sonrisa apenas perceptible, pero la capto—. ¿Está bien?

—Está bien.

Lentamente, levanto la mano y hago lo que le he dicho, apoyando mi mano en su mejilla. Todo en el fondo se desvanece. No oigo a los demás clientes del parque ni a los coches que pasan. No oigo el clic de la cámara de mi hermana. Todo lo que veo es esta hermosa mujer que obviamente ha sido herida en el pasado. —No sé quién te ha hecho daño —le digo con voz suave. Ella se tensa un poco mientras cierra los ojos—. Hey. —Espero a que sus ojos azul bebé se posen en mí una vez más—. Nunca conmigo. Cuando estes conmigo, nunca tendrás que preocuparte de que te haga daño. Sé que no me conoces, pero a ella sí. —Asiento hacia donde estoy segura de que está mi hermana, capturando nuestra posición íntima—. Ella nunca te pondría en una situación con alguien que te hiciera daño. Yo no soy ese hombre.

—Sé que no lo haría.

—Bien. Ahora, creo que tenemos unos treinta segundos antes de que empiece a rogarnos que salgamos de esta postura. —Pongo los ojos en blanco y ella se ríe. El sonido me envuelve, y quiero oírlo una y otra vez.

Demasiado joven para ti, Setty. Tengo que seguir recordádomelo.

—Toma la delantera, Ramsey.

—¿Qué?

Su sorpresa me dice que el control no era algo que los hombres, o un hombre de su pasado, le permitieran tener. —Tú tienes el control. Haz lo que te parezca bien, y yo seguiré tu ejemplo.

—No sé qué hacer.

—Haz lo que te parezca bien. —Levanto las manos a los lados y le dedico una sonrisa arrogante—. Soy todo tuyo. —Su cara se sonroja con un ligero tono rosado, y estoy seguro de que no es por el calor de Georgia.

Dejo caer los brazos a los lados y me quedo inmóvil, esperando pacientemente a que se decida. Lentamente, levanta las manos y las apoya en mi pecho. —¿Está bien así?

—Todo está bien, Ramsey. Todo lo que quieras.

Ella cree que estoy hablando de la sesión de fotos, y así es. Sin embargo, hay una parte más profunda de mí, la parte que está cautivada por esta belleza, que sabe que cumpliría cualquier petición que me haga. Menos mal que esto es sólo un proyecto para mi hermana. Ramsey es demasiado joven para mí, y estar cerca de ella despierta algo dentro de mí. Algo nuevo y primario. No puedo actuar en

consecuencia, por supuesto. Es la mejor amiga de mi hermana pequeña. Puedo, sin embargo, hacer esto más fácil para ella, y eso es lo que pretendo hacer.

Hay una sonrisa cautelosa en su rostro mientras levanta una mano temblorosa hacia mi mejilla. Me mira con asombro. Como si no entendiera que le diera rienda suelta para tocarme. Hay un ligero temblor cuando su palma se apoya en mi mejilla. —Voy a cubrir tu mano con la mía —le digo en voz baja, manteniendo la instrucción entre nosotros.

—De acuerdo.

Mi mano grande cubre la suya pequeña, lo que hace que respire entrecortadamente, pero, para mi sorpresa, el temblor desaparece. —Voy a acercarme, Ramsey. —Me da un sutil gesto de permiso, y yo acorto la distancia, apoyando mi frente contra la suya.

—¡Esto es oro! —Palmer grita.

Su afirmación me devuelve al hecho de que no estamos solo Ramsey y yo en nuestra pequeña burbuja. —Parece que lo estamos haciendo bien. —Me río entre dientes.

—Sí —acepta Ramsey. Su voz es suave y jadeante, y mi polla lo nota. Lo noto. Hago una nota mental para evitar que la mitad inferior de mi cuerpo toque la suya.

—Intentemos algo diferente. Deacon, ¿por qué no la levantas para que se siente en la pared, justo ahí? —Palmer señala una pared de medio ladrillo que coincide con la que estamos apoyando—. Y deja que la naturaleza siga su curso —le indica mi hermana.

—Está disfrutando de esto —digo mientras me alejo y me pongo a mi altura—. ¿Te parece bien el siguiente paso? —pregunto suavemente.

—Lo estoy. —Su sonrisa es un poco más amplia que cuando empezó esto, y lo tomaré como una victoria. Deja de mirar nuestras manos. Le ofrezco mi mano y ella desliza sus dedos entre los míos.

Juntos nos dirigimos a la pared de medio ladrillo. —Voy a levantarte. —Espero a que asienta con la cabeza antes de ponerme delante de ella, agarrándola por las caderas, y levantarla fácilmente hasta la pared.

—Lo hiciste sin esfuerzo.

Flexiono mis músculos, haciéndola reír.

—Oh, Dios, guárdalos —se burla Palmer—. Esta no es una de esas tomas cursis del tipo “mira qué fuerte soy”, Deac. —Se ríe.

—La señora pidió ver la mercancía —respondo.

—Oye. —Ramsey me da una palmada en el pecho, y yo agarro su mano, manteniéndola allí. Con ese movimiento, paso entre sus piernas.

—Se supone que estás en mi equipo —le digo. Me sorprende cuando rodea mi cintura con sus piernas, abrazándome. El acto está hecho antes de que pueda detenerlo. Mi polla dura está alineada contra su coño, y cuando ella aspira un suspiro, sé que no se puede negar—. Me estoy acercando —le advierto.

Apoyo las manos en la pared en la que está sentada y me sorprende cuando me rodea el cuello con sus brazos. La postura es íntima con ella rodeándome, y solo puedo imaginar la sonrisa en la cara de mi hermana, pero no puedo pensar en eso ahora mismo.

—Sé que debería disculparme. —Mis ojos se dirigen a donde mi polla está acurrucada contra su coño—. Pero no puedo. Eres preciosa, Ramsey. No puedes ocultar eso, y yo no puedo ocultar lo que me hace estar cerca de ti.

Cierro la boca, dándole tiempo a procesar mi confesión. Debería dar un paso atrás y romper la conexión, pero sus piernas siguen apretadas alrededor de mi cintura, y le dije que ella tenía el control.

Me acerca hasta que nos abrazamos. —Gracias, Deacon —susurra.

Quiero preguntarle por qué me da las gracias. Sin embargo, la sensación de su cuerpo apretado contra el mío se apodera de mí y levanto los brazos, la rodeo y le devuelvo el abrazo. Su aroma floral me envuelve y aspiro profundamente.

Oigo débilmente a mi hermana chillar de emoción, pero no me atrevo a romper esta conexión. Soy un hombre inteligente. Cuando hay una mujer hermosa en mis brazos, ella se lleva toda mi atención. Incluso un adicto al trabajo como yo puede darse cuenta de eso.

Sin dejar de abrazarla, le acaricio suavemente la espalda y noto que se relaja con mis caricias. Es curioso, hasta hace unos veinte minutos me estaba maldiciendo por haber cedido a Palmer después de sus insistentes ruegos. Ahora me alegro de haberlo hecho. Nunca imaginé que el día de hoy fuera así, pero estoy disfrutando. Estoy disfrutando de mi tiempo con Ramsey. Pero a pesar de esta conexión que siento con ella, nunca podrá pasar nada entre nosotros. Soy demasiado viejo para ella, pero maldita sea si no voy a disfrutar cada minuto del resto de este día con ella.

With Me

Tres

RAMSEY

Esta no soy yo. No dejo que los hombres se acerquen. Tienen que ser los ojos dorados. Tal vez sean sus fuertes brazos que me rodean. ¿O podría ser la sensación de su gran mano cubriendo la mía? Es todo eso y más. ¿Podría ser su brutal honestidad y la franqueza que veo en esos ojos color miel? Tiene que ser la sensación de su mano cuando sube y baja lentamente por mi espalda. Es su olor a madera y la forma en que me acaba de conocer, pero ya se siente como si me conociera.

No es en absoluto lo que esperaba.

Al darme cuenta de que estoy envuelta en él como un mono araña, aflojo mi agarre y me retiro. Nunca un hombre había sido tan paciente y amable conmigo. Mi mano se apoya en su mejilla, y la textura de su barba es extraña bajo mi palma. Mi ex estaba bien afeitado, al igual que mi padre. No puedo explicar mi deseo de sentir su aspereza contra mi piel.

—Ramsey. —La voz de Deacon es ruda y me saca de mis pensamientos. Sus ojos son más oscuros, llenos de algo que no puedo nombrar—. ¿Puedo tocarte también? Tu cara, quiero decir.

Asiento, porque hablar no es posible. Tengo un nudo en la garganta del tamaño de todo el estado de Georgia. Lentamente, levanta la mano. No sé si es para no asustarme o para darme tiempo a cambiar de opinión, pero en cuanto su cálida palma presiona mi mejilla, cierro los ojos, dejando que el relajante tacto de su piel se filtre en mí.

—Ramsey. —Su voz es cortada pero me hace abrir los ojos igualmente—. ¿Puedo besarte? —Sus ojos se abren un poco, como si no pudiera creer que haya hecho esa pregunta. Espero unos cuantos latidos para que se retracte, pero permanece en silencio, esperando pacientemente a que le responda.

Lentamente, asiento.

Su pulgar acaricia mi mejilla. —Esta vez voy a necesitar tus palabras, cariño.

Never

—Sí —digo sin un ápice de duda. Es triste que este hombre sea el primero que bese por decisión propia. Para mí, este es mi primer beso. Esa es la única explicación para la forma en que mi corazón se acelera.

—¿Segura? —Se inclina hacia él.

—S-Sí.

—¿Palmer? —llama a su hermana.

Me pongo rígida. ¿Está jugando conmigo? Una mano fuerte me agarra el muslo, que sigue apretado alrededor de él, mientras la otra me acaricia suavemente la mejilla.

—¿Qué pasa? —La oigo preguntar débilmente.

Me quedo quieta mientras espero a ver qué va a pasar. Ni siquiera estoy segura de estar respirando. Cuando abre la boca para hablar, y sus palabras se registran, me da aire a los pulmones.

—Vas a querer asegurarte de que entiendes esto. —Esa es su última advertencia a cualquiera de nosotras antes de que sus labios desciendan sobre los míos.

Me congelo, mi cuerpo se pone rígido entre sus brazos, lo que hace que él se retire. —¿Ramsey?

—Lo siento —susurro. Trago con fuerza. Sé que no es él, y el hecho de que esperara que fuera tan duro conmigo como Robert es un insulto para Deacon. La culpa me golpea con fuerza cuando mis ojos lo encuentran—. ¿Podemos... tal vez hacerlo de nuevo? No estaba preparada.

—No estabas preparada —reflexiona, con una sonrisa que se dibuja en sus labios. La almohadilla rugosa de su pulgar se desliza sobre mi labio inferior—. ¿Estás preparada ahora? —me pregunta con ese timbre de voz profundo que hace que el deseo se acumule entre mis muslos.

Muevo la cabeza.

—Necesito tus palabras, cariño.

—S-Sí.

Se inclina un poco más. La mano que me agarra el muslo se estrecha. —¿Estás segura?

La forma en que pide permiso calma mi ansiedad. Confío en Palmer, y Deacon es su hermano mayor. Mi mejor amiga está parada a un metro de nosotros. No va a hacerme daño. Eso frena mi ansiedad, pero entonces recuerdo que Palmer está mirando, y vuelve a aumentar.

—Nos está observando. —Mis palabras son susurradas. Conozco a mi mejor amiga, y ella va a diseccionar todo este día. Ella va a ver algo que no está aquí. Sólo estamos fingiendo para el objetivo de la cámara.

—Ese es el objetivo de esto, ¿verdad? —Su voz es baja para que la conversación quede sólo entre nosotros.

—Sí, pero es mucha presión —confieso.

Mueve la mano que me agarraba el muslo para apoyarla también en mi mejilla. Por instinto, levanto las dos manos para cubrir las suyas, estrechándolas contra mí. No se me escapa que su tacto es relajante. Nunca había asociado el tacto de un hombre con algo que no fuera indeseado.

Hasta Deacon.

—Finge que sólo somos nosotros. No pienses en ella. No pienses en la cámara. Sólo somos tú y yo.

—Sólo tú y yo —repito.

—Tú tienes el control aquí, Ramsey. —Su tono es suave y delicado a la vez que profundo y rudo. Está siendo muy tierno conmigo—. Quieres parar. Paramos. No hace falta razonar.

—Quiero que me beses. —Una sonrisa que sólo puede describirse como una luz cegadora cruza su rostro. Hay algo en él que me da una sensación inmediata de confianza.

—Sí, señora. —Sus manos permanecen en mis mejillas cuando inclina ligeramente la cabeza y presiona sus labios contra los míos.

El beso es lento y dulce. Una y otra vez, me besa con tal reverencia que hace que se me salten las lágrimas y que se me escape un gemido. Eso parece estimularlo. Una mano se desliza detrás de mi cuello, acercándome, mientras la otra permanece en mi mejilla. Cuando me pellizca el labio inferior, jadeo de sorpresa, pero no lo odio.

Demasiado rápido, retira sus labios de los míos. Lentamente, abro los ojos y veo que los suyos están cerrados. Su mano sigue agarrando mi nuca mientras la otra se apoya con ternura en mi mejilla. Su pecho sube rápidamente con cada respiración.

Cuando su lengua sale para lamerse los labios, su nombre pasa por delante del mío. —Deacon —murmuro.

Sus ojos se abren de golpe. Unas láminas doradas de deseo me miran fijamente. Veo cómo sonríe y sacude la cabeza. —Vamos, cariño. —Con eso, mueve sus manos hacia mi cintura—. Voy a levantarte de la pared.

—Oh —digo, sorprendida—. De acuerdo.

—Hey. —Una vez más, su dedo índice levanta suavemente mi barbilla para que mi mirada se encuentre con la suya—. No porque no quiera estar aquí contigo. No porque no quiera besar el aliento de tus pulmones. Sino porque quiero hacer esas cosas. Este no es el lugar para eso. No con un público.

Sus palabras son como un cubo de agua helada que se vierte sobre mi cabeza. Palmer está captando todo esto. Mi cara se calienta. Ella es mi mejor amiga, y aquí estoy, maltratando a su hermano.

Sonríe y siento que mi mundo se inclina. —Vamos, Ramsey. Tenemos que dar un espectáculo. —Su sonrisa es grande, y sus ojos brillan, y no odio el día de hoy. No lo odio en absoluto—. Voy a levantarte —me recuerda. Sus manos vuelven a estar en mis caderas y me levanta de la pared sin esfuerzo.

En lugar de ponerme de pie, me levanta por encima de su cabeza. Su cara está inclinada hacia atrás, sonriéndome. Por instinto, apoyo mis manos en sus hombros.

—Oh, muy *Dirty Dancing*, hermano mayor —dice Palmer—. Esto es oro. —No me molesto en mirar hacia mi mejor amiga. Ya sé que nos está rodeando, tratando de capturar el momento desde todos los ángulos.

La risa profunda y gutural de Deacon me calienta los muslos. Lentamente, me baja, dejando que mi cuerpo se deslice contra el suyo hasta que mis pies vuelven a estar firmemente plantados en el suelo. Se inclina hacia mí y sus labios se acercan a mi oreja. —Eres preciosa —dice, apartándose rápidamente.

—Dinos dónde nos quieres —le dice a su hermana.

—Lo están haciendo bien por su cuenta. —Palmer hace una demostración de abanicar su cara con la mano.

Deacon se gira para mirarme. —Voy a abrazarte —dice mientras su brazo se desliza por mi espalda. Sigue mirándome fijamente. Apenas le llego a los hombros, y eso es con los tacones que llevo puestos—. ¿Columpios? —pregunta.

—Llevo un vestido.

—Créeme, cariño, soy muy consciente de que llevas un vestido muy sexy. —Se muerde el labio inferior—. Eso es todo lo que había entre nosotros sentados en esa pared —me recuerda.

—¿Lo siento? —Está planteado como una pregunta. No estoy segura de cómo leerlo.

—Querida —dice, inclinándose para colocar sus labios junto a mi oreja—. Nunca te disculpes por tener tu coño acurrucado contra mi polla. —Su voz es grave y profunda y hace que se me ponga la piel de gallina.

Se aclara la garganta y ajusta su postura. Quiero mirar hacia abajo, pero no puedo hacerlo. Ya lo sentí en la pared, y cuando mi cuerpo se deslizó sobre el suyo

cuando me puso de pie. Deacon no es como ningún otro hombre que haya conocido. Es abierto y educado y, aparentemente, también un poco sucio, si su confesión más reciente es una indicación.

—Ven. —Con su brazo todavía alrededor de mi cintura, nos guía hacia los columpios—. Yo te empujaré. —Me suelta y me sostiene un columpio para que me siente.

—¿No vas a columpiarte conmigo? —le pregunto.

Se pone delante de mí, donde me poso en el columpio. Inclinando la cabeza hacia atrás, lo miro. Se agarra a las cadenas y se inclina hacia mí. —Si me columpio contigo, no puedo tocarte.

Trago con fuerza. —¿Es eso lo que quieres hacer?

—Más de lo que debería —responde, inclinándose más cerca—. ¿Puedo tocarte, Ramsey?

—Sí. —Esta vez mi voz es clara. No hay vacilación ni tartamudeo en mis palabras.

—Ramsey.

—Deacon.

—Me estoy acercando.

—De acuerdo.

—Voy a besarte de nuevo.

Esta vez asiento mientras mi lengua se asoma y me lamo los labios.

—Me está matando —murmura mientras sus labios se pegan a los míos. Es sólo un picoteo comparado con el beso que me dio antes. Sin embargo, sus labios siguen conectando con los míos, lo que hace que una emoción corra por mis venas.

Nunca me habría imaginado que el día de hoy acabaría así. He pasado de temer el rodaje y querer que se acabe a desear que el momento no se acabe nunca.

Rastreo su labio inferior con la lengua, necesitando más de él. Sin embargo, Deacon se retira y me señala con el dedo índice. —Compórtate —me regaña juguetonamente.

No puedo ocultar mi sonrisa.

No quiero hacerlo.

Deacon se coloca detrás de mí y pone sus manos sobre mis hombros. Me masajea suavemente antes de darme un suave empujón. Lo hace una y otra vez hasta que vuelo alto, como una niña de secundaria en el recreo. Mi cabello vuela por todas

partes, y doy gracias por haber pensado en meterme el vestido alrededor de las piernas y entre los muslos, o le daría a Palmer material de clasificación X para grabar.

Con cada bombeo de mis piernas, mi alma se vuelve más ligera, y la pesadez que parece residir en mis hombros día tras día se desvanece. —¡Más alto! —Grito a Deacon, y su profunda risa alimenta la mía.

No sé cuánto tiempo me columpio, pero cuando miro por encima y veo a Palmer mirando su cámara, sé que mi tiempo se ha acabado. Dejo de bombear las piernas y finalmente arrastro los pies para que el columpio se detenga. Deacon está allí, ofreciéndome su mano. No dudo en poner la mía en la suya, y le permito que me ponga de pie.

Su brazo serpentea alrededor de mi cintura y sus labios se posan en mi sien.

—¡Espera! —Palmer grita—. Necesito fotografiar eso. —Corre hacia nosotros y se agacha, sacando una foto tras otra.

—Creo que lo tienes, hermana. —Deacon se ríe.

Palmer nos mira con una sonrisa cegadora. —Ustedes dos son oro puro. No puedo esperar a empezar a editarlas e imprimirlas.

—Quiero uno de cada uno.

—Claro. Les imprimiré copias. Los dos.

—Palmer. —Deacon espera hasta que ella levanta la vista hacia él—. Uno de cada imagen.

Palmer se queda con la boca abierta y creo que es la primera vez que la veo quedarse sin palabras. Bueno, a menos que esté en una habitación con mis nueve primos. Eso es mucho para cualquier mujer.

—¿Palmer?

—Sí, por supuesto —dice, mirándome, con los ojos muy abiertos.

—¿Tienes lo que necesitas? —le pregunto.

—Esto es mucho mejor de lo que esperaba. —Mira su cámara—. Tenía una idea más de la escena.

—¿Qué es eso? —pregunta Deacon.

Señala detrás de nosotros, y hay una colcha extendida en la hierba. —¿Quizás sentarnos cerca el uno del otro y hablar? ¿O besarse? O... lo que se sienta bien. —Sonríe. Su sonrisa está llena de picardía y, si no me equivoco, de un poco de esperanza.

Deacon se pone delante de mí, dando la espalda a su hermana. —¿Qué te parece, cariño? ¿Te apetece que te sostenga en la vieja manta?

—Creo que puedo sufrirlo —me burlo.

¿Quién soy ahora?

Se acerca. Levanta la mano y espera a que asienta con la cabeza. Desliza la palma de la mano detrás de mi cuello y se inclina hacia mí. —¿Hablar o besar, Ramsey?

—¿Qué? —pregunto, confundido.

—Ha dicho que hablemos o nos besemos o lo que sea. Elige tú.

—Todo lo anterior.

Sonríe. El acto hace que mi corazón dé vueltas en mi pecho. —Igualdad de oportunidades. Me gusta. —Desliza sus manos por mis brazos y enlaza nuestros dedos. Se lleva los dos a la boca y me besa los nudillos.

Oigo el obturador de la cámara, y él también si el gemido que sale de lo más profundo de su pecho es un indicador. —Palmer, estoy en una cita —dice. Me guiña un ojo, haciéndome reír.

—Una cita que organicé, hermano mayor —le recuerda—. Una cita a la que no querías ir —dice mientras se gira y nos guía hacia la manta.

—Me alegro de haberlo hecho —susurra contra mi sien—. Después de ti. — Hace un gesto hacia la manta.

De alguna manera me las arreglo para sentarme sin mostrar el culo. Literalmente, me aseguro de meter el vestido de verano debajo de las piernas para evitar que el viento lo levante. Deacon se acuesta a mi lado. Está de lado, con la cabeza apoyada en el codo.

—Acuéstate conmigo.

Tardo dos segundos en pensarlo antes de ponerme en una posición similar con el vestido metido entre los muslos. Deacon alarga la mano y me coloca el cabello detrás de la oreja. —Hoy me he divertido contigo.

—Definitivamente fue mejor de lo que esperaba.

—¿Sí? ¿Qué esperabas?

—Muchos toques incómodos y una Palmer decepcionada.

—Sin embargo, viniste de todos modos.

—Es mi mejor amiga. Le costó un par de días de rogar, pero al final, me necesitaba, así que aquí estoy.

—Me alegro de que hayas sido tú. —Me pasa el dedo índice por la mandíbula.

—Es difícil creer que no nos hayamos conocido antes.

—Trabajo mucho.

—Yo también. —Hago una pausa y le devuelvo las palabras—. Yo también me alegro de que hayas sido tú. Has hecho que el día de hoy sea soportable.

—¿Lo suficientemente soportable como para robar otro beso?

—¿Es robar si te lo doy libremente?

—Ramsey. —Se inclina más cerca—. Tomaré cualquier cosa y todo lo que estés dispuesta a darme.

Tengo en la punta de la lengua decir todo, pero sé que no es posible. Deacon es el hermano mayor de mi mejor amiga. Tiene sus cosas claras, está establecido en la vida y tiene una familia que lo apoya. No necesita mi equipaje. Así que, en lugar de todo, le doy lo que puedo.

—¿Deacon?

—¿Hmm? —Su mano que no lo sostiene acuna mi mejilla.

—Bésame.

Un gruñido grave brota de su pecho cuando sus labios se pegan a los míos. Este beso es diferente a los demás. Su lengua me roza los labios y yo me abro para él, permitiendo que su lengua se asome y me pruebe.

Lo siguiente que sé es que estoy acostada de espaldas, con Deacon cerniéndose sobre mí, besándome como nunca antes me habían besado. Oigo débilmente el obturador de la cámara de Palmer, ¿y silba? No puedo estar segura de nada más que de lo que se siente al estar en sus brazos.

Apreciada.

No es un sentimiento que haya experimentado nunca, y quiero perderme en la ternura. Quiero sentarme aquí, en esta vieja y descolorida colcha, durante el resto de mi vida, mientras él esté sentado a mi lado. Ese pensamiento me hace apartarme de nuestro beso.

Los dos nos esforzamos por respirar. Sus ojos dorados se fijan en los míos.

—¡Mierda! Eso fue caliente! —exclama Palmer.

Eso me hace sentarme, lo que obliga a Deacon a hacer lo mismo. Mi mano se acerca a mis labios. Están hinchados y aún puedo saborearlo. No puedo creer que me haya enrollado con el hermano de mi mejor amiga mientras ella hacía fotos.

—Esos son sólo para nuestros ojos —le dice Deacon. Su voz ya no es burlona.

—No, por supuesto. Eso fue magia fotográfica.

—Palmer. —Hay un borde en su voz—. Ramsey y yo tenemos la última palabra sobre lo que imprimes.

—¿Qué? Soy la fotógrafa. Eso es atentar contra mi creatividad —argumenta. Hay un brillo en sus ojos que me dice que se está metiendo con él.

—Palmer Leigh —advierde Deacon.

—Bien, bebé grande. —Le saca la lengua como sólo una hermana pequeña puede hacer—. Puedes tener derecho a veto.

—Ramsey también —añade.

—Ramsey también —reconoce. A pesar de la molestia en su tono, sonrío ampliamente—. Tengo lo que necesito. Podemos dar por terminado el día. Gracias a los dos por hacer esto.

Deacon se pone en pie y me ofrece su mano para ayudarme a levantarme. Sus ojos encuentran los míos. Abre la boca para hablar, pero Palmer lo rodea con sus brazos.

—Gracias, Deac. —Le besa la mejilla.

Le devuelve el abrazo y le besa la cabeza. —De nada.

—Rams. —Palmer abre sus brazos para mí, y me encuentro con su abrazo—. Lo hiciste increíble —susurra.

Se retira y toma la manta. —Voy a empacar. —Con eso, se escabulle hacia el banco del parque, donde dejó su bolsa.

—Ven aquí, cariño. —Deacon abre sus brazos para mí, y no dudo en entrar en su abrazo—. He disfrutado hoy.

—Yo también. —Me inclino hacia atrás y le sonrío.

Inclina la cabeza. —Sólo uno más, Ramsey. Necesito uno más —dice mientras presiona sus labios contra los míos. Me agarro a su camisa, acercándolo, mientras sus labios bailan con los míos. Demasiado pronto, se aleja y da un paso atrás. La decepción me recorre. Mi tiempo con él ha terminado. Temía venir aquí hoy, y ahora no quiero irme.

—¿Lista? —Palmer pregunta. Está de pie junto a nosotros.

—Ustedes dos conduzcan con cuidado —dice Deacon, dando otro paso para alejarse de mí, en la dirección contraria a la que quiero que vaya. Señala a Palmer—. Llama cuando estén listos para ver.

—Oh, estoy en ello. No puedo esperar para empezar a editar.

—Ramsey. —Su voz está llena de algo que no puedo nombrar—. Encantado de conocerte.

—Yo diría —dice Palmer en voz baja.

With Me

—Igualmente. —Le doy una amplia sonrisa. Es real y honesta, y quizás intencionadamente demasiado amplia para ocultar la tristeza de que mi tiempo con él haya terminado.

Me quedo quieta y observo cómo nos hace un último saludo con la mano y se da la vuelta y se aleja. No me muevo hasta que lo veo subir al volante de su camioneta y alejarse.

—¡Ramsey! —Palmer salta de un lado a otro—. Le gustas.

—Estábamos atrapados en el momento —digo, restando importancia a la conexión que compartimos.

—Oh, sí que estabas en el momento. —Ella hace rebotar sus cejas—. Vamos. No puedo esperar a llegar a casa y empezar a trabajar en estas ediciones.

La sigo hasta su coche aturdida. Tenía mucho miedo de venir a esta sesión de fotos hoy. No era nada de lo que esperaba y todo lo que necesitaba.

Cuatro

DEACON

Frustrado, tiro al suelo el informe jurídico que he intentado leer durante las dos últimas horas. No puedo concentrarme, y eso es lo mío. Me va bien bajo presión, y mi concentración es sólida como una roca. Bueno, lo era. Eso aparentemente no se aplica a una hermosa mujer de cabello oscuro y ojos azules llamada Ramsey.

No puedo dejar de pensar en ella.

Salí del parque hace horas, y ella no ha hecho más que consumir mis pensamientos. No dejo que las mujeres consuman mis pensamientos, pero con ella, no tengo opción. Ella está ahí. También el recuerdo de sus suaves manos y su cuerpo apretado contra el mío. La sensación de mi polla acurrucada en su coño y el sabor de su beso aún perduran.

No importa lo que ocurra en mi vida, siempre he podido concentrarme en el trabajo. Patrick y Gordman es un pequeño despacho de abogados en Willow River. Trabajamos en todo tipo de casos, desde bienes raíces hasta divorcios, pasando por planificación patrimonial y testamentos. El Sr. Patrick y el Sr. Gordman han estado barajando la idea de retirarse desde que me incorporé hace siete años. Desde ese momento, supe lo que quería. Quiero comprarles el buffet. Me he estado rompiendo el culo, aprendiendo todo lo que he podido, absorbiendo los conocimientos de su experiencia combinada como una esponja.

Este tipo de dedicación tiene un costo. Trabajar más horas de las que una persona debería no deja espacio para la vida social. A mis hermanas les gusta llamarme adicto al trabajo. Diablos, también lo hacen mis amigos. Amigos a los que hace meses que no veo más que para saludar de pasada, o una llamada rápida y un mensaje de texto. He sacrificado mucho por mi carrera. Sigo diciéndome que valdrá la pena. Todavía soy joven. Sólo tengo treinta y dos años.

Mi mente se desvía una vez más hacia Ramsey. No sé qué edad tiene, pero es la mejor amiga de mi hermana pequeña, que tiene veintidós años. Parecen tener la misma edad. Es demasiado joven para mí, pero eso no me impide pensar en tenerla en mi cama.

—Mierda —murmuro. Me paso las manos por la cara. Necesito un descanso. Tiene que ser eso. La sesión de fotos de esta mañana ha sido el primer respiro que me he permitido en meses. Necesito una cerveza y tirar la mierda con mis amigos. Una vez tomada la decisión, tomo el teléfono, busco el contacto de mi mejor amigo Orrin Kincaid y pulso el botón de llamada.

—Estás vivo —dice mi mejor amigo riendo.

—Vete a la mierda. —Resoplo—. ¿En qué te metes esta noche?

—Yo y un par de mis hermanos vamos a la Taberna del Sauce a tomar unas cervezas. Quizá les pateé el culo en una partida de billar —responde.

—¿A qué hora?

—Espera. ¿Vas a salir? ¿De verdad? —Hay emoción en su voz, y eso me hace sentir como una herramienta aún más grande. Tengo que dedicar más tiempo a los que me importan en mi vida. No es que esté en peligro de perder mi trabajo. Simplemente he estado en modo de ir desde el día en que recibí la llamada de que el trabajo era mío. No conozco otra forma de ser.

—Sí, lo estaba pensando. —Más aún ahora que ha dicho que van a la Taberna del Sauce. Ramsey trabaja esta noche. Verla de nuevo es probablemente la peor idea en la historia de las ideas con lo que no puedo dejar de pensar en ella, pero voy a hacerlo de todos modos.

—Mierda, será verano, pero va a nevar —bromea—. Esto es un acontecimiento raro.

—Sí, sí. ¿A qué hora van a estar allí?

—Brooks está trabajando. Su turno termina a las seis. Eso si sale a tiempo. El plan era encontrarnos en la taberna sobre las ocho. Casi nunca sale a tiempo, y necesitará ir a casa y ducharse.

—Nos encontraremos allí.

—Será mejor que no me dejes plantado, Setty —advierte.

Dejo escapar una carcajada. —No te voy a dejar plantado. Mi concentración es una mierda. Es hora de descansar —admito.

—¿Estás bien?

Si cuentas la lujuria por tu prima, que también es la mejor amiga de mi hermana pequeña, entonces claro. Estoy bien. —Por supuesto. —Sabía que la mejor amiga de mi hermana pequeña era su prima pequeña de fuera de la ciudad. Sabía que tenía algunos problemas con sus padres y que estaba construyendo una vida para sí misma aquí en Willow River. Lo que no sabía era que era absolutamente hermosa, o que sus

labios sabían tan dulces como la miel. Supongo que ese es el tipo de cosas que te pierdes cuando estás casado con tu trabajo.

—¿Quieres que pase a recogerte?

—No, nos encontraremos allí.

—Muy bien, hombre, nos vemos pronto.

—Nos vemos. —Termino la llamada, tirando el teléfono en el sofá. Cierro el documento en el que estaba trabajando y apago el portátil antes de colocar todo en una pila sobre la mesa de café. Definitivamente, hoy no hay trabajo para mí.

Necesito salir de esta casa y de mi propia cabeza. Tengo que dejar de pensar en ella. Debería ir a ver a Palmer para ver cómo van las ediciones, pero eso anula el propósito de intentar dejar de pensar en ella.

—A la mierda —murmuro. Me levanto, me dirijo a mi habitación y me pongo unos vaqueros oscuros y una camiseta negra ajustada. Puede que no socialice mucho, pero sigo yendo al gimnasio de mi casa al menos cinco días a la semana. Sin embargo, no es frecuente que pueda mostrar los frutos de ese trabajo. Esta noche no es una de esas noches. Esta noche no me vestiré con mi traje habitual. A veces, incluso cuando quedo con los chicos después del trabajo para cenar o tomar unas cervezas, voy directamente desde la oficina. Casi me resulta extraño estar informal en cualquier lugar que no sea mi propia casa.

Me aseguro de tener la cartera, agarro las llaves y el teléfono y salgo por la puerta. No tengo ni idea de adónde voy. Todavía tengo un par de horas antes de encontrarme con los chicos en la Taberna. Hay una parte de mí que quiere ir a sentarse en el bar, pero sé que no puedo hacerlo por una multitud de razones.

Le prometí a mamá que iría a visitarla este fin de semana, y no hay mejor momento que el presente. Salgo de mi camino y me dirijo a su casa. Es la hora de la cena y me gruñe el estómago. Un poco de la comida casera de mi madre es exactamente lo que necesito.

Quince minutos más tarde, estoy entrando en la entrada de su casa. Tan pronto como salgo de la camioneta, puedo oler la parrilla, y mi gruñido es más bien un rugido intenso en este punto. No me molesto en abrir la puerta principal. En lugar de eso, me dirijo al lado de la casa y encuentro a mis padres sentados en la terraza trasera.

—¡Deacon! —La cara de mamá se ilumina al verme—. No sabíamos que ibas a pasar por aquí. ¿Tienes hambre? Tenemos mucha.

—Sabes que no hay mejor filete que el mío —me dice papá.

Cliff Setty es una máquina de asar. Mezcla sus propias especias y mantiene esa mierda cerca de su pecho. No importa cuántas veces le pida la combinación. Se niega. Dice que eso es lo que hace que sus hijos vengan a casa a visitarlo.

—Huele muy bien —digo, riéndome de él—. ¿Alguna vez vas a darme esa receta, viejo? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Estará en mi testamento —responde.

—Yo escribí tu testamento —le recuerdo.

—Bien, estará en la casa. Tendrás que buscarlo.

—¿Oyes esto? —le pregunto a mamá.

Ella sólo sacude la cabeza. —Ni siquiera me lo dice.

—Y ella —señala papá con sus pinzas a mamá—, es el amor de mi vida.

—Soy tu hijo. Tú me hiciste.

—Ella hizo eso. —Vuelve a señalar a mamá—. Acabo de llegar con la ayuda. — Le guiña un ojo a mamá, y la sonrisa con la que ella le recompensa es la que he visto un millón de veces al crecer. Es la mirada que le dice que él es dueño de su propio corazón y la mirada que también muestra que ella sabe que tiene el suyo también.

Mis padres tienen la mejor relación. No me malinterpretes. No es todo sol y rosas. Discuten como la mejor de las parejas. Es que nunca se rinden. Resuelven lo que sea, y el amor que se tienen siempre pesa más que todas las demás tonterías. Todo el ruido blanco. Son sólidos, y nos dieron a mis hermanas y a mí un gran ejemplo de cómo es una relación sana

—¿Qué te trae por aquí? —pregunta mamá.

—Sólo necesitaba un descanso. Voy a encontrarme con Orrin en la Taberna del Sauce más tarde para tomar un par de cervezas. Le prometí que me pasaría por allí.

—Bueno, me alegro de que lo hayas hecho. Puedes contarme todo lo de hoy. —Ella sonríe.

—¿Hoy?

—La sesión de fotos. Palmer estaba muy emocionada. ¿Cómo lo hizo Ramsey? Estaba tan nerviosa.

Ramsey.

Mierda. Pensé que podría venir aquí y sacármela de la cabeza, pero debería haberlo sabido. Mis padres siempre han estado involucrados en todo lo que hacemos. Han apoyado nuestros sueños, sin importar lo grandes o pequeños que sean, y la he oído hablar de Ramsey antes.

—Estuvo bien. —No me atrevo a decirle a mi madre que sigo pensando en la belleza de cabello oscuro. Querrá hacer de casamentera. Por otra parte, probablemente no. Ramsey es joven. Es más que probable que me dé un sermón sobre la necesidad de encontrar una buena mujer de mi edad con la que sentar la cabeza. De cualquier manera, ninguna de las dos conversaciones es la que quiero tener.

—Tienes que darme más que bien. Palmer no ha hablado de nada más durante semanas.

—Todavía no puedo creer que te haya convencido. —Papá sonríe.

—Como si pudieras decirle a mamá, o Piper no. —Le dirijo una mirada cómplice y se encoge de hombros.

—Son mis chicas.

—Detalles, Deacon. Necesito detalles.

—Estuvo bien. Nos vendó los ojos. Nos los quitamos al mismo tiempo y Palmer nos hizo mil millones de fotos. Posamos frente a la pared de ladrillos del parque, empujé a Ramsey en los columpios e hicimos un picnic de mentira. Estuvo bien.

Estuvo más que bien. Fue... inesperado y caliente como la mierda, pero me lo guardo todo para mí. No voy a decirles que todavía puedo sentir su cuerpo apretado contra el mío o que todavía puedo saborearla en mi lengua. No les digo que vi algo acechando en sus ojos. Algo que me llamaba a abrazarla y a asegurarme de que supiera lo hermosa que es.

Tampoco les cuento cómo se estremeció cuando la toqué y que me dijo que sus muñecas estaban prohibidas. No puedo ni pensar en que alguien la haya herido sin ponerme rojo. No hay excusa para que un hombre ponga sus manos sobre una mujer con odio. Ninguna. No me importa si es Ramsey, una de mis hermanas o la mujer que tengo detrás en el supermercado. No hay excusa.

—¿No es ella la más dulce? —Mamá me saca de mis pensamientos.

No tienes ni idea. —Ella estaba bien.

—¿Bien? —pregunta mamá, consternada—. ¿Conoces alguna otra palabra que no sea bien?

—Se podría pensar que tendría un vocabulario un poco mejor después de toda esa universidad —bromea papá.

—No sé qué quieres que te diga. —Tomo un bollo de la cesta de la mesa—. Lo hice por Palmer. Me lo suplicó y, al igual que papá, no pude decirle que no, aunque lo intenté. Me presenté con lo que me dijo que me pusiera y nos hizo algunas fotos. Ramsey parecía nerviosa, pero cuando terminamos, parecía estar relajada.

—¿Fue tan difícil? —pregunta mamá, sonriendo.

—Insoportable. —Si supiera lo mucho que intentaba quitarme de la cabeza a la bella Ramsey, demasiado joven para mí.

—Bueno, creo que fue muy amable de tu parte hacer eso por tu hermana. Supongo que esto de las citas a ciegas está de moda, y ella espera conseguir algo de tráfico para su negocio.

—Lo sé. Por eso lo hice.

—Y el hecho de que eres un pusilánime cuando se trata de tus hermanas —dice papá.

—Eres uno de los que habla.

—Lo se. —Papá se ríe—. Es el labio fruncido y el movimiento de los ojos. Me mata cada vez.

—Eres un blando —se burla mamá.

—Puedo demostrarte que te equivocas en eso, cariño —dice, moviendo las cejas hacia ella.

—¿En serio? Nos estamos preparando para comer. —Finjo que me estremezco. Sus payasadas son algo a lo que estoy acostumbrado. Parece que papá no puede evitarlo.

Por suerte, el tema cambia a las remodelaciones que piensan hacer en su baño principal. Intento por todos los medios mantener la cabeza en la conversación. Sigo mirando mi teléfono, observando la hora. Sé que va a estar allí, lo que significa que cada minuto que pasa se acerca más a que la vuelva a ver.

Necesito saber si esa chispa está ahí. Seguramente, fue el ambiente y la forma en que tuvimos que tocar para la sesión de fotos. Tiene que ser la situación. A las ocho menos veinte, me levanto y ayudo a mis padres a empezar a limpiar.

—Gracias por la cena —les digo.

—De nada. Deberíamos hacerlo más a menudo —dice mamá, abrazándome.

—Lo que ella dijo. —Papá asiente.

—Lo sé. Lo haré mejor. Lo prometo. —Con otro abrazo y un choque de puños para papá, estoy en mi camioneta y me dirijo hacia la Taberna del Sauce.



Al entrar en el bar, tengo que obligarme a no buscarla. En su lugar, me dirijo a la esquina trasera donde Orrin me dijo que estarían él y sus hermanos.

—¡Ahí está! —Orrin levanta su cerveza en señal de saludo mientras tomo la silla frente a él—. Creía que te ibas a escapar.

—Acabamos de agarrar esto del bar —dice Brooks, uno de sus hermanos menores, deslizando una cerveza hacia mí a través de la mesa.

—Gracias.

—Entonces, ¿cómo has estado? —Orrin pregunta.

—Trabajando mi vida. Nada nuevo que informar. Ya me conoces. Aburrido como siempre. —Me muerdo el interior de la mejilla para no hablar. Orrin ha sido mi mejor amigo desde que éramos niños. Él va a ver a través de mí.

—¿Qué tal todos ustedes? —Miro alrededor de la mesa a Orrin, su hermano Brooks y su hermano Declan.

—La tienda va bien. No me puedo quejar —responde Orrin.

—Me alegro de oírlo.

—Sigo trabajando en Urgencias en el Willow General —dice Brooks.

—Hombre, no sé cómo haces lo que haces todo el día. Algunas de las cosas que ves... —Sacudo la cabeza. Hay que ser una persona fuerte para ser enfermero, y le aplaudo por ello.

—No está tan mal. Nunca querría ser enfermero en el centro de la ciudad, pero en nuestro pequeño pueblo de Willow River, puedo arreglármelas. Claro que hay momentos en los que es difícil, pero hay otros tantos en los que no lo es.

—¿Y tú? —le pregunto a Declan.

—La tienda se mantiene ocupada, y Blakely me mantiene alerta. —Sonríe con nostalgia al pensar en su hija.

—¿Qué edad tiene ahora?

—Pronto cumplirá tres años.

—Ya van trece —añade Orrin.

—Nos tiene a todos envueltos en su pequeño dedo —me dice Brooks.

—Sólo puedo imaginarlo. Mis hermanas son adultas y aún me tienen envuelta en sus deditos.

—Gracias a la mierda que tenemos todos los hermanos —dice Declan.

—De acuerdo, pero ahora tenemos a Ramsey —le recuerda Brooks.

—Hablando de Ramsey, es hora de una recarga. ¿Alguien quiere uno? —Orrin pregunta.

Todos decimos que sí, y él se va al bar a comprar otra ronda. Estuve a punto de decirle que iría con él, pero no quiero que esté allí cuando la vuelva a ver. No sé lo incómodo que va a ser. Diablos, con lo mucho que ella ha estado en mi mente, es difícil saber lo que saldrá de mi boca.

—¿Algún caso emocionante? —pregunta Declan.

—Esto es Willow River. Nunca pasa nada emocionante. Además, aunque lo hubiera, no podría decírtelo. Hay una cosa que se llama confidencialidad del cliente.

—Vamos, ¿nada? —pregunta.

—No, a menos que los bienes raíces y los testamentos te hagan cosquillas.

—Tu trabajo es aburrido. —Se ríe.

—Podría decir lo mismo de ti. De ninguna manera podría desarmar un motor y volverlo a armar.

—Touché.

—Aquí tienes. Le dije a Rams que se pasara en su descanso y se registrara —dice Orrin, pasándonos a cada uno una botella de cerveza fresca.

Finjo que mi cuerpo no zumba al oír su nombre. Bloqueo la necesidad imperiosa de ir al bar a verla y me obligo a permanecer sentado. El día de hoy ha sido muy raro, y no necesito añadir nada más. Consigo apartar los pensamientos sobre Ramsey y me centro a medias en la conversación de los amigos que me rodean.

Cinco

RAMSEY

—Oye, Rams, necesito dos cervezas de barril —dice Hannah, una de las camareras, mientras se acerca a la barra y toma un puñado de cacahuets—. Me muero de hambre. Pensé que tendría tiempo de comer algo, pero esta noche está lleno.

—Es un poco más loco de lo normal. ¿Está pasando algo en la ciudad que me he perdido? —pregunto mientras le sirvo dos tragos.

—Nada que yo sepa. —Se encoge de hombros mientras coloco las dos bebidas en su bandeja—. Gracias —dice por encima del hombro mientras se abre paso entre la multitud.

—¿Estás lista para tu descanso? —pregunta Hank, el dueño, acercándose a mí, donde estoy de pie detrás de la barra. Hank es alto, con el cabello oscuro y grisáceo y dos mangas llenas de tatuajes. Tiene músculos para varios días y las mujeres acuden al bar cuando él está aquí. Tiene más de treinta años y sigue viviendo la vida de soltero.

—Puedo trabajar a través. Está lleno.

—Sabes mejor que eso. ¿No has visto a Orrin y a algunos de los chicos entrar antes? Ve a sentarte y a comer algo.

—Deja que Hannah vaya primero. Está hambrienta.

—Las enviaré a los dos al mismo tiempo. Chance y yo atenderemos el bar hasta que vuelvas. Pueden caminar sus culos borrachos hasta aquí para pedir bebidas durante treinta minutos.

—¿Y qué hay de servir la comida?

—Tabitha acaba de llegar. Estará bien. Podemos manejarlo. Si tengo que llamar a la orden, que vengan al bar en lugar de que se lo llevemos nosotros, lo haré. Por eso les damos un número de orden. Ahora, vete.

—Bien, pero si me necesitas... —Mi voz se interrumpe porque él ya está negando con la cabeza.

—Trabajas demasiado, chica. Ve a comer algo y a visitar a tu familia. No quiero que vuelvas a trabajar hasta que se cumplan tus treinta minutos.

Le saco la lengua y se ríe. —Gracias, Hank. —Con un movimiento de cabeza, se lanza a rellenar los pedidos de bebidas.

Al dirigirme a la parte de atrás, pienso en lo que quiero comer. Tenemos la típica comida de bar como nachos y queso, pretzels blandos, pieles de patata, pepinillos fritos, palitos de queso, alitas, artículos fáciles de pedir y preparar. Me conformo con un pedido de palitos de mozzarella con salsa barbacoa para mojar en lugar de salsa de pizza. No lo critiques hasta que lo hayas probado.

Vuelvo a la barra y me sirvo un Dr. Pepper antes de abrirme paso entre la multitud hasta el fondo del bar, donde Orrin, mi primo, me dijo que él y sus hermanos estaban sentados.

—Ahí está. —Orrin sonríe mientras aparta la silla vacía que está a su lado para que me pueda sentar—. Empezaba a preguntarme si Hank iba a darte un respiro. —Sonríe, porque ambos sabemos que no es Hank.

—Es una locura esta noche —digo, tomando el asiento que me ofrecen. Levanto la vista para saludar a mis otros dos primos que Orrin dijo que estaban aquí y me quedo helada. Mi mirada choca con los orbes de color miel que han estado en mi mente todo el día.

—Ramsey —me saluda la profunda voz de Deacon, que suena como el terciopelo que envuelve mi nombre.

Mis manos están repentinamente húmedas y mi corazón comienza a acelerarse. —Deacon. —Asiento y me obligo a mirar a Brooks y a Declan—. Hola. —Sonríe a mis primos.

—¿Estás bien, Rams? —Declan pregunta.

—Estoy bien. ¿Quién tiene a Blakely esta noche? —le pregunto. Como padre soltero de una niña, Declan siempre parece estar más en sintonía con las emociones que el resto de sus hermanos.

—Mamá y papá. Están acampando en el salón. —Sonríe como si la sola idea fuera agradable.

—Maldición —murmura Brooks—, recuerdo haber hecho eso cuando teníamos su edad.

—Estoy seguro de que te dejarían unirte a ellos —se burla Orrin.

Brooks señala a su hermano mayor. —No me tientes, mi hombre. Una noche con la cocina de mamá y los arrumacos de Blakely me parece un buen momento.

No puedo evitar sonreír ante sus bromas. Mis primos, los nueve, están muy unidos. Son los hermanos que nunca tuve, y cuando llamé a mi tía Carol hace dos años, me aceptaron en su redil como si fuera algo natural. Como única chica en una casa llena de chicos, fue un reto, como mínimo. Soy hija única, así que fue una adaptación para mí. Aunque la mayoría de ellos ya se había mudado cuando yo llegué, siguen estando ahí todo el tiempo. La relación que tienen con sus padres es algo que nunca he conocido y, a día de hoy, me sigue asombrando lo unidos que están y el amor que comparten.

Espero que se den cuenta de lo verdaderamente especiales y afortunados que son por tener ese vínculo. No sólo con sus padres, sino entre ellos. Nunca conocerán la soledad con la que yo crecí.

—¿Cómo fue la sesión de fotos? —Brooks pregunta—. Sé que estabas estresada por ello.

—Bien. —Mantengo mis ojos en los suyos y no me atrevo a mirar a Deacon.

—¿Sólo bien? —pregunta. Puedo oír la pregunta en su voz. También puedo oír la expectativa. Aquí es donde les contaría todo. Lo bueno y lo malo. En lugar de eso, mantengo la boca cerrada. Estoy segura de que no quieren oír cómo besé a su amigo, que es mucho mayor que yo, y que no he pensado más que en él desde la sesión de fotos.

—No fue tan malo como pensé que sería. —Esa es la verdad. Imaginé una tortura, pero en lugar de eso, obtuve a... Deacon.

—¿Quién era el tipo? —Declan pregunta—. Sé que estabas preocupada por él.

—No debería haber estado. Palmer me cubría las espaldas. —Otra verdad. De ninguna manera puedo decirles que fue el hermano mayor de mi mejor amiga y su amigo. El tipo que está sentado frente a mí en la mesa, y hace que mi corazón martillee en mi pecho. Sabía que eran amigos. Los había oído hablar de él, pero nunca lo había conocido. Palmer dice que trabaja todo el tiempo, y los chicos han dicho lo mismo. Sin embargo, yo también. Si en algún momento estuvo cerca, probablemente yo también estaba trabajando.

—¿Sí? —Orrin pregunta—. Entonces, ¿quién era?

—Yo. —Mis ojos se dirigen a Deacon cuando levanta la mano—. Fui yo. —Sus ojos se clavan en los míos, y de repente me cuesta respirar con su atención centrada en mí.

—¿Tú? —pregunta Orrin. Se atraganta con la palabra, como si no pudiera creer que Deacon fuera mi cita a ciegas.

—Sí —responde Deacon, con sus ojos aún clavados en los míos.

—¿Cómo te metió Palmer en eso? —pregunta Declan riendo.

Deacon finalmente aparta su mirada de la mía. —Mierda, ya sabes cómo es ella. Nunca he podido decirle que no.

—¿Y? ¿Cómo fue? —Brooks pregunta de nuevo. Está decidido a sacármelo.

—Bien. —Deacon vuelve a centrar su atención en mí—. Estuvo bien.

—¿Rams? —pregunta Brooks.

—Te lo dije. Estuvo bien. No fue tan malo como esperaba. —En cambio, fue mejor de lo que podría haber imaginado.

—¿Cuándo vamos a ver las fotos? —La mirada de Orrin rebota entre su mejor amigo y yo.

—Ramsey y yo tenemos la primera mirada. Podemos vetar cualquier foto que no queramos que se comparta.

—¿Hay algo que haya pasado que no quieras que se comparta? —La voz de Orrin es un poco más dura y mucho más profunda de lo que era momentos antes.

—No —se apresura a responder Deacon—. Sin embargo, sé que Ramsey estaba nerviosa, así que me aseguré de que Palmer aceptara compartir sólo lo que ella aprobara.

—¿Y qué hay de ti? —pregunta Declan.

Deacon levanta lentamente los hombros. —Los compartiría todas.

Siento que mi cara arde de vergüenza, pero también algo que no puedo nombrar. Un enjambre de mariposas cobra vida en mi vientre ante su confesión. Quizá no era la única que se sentía... conectada de esa manera. Esa es la mejor manera en que puedo describirlo. En el momento en que puse mis ojos en él, su presencia me tranquilizó.

—¿Y tú? —Los ojos de Orrin sostienen los míos.

—Sinceramente, no estoy segura —admito—. Es decir, si consiguiera una foto en la que mi cara está destrozada por una risa tonta o algo así, probablemente le pediría que no la compartiera. —Los ojos de Deacon se clavan en los míos, y espero que entienda lo que digo. No me molesta el resultado de la sesión de fotos.

—Bonito —dice Brooks, tomando el resto de su cerveza.

—Palmer tiene mucho talento. Estoy segura de que las fotos van a salir muy bien. —No lo digo por decir. Mi mejor amiga tiene mucho talento, y no puedo esperar a ver el resultado final.

—¿Cuánto dura tu descanso? —Puedo sentir los ojos de Deacon sobre mí mientras hace la pregunta.

—Treinta minutos. —Lo miro a través de la mesa y él asiente a mis palitos de mozzarella.

—Será mejor que comas algo. —Su voz es suave, pero también se siente como si hubiera una preocupación allí.

—Sí, estos se enfrían. —Tomo un palito de mozzarella y lo mojo en la salsa barbacoa.

—¿Eso es salsa barbacoa? —Deacon se inclina hacia delante para ver mejor mi plato.

—Sí. —De nuevo, siento que mi cara se sonroja—. Es bueno. ¿Quieres probarlo? —Le ofrezco el palito de mozzarella que acabo de mojar y, para mi sorpresa, se inclina un poco más sobre la mesa y abre la boca.

Por instinto, se lo meto en la boca y le da un mordisco, sentándose mientras mastica. —No está mal. —Me sonrío.

—¿Verdad? —Vuelvo a mojar el resto del palito de mozzarella en la salsa barbacoa antes de dar mi propio bocado.

—¿Compartes la comida con cualquiera? —La voz de Orrin es gruesa, y la inquietud se apodera de mí. Lo último que quiero es que la atracción que siento por Deacon se interponga entre su amistad.

—No. Pero Deacon no es cualquiera. —Es el tipo en el que no puedo dejar de pensar. También es el que me estaba besando hace unas horas—. Es el hermano de mi mejor amiga y tu mejor amigo.

—No lo conoces —replica Orrin.

—Claro que sí. Es Deacon. —Me encojo de hombros como si no fuera gran cosa.

Afortunadamente Brooks cambia de tema hablando de algo relacionado con su coche. Declan se mete de lleno en la conversación. Puedo sentir la mirada de Orrin y, aunque no quiero, me giro para mirarlo. —¿Qué pasa?

—¿Estás bien, Ramsey?

Le sonrío. No es falsa ni forzada. Es genuina. —Estoy bien, O. Lo prometo. —No me atrevo a mirar a Deacon, pero quiero hacerlo. En lugar de eso, me concentro en comer el resto de mis palitos de mozzarella y escuchar a mis primos hablar de coches.

—Debería volver al trabajo —digo unos minutos después. Me pongo de pie y recojo mi cesta ya vacía y mi vaso de Dr. Pepper—. Nos vemos luego. —Saludo con la mano a la mesa. No establezco contacto visual con ninguno de ellos antes de girar

sobre mis talones y volver corriendo a la cocina. Tiro la basura y vuelvo a colocar la cesta de plástico roja en el estante antes de volver a fichar.

Hank mira su reloj y sonríe. Le sacudo la cabeza mientras vuelvo a llenar los pedidos. Los fines de semana suelen estar muy ocupados, pero esta noche se ha convertido en un nuevo nivel. Estoy sirviendo bebidas a diestra y siniestra, cantando al ritmo de la gramola, cuando lo veo acercarse a la barra.

—Hola.

—Ramsey —me saluda Deacon.

—¿Qué puedo ofrecerte? —Estoy orgullosa de ser capaz de mantener la calma en mi voz.

—¿Qué tal un poco de esa cerveza de raíz que hace Hank?

—Está muy buena —le digo, tomando un vaso del congelador, añadiendo un poco de hielo y llenándolo con la cerveza de raíz casera de Hank—. Aquí tienes. —Deslizo el vaso por la barra hacia él—. Tres dólares.

—Gracias. —Me da un billete de veinte y se da la vuelta para marcharse.

—¡Deacon! —Lo llamo. Se detiene y se gira para mirarme—. Olvidaste el cambio. —Levanto los veinte, haciéndole saber que me ha dado un billete tan grande.

—Eso es tuyo.

—No. —Sacudo la cabeza con vehemencia—. Eso es demasiado.

Sus ojos dorados me estudian antes de responder: —Tú lo vales. —Me guiña un ojo, se gira y se aleja.

La taberna es muy ruidosa, pero sus palabras me golpean como si las hubiera gritado. Me quedo congelada en el tiempo, repitiendo sus palabras una y otra vez en mi mente.

—Hola. —Un brazo se posa en mi hombro, haciéndome saltar—. ¿Estás bien? —Chance, un compañero camarero, pregunta.

—Sí. Sí. Estoy bien. —Asiento. Me sacudo del trance de Deacon y vuelvo al trabajo. Intento por todos los medios no pensar en él, pero es difícil no hacerlo. No después de la sesión de fotos y de esta noche. Sé que no puede salir nada de esto... sea lo que sea, lo que siento por él. Es sólo porque fue amable conmigo, y técnicamente, mi primer beso, el primero que aprobé de todos modos. Eso tiene que ser. Sólo necesito terminar la noche e ir a casa y descansar un poco. Todo será mejor después de eso.



Los pies me están matando. Termino de limpiar los mostradores y tiro el trapo en el cubo sucio del armario de suministros. Una vez en la pequeña sala de descanso, tomo mi bolso y saco mis cosas. Uno de los chicos siempre se queda para acompañarnos a la salida, y Hank se asegura de que el estacionamiento esté bien iluminado, pero nunca se sabe. Willow River es una ciudad pequeña y tranquila, pero mi pasado siempre me recuerda que la gente no siempre es lo que parece.

—¿Estás lista? —pregunta Chance.

—He estado preparada. Estoy agotada.

—Tabitha, ¿estás lista? —Chance pregunta.

—Sí. —Sonríe y se une a nosotros.

—¿Hank? —Chance pregunta.

—Esta noche voy a dormir arriba —nos dice—. Tengo un nuevo vendedor que viene por la mañana temprano a reunirse conmigo, y es más fácil quedarse aquí.

—Muy bien, hombre. Nos vemos. —Chance saluda, al igual que Tabitha y yo, mientras lo seguimos por la puerta.

—¿Quién es ese? —Tabitha pregunta.

Me giro para seguir su mirada, y mi corazón se detiene.

—Deacon —susurro.

—¿Estás bien? —Me pregunta Chance.

—Sí.

—¿Segura?

—Lo estoy. —Le sonrío, esperando que no vea el temblor en mi sonrisa. Sé, o al menos creo que lo sé, que Deacon nunca me haría daño, pero estar a solas con él en un estacionamiento oscuro no es precisamente una decisión inteligente.

—Hola —digo, separándome de mis compañeros de trabajo y acercándome lentamente a él. Está apoyado en el lateral de su camioneta, que está estacionada junto a mi coche—. ¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto con voz temblorosa.

—Me fui hace un par de horas —confiesa—. Luego llegué a casa y empecé a pensar en que salías tarde del trabajo y salías sola, y bueno —se encoge de hombros—, aquí estoy.

—Uno de los chicos siempre nos acompaña fuera —le digo—. Y yo tengo esto. —Levanto mi spray para mostrársela.

Asiente con la cabeza. —Bien. Eso es bueno.

Me acerco un paso más. —¿Estabas preocupado por mí?

—Sí —dice, pasándose una mano por el cabello.

—Estoy bien.

Se levanta de donde está apoyado en su camioneta y da un paso hacia mí, poniéndonos frente a frente. —¿Puedo tocarte, Ramsey?

Mi respiración se detiene en los pulmones, lo que hace imposible hablar, así que asiento.

Levantando su mano, me pasa el cabello por detrás de la oreja antes de dejar que su dedo índice me trace la mandíbula. —Tenía que asegurarme —susurra con voz ronca.

—¿Estás bien, Ramsey? —Chance grita.

Su voz rompe nuestro trance y Deacon baja la mano. Me giro para mirar a Chance. —Todo está bien. Gracias por acompañarme a la salida. Nos vemos mañana por la noche.

Chance nos estudia durante unos minutos antes de subir a su coche, pero no se marcha.

—No se va a ir hasta que yo lo haga.

—¿Es tu novio? —Deacon pregunta con un tono de voz más marcado que el que he escuchado hasta ahora. No es malo, solo... desaprobador, tal vez.

—No. Sólo un buen tipo. Hank, mi jefe, insiste en que uno de los chicos esté con nosotras, las chicas, y se queden hasta que nos vayamos. Son buena gente.

—Es bueno escuchar eso. Será mejor que te vayas. —Se acerca a mí, me pone la mano en la espalda y me lleva a dar los últimos pasos hasta la puerta del coche. Desbloqueo la puerta y meto el bolso dentro.

—Gracias por comprobar cómo estoy.

—Voy a acercarme —me dice. Asiento, y él se inclina, presionando sus labios en mi mejilla—. Conduce con cuidado, cariño.

La sangre corre por mis oídos, haciendo difícil escuchar algo más que el ritmo estruendoso. —Buenas noches, Deacon. —Me acomodo tras el volante. Espera a que me abroche el cinturón de seguridad antes de cerrar la puerta y dar dos golpecitos en el capó.

Me tiemblan las manos cuando arranco el coche y pongo la marcha. Lentamente, mi pie pisa el acelerador y salgo del estacionamiento. Pienso en Deacon durante todo el camino de vuelta a mi apartamento. No sé qué ha pasado esta noche. Estoy muy confundida, pero puedo admitir, aunque sea para mí misma, que su atención no es desagradable. Deacon parece un buen tipo. Es guapísimo y está fuera de los límites. Es el hermano mayor de mi mejor amiga, y si la reacción de mi primo

KAYLEE RYAN

With Me

esta noche es un indicio, no le impresiona la mera idea de que ocurra algo entre su mejor amigo y yo.

Never

Seis

DEACON

Este ha sido uno de los días más largos de mi vida. No he dormido una mierda en todo el fin de semana, y mi concentración, se ha desvanecido ante un ángel de ojos azules llamado Ramsey. Es lunes por la tarde, y todavía estoy en el trabajo porque no puedo dejar de pensar en ella el tiempo suficiente para ponerme las pilas y terminar este escrito. Llevo trabajando en él desde el sábado, el día que la conocí y el día que se infiltró en mi mente sin permiso.

Por suerte, la oficina estaba muy tranquila hoy, y mis jefes estaban demasiado ocupados con sus propios casos para reconocer que no estoy en mi juego. *Nunca* estoy fuera de juego.

Nunca.

Al menos no hasta los últimos días. Son un poco más de las ocho, y mi estómago está gruñendo. Hoy me he perdido el almuerzo. Estaba decidido a no salir de mi oficina hasta que terminara. Debería haber terminado este fin de semana, pero el trabajo en casa no ha sucedido. No ha pasado nada, salvo que mi mente no deja de pensar en ella. Hay un millón de razones por las que pensar en ella está mal. Es demasiado joven para mí. Es la mejor amiga de mi hermana y la prima pequeña de mi mejor amigo.

No me perdí las miradas que Orrin me lanzaba el sábado por la noche mientras Ramsey se sentaba con nosotros. Continuó diciéndome que había pasado por un infierno y que se preocupaba por ella. Entendí el mensaje subyacente. Déjala en paz. No lo dijo abiertamente, pero lo escuché alto y claro. Y tiene razón. Tengo que dejarla en paz. Soy al menos diez años mayor que ella, y ya está demasiado cerca de la gente que me importa. Eso sólo puede terminar en un desastre. Soy un adicto al trabajo, y ella se merece a alguien que le dedique su tiempo. El tiempo que ella se merece.

Alcanzo mi botella de agua y veo que está vacía. A la mierda. Voy a la sala de descanso y me tomo un café. Necesito ir a casa, necesito comer, pero también necesito terminar esto. Me quedan unas cuantas páginas, y estoy decidido a terminarlas esta noche. No me iré de aquí hasta que estén terminadas.

Me levanto del escritorio y me dirijo a la puerta. Mi teléfono me avisa de un mensaje y, cuando miro la pantalla, veo que se trata de mi hermana pequeña.

Palmer: ¡Deacon! ¡Estas imágenes!

Su texto va seguido de tres emojis de fuego. Palmer no necesita decirme lo calientes que son. Yo estaba allí. Viví el momento que ella sólo presencié a través de su lente. Tuve mis manos sobre Ramsey, saboreé sus labios y tuve mi polla acurrucada entre sus muslos. Tres emojis de fuego no son suficientes para describir lo que pasó ese día.

Ni siquiera cerca.

Vuelvo a meter el teléfono en el bolsillo y sigo por el pasillo hasta la pequeña sala de descanso. Cuando abro la puerta, hay una mujer de pie de espaldas a mí mientras limpia los mostradores. Me recuerda a Ramsey. No. No voy a ir allí. Me aclaro la garganta para avisar a la mujer de mi presencia. —Lo siento. Sólo necesito tomar una taza de café rápido, y me quitaré de en medio —le aseguro.

La mujer se gira lentamente para mirarme y me quedo con la boca abierta.

—¿Ramsey?

Levanta la mano en un saludo incómodo y sonrío. —Hola, Deacon.

—¿Qué haces aquí? —Doy dos pasos hacia ella y me detengo. Quiero atraerla hacia mis brazos y abrazarla con fuerza. Quiero besar sus labios y simplemente... ¡mierda! No puedo tener pensamientos así sobre ella. Esto tiene que parar.

—Estoy limpiando. Es uno de mis trabajos secundarios. La chica que suele limpiar llamó enferma, y como no trabajo en la Taberna, les dije que trabajaría yo.

—¿Has limpiado esta oficina antes? —Seguramente si lo hubiera hecho, me habría fijado en ella. Ramsey no es el tipo de mujer que se olvida. A estas alturas soy un experto en esto.

Ella asiente. —Lo he hecho, pero normalmente estoy sola. Todo el mundo suele irse cuando yo empiezo. ¿Qué haces todavía aquí? Es tarde.

¿Es esa la preocupación que escucho en su voz? —Trabajando. —Me paso las manos por el cabello, que sé que tiene que parecer que he estado de fiesta. He hecho ese mismo movimiento innumerables veces hoy. No puedo quitarme a esta mujer de la cabeza.

—¿Así que Palmer tiene razón? ¿Eres un adicto al trabajo?

No hay juicio en su tono. —Sí. Sin embargo, viniendo de alguien que tiene tres trabajos, no estoy tan seguro de que puedas hacerme pasar un mal rato por ello. —Estoy bromeando, y espero que mi sonrisa se lo diga.

—Oh. No lo estoy. Lo siento. Sólo estaba... haciendo conversación.

Me acerco un paso más a ella. Me meto las manos en los bolsillos del pantalón para no alcanzarla. —Lo sé. No es un mal rasgo.

Ella sonríe cálidamente. —No. No lo es —acepta.

Mi estómago refunfuña y ella se ríe. El sonido llena el silencio de la habitación, envolviéndome como un abrazo. —Me olvidé de comer hoy.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Te olvidaste de comer? Deacon, eso no es bueno. Tienes que cuidarte más. No puedes estar todo el día sin comer. Tu cuerpo y tu mente necesitan combustible —me regaña. Tiene el ceño fruncido y es muy guapa.

—Lo sé. No es algo que haga un hábito.

—Vete. Tu día ha terminado. Vete a casa a comer y a descansar.

—¿Cuánto falta para que termines?

—Sólo tengo que barrer y sacar la basura de las oficinas. —Inclina la cabeza hacia un lado para estudiarme—. ¿Por qué?

—¿Ya cenaste?

—No. Sólo pensé en tomar algo cuando llegara a casa.

—Ramsey. —Coloco mi mano sobre mi corazón como si estuviera horrorizado—. Tu cuerpo y tu mente necesitan combustible. —Sonrío.

Una sonrisa lenta y sexy cruza su rostro. —Me lo merezco.

—¿Cenas conmigo? —Pedirle que cene conmigo es lo último que debería hacer. Las advertencias de por qué no puedo tenerla siguen vivas y bien, pero estoy eligiendo ignorar cada una de ellas.

—Oh. Um... No quiero que tengas que esperar por mí.

—No voy a hacerlo. Voy a ayudarte. —La idea toma forma en mi mente. Puedo ayudarla con la basura, y ella puede barrer, y entonces la tengo toda para mí.

—No. Quiero decir, no puedes hacer eso. No puedo dejar que lo hagas.

—No me dejas hacer nada. Yo me ofrecí. Además, los dos tenemos que cenar, y por lo que parece, los dos pensábamos ir a casa y comer solos. Así podemos hacernos compañía. —Y puedo pasar un poco más de tiempo con ella y tal vez satisfacer este anhelo que parece que tengo por ella y del que no me puedo librar.

—Deacon, yo —empieza, pero cierra rápidamente la boca cuando doy los dos últimos pasos que me dejan de pie justo delante de ella. Sus ojos azules me miran bajo las largas pestañas oscuras, y es tan hermosa como la recuerdo.

—¿Por favor? Déjame invitarte a cenar. —Se queda callada mientras se muerde el labio inferior, debatiendo su respuesta—. Voy a tocarte —le advierto. Levanto la mano y la apoyo en su mejilla, y mierda. Su piel es tan suave—. Me encantaría tu compañía. —No es una frase. Nada me gustaría más que pasar unas horas con ella comiendo. Hay algo en ella que no puedo dejar pasar. El tiempo con ella me dará la oportunidad de averiguar qué es ese agarre y cómo puedo detenerlo.

—Me gustaría —responde. Su voz es suave y su aliento es cálido cuando toca mi cara.

—¿Sí? —Me inclino aún más. Estoy tan cerca que podría besarla. Hay tantas razones para hacerlo como para no hacerlo, pero mi conciencia gana, así que me obligo a soltar la mano y dar un paso atrás.

—Sí.

Le hago una sonrisa. —Voy por la basura. —Giro sobre mis talones y me dirijo a la oficina al otro lado del pasillo. Somos una empresa pequeña. Tres despachos, dos salas de reuniones, una sala de descanso, dos baños pequeños y una zona de recepción.

Me apresuro a recorrer las habitaciones, sacando bolsas de basura y arrojándolas a un montón junto a la puerta trasera. Una vez que he sustituido todos los botes por una nueva bolsa, los recojo todos y los llevo al contenedor. La luz del solar parpadea, pero no proporciona mucha luminosidad. Nunca había pensado mucho en ello, pero hay que arreglarlo. No es seguro para Ramsey ni para ninguna mujer estar aquí sola de noche si el solar no está bien iluminado. Esto es Willow River, y el índice de criminalidad es bajo, pero su seguridad no es algo que esté dispuesto a arriesgar. Tomo nota de que debo hablar con el Sr. Gordman y el Sr. Patrick a primera hora de la mañana para que arreglen la luz.

Estoy cerrando la puerta trasera y asegurándome de que está cerrada con llave cuando Ramsey sale del pequeño armario de suministros. —Gracias por la ayuda, Deacon.

—Gracias por cenar conmigo. ¿Está todo listo?

—Sí. —Mira sus leggings negros y su polo del servicio de limpieza Maid For You—. No estoy realmente vestida para salir.

—Conozco justo el lugar. ¿Te gusta la pizza?

—¿No lo hace todo el mundo? —replica ella.

With Me

—Todos los que conozco. —Asiento, sonriendo—. Toma tus cosas y reúnete conmigo en mi despacho. —Salgo corriendo por el pasillo y cierro mi portátil. No me molesto en guardarla para llevármela a casa. Sé que no voy a trabajar. Volveré temprano por la mañana, antes de que lleguen los demás, para intentar hacer algo.

—Puedes venir conmigo. Te llevaré a tu coche —le digo, poniendo mi mano en la parte baja de su espalda y guiándola fuera del edificio.

—Oh, no tienes que hacer eso. Puedo seguirte a donde sea.

Tengo en la punta de la lengua decirle que me siga a casa, pero me guardo esa petición. —No. Vamos. —La guío hasta mi camioneta.

—Esperaba que condujeras un coche o un todoterreno —confiesa.

—Yo también tengo un coche, pero prefiero mi camioneta. —Alcanzo la puerta y la abro. Ella me ofrece una vista espectacular de su trasero mientras sube al interior. Espero a que se acomode y se ponga el cinturón de seguridad antes de cerrar la puerta.

—Así que pensé que podríamos conducir hasta Harris y comer en la pizzería Momma Joe —sugiero mientras pongo la camioneta en avanzar y salgo del estacionamiento.

—Oh. Nunca he estado allí.

—Harris está a sólo veinte minutos en coche.

—He estado en Harris, pero nunca en Momma Joe's —explica.

—Te lo has estado perdiendo —le digo—. No sé lo que es, pero es mi pizza favorita de los alrededores.

—Estoy deseando probarla. —Me sonrío y algo sucede en mi pecho. Se tensa, y la sensación es extraña.

—Así que tienes la noche libre. ¿Cuándo vuelves a trabajar? —pregunto. No sé mucho sobre ella, pero quiero cambiar eso. Espero que conocerla mejor alivie este encaprichamiento que tengo con ella.

—Estoy libre mañana. Suelo trabajar dos turnos a la semana con At Your Service Catering, pero han cancelado una fiesta, así que no me necesitan.

—¿Cómo te las arreglas para tener tres trabajos?

—El trabajo de limpieza lo hago de vez en cuando. No es nada consistente. El trabajo de catering fue el primero que hice cuando me mudé a Willow River. Se arriesgaron conmigo, y bueno, odio dejarlos del todo. También es donde conocí a Palmer. También trabajo cinco días a la semana. De miércoles a domingo en la Taberna Willow.

Ella lo mencionó un poco en la sesión de fotos, pero siento que no le estaba prestando toda mi atención. No cuando mis manos estaban sobre ella. —Si pudieras tener cualquier trabajo en el mundo, ¿cuál sería? —pregunto. Seguramente trabajar en la Taberna del Sauce no es su trabajo definitivo. No hay nada malo en ello si lo es, pero algo me dice que no lo es.

—Bueno, yo... um, en realidad, tengo una licenciatura en ciencias políticas. Sólo que nunca la he usado. —Traga con fuerza—. Mi padre era estricto e insistió en que empezara a tomar clases en la universidad mientras estaba en el instituto. No me importaba. De hecho, lo prefería. Prefería quedarme en casa y estudiar que tener que fingir con mis falsas amigas y el chico con el que insistían en que saliera. Me gradué antes.

—Primero, lo siento. Odio que hayas tenido que lidiar con gente falsa, y con un tipo que no te gustaba. Odio aún más que haya sido a manos de tu padre. Segundo, felicidades por graduarte antes. Eso es impresionante. ¿Por qué nunca has usado tu título? Si no te importa que te lo pregunte.

—No era algo que quisiera. —No me da más que eso, y no la presiono. Quiero hacerlo, pero algo me dice que pedirle más sólo la haría callar.

—¿Siempre quisiste ser abogado? —pregunta, con el cuerpo repentinamente rígido.

—Bueno, si lo cuentan mis padres, sí. —Me río—. Yo era el rey de las discusiones con ellos y con mi hermana mediana, Piper, cuando éramos más jóvenes. No tanto con Palmer. Ella tenía ocho años cuando me fui a la universidad. —Otro recordatorio de que esta mujer es demasiado joven para mí.

—Entonces, ¿eres diez años mayor que Palmer?

—Lo soy.

Ella asiente. —¿Eso te hace qué? ¿Treinta y dos? —pregunta.

—Sí. Cumpliré treinta y tres años en octubre. ¿Y tú?

—Tengo veintidós años. Cumpliré veintitrés en agosto.

Ella acaba de confirmar lo que ya sabía. Soy demasiado viejo para ella. Hay un diablo sentado en un hombro que me dice que la edad es sólo un número, y un ángel en el otro que me dice que sólo podemos ser amigos. Es agotadora la forma en que mi mente sigue flotando de un lado a otro entre los dos.

—¿Y? ¿Ser abogado? —Dirige la conversación de nuevo a su pregunta.

—Cuando empecé la universidad, no tenía ni idea de lo que quería hacer. Sabía que quería un título. Quería una carrera en la que no tuviera que vivir al día. Mis padres se dejaban la piel para criarnos a los tres, y a veces el dinero era escaso, y yo

sabía que quería algo mejor. Quería ser capaz de mantener una familia si mi futura esposa decidía que quería quedarse en casa y criar a nuestros hijos.

—¿Pensabas en una esposa e hijos en la universidad? —La sorpresa es evidente en su voz.

—Sí, es decir, no estaba preparado en ese momento, pero sabía que quería tener una familia propia algún día. ¿Y tú?

—Yo... no crecí así. Mis padres no fueron tan indulgentes con mis elecciones.

—¿Significa que controlaban tu vida? —pregunto, leyendo entre líneas.

—Más o menos. —Suspira—. Nunca se me ha permitido pensar por mí misma. Al menos no hasta que me mudé a Willow River.

—¿Cómo los convenciste para que te dejaran hacer eso? —le pregunto. Se queda callada. Cuando miro, se retuerce las manos en el regazo. Por instinto, me acerco y las cubro con las mías—. Lo siento. No tienes que responder a eso.

—No. Quiero hacerlo. Sólo que no hablo de ellos.

—Entonces no tienes que hacerlo.

Se gira para mirarme cuando entro en el estacionamiento de Momma Joe's. —Mi padre también es abogado —dice suavemente—. Él es... Tú no eres como él.

—No sé si eso es algo bueno o malo.

Ella traga con fuerza. —Es algo bueno, Deacon.

—Bien. —Le doy un suave apretón en la mano—. Siéntate bien. Voy a abrir tu puerta. —Saco las llaves del contacto, salgo de la camioneta y corro hacia su puerta. Una vez que la abro, le ofrezco mi mano para ayudarla a bajar, y mi palma vuelve a encontrar el camino hacia la parte baja de su espalda mientras la guío hacia el interior.

No sé qué pasa con ella y sus padres, pero odio la cara que pone. Mi nueva misión esta noche es devolverle la sonrisa.

Siete

RAMSEY

El calor de su palma apoyada en mi espalda penetra a través de la fina tela de mi polo de la empresa. No puedo creer que haya aceptado cenar con él vestida así. Es posiblemente el hombre más sexy del mundo. Me siento desaliñada a su lado con el cabello recogido en un nudo sobre la cabeza, mis leggings, el polo y las zapatillas de tenis. No es que importe. Deacon sólo está siendo amable. De ninguna manera un hombre como él estaría interesado en mí.

No es que quiera que lo esté. Ya estoy harta de hombres, de abogados en particular. Aunque debo admitir que Deacon no actúa como mi padre o mi ex. Pero no lo conozco. Me gusta pensar que soy un buen juez de carácter. Supe de inmediato que Robert no era un buen tipo, pero Deacon nunca me dio esa sensación. Me recuerda a mis primos, un tipo relajado.

Estuve a punto de discutir el hecho de que no podía ir con él, pero en lugar de eso, envié un mensaje a mi tía Carol. No quise enviarle uno a Palmer, porque no sabía qué le parecería que yo cenara con su hermano. ¿A quién quiero engañar? Estaría encantada y probablemente estaría planeando nuestra boda. Estoy segura de que la tía Carol está detrás de ella, pero necesitaba decirle a alguien dónde estaba y con quién estaba.

Por si acaso.

Hablando de la tía Carol, mi teléfono vibra en mi bolso. —Lo siento, tengo que asegurarme de que la tía Carol no me necesita —le digo a Deacon mientras tomamos asiento.

—Por supuesto. —Sonríe amablemente, y es una sonrisa en la que siento que puedo confiar. Saco mi teléfono del bolso y leo la respuesta de la tía Carol.

Tía Carol: Gracias por avisarme. Diviértete en tu cita. Es un buen tipo, Ramsey. No tienes nada de qué preocuparte. Sin embargo, siempre es bueno que alguien sepa dónde vas a estar. Cuídate, dulce chica, y pásalo bien.

Yo: Gracias. Es sólo una cena. Creo que está siendo amable conmigo porque soy la mejor amiga de Palmer. Te enviaré un mensaje cuando estemos de camino a casa.

Voy a guardar mi teléfono en el bolso, pero su respuesta es instantánea.

Tía Carol: Eres hermosa, Ramsey. No tengo duda de que por eso ese joven te invitó a cenar.

Tía Carol: Es una cita, Rams.

No respondo. En su lugar, me tomo más tiempo del necesario para volver a meter el teléfono en el bolsillo lateral interior del bolso y ocultar el rubor que, estoy segura, cubre mis mejillas.

—Tienes que decirme quién ha provocado que ese tono de rosa cubra tus mejillas —dice Deacon, su voz es autoritaria pero a la vez suave.

—Era la tía Carol. Le dije que salíamos a cenar.

Asiente. —¿Y qué dijo ella?

—Nada. —Le hago un gesto para que lo olvide y tomo un menú, usándolo como escudo.

—¿Ramsey?

Mi cara sigue oculta por el menú, pero sé que no puedo esconderme detrás de él toda la noche. Lentamente, bajo el menú a la mesa. —Sólo me dijo que me lo pasara bien en mi cita, y le dije que no era una cita. Que sólo estabas siendo amable llevando a la mejor amiga de Palmer a cenar.

—¿Te he invitado a cenar? —Apoya los brazos en la mesa y se inclina hacia delante como si mi respuesta fuera a ser fascinante.

—Sí.

—¿Y yo nos conduje hasta aquí?

—Sí.

—Es una cita, Ramsey. —Se sienta de nuevo en su lado de la cabina y cruza los brazos sobre el pecho. Parece orgulloso de sí mismo, mientras que yo estoy internamente alucinando.

—No tienes que decir eso.

—¿Parezco un hombre que dice cosas que no quiere? —pregunta.

—No te conozco.

Asiente. —Pero lo harás.

—¿Qué significa eso?

—Justo lo que dije.

—Bienvenidos a Momma Joe's. Soy Becky. ¿Puedo empezar con algunas bebidas?

Deacon asiente hacia mí. —Té dulce, por favor.

—Tomaré lo mismo —le dice Deacon.

Estoy fuera de mi zona de confort. Su intensa mirada está provocando todo tipo de cosas extrañas. Me sudan las palmas de las manos, se me acelera el corazón y siento un aleteo en el vientre que sólo he sentido al leer a uno de mis autores románticos favoritos. No se me escapa que no hay miedo ni temor al estar sentada aquí con él. —¿Qué hay de bueno aquí? —pregunto, tomando mi menú.

—Todo —dice, tomando su propio menú.

Por fin, siento que puedo respirar profundamente y de manera uniforme. —¿Quieres compartir una pizza? —le pregunto.

—Sí.

—¿Qué te gusta en la tuyo?

—Comeré cualquier cosa.

—Sí, ¿pero tienes que tener una favorita? —Retiro mi mirada del menú y la pongo en él. Es tan guapo. Las fotos que he visto de él no le hacen justicia. Son sus ojos. Son hipnotizantes.

—Suelo pedir supremas y añadir setas.

—Eso funciona para mí.

—¿Siempre eres tan agradable? —pregunta.

—¿Qué hay de malo en ser agradable?

—Dime lo que quieres, Ramsey. ¿Cuál es tu favorita?

—Soy buena con las supremas y las setas.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Tengo que bajar la mirada a la mesa. No puedo soportar la intensidad de sus ojos cuando se clavan en los míos. Sé lo que me está pidiendo, y seguro que tengo una favorita, pero los años en los que he sido entrenada para seguir la corriente con

los demás son difíciles de romper. Las únicas personas con las que no lo hago son mis tíos, mis primos y Palmer.

—Muévete. —Su voz profunda me produce escalofríos cuando se pone a mi lado. Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me di cuenta de que se había levantado.

Haciendo lo que me pide, me muevo en la cabina y él se sienta a mi lado. Siento que mi ansiedad empieza a ser máxima. Lo he hecho enojar, y no conozco a Deacon lo suficiente como para saber cómo va a reaccionar. Mi instinto me dice que puedo confiar en él, pero es mi cabeza la que tiene el control ahora mismo. Me acerco todo lo que puedo al otro lado de la cabina, poniendo distancia entre nosotros. Distancia que Deacon cierra, y aprieta su cuerpo junto al mío.

Entonces se gira para mirarme. —Voy a tocarte. —Su advertencia llega sólo unos segundos antes de que sus dos manos se posen en mis mejillas—. Nunca conmigo, Ramsey. Cuando estes conmigo, me dices lo que quieres. No me importa si lo odio. Si lo amas, eso es lo que me importa. Nunca quiero que ocultes quién eres. —Su pulgar me recorre el labio inferior—. Nunca quiero que me ocultes tus necesidades, deseos o anhelos. Nunca.

Asiento porque he vuelto a perder la capacidad de hablar cuando Deacon está en mi presencia.

—Esta es una de esas veces que voy a necesitar tus palabras, cariño —dice suavemente.

—Lo entiendo. Lo siento.

—No tienes nada que lamentar, Ramsey. No quiero conocer a la mujer que crees que quiero que seas. Quiero conocerte a ti. La verdadera tú. Eso incluye lo que te gusta y lo que no te gusta de la pizza. —Sonríe, y juro que siento como si mi corazón se hubiera tropezado en mi pecho.

—Jamón y piña.

Su sonrisa se amplía. —Entonces podemos hacer mitad y mitad. —Asiente con la cabeza como si fuera la decisión más fácil jamás tomada.

—No, no tenemos que hacer eso. Sólo te lo decía porque querías saberlo.

—Gracias, pero lo estamos haciendo. No hay reglas, Ramsey.

—¿Están listos para pedir? —pregunta Becky, apareciendo con nuestras bebidas. No parece importarle que Deacon esté ahora sentado a mi lado.

—Tomaremos una grande, de un lado jamón y piña, del otro suprema con champiñones, y una orden grande de palitos de pan.

—¿La salsa de pizza está bien para mojar? —Becky pregunta.

Deacon se gira para mirarme y yo asiento.

—Sí, está bien. Gracias. —Le entrega nuestros menús y se va a poner nuestro pedido.

Deacon se levanta y se mueve hacia su lado de la cabina, dejándome un poco de espacio para respirar. No es hasta que ya no puedo sentir el calor de su cuerpo pegado al mío que me doy cuenta de que quería que se quedara donde estaba.

Lo observo mientras abre su pajita antes de colocarla en su vaso y dar un profundo trago al té dulce. Me guiña un ojo al ver que lo estoy mirando. Sus ojos sonríen, si es que eso existe, y la suave curva que dibujan sus labios me hace sentir tranquila.

—Me cortaron.

Su cabeza se inclina hacia un lado. —¿Quién lo hizo?

—Mis padres. Así es como terminé en Willow River. Ellos me cortaron.

Su mandíbula se tensa. —Parece una historia. —No me presiona para que le dé detalles, aunque puedo ver su necesidad de preguntar escrita en su cara, y si eso no fuera suficiente para decírmelo, la firmeza de sus hombros lo haría.

—Una con la que no te voy a aburrir. —Busco mi pajita, la desenvuelvo, la pongo en mi vaso y doy un rápido sorbo a mi té.

—Nada de lo que sale de tu boca podría aburrirme —dice lamiéndose los labios.

Tomando otro sorbo de mi té, decido decírselo. Palmer lo sabe, y también mis primos, que son algunos de sus mejores amigos. Es mejor que se entere por mí. Además, el hecho de que sepa de dónde vengo le hará más fácil mantener las distancias.

—Mi padre era controlador. Es un poderoso abogado de Nueva York, y desde el momento en que nací, nunca hubo una decisión en mi vida que fuera mía. Nunca pude opinar sobre mi cabello, el estilo o el color. Nunca elegí mi ropa, bueno, a no ser que cuentes que me enviaba a su personal shopper y elegía artículos preaprobados para mí. No pude elegir la universidad a la que iba ni mi especialidad. Incluso eligió a mi novio.

—Maldición —murmura Deacon.

—Robert Barrington Tercero —digo su nombre con disgusto—. Era el hijo de uno de los socios de mi padre en su empresa. Tenían un gran plan. Robert y yo nos casaríamos, y cuando nuestros padres se jubilaran, él se haría cargo.

—Por eso también tienes una licenciatura en ciencias políticas. —Asiente como si lo entendiera.

—No. No por la razón que estás pensando. Mi lugar no era estar en la empresa. Debía ser una pequeña y buena esposa, formar parte de las juntas directivas de múltiples organizaciones benéficas y asegurarme de que las niñeras cuidaran de nuestros hijos. Mi padre insistió en que obtuviera un título de ciencias políticas para que, cuando estuviera con Robert o le acompañara en una recaudación de fondos o en un evento, pudiera seguir el ritmo y hablar de negocios para encajar. Es decir, cuando no se suponía que debía ser vista y no escuchada.

—Jesús —sisea. Alcanza el otro lado de la mesa y entrelaza sus dedos con los míos—. Lo siento mucho, Ramsey.

Sus dedos son cálidos y ásperos contra los míos. —No tienes nada que lamentar. —Exhalo lentamente y continúo: —El día que me fui fue el día en que mi padre impuso la ley. Insistió en que me casara con Robert y pusiera en marcha su plan. Por primera vez en mi vida adulta, le dije que no. Se enojó. Pasaron cosas, y yo seguí manteniéndome firme. Me dijo que si me negaba a hacer lo que él decía, estaba muerta para él.

—Hijo de puta. —La cara de Deacon se dibuja en una expresión de enojo, pero no me asusta. Sé que no está enojado conmigo, sino por mí.

—Me fui. Salí de la casa sin nada más que mi bolso y mi teléfono móvil. Dejé mi coche y todo lo que tenía. Todo lo que me compró. Todos los que conocía y que se suponía que eran mis amigos fueron elegidos por mi padre. No tenía a nadie. Buscando en mi teléfono, vi el nombre de la tía Carol y la llamé. Me dijo que fuera al aeropuerto y que tendría un boleto esperándome. Llamé a un taxi, vacié los dos mil dólares que tenía en mi cuenta bancaria, tiré el teléfono y me subí a un avión hacia Willow River.

—¿Te arrepientes? —pregunta.

—Por supuesto que no. Mis tíos me acogieron como si fuera suya. Mis primos se unieron a mí, y yo soy más bien su hermana que su prima. No nos veíamos mucho cuando crecíamos. Mi madre, ella es... bueno, ella no vale nada si soy honesta. Se quedaba mirando cómo mi padre... No me quería como una madre debería querer a su hijo.

—Odio que hayas tenido que pasar por eso. Odio que tu infancia estuviera llena de control y no de recuerdos felices sin preocupaciones, pero Ramsey, estoy jodidamente extasiado de que tu pasado te haya traído a Willow River.

—Aquí estamos. —Becky coloca un plato de palitos de pan frente a nosotros—. Su pizza debería estar justo arriba.

—Gracias —dice Deacon, sin apartar sus ojos de los míos—. ¿Puedo hacerte una pregunta? —pregunta mientras toma un plato pequeño y me sirve un palito de pan a mí y luego a él.

—Claro. —Me encojo de hombros, desenvolviendo mi tenedor de donde está enrollado en mi servilleta.

—¿Por qué no las muñecas?

Intento no mostrar mi vergüenza. —Te acuerdas de eso, ¿verdad? —le pregunto. Asiente—. Mi ex, solía agarrarme por la muñeca cuando no estaba conforme. Era brusco y a menudo me dejaba moratones. Supongo que aún no he superado el miedo que me inculcó. —Miro fijamente mi plato. No puedo mirarle a los ojos y ver que se compadece de lo débil que era cuando se trataba de Robert y de mi padre.

—¿Ramsey?

Sacudo la cabeza. No puedo mirarlo. Trago más allá del nudo en la garganta mientras lucho contra las lágrimas que amenazan con caer. Nunca debí decírselo, y definitivamente no aquí. Estoy segura de que, a sus ojos, soy una chica joven y débil que tiene que arreglarse. La idea de ver algo de eso reflejado en su mirada me hace un nudo en el estómago.

—Voy a abrazarte. —Lo oigo decir, un segundo antes de que sus brazos me envuelvan. Se ha movido una vez más hacia mi lado de la cabina, y tiene ambos brazos envueltos alrededor de mí—. Quiero encontrarlo, y quiero hacerle daño por lo que te hizo. Mierda, Rams, lo siento mucho.

Sus palabras hacen que se rompa el dique y caigan las lágrimas. Hacía dos años que no me permitía llorar por mi pasado. Le conté todo mi pasado a la tía Carol el día que llegué a Willow River y juré no volver a dar a mi padre o a Robert ese tipo de poder sobre mis emociones. Eso me ha funcionado bien, bueno, hasta Deacon. Lo oigo murmurar un agradecimiento y sé que tengo que recomponerme. Estamos en un maldito restaurante. Claro, no estamos en Willow River, pero está a solo veinte minutos en coche, y a él le encanta este lugar. Estoy seguro de que conoce a gente de este pueblo. Algunos incluso podrían ser sus clientes. Me libero de su agarre y él saca una servilleta de un montón que no estaba allí antes de mi crisis. Me limpio los ojos y le ofrezco una sonrisa acuosa.

—Lo siento. No suelo ser tan emocional. Sólo... contarte la historia, me hizo recordar todo.

—Nunca te disculpes cuando estés conmigo, Ramsey. Sé dueña de lo que sientes. Deja caer las lágrimas, grita, chilla, lo que necesites hacer. Hazlo tú.

Mis ojos recorren su rostro, buscando cualquier signo de falsedad en sus palabras, pero no encuentro ninguno. Sólo ojos color miel, deseando que sea yo para él. —Eres un buen hombre, Deacon.

—No dirías eso si pudieras leer mi mente. —Levanta lentamente la mano, dándome tiempo a decirle que no, y me coloca el cabello detrás de la oreja.

—Dime.

—Estás sentada aquí llorando, con el corazón abierto de par en par, y todo lo que puedo pensar es en besarte. Bueno, quiero matar al cabrón que te hizo daño, pero la parte de besarte es igual de fuerte.

—Soy una mocosa llorona. —Sacudo la cabeza, incapaz de creer lo que me está diciendo.

—Hay varias razones por las que no debería pensar en besar esos dulces labios tuyos, pero esa no es una de ellas. Eres hermosa.

—Basta. No tienes que decir esas cosas para animarme. —Sé que sólo intenta ser amable. Ojalá pudiera creer sus palabras, pero me da miedo permitirme la posibilidad de esperar o incluso soñar con que un hombre como Deacon ocupe un lugar permanente en mi vida.

Se inclina hacia él. —Sólo digo las cosas que quiero decir, Ramsey. —Entonces, para mi completa sorpresa, presiona sus labios en la comisura de mi boca. Se retira demasiado pronto para mi gusto. Se levanta y se mueve hacia su lado de la cabina justo cuando Becky llega con nuestra pizza.

Deacon me sirve primero una porción de mi lado antes de servir una porción para él. —Ahora —dice, sonriendo a través de la mesa hacia mí—, vamos a olvidarnos de todo eso. No quiero hablar de nada durante el resto de la noche que quite esa sonrisa de tu cara.

Sin querer liarme, escucho la voz de mi padre en mi cabeza: —Las señoras no comen con los dedos, Ramsey. —Asiento, tomo el tenedor y empiezo a comer. La conversación gira en torno a la sesión de fotos y a lo emocionados que estamos los dos por ver las imágenes finales. Le cuento historias sobre mis primos y sus travesuras, y él hace lo mismo. No me había dado cuenta, pero él y Orrin son mejores amigos desde hace años y algunos de mis otros primos por asociación. Son todos muy cercanos en edad, así que no me sorprende.

—¿Puedo ofrecerte algo más? —Becky pregunta.

—¿Ramsey? —Deacon pregunta.

—No. Estoy bien. Gracias.

—Sólo la cuenta, por favor —le dice. Ella mete la mano en el bolsillo y saca la cuenta, entregándoselo a Deacon.

—¿Cuánto es? —Busco mi bolso y saco la cartera.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta incrédulo.

—Pagando mi parte de la cena.

With Me

Me señala con el dedo índice, frunciendo el ceño. —Nunca conmigo. Guarda eso. —Señala mi cartera como si fuera una serpiente o algo así. Le devuelvo la mirada y frunzo el ceño ante su exigencia—. Por favor —añade, con un tono más suave.

—Deacon... —empiezo, pero me mira de tal manera que me dice que esto no se puede negociar.

No quiero volver a depender de un hombre ni de nadie nunca más. No espero que pague por mí, pero es obvio que quiere hacerlo. No está siendo mezquino al respecto, más bien parece que lo he ofendido incluso ofreciéndome. Hubo momentos en mi pasado en los que se esperaba que yo recogiera la cuenta. Es cierto que era el dinero de mi padre, pero aun así, esto es diferente para mí. Vuelvo a meter la cartera en el bolso. —Gracias por la cena —le digo. Él asiente, y el ceño fruncido desaparece al aceptar que pague nuestra comida. Tomo nota mentalmente de que si vuelvo a tener la oportunidad de cenar con él, me escabulliré al baño y pagaré la cuenta antes de que él tenga la oportunidad de hacerlo.

Salimos del restaurante de la misma manera que entramos, con la mano de Deacon en la parte baja de mi espalda, guiándome. Me abre la puerta y me ayuda a subir a su camioneta, y el corazón se me acelera en el pecho.

Estoy enamorada de Deacon Setty, y no sé qué hacer con eso.

Ocho

DEACON

Han pasado cuatro días muy largos desde que vi a Ramsey. Al menos la he visto en persona. Está en mi mente todos los días, todo el día, y por la noche, cuando estoy solo en casa, también está ahí. Está ahí cuando cierro los ojos y trato de dormir. Ella está... ahí, todo el tiempo. No puedo dejar de pensar en ella. De alguna manera me las he arreglado para hacer algo de trabajo después de nuestra cita para cenar el lunes por la noche. Sin embargo, como un niño pequeño, tuve que hacer un trato conmigo mismo. Tenía que revisar un informe y presentar dos conjuntos de documentos de adopción, así como un puñado de testamentos y fideicomisos.

Me dije a mí mismo que si lo superaba todo, podría recompensarme con una cena el viernes por la noche en la Taberna Willow. Básicamente me estoy recompensando con Ramsey. La automotivación funcionó porque son poco más de las ocho de la noche del viernes, y salgo de la oficina con mi lista de tareas pendientes mucho más pequeña de lo que era el lunes por la noche cuando hice el trato conmigo mismo. Conseguí hacer todo lo que estaba en mi lista de negociaciones y algo más. Eso es una victoria.

No pierdo el tiempo yendo a casa a cambiarme el traje. En su lugar, conduzco directamente a la Taberna del Sauce. Conduzco directamente a Ramsey. Al entrar en el estacionamiento, veo que la multitud no es lo que era el sábado por la noche, y lo agradezco. Tal vez pueda hacer algo más que verla. Tal vez pueda tomarse un descanso y comer conmigo o, al menos, mantener una conversación.

Al abrir la puerta, me llega el zumbido de Lee Brice mientras me dirijo a la barra. Sé que nunca es camarera, así que tengo que ir a la barra. Siento que la suerte está de mi lado, hay un taburete libre al final de la barra. El mismo extremo en el que está trabajando Ramsey. Acelerando el paso, me subo al taburete, me quito la chaqueta del traje y la cuelgo en el respaldo.

—¿Qué puedo...? —Ella levanta la vista, y una lenta sonrisa me saluda—. Deacon. Hola.

—Ramsey —la saludo con voz ronca.

—¿Qué te trae por aquí? —Coloca una servilleta en la barra frente a mí.

A ti. —Cena.

—Deja que te traiga un menú. —Estira el brazo para tomar un menú, y mis ojos se dirigen a su vientre, donde su camiseta de la Taberna del Sauce se levanta un poco. Se me hace la boca agua al verla—. Aquí tienes. —Coloca el menú delante de mí—. ¿Puedo ofrecerte algo de beber mientras te decides?

—Claro, el agua está bien por ahora.

Ella sonríe, y me dan ganas de inclinarme sobre la barra y besarla hasta el cansancio. —Enseguida. —Se aleja para agarrar mi agua mientras me doy cuenta de que estoy sentado en un bar pidiendo comida y agua sólo para poder verla. Así de lejos he caído en lo que respecta a Ramsey. Sé que está mal, pero a la mierda si puedo encontrarlo en mí para que me importe. Ella está consumiendo mis pensamientos. Tenía que verla.

—Aquí tienes. Hazme un gesto cuando estés listo para pedir. —Me pone el agua delante y se va corriendo por la barra a servir los pedidos. Finjo estar mirando el menú cuando en realidad mis ojos están fijos en ella. Por eso sé que no deja de mirarme. Le sonrío cuando nuestras miradas se cruzan, y me satisface ver cómo sus labios se dibujan en una sonrisa mientras sirve a su cliente.

—¿Preparado para pedir? —pregunta, acercándose a mí.

Levanto la vista de donde me he estado obligando a leer el menú. —Hamburguesa con queso de lujo y patatas fritas.

—¿Algo más para beber?

—No, el agua está bien.

—Voy a poner esto por ti. —Gira sobre sus talones, y la observo a ella y a su culo en esos vaqueros mientras desaparece tras las puertas batientes de la cocina.

—Bueno, si no es así, Deacon Setty. Ha pasado mucho tiempo —dice Sarah Sanders, una chica con la que me gradué, pasando a sentarse en el taburete junto al mío.

—Sarah. —Asiento, sin dedicarle apenas una mirada. Sarah se ha casado tres veces y está, estoy seguro, buscando el marido número cuatro, y yo no estoy interesado. Ni siquiera tengo la tentación de mojar mi polla donde tantos antes que yo han ido.

—Deberías dejarme invitarte a una copa. —Me pone la mano en el brazo, lo que va seguido de que se acerque y se frote las tetas allí también.

—No, gracias.

—Vamos —me dice. Creo que pretende ser sexy, pero es todo menos eso—. Los dos estamos solteros. ¿Qué tiene de malo? —Me pasa su uña falsa de color rojo sangre por el brazo y me estremece el contacto. No porque me excite, sino porque no deja de tocarme. No hay ninguna parte de mí que se sienta remotamente atraída por Sarah.

—No estoy soltero —suelto.

—¿Ah, sí? ¿Quién es la afortunada?

—Lo soy. —La dulce voz de Ramsey me envuelve y tardo unos segundos en comprender lo que acaba de decir.

Lentamente, giro la cabeza para mirarla. Está mirando fijamente a Sarah y a su mano que aún descansa sobre mi brazo. Observo cómo se obliga a apartar la mirada y a posar los ojos en mí. Hay algo en su expresión que no puedo nombrar, pero me hace abrir la boca para darle la razón.

—Hola, cariño —respondo con brusquedad. Esta vez observo atentamente cómo sus ojos se ablandan y su cuerpo se relaja. ¿Tenía miedo de que la rechazara?

—¿Esperas que me crea que estás con ella? —Sarah pregunta—. ¿No es como la mejor amiga de tu hermana y demasiado joven para ti? —Sarah se burla.

—Es la mejor amiga de Palmer, y su edad no es relevante cuando se trata de poder mantener mi atención. La tiene toda. Todo el tiempo.

—¿Así que estás robando la cuna? —Sarah se ríe sin humor.

—En caso de que te lo hayas perdido, soy una mujer adulta que es, de hecho, lo suficientemente mayor como para servirte la bebida que tienes en la mano. Lo que también significa que puedo tomar mis propias decisiones, y puedo echarte de este bar.

—¿A mí? —Sarah jadea—. ¿Qué he hecho?

—Estás respirando —murmura Ramsey en voz baja, y si no estuviera tan en sintonía con ella, probablemente me lo habría perdido—. Tocando a mi hombre.

Algo me sucede con esas cuatro palabras. Me siento un poco más alto en mi taburete y mi pecho hace esa loca opresión. —Le estaba diciendo a Sarah que no estaba interesado. —Ignoro por completo a Sarah y mantengo la mirada en Ramsey.

—¿Sí? —Su sonrisa me hace cosas, y me alegro de estar sentado.

—Sí. —Tomo mi agua y doy un largo trago, deseando que sea cerveza.

—¿Por qué no sabía esto? —pregunta Sarah.

—Porque lo que hagamos no es de tu incumbencia —dice Ramsey, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Lo que sea. Cuando quieras una mujer de verdad, ya sabes dónde encontrarme. —Con eso, se levanta, y gira sobre su talón y se aleja.

—Lo siento mucho —suelta Ramsey.

—¿De qué te arrepientes? Me salvaste hace un momento.

—Yo sólo... parecías incómodo, y he visto su farsa demasiadas veces, y sólo reaccioné.

Sus manos están ahora apoyadas en la barra, así que extendiendo una de las mías sobre las suyas. —Gracias, Ramsey. Leíste bien la situación. No me interesaba lo más mínimo. —Se estremece ante mi contacto y me maldigo por no haberle advertido. Sabía que debía advertirle.

Rápidamente, retiro mi mano de la suya. —Lo siento. Sé que te gusta que te avisen. —Señalo con la cabeza el lugar donde su mano sigue apoyada en la barra.

Me quedo con la boca abierta de la sorpresa cuando ella cruza la barra y coloca su suave mano sobre la mía. —Estoy bien, Deacon.

—¿Por qué? —La palabra cae de mis labios antes de que tenga la oportunidad de detenerla.

—Creo que... —Ella baja la mirada y yo no la presiono. Le doy el tiempo que necesita para procesar lo que quiere decir. Cuando levanta la vista, sus hermosos ojos azules se fijan en los míos—. Porque eres tú. Me has mostrado bondad. —Se encoge de hombros—. Sé que puedo confiar en ti. —Hace una pausa—. Puedo confiar en ti, ¿verdad? —Se ríe nerviosamente.

Me trago las palabras que quiero decir. Las que le digan que siento esta conexión con ella que nunca antes había sentido y que poco a poco me está volviendo loco. Quiero decirle que no puedo dejar de pensar en ella, en su aroma floral o en el sabor y el tacto de sus labios. En lugar de eso, digo las palabras que espero que no la asusten. —Sí, Ramsey. Puedes confiar en mí. Siempre —añado, con los ojos clavados en los suyos, deseando que crea en la convicción de mi voz.

—Oye, guapa, ¿me das una cerveza? —grita un imbécil borracho.

Ramsey retira su mano de la mía y se pone en pie. No me dedica ni una sola mirada mientras se dirige a la barra para servir los pedidos. Espero pacientemente su atención mientras hace su trabajo. Es como si no existiera nada más para mí cuando ella está cerca. Sé que está trabajando y que tengo que dejar de monopolizar su tiempo.

Necesito hacer algo que no sea mirarla, así que saco el teléfono del bolsillo y me pongo a mirar la agenda. Justo cuando estoy a punto de cambiar a mi correo electrónico, recibo un mensaje de texto de mi hermana.

Palmer: ¡Las imágenes están listas! Quiero revelarlas a los dos al mismo tiempo.

Es entonces cuando me doy cuenta de que ha enviado un mensaje de grupo. Somos Palmer, yo y otra persona que sólo puede ser Ramsey. Miro en su dirección y veo que también está mirando su teléfono, y hay una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

Yo: ¿Cuándo y dónde?

Palmer: ¿Cómo está tu casa? ¿Mañana?

Palmer: Ramsey, ¿a qué hora tienes que estar en el trabajo?

Me giro para mirar a Ramsey de nuevo, y ella me mira a mí en lugar de a su teléfono. Le hago un gesto para que se acerque a mí, y ella lo hace sin rechistar. — ¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, sólo tengo que volver a comprobar el horario para asegurarme de que tengo el turno correcto para mañana.

—¿Qué pasa mañana? —pregunta Hank Morrison, el dueño de la taberna Willow.

—Oh, eh, le estaba diciendo a Deacon que tengo que volver a comprobar la hora a la que estoy citada mañana.

—¿Tienes planes? —pregunta.

—Sí, nosotros... más o menos. Ayudamos a Palmer con una sesión de fotos, y quiere mostrarnos las imágenes mañana. —No le está diciendo toda la verdad, pero tampoco está mintiendo. Me pregunto si hay una razón por la que no quiere que él lo sepa.

¿Le gusta a ella? ¿Tienen algo entre ellos? No, es demasiado viejo para ella. Mierda. Me siento un poco más erguido mientras los observo a los dos juntos, buscando señales. No puede tenerla. Ella es mía.

—En realidad venía a ver si alguien quería la noche libre mañana. Esta noche está muerta y mañana va a ser peor. El festival de música se celebra en Harris, y el cabeza de cartel es un gran artista emergente. No espero que tengamos mucho negocio más allá de unos cuantos habituales. —Hank mira a una pequeña mesa de

cuatro señores mayores que son habituales de la taberna desde que tengo uso de razón. Dos son viudos y los otros dos nunca se han casado. Hicieron su vida en torno a la fiesta y mira a dónde los llevó eso. Aquí bebiendo con sus amigos un viernes por la noche, y sin nadie que los mantenga calientes por la noche. Puede que no salga mucho, pero Willow River es un pueblo pequeño, y la palabra viaja rápido.

—Oh —responde Ramsey.

—Sé que tienes un millón de trabajos. Iba a ofrecértelo a ti primero. ¿Por qué no te tomas la noche libre? —Hank sugiere.

—¿Estás seguro?

—¿Ramsey? —Espero a que se gire y me mire—. Di que sí. —Me estudia como si no entendiera por qué le pido que se tome la noche libre en el trabajo—. Palmer quiere que nos reunamos. Podemos preparar unas hamburguesas en la parrilla de mi casa —sugiero. Preferiría tenerla para mí solo, pero tenerla cerca tendrá que ser suficiente. Acepto todo lo que pueda conseguir cuando se trata de Ramsey.

—Está decidido entonces. Te vas mañana por la noche. Te veré para tu turno el domingo. —Con eso, Hank se da la vuelta y regresa por la puerta de la que salió.

—¿Acaba de pasar eso? ¿Tal vez debería ir a hablar con él?

—¿Por qué? —Me sale el tiro por la culata.

—Porque eso no ocurre.

—¿Se han peleado o algo así? —Estoy buscando información. Me muero por saber si los dos tienen algo. Sé que ella es soltera, pero se conocen demasiado. Me doy cuenta de que todo esto podría estar en mi cabeza porque es donde ella vive. En mi cabeza. No puedo dejar de pensar en ella, y la idea de que otro hombre la tenga, de cualquier manera, hace que se manifieste un lado posesivo que no sabía que tenía.

—No. Por supuesto que no. Hank es un gran tipo. Sólo que... no esperaba esa conversación.

Nuestros teléfonos vuelven a sonar.

¿Hola? No puedes ignorarme, ¿sabes?

Sonrío a mi hermana. —¿Por qué no quieres tomarte la noche libre en el trabajo? —le pregunto a Ramsey.

—Yo sólo... no es nada.

—¿Es Hank? —No le reclamo nada, pero la idea de que esté con él me hace hervir la sangre—. ¿Es por eso que trabaja tantas horas? ¿Para pasar tiempo con él?

—¿Qué? —Su cabeza se echa hacia atrás como si la hubiera abofeteado—. No es nada de eso. Hank es mi jefe. Es un buen tipo, y yo trabajo porque tengo que hacerlo. No tengo a nadie en quien apoyarme más que en mí misma. Mis tíos me ayudaron a recuperarme y no quiero volver a sentirme así. No quiero volver a sentirme dependiente de otra persona para cubrir mis necesidades básicas. Me rompo el culo para asegurarme de no volver a estar en esa situación. Cuido de mí —añade.

Su pecho sube y baja rápidamente con cada respiración entrecortada que introduce en sus pulmones. Sus ojos azules son oscuros como la medianoche, arden de determinación y, si no me equivoco, de vergüenza. Se me revuelven las tripas. Dejo que mis celos injustificados me afecten y, a su vez, la molesten a ella.

—¡Ramsey, pedido! —dice el cocinero.

Sin decir nada, se da la vuelta y se aleja. Quiero perseguirla, pero ya volverá con mi comida y podré disculparme. Mientras tanto, le devuelvo el mensaje a mi hermana.

Yo: Ramsey está libre mañana por la noche. Tú eliges la hora. Yo pondré unas hamburguesas en la parrilla.

De ninguna manera voy a retractarme de mi oferta. Quiero mantener a Ramsey allí el mayor tiempo posible. Rápidamente, pulso el mensaje de grupo y guardo el número de Ramsey en mis contactos. Me digo que es por si acaso, pero sé que es más que eso. Me gusta saber que puedo ponerme en contacto con ella siempre que lo necesite. Si es que alguna vez lo necesito. Maldita sea, me hace parecer que he perdido la cabeza.

Palmer: ¿Qué? ¿Estás seguro?

—Aquí tienes. —Ramsey pone mi plato de comida delante de mí en la barra, mete la mano debajo de la barra y saca una botella de ketchup.

—Lo siento. —No me mira, y estoy desesperado porque lo haga—. Me equivoqué. —Sigue sin mirarme. Su mano sigue en la botella de ketchup. La mira como si fuera la cosa más fascinante que jamás haya visto. Me está evitando, y todo es culpa mía—. Ramsey, ¿quieres mirarme? —A mi petición, ella me da esos azules de bebé—. La idea de que él o cualquier otro te toque me vuelve loco. Me equivoqué. Dejé que mi mente se alejara de mí.

—No entiendo.

—Sólo puedo pensar en ti. —Es una confesión que no pensaba hacer, pero a estas alturas, haré lo que sea para que vuelva a sonreír.

—Deacon... —empieza, pero vuelve a ser llamada por otro cliente.

—Ve. Voy a estar aquí. —Ella todavía parece insegura—. No voy a dejar este bar hasta que lo hagas, Ramsey. Ve a hacer lo tuyo. Yo me voy a comer mi cena y a intentar no mirarte como un trepa. —Eso es lo que finalmente hace. Una de las comisuras de su boca se levanta un poco, pero lo veo. Con un movimiento de cabeza, se apresura a cumplir con sus pedidos.

Yo: Ella está realmente fuera. Hank le acaba de decir que estará muerto el bar y que no vuelva hasta su turno del domingo.

Palmer: ¿Cómo lo sabes?

Yo: Vine a cenar a la Taberna.

Palmer: Interesante.

Palmer: Ramsey, te recojo a las cuatro y media. Deacon, ten las hamburguesas listas para salir a las cinco.

Yo: Tan mandona.

Palmer: Las ventajas de ser el bebé de la familia. Te quiero, hermano mayor.

Yo: Yo también te quiero, hermanita.

Palmer: ¿Ramsey?

Ramsey: Estaré lista.

No puedo evitar sonreír cuando leo su respuesta. Al mirar hacia el otro extremo de la barra, veo que me observa. Levanto mi teléfono en el aire y le guiño un ojo.

With Me

Incluso desde aquí, puedo ver el ligero rubor en sus mejillas. Nunca en mi vida me ha excitado que una mujer se sonroje.

No hasta Ramsey.

Never

Nueve

RAMSEY

Cuando Deacon dijo que no iba a salir de la taberna hasta que yo lo hiciera, no le di mucha importancia. Ahora, aquí estamos, varias horas después, y él sigue sentado en el mismo taburete. Hay una cerveza que apenas ha sido tocada sentada frente a él. Se la dejé hace una hora cuando me di cuenta de que realmente no se iba. Ha tomado un par de sorbos como mucho. Estoy seguro de que ya está caliente y asqueroso. He mantenido su vaso de agua lleno, y cada vez me sonrío.

No es sólo una sonrisa de —gracias por la recarga. —No, esta sonrisa es una que sólo parece regalarme a mí. Me hace sentir cosas que nunca antes había sentido. Sé que es más que la sonrisa la responsable de esos sentimientos. Es el hombre que está detrás de ellas el que se lleva todo el mérito. Ha dicho que no puede dejar de pensar en mí, y tengo tantas ganas de decirle que sé exactamente cómo se siente. No he hecho más que pensar en él desde la sesión de fotos, y después de nuestra cena del lunes por la noche, es mi primer y último pensamiento todos los días. El tiempo intermedio también está lleno de pensamientos sobre él. Así que, sí, entiendo lo que dice.

—¿Color favorito? —pregunta Deacon.

—Azul. ¿Tú?

—Azul.

Asiento. —¿Eres feliz siendo abogado? —Sé que mi padre, e incluso Robert, se hicieron abogados por el dinero y el poder. No veo eso en Deacon, y sinceramente tengo curiosidad por saber si disfruta de su trabajo.

—Lo disfruto. Me gusta ayudar a la gente. Ser un abogado de pueblo significa que me ocupo de más de un tema. —Hace una pausa y luego me cuenta más—. No éramos pobres cuando crecíamos, pero sin duda hubo momentos de lucha. Quería una carrera que me permitiera mantener a mi futura familia y, con suerte, no tener que pasar apuros económicos. También supe siempre que quería volver a Willow

River después de la universidad. Este es mi hogar, y aunque algunos huyen de la vida de pueblo, yo lo echaba de menos. Quería una carrera que me permitiera hacer eso.

—Uno de los buenos —murmuro en voz baja.

—¿Por qué la Taberna del Sauce? —pregunta, tomando un sorbo de su agua.

Me inclino hacia delante en el mostrador, apoyando mi peso en los codos. — No es nada tan inspirador como tu razonamiento. Cuando se abrió un puesto de trabajo, Hank me aseguró que las propinas serían buenas, sobre todo en los turnos de noche, y los fines de semana, además de mi salario habitual. Palmer y yo estábamos aquí tomando unas copas. Las dos acabábamos de cumplir veintiún años. —Mi cara se calienta ante la confesión, recordándonos a ambas nuestras diferencias de edad—. Vi el cartel, pregunté a una de las camareras y Hank me entrevistó en el acto. Empecé la noche siguiente, solicitando las noches que, según él, me darían más propinas, y aquí estoy.

—¿Así que solicitó este turno?

—Lo hice. En aquel momento tenía sentido. Podía trabajar en mi otro empleo durante el día y trabajar aquí por la noche. Estaba decidido a construir un nido para mí.

—¿Y lo has hecho? ¿Construir tu nido? —pregunta.

—Lo he hecho. No quiero depender nunca de otra persona para que me cuide.

Asiente y abre la boca para hablar, pero un cliente se acerca a la barra para pedir un recambio, y me alejo antes de que pueda hacerlo, sintiéndome cruda y expuesta.

—¿Qué está pasando ahí? —Tabitha, mi compañera de trabajo, pregunta. Sólo quedamos nosotros dos esta noche. Hank no exageraba cuando decía que este fin de semana era lento. Hank sigue en su oficina. Nunca nos deja a ninguna de nosotros solas, y esa es una de las razones por las que me gusta trabajar aquí. Se asegura de que todos estemos a salvo.

—¿Qué pasa con qué? —Finjo que no tengo ni idea de lo que está hablando. Ambas sabemos que estoy lleno de mierda.

—¿Qué pasa con el hecho de que ese hombre sentado al final de la barra lleva horas aquí y sólo tiene ojos para ti? He visto a varias mujeres intentar hablar con él y no quiere saber nada de ellas.

No se equivoca. Cada vez que otra mujer se acerca a Deacon, compitiendo por su atención, suelto un suspiro de alivio cuando las manda de paseo. Cada vez que sus ojos encuentran los míos, me sonrío, asiente y, la última vez, me guiñó un ojo. Puedo sentir sus ojos sobre mí sin importar en qué lugar de la habitación me encuentre. Es desconcertante y estimulante al mismo tiempo.

—No me he dado cuenta.

—Yo digo que es mentira. —Tabitha se ríe—. Te está esperando, y todos en este bar lo saben.

No se equivoca, pero lo que no puedo entender es por qué. Están todas las miradas acaloradas, y su declaración de que no se irá hasta que yo lo haga, y luego toda la confesión de *no puedo dejar de pensar en ti*. Me sorprende que incluso pueda funcionar con sus ojos puestos en mí toda la noche. Afortunadamente ha sido una noche muy lenta, y casi todo el mundo aquí está ordenando el barril. No puedes estropear la cerveza de barril.

—No sé qué quieres que te diga. Es el hermano mayor de mi mejor amiga. Sólo está siendo amable.

—Oh, cariño, si llamas agradables a las miradas que te ha echado ese hombre, entonces tenemos que sentarnos a hablar.

—No lo sé. Sé que está aquí por mí. Sé que dice que no se irá hasta que yo lo haga. Después de eso, simplemente no lo sé.

—¿Qué quieres? —Ella debe ver la mirada confusa en mi cara y se apiada de mí—. ¿Lo quieres? ¿Te gusta la idea de que se quede hasta que salgas del trabajo? ¿Quieres ir a casa con él? ¿Quieres que te acompañe a tu coche y te mande de paseo? ¿Qué quieres? —Me señala con una uña larga y cuidada.

—Quiero... no estoy muy segura. —No me molesto en decirle que nunca me habían dado a elegir. Nunca se me permitió elegir con quién salía, o diablos, incluso lo que llevaba en esas citas. Todo esto es nuevo para mí.

—¿Cuánto tiempo hace que no tienes una cita? —pregunta.

—Bueno, eh, Deacon y yo cenamos el lunes por la noche, ¿pero antes de eso? Dos años. Entonces ni siquiera creo que se puedan considerar citas ya que fueron arregladas y elegidas por mi padre.

—Ouch. —Hace una mueca de dolor—. No hablas mucho de tu vida antes de venir aquí, pero algo me dice que no es algo que quieras revivir.

—Tendrías razón.

—Así que tienes que pensar qué es lo que quieres. ¿Estás interesada en él?

—Es el hermano mayor de Palmer.

—¿Y qué? Él sigue siendo un hombre, uno magnífico, y tú sigues siendo una mujer. No voy a intentar fingir que sé por lo que has pasado, pero sé que trabajas todo el tiempo. Apenas te tomas tiempo para ti. Tal vez deberías considerar eso cuando decidas hasta dónde quieres que lleguen las cosas con el bombón del bar.

Mirando su muñeca, Tabitha sonrío. —¡Última llamada! —grita. Sólo quedan los cuatro habituales que nos cierran casi todas las noches que estamos abiertos, un grupo de cinco señoras, que han probado suerte con Deacon, y el propio hombre que queda en la barra.

Me pongo detrás de la barra para empezar a cerrar y pagar las cuentas. Los cuatro clientes habituales pagan con facilidad y me dan una buena propina, algo que hacen cada noche que están aquí. El grupo de señoras me mira con desconfianza mientras cojo sus tarjetas y las paso por el sistema.

—Deacon, ¿necesitas mi número para esa cita? —Sarah grita. Está casi en la puerta y se detiene para girarse y mirarlo.

—No —dice Deacon.

—Vamos, guapo —dice Sarah.

—Ya sabes que no puedo, pero por si lo has olvidado, déjame que te lo recuerde. —Se levanta de su taburete y se coloca detrás de la barra. Me rodea la cintura con sus brazos y apoya su barbilla sobre mi cabeza—. Estoy tomado. Felizmente tomado, y no estoy interesado ahora, ni lo estaré nunca. No necesito tu número. No voy a llamarte, y no, nunca me plantearía nada a espaldas de Ramsey. Sólo detente.

Me quedo con la boca abierta por la sorpresa, pero la cierro rápidamente cuando establezco contacto visual con Tabitha, y ella me hace un gesto para que lo haga. Sus brazos son cálidos, y en lugar de sentirme preocupada o ansiosa por su tacto, me siento segura y contenta, y me gustaría tener más de eso. Más de él.

—Creo que es hora de que se vayan, señoras. —La profunda voz de Hank me sobresalta.

Intento zafarme del agarre de Deacon, pero a él no le interesa dejarme ir. —Te tengo —susurra, con su aliento caliente recorriendo mi mejilla.

—Mi jefe —le susurro.

—Él está bien. Tú estás bien. Estamos bien —me asegura.

—¿Qué? Fue tu empleada la que empezó este lío —acusa Sarah.

—No voy a tolerar ningún tipo de drama ni de mierda cuando se trata de mi personal. He estado en mi oficina toda la noche. La música estaba apagada y lo escuché todo. Ramsey no empezó nada.

—Bueno, ¿y qué pasa con él? —Sarah señala a Deacon.

Hank se acerca a nosotros y cruza los brazos sobre el pecho. ¿He mencionado que Hank es fuerte? Hablamos de un gorila, y no parece ni de lejos que tenga treinta y ocho años.

—Deacon está defendiendo a mi personal. Él se queda.

—Voy a decirle a todo el mundo cómo tratas a tus clientes —declara Sarah.

—Hazlo tú. Ahora vete. —El tono de Hank es firme y directo. Le importa una mierda lo que Sarah diga de él o de su bar. Quiere que se vaya. Con un pisotón, Sarah y sus secuaces salen corriendo por la puerta. Tabitha está allí para cerrar la puerta tras ellos.

—Ustedes dos han estado manteniendo la limpieza toda la noche. Cobrad la caja registradora y pueden irse. El equipo de “A tu servicio” vendrá a hacer una limpieza profunda mañana. Avísenme cuando estén listas para irse, y me aseguraré de acompañarlos a la salida. —Hank asiente a Deacon y se dirige a su oficina.

Una vez que Hank se ha ido, Deacon me suelta. —¿Qué puedo hacer para ayudar? —pregunta.

—Nada. Voy a cobrar la caja registradora mientras Tabitha limpia las últimas mesas, y luego podemos irnos a casa.

—Ayudaré con las mesas. —Se aleja y empieza a limpiar una de las dos mesas y sigue a Tabitha llevando los vasos a la parte de atrás y cargándolos en el lavavajillas. Para cuando vuelven a aparecer, ya tengo la caja registradora vacía y el dinero en la pequeña caja fuerte que hay debajo.

—¡Hey, Hank! —Tabitha grita—. Nos vamos.

La risa de Hank es fuerte dentro de las paredes de la ahora silenciosa taberna. Aparece fuera de su oficina, haciendo girar sus llaves alrededor de su dedo. —¿Está cerrada la puerta principal?

—Sí.

—Hagamos esto. —Señala con la cabeza la puerta trasera que lleva al aparcamiento de los empleados, y todos le seguimos. Es extraño que Deacon siga aquí, pero cuando pone su mano en la parte baja de mi espalda, me olvido del hecho de que no es un empleado, y lo único que puedo pensar es que está aquí por mí.

Por mí.

Una vez fuera, Hank cierra y se dirige a Deacon. —¿La tienes? —pregunta.

—Sí. —Es una respuesta sencilla, pero el tono de su voz tiene mucha convicción, casi como si Deacon sintiera que soy suya para protegerme. Sé que parece una locura, pero tengo esa sensación igualmente.

Su mano permanece en la parte baja de mi espalda hasta que llegamos a mi coche. —Este es el mío —digo sin ganas. Soy tan mala en esto de las citas. Diablos, soy mala para que me guste alguien. Nunca he tenido ese privilegio. Todo esto es nuevo para mí. Estoy en un campo de juego desigual.

With Me

—Me alegro de haberte visto esta noche —dice, metiendo las manos en los bolsillos.

—Yo también. Me alegro de que hayas pasado por aquí. No tuviste que desperdiciar tu noche sentado y esperando a que saliera del trabajo.

—Eso es todo. No fue un desperdicio. Llegué a conocerte un poco mejor, y cada vez que puedo verte vale la pena el tiempo. Sé que dijiste que Hank y los chicos se aseguran de que llegues a tu coche a salvo cada noche, pero yo estaba aquí, y quería hacerlo.

—Sabes que trabajo cinco noches a la semana, ¿verdad? —pregunto, ocultando mi diversión.

—No me lo recuerdes —refunfuña.

—He trabajado aquí durante casi dos años, Deacon. Willow River es un pueblo pequeño. Estoy segura. —Creo que es la primera vez que digo esas palabras en voz alta. Las he repetido una y otra vez en mi cabeza desde que llegué a Willow River, pero es la primera vez que les doy voz.

—Sí, me gustaría que siguiera así.

—¿Debo decirle a Hank que ese asiento está reservado? Tal vez pueda encargarle una placa con tu nombre para que todo el mundo sepa que es tuyo —bromeo.

—Hmm, no es mala idea. —Sonríe, y me gustaría poder hacerle una foto ahora mismo para recordar siempre este momento.

—Entonces, ¿en tu casa mañana?

—Sí. ¿Estás emocionada por ver las fotos? —pregunta.

—Nerviosa más bien.

—¿Nerviosa? ¿Por qué estás nerviosa?

—Bueno, yo soy yo. —Miro mis vaqueros y mi camiseta de la Taberna del Sauce—. Y tú eres... tú. —Señalo su traje.

—Esto es sólo ropa, Ramsey. Pedazos de tela. No son en absoluto lo que somos.

—No es así como funciona de donde yo vengo.

—Bueno, donde sea que hayas vivido antes no es Willow River. Creo que tu carnet de conducir dice que Willow River es tu casa, ¿verdad?

—Así es. —Lo miro de reojo.

—Entonces este es tu hogar, Ramsey. Aquí es de donde eres. Puede que no sea donde empezaste, pero es de donde eres. Esta ciudad es tu hogar.

—Todavía me siento como una extraña.

—Tienes familia aquí. Mucha familia. —Se ríe.

—Sí —estoy de acuerdo—. Realmente no los conocía cuando me mudé aquí. No había visto a ninguno de ellos en años, pero mi tía Carol fue la primera y única persona a la que pude llamar. Es la única que no estaba relacionada con mi padre y la vida en la que estaba atrapada. —No sé por qué le cuento todo eso, pero las palabras parecen salir de golpe cuando Deacon está cerca.

—Tienes a Palmer —me recuerda.

Sonríe. —Lo hago. Tu hermana ha estado ahí para mí y se ha negado a que me esconda y permanezca en mi caparazón. Le agradezco que me haya elegido para ser su mejor amiga.

—No te subestimes. Ella también necesitaba a alguien leal como tú.

—¿Cómo sabes que soy leal?

—Me gusta pensar que soy un buen juez de carácter. Además, conozco a mi hermana pequeña. Si no valieras el tiempo, ella no te lo daría.

—No tiene miedo de decir lo que piensa, eso es seguro.

Se acerca un paso más. —Siento lo de antes.

—¿Perdón?

—No te advertí que te iba a tocar.

—No, pero estuvo bien. —Me estudia—. Cuando eres tú, parece que está bien. Asiente. —Entonces, ¿todavía tengo que advertirte si voy a tocarte?

—No. Pero mis muñecas —digo al mismo tiempo que él toma mi mano entre las suyas y su pulgar recorre la parte inferior de mi muñeca.

—Esta vez no te has acobardado.

—No. No contigo.

—Nunca conmigo. —Da el último paso que me hace inclinar la cabeza hacia atrás para mirarle—. ¿Ramsey? —Su mano sube por mi brazo y la desliza por detrás de mi cuello.

—¿Sí?

—Voy a besarte ahora.

No tengo tiempo de procesar sus palabras antes de que sus labios desciendan sobre los míos. Sus labios son firmes pero suaves, tal y como los recuerdo. El beso es suave, pero algo me dice que es para mí beneficio y no para el suyo. No sé cuánto tiempo permanecemos aquí, bajo las luces del aparcamiento, besándonos, mientras me agarro a su camisa, intentando acercarme. Sin embargo, cuando ambos necesitamos salir a tomar aire, se separa lentamente y apoya su frente en la mía.

—Dime que estuvo bien.

—Eso estuvo bien.

Se aparta para mirarme. Debe de gustarle lo que encuentra porque asiente y luego me atrae hacia sus brazos, abrazándome. Es el mejor abrazo que he recibido. Mis padres nunca fueron cariñosos. No sabía que las familias eran así hasta que me mudé a Willow River. De todos los abrazos que he recibido en mi vida, éste es mi favorito.

—Debería dejarte llegar a casa. Es tarde. —No hace ningún movimiento para soltarme—. ¿Me enviarás un mensaje de texto cuando llegues a casa? No, mejor llámame cuando llegues a casa.

—Estaré bien, Deacon. Sólo vivo en los apartamentos a unas pocas cuadras.

—Te seguiré a casa entonces.

—Eso no es necesario.

Levanta las manos y las acerca a mi cara. Me estremezco, no por él, sino porque me cuesta dejar atrás mi pasado. —Voy a acunar tus mejillas —susurra. Asiento y él se mueve lentamente, presionando una cálida palma a cada lado de mi cara.

—Vamos a trabajar en eso, cariño. No quiero que te preocupes nunca de que te vaya a hacer daño. Nunca tienes que preocuparte por eso conmigo. Sólo quería sentir tu suave piel y explicarte que, aunque sientas que no es necesario que te siga a casa, para mí sí lo es. Necesito saber que estás a salvo.

—No tienes que preocuparte por mí.

—No tengo que hacerlo, Ramsey. Lo elijo. Hay una gran diferencia entre los dos.

—¿Supongo que deberíamos irnos? —No sé qué decir. No puedo decirle que hace que mi corazón se acelere. No puedo decirle que me encanta que se preocupe por mi seguridad. No puedo decirle que, aunque me haya estremecido, anhelo su contacto.

—Estoy estacionado en el frente. ¿Me llevas a mi camioneta?

—Claro.

Se me entrecorta la respiración cuando se inclina hacia mí y presiona sus labios contra mi frente. Luego suelta las manos y se acerca a mi puerta, abriéndola. Espera a que esté dentro antes de correr hacia el lado del copiloto y meterse en el asiento.

Lo dejo en su camioneta, espero a que se acomode y salgo a la carretera. Willow River es un pueblo pequeño, así que el tráfico a estas horas de la noche es inexistente. Hacemos el corto trayecto hasta mi apartamento mirando por el espejo retrovisor cada diez segundos. Deacon aparca a mi lado y baja la ventanilla.

With Me

—Lláname cuando entres.

—Deacon, estaré bien.

—Lo sé. Sígueme la corriente.

—De acuerdo. Gracias por cuidarme. —Él asiente, y yo me doy la vuelta y me alejo antes de hacer algo como rogarle que se quede conmigo. Una vez dentro, enciendo las luces, me aseguro de que la puerta está cerrada y abro el hilo de mensajes de texto de antes. Rápidamente guardo su nombre y número en mis contactos y pulso Llamar.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. La puerta está cerrada con llave por la noche. Voy a tomar una ducha y me voy a la cama.

—¿Nos vemos mañana entonces?

—Te veré mañana. Buenas noches, Deacon.

—Buenas noches, Rams —dice, y la línea se corta.

Never

Diez

DEACON

Me paseo por el suelo del salón y he comprobado tantas veces hoy si hay mensajes en mi teléfono que me sorprende que no se haya agotado la batería. Examino mi casa para asegurarme de que todo está en su sitio y de que no hay calcetines sucios por ahí. Soy un tipo bastante limpio para ser un soltero, en definitiva. Nunca en el pasado me había preocupado tanto. Diablos, Ramsey ha estado aquí antes. Múltiples veces, de hecho. Ella y Palmer han usado mi piscina en varias ocasiones, pero yo nunca he estado aquí. Siempre he estado en la oficina.

Mis hermanas me llaman adicto al trabajo, y yo me desentiendo de ellas. Trabajaba para construir mi carrera y ser alguien a quien el Sr. Patrick y el Sr. Gordman quisieran vender su despacho cuando se jubilaran. He trabajado más horas a la semana de lo que cualquier persona debería, y seguro que tengo mi carrera, pero nada más para demostrarlo.

Nunca me había fijado en eso hasta que conocí a Ramsey. Desde que lo hice, no puedo dejar de pensar en ella y en cómo encajaría en mi vida. No salgo con nadie, no tengo tiempo, pero ahora quizá quiera empezar. Siempre pensé que sería difícil visualizar a una mujer encajando en mi vida. Mi trabajo puede ser de muchas horas, y eso no es justo para nadie. Sin embargo, ahora que quiero tener a alguien con quien compartir mi vida, me doy cuenta de que me lo he buscado todo. Trabajo porque es lo único que tengo.

Quiero más.

Quiero a Ramsey.

No debería quererla. No sólo soy diez años mayor que ella, sino que es la mejor amiga de mi hermana pequeña. También tiene un pasado problemático, y su primo es mi mejor amigo. La lista de razones por las que no debería hacerla mía es larga, pero no tanto como las razones por las que la quiero.

Me he preguntado innumerables veces si estoy dispuesto a dañar esas relaciones para estar con ella. ¿Es la diferencia de edad demasiado para que la

superemos? Cuando estoy cerca de ella, no siento que nuestra edad sea una división. No, la única división que siento es el hecho de que ella no es mía. Que no puedo gritar a los cuatro vientos que es mi chica. Me siento protector y enamorado. Nuestra diferencia de edad es inexistente cuando estoy con ella.

Por fin, oigo el portazo de un coche y se me acelera el ritmo cardíaco al saber que estoy a punto de verla. Palmer me ha enviado un mensaje de texto hace una hora y me ha dicho que se estaba preparando para salir de su casa y recoger a Ramsey antes de venir aquí.

Ella está aquí.

Quiero correr hacia la puerta, abrirla de un tirón y arrojarla a mis brazos. Quiero saborear sus labios y abrazar su cuerpo junto al mío. En lugar de eso, me dirijo al salón y tomo asiento en el sofá. Saco el teléfono del bolsillo y finjo estar interesado en lo que estoy mirando cuando oigo que se abre la puerta principal. Sabía que Palmer se sentiría como en casa.

—¡Deacon! —Palmer llama—. ¿Dónde te escondes?

—En la sala de estar —le digo.

—¡Oh, no! —El brazo de Palmer vuela a su lado para bloquear a Ramsey—. Está enfermo. Rápido, pide ayuda —dice Palmer, conteniendo apenas la risa.

—¿Qué? —pregunta Ramsey, y suena casi con pánico.

Palmer pierde el control de su risa. —Debe estar enfermo. No está trabajando. Hace años que no veo a mi hermano sentado en el sofá sin su portátil y un millón de archivos a su alrededor —bromea.

—Oh. —Los hombros de Ramsey caen como si se sintiera aliviada.

—Eres divertidísima —digo sin palabras.

—Pero en serio. —Palmer se tranquiliza—. ¿No vas a trabajar hoy?

—No. —No le doy una explicación porque decirle que no puedo dejar de pensar en su mejor amiga el tiempo suficiente para concentrarme no es algo que quiera revelar todavía.

—De verdad, ¿te sientes bien? —Palmer pregunta.

A duras penas, pero a duras penas, evito poner los ojos en blanco. Es la preocupación en su voz lo que me detiene. —Estoy bien. Sólo me estoy tomando un día libre muy necesario.

—Huh. —Ella asiente—. Bien, de acuerdo entonces. Vayamos al grano. —Coloca su bolsa en la mesa de café. Metiendo la mano dentro, saca un iPad—. Siéntate. —Señala a Ramsey y luego al sofá.

Mis ojos siguen a Ramsey cuando se mueve para sentarse a mi lado en el sofá. No está tan cerca como me gustaría, pero está lo bastante cerca como para que pueda oler su aroma floral.

—Normalmente no editaría tantas, pero esta sesión era oro puro. Ustedes dos fueron los modelos perfectos —explica Palmer mientras toca la pantalla—. En serio, algunas de estas eran simplemente calientes. Me temo que me va a costar convencer a mis clientes de que ustedes dos eran desconocidos. Toma. —Mi hermana me acerca su iPad—. Desplázate hacia la izquierda.

—Has dicho que tenemos poder de veto, ¿verdad? —Aclaro.

—Sí, pero te digo que no vas a querer vetar ninguna. Compruébalo tú mismo. —Señala con la cabeza el iPad que tengo en mis manos.

Miro a Ramsey. —¿Estás preparada para esto? —Asiente, pero sus dientes tienen el labio inferior secuestrado. Algo me dice que no es muy dada a decirle a nadie lo que realmente siente. Quiero hacerle saber que puede decirme cualquier cosa, pero en lugar de eso, hago algo mejor. Me acerco un poco más, sosteniendo el iPad entre nosotros. Sus piernas tonificadas y bronceadas se aprietan contra las mías, y mi polla se da cuenta.

Al tocar la pantalla, aparece la primera imagen. Somos nosotros dos, sonriéndonos, todavía separados por unos metros. Es nuestra presentación inicial, y es difícil creer que desde ese mismo momento, ella ha consumido todos mis pensamientos.

Sigo desplazándome. Nos doy tiempo a los dos para estudiar cada imagen. Cuando llego a las imágenes de ella apoyada en la pared y yo enjaulándola, oigo a Ramsey tomar aire.

—Tengo que ir al baño. Ahora vuelvo —dice Palmer, y se va rápidamente por el pasillo.

—¿Quieres vetar esta? —le pregunto a Ramsey.

—¿Y tú? —pregunta ella.

—Eso no es lo que te pregunté.

—Lo sé, pero tengo curiosidad por saber qué quieres.

—No me importa quién vea estas imágenes, Ramsey. Mi insistencia en que pudiéramos tener poder de veto era para ti.

—¿Para mí? —Sus grandes ojos azules muestran su sorpresa.

Sin poder evitarlo, me acerco y pongo la mano en su muslo desnudo. Sus pantalones vaqueros son tan cortos que me dejan un montón de piel suave para

agarrar bajo mi palma. —Por ti. Me di cuenta de que estabas muy incómoda al principio de todo esto. Quería que supieras que tenías ese control.

—Es sexy —dice suavemente.

—Por supuesto que sí. Eres tú.

—Deacon... —susurra mi nombre. Es un sonido que quiero escuchar con ella acostada debajo de mí o incluso a horcajadas sobre mis muslos. No soy exigente. No cuando se trata de Ramsey.

—Eres preciosa. —Ese rosa claro que tanto me gusta cubre sus mejillas—. Si ves una que no quieres que se comparta, me lo dices. Yo me encargaré de decírselo a Palmer.

—De acuerdo.

Poco a poco, empiezo a ver las imágenes una vez más. Tiene razón, son muy sexys, y estoy de acuerdo con Palmer. Va a ser difícil vender esto como una sesión de fotos para extraños. La química entre nosotros es evidente.

Estas imágenes sólo demuestran que lo que he sentido desde ese día, es real. La conexión entre nosotros no es una idea inventada de un día de diversión en el parque. Desde la cena de esta semana hasta las miradas compartidas y el beso de buenas noches de anoche, todo es más de lo que jamás podría haber considerado que sucedería cuando acepté hacer esto. Ahora, aquí estoy, sentado al lado de la mujer que estoy seguro que quiero hacer mía. No sé cómo se siente ella al respecto, y además hay que tener en cuenta a mi hermana y a mi mejor amigo.

—Guao —dice Ramsey. Es la foto de nosotros besándonos. Tengo un brazo alrededor de su cintura mientras mi otra mano se apoya en su mejilla.

—¿Te gusta esta?

—Mi primero —murmura.

Me congelo. Es imposible que la haya escuchado bien. —¿Qué dijiste?

—Nada. No fue nada.

—Oye. —Palmer vuelve corriendo a la habitación. Olvidé que estaba aquí. Ella sostiene su teléfono—. Olvidé que tengo una cita de boda a la que tengo que llegar. Me tengo que ir.

—¡Espera! —Ramsey grita—. Tú eres mi transporte. Iré contigo.

—No. —Palmer sacude rápidamente la cabeza—. Parecería poco profesional. Además, no has terminado de verlas —dice, mirando el iPad.

—Puedo llevarla a casa.

—No tienes que hacer eso —dice Ramsey.

—Tenemos que ver todas estas —le digo, sosteniendo el iPad. Observo cómo vacila con ella misma—. Además, tengo hamburguesas listas para la parrilla, y no puedo comerlas todas yo solo.

—¿Qué tal esto? ¿Qué tal si ustedes dos hacen lo suyo? —Palmer señala el iPad—, yo voy a hacer la consulta y vuelvo. Te enviaré un mensaje cuando esté de camino y podrás encender la parrilla —me dice.

Quiero decir que no. Soy perfectamente capaz de llevar a Ramsey a casa, pero esto tiene que ser decisión de Ramsey. Ella es la que estará aquí sola conmigo. —¿Ramsey?

—¿Seguro que no te importa que me quede? —Su voz es tranquila, como si no estuviera segura de que preguntar sea lo correcto.

—Absolutamente.

—Perfecto. Te veré más tarde. —Palmer saluda por encima del hombro y sale corriendo por la puerta.

Ramsey niega, y lo que más deseo es poder leer su mente. —¿Qué está pasando en esa bonita cabeza?

—Nada. —Me hace señas para que lo olvide.

—Oye. —Mi mano se posa de nuevo en su muslo—. Cuéntame.

Duda antes de decir: —Creo que se lo inventó.

—¿Inventar qué?

—El cliente y la consulta para una boda. Palmer es meticulosa con su agenda. O se lo inventó o lo planeó todo. Ella eligió la hora de nuestra reunión.

—Realmente no había pensado en ello. —Estaba demasiado ocupado pensando en besarla—. Pero probablemente tengas razón. Ella no miente, así que supongo que planeó dejarte aquí. Decidió la hora y que te recogería.

—Sí —está de acuerdo.

—¿Cómo te sientes al respecto? ¿Estar atrapado aquí conmigo?

—Tenemos que terminar de ver todas las fotos.

—Toma. —Le doy el iPad. Ella lo toma mientras me mira confusa—. Míralas. Sólo tengo una mano. —Como si necesitara un recordatorio, mi pulgar recorre la suave y sedosa piel de su muslo.

Traga con fuerza y empieza a hojear lentamente cada imagen. Mi pulgar sigue acariciando su muslo. Cuando se mueve en su asiento, sé que debería aflojar, pero no lo hago. En lugar de eso, me giro y coloco mis labios justo debajo de su oreja.

—Deacon. —Hay un temblor en su voz.

Me alejo inmediatamente y encuentro sus ojos. —Lo siento. Debería haberte avisado. —Empiezo a mover mi mano, pero ella coloca la suya encima de la mía, impidiéndome moverme.

—No. No estoy enojada.

Si no está enojada, entonces está excitada. Maldita sea si mi polla palpita sólo de pensarlo. —Tú tienes todas las cartas aquí, Ramsey. Tienes que decirme lo que quieres.

—¿Qué quieres tú? —pregunta.

Le quito el iPad de las manos y lo pongo sobre la mesa. Estamos en las imágenes donde nos acostamos en la manta. Hemos visto todo lo que teníamos que ver. —Quiero saber qué quieres.

—Quiero que me beses.

—¿Aquí? —Le doy otro beso justo debajo de la oreja.

—Sí.

Mi boca recorre su mejilla, donde beso la comisura de su boca. —¿Aquí?

—Sí.

Deslizando mi mano por detrás de su cuello, la hago girar hacia mí. Lentamente, para no asustarla, rozo mis labios con los suyos. Una, dos, tres veces. —¿Quieres que te bese así? —le pregunto. Ni siquiera reconozco el tono ronco de mi voz.

—Por favor.

—Dime qué está prohibido, Rams. —Ella vacila—. No hay nada que puedas decirme que haga que no te quiera. Nada. Sólo necesito saberlo, para no asustarte.

—No me asustas así.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Te asusto?

Ella asiente, y sus dientes vuelven a atacar su labio inferior. —Sí —confiesa.

—¿Cómo te asusto? —Me alejo, dejando caer mis manos de su cuerpo. Que me jodan. No quiero asustarla para que me bese.

Busca mi mano y la presiona contra su mejilla. —No tengo miedo de que me hagas daño físicamente, pero emocionalmente... —Su voz se apaga.

—Nunca —prometo, mi voz mantiene la convicción—. Nunca te haré daño.

—Pero podrías.

—Tú tienes el poder aquí, Ramsey. No he hecho más que pensar en ti desde el momento en que te vi. He luchado conmigo mismo por desearte. Nuestra diferencia

de edad, mi mejor amigo, mi hermana pequeña, tenemos tantas conexiones, pero sin embargo, acabo de encontrarte. ¿Por qué crees que es?

—Creo —hace una pausa y cierra los ojos. Le doy tiempo para que procese lo que quiere decirme—. Creo que quizás no estaba preparada para ti antes.

Maldita sea.

—¿Y ahora?

—Nunca he estado con alguien que quiera escuchar mis pensamientos y opiniones. Nunca he podido elegir. Mi primer beso me lo robó un tipo con el que mi padre insistió en que saliera. No fue mi elección, y no fue mi elección besarlo. Simplemente lo tomó.

—¿Lo hizo? —No puedo ni siquiera hacer la pregunta. El miedo a que haya sido agredida sexualmente tiene mi voz secuestrada.

—No. Era rudo y malo, pero no hizo... eso.

—Gracias, carajo —digo, tirando de ella hacia mis brazos. Necesito abrazarla ahora mismo, y por la forma en que su cuerpo se hunde en el mío, no le importa.

—Nunca he tenido una cita con alguien que haya elegido. Nunca he besado a alguien que quisiera besar. Mi vida no era mía.

—Lo siento mucho. —Aprieto mis labios en la parte superior de su cabeza.

—Hui de todo eso. Renuncié a las citas y a los hombres, y sólo quería ser yo misma. Quería trabajar y ahorrar dinero y tener mi propia casa. Quería ahorrar más dinero porque no quería volver a depender de alguien para que me cuidara.

—Puedo entenderlo. —Sus tres trabajos tienen ahora mucho más sentido para mí.

—No sabía que te necesitaba a ti o a alguien como tú hasta que te conocí.

—A mí —la corrijo—. Me necesitabas a mí. No a otra persona. Para que quede claro —digo, haciéndola reír.

Apartándose de mi pecho, sus ojos se fijan en los míos. —Tú fuiste el primer beso que quise.

Sus palabras hacen que mi corazón lata más rápido. —¿Cenas conmigo?

—¿Pensé que eso haríamos hoy?

—Aquí no. Una cita. ¿Ir a una cita conmigo? —Estoy más que pidiendo una cita, y ambos lo sabemos. Le estoy pidiendo que me elija. A pesar de todos los obstáculos que podrían interponerse en nuestro camino, todavía la quiero.

—¿Cuándo?

—Tú eliges el día, y yo lo haré realidad.

With Me

—¿Aquí es donde debo fingir que tengo que mirar mi calendario?

Me acerco. Nuestros labios se separan apenas un suspiro. —No, cariño. Aquí es donde me eliges a mí. Aquí es donde dejamos de preocuparnos por cualquier cosa que pueda complicar esto y elegimos estar el uno con el otro.

—Creo que Palmer está a bordo. —Sonríe.

—Y Orrin, bueno, va a tener que lidiar con ello.

—El mes que viene cumplo veintitrés años.

—Cumpliré treinta y tres años en octubre.

—Diez años no es tan malo. —Las palabras apenas salen de su boca antes de que la bese.

¿Cómo puedo no besarla cuando su declaración ha sido mi mayor obstáculo en todo esto? Claro, mi mejor amigo podría estar enojado, pero estamos hablando de Ramsey. Sería un tonto si no viera a dónde va esto, y si él no puede entenderlo, que así sea. En cuanto a mi hermana, Ramsey tiene razón. Palmer está a bordo. De hecho, no me sorprendería que ella haya planeado esto desde el principio. Siempre me dice que necesito a alguien con quien compartir mi vida y me ha rogado desde hace un par de años que la deje arreglarme. No puedo evitar preguntarme si la persona con la que quería emparejarme era Ramsey todo el tiempo.

—Trabajo los fines de semana.

—No me importa cuándo.

—¿El lunes por la noche? No trabajo ni el lunes ni el martes de la semana que viene.

—Ambos.

—¿Qué? —Se ríe.

—Quiero las dos noches.

—¿Y si soy una compañía terrible? —Ella sonríe.

Ese simple acto me hace estar un poco más alto e hinchar el pecho. Ella está cómoda aquí. Conmigo. —No es posible. Lunes y martes.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

Asiente y se inclina para acercarse. Sus ojos encuentran los míos pidiendo permiso. Asiento y me besa. Es suave y rápido, y fue su elección. Solo ese hecho hace que quiera golpear mi pecho como un cavernícola.

—¿Tienes hambre?

With Me

—Sí. Estaba demasiado nerviosa para comer antes de venir.

—¿Y ahora?

—Ahora, no lo estoy.

—Bien. —La beso una vez más antes de ponerme en pie y tirar de ella—. Ven a hacerme compañía mientras cocino para ti. —Me permite unir nuestras manos y llevarla a la cocina. No puedo evitar pensar en la vida con ella, en las perezosas tardes de los sábados. Los domingos en la cama haciendo el amor. La visión es clara y tan real.

Quiero eso.

La quiero.

Never

Once

RAMSEY

—**N**ada del otro mundo —dice Deacon, llevándonos a su cocina.

—¿Puedo ayudar en algo? —le pregunto.

Se gira para mirarme y sonríe. —Puedes hacerlo.

Puedes hacerme compañía.

Antes de que me dé cuenta, me agarra por las caderas y me sube a la isla. Se inclina y me da un beso en los labios antes de separarse. Le observo mientras empieza a sacar cosas de la nevera.

—¿Seguro que no necesitas ayuda? —pregunto.

—Estoy seguro. Vamos a tener hamburguesas en la parrilla, y tengo un par de tipos diferentes de patatas fritas, y compré una bandeja de frutas para el postre.

—La perfecta comida de verano. —Sonrío. Me parece que lo hago mucho cuando se trata de Deacon. Me siento cómoda con él. ¡Y vamos a tener una cita! No sé lo que significa, y no voy a preguntar. Por una vez en mi vida, me estoy dejando llevar, porque quiero ver qué pasa, no porque me obliguen. Deacon es definitivamente alguien a quien quiero conocer mejor.

—Yo también lo pensé. Ya he cortado un tomate y un poco de lechuga, así que en realidad, sólo tengo que asar las hamburguesas.

—¿No se supone que debemos esperar a Palmer?

Cierra la nevera y se gira para mirarme. Sostiene un plato de hamburguesas. Está realmente preparado para esto. —Nos dijo que lo hiciéramos, pero tengo que hacer algo. Si me siento a tu lado, te voy a besar.

—¿Es tan malo? —Me pongo rápidamente la mano sobre la boca. No puedo creer que haya dicho eso en voz alta—. Lo siento.

Deacon coloca todo lo que tiene en sus manos sobre el mostrador y se mete entre mis piernas. —¿Puedo tocarte?

Asiento. Me da mucha vergüenza haber soltado eso. Odio que de repente sienta que tiene que volver a preguntar. Lo estaba haciendo tan bien.

Coloca su dedo índice bajo mi barbilla y lo levanta hasta que mis ojos están a la altura de los suyos. —Nunca conmigo. Nunca te censures a ti misma. Si estás enojada, quiero oírlo. No me importa si estás gritando y chillando. Quiero oírlo. Si quieres que te bese, quiero que me lo digas. Si quieres que te toque —se inclina aún más—, quiero que me lo digas. —No hay nada que puedas hacer o decir que provoque que te ponga las manos encima con rabia. Puedo enojarme y discutiríamos, Ramsey. Somos criaturas humanas y emocionales, pero te prometo, cariño, que nunca te haré daño.

Sus palabras hacen que mis ojos se empañen de lágrimas. —Nunca se me permitió... mi ex y mi padre, se enojaban, y era más fácil morderme la lengua.

—No, nada de eso —susurra roncamente—. Se me ocurren muchas cosas mejores que hacer con esa lengua —dice mientras sus labios presionan los míos.

Me siento audaz y descarada y más viva de lo que me he sentido en toda mi vida. Le rodeo la cintura con las piernas y lo atraigo hacia mí mientras mis manos se cierran detrás de su cuello. Esta vez soy yo la que lleva las cosas más lejos, rozando sus labios con mi lengua, suplicando la entrada.

Deacon me rodea con sus brazos y abre la boca, dejando que yo tome la iniciativa. Estoy nerviosa. Nunca he tenido la oportunidad de hacerlo antes. No sólo eso, sino que quiero besarlo. Disfruto besándolo. Podría besarlo durante horas. Su mano se desliza por mi espalda y me acuna en la nuca, abrazándome. Su aliento caliente se mezcla con el mío mientras todo lo que nos rodea se desvanece. Estamos los dos solos, compartiendo un beso que enciende mi cuerpo y calma el dolor de mi corazón.

—Rams, cariño, tenemos que parar. —Se separa del beso, apoyando su frente contra la mía—. Te debo una cena.

—Meh —digo, haciéndole reír. Los dos respiramos con dificultad, nuestros pechos se elevan rápidamente mientras intentamos recuperarnos de la pasión que se enciende entre nosotros.

—Por mucho que quiera besarte, también quiero alimentarte. —Me da un rápido y casto beso antes de alejarse de mí. Me señala con el dedo—. Tú y tus labios son adictivos.

Esta vez soy yo quien se ríe. Deacon inclina la cabeza hacia un lado, con una mirada que no puedo descifrar en su apuesto rostro—. ¿Qué?

—Me gusta el sonido de tu risa llenando mi casa. —Se acerca y me besa una vez más—. Ahora tengo que concentrarme en la cena. —Me guiña un ojo, toma las hamburguesas que están a mi lado en la isla y desaparece en el patio.

No puedo quitarle los ojos de encima mientras coloca las hamburguesas en la parrilla una vez que se ha calentado. Probablemente por eso no oigo a Palmer.

—Tierra a Ramsey. —Se ríe, agitando su mano frente a mi cara.

—Oh. Lo siento. —Me sonrojo. Estoy atrapada, y ambas lo sabemos. No hay manera de que pueda salir de esta.

—¿Te gusta lo que ves? —bromea.

—Más le vale. —Deacon guiña un ojo mientras vuelve a entrar con un plato vacío en las manos. Se acerca a grandes zancadas al fregadero y lo enjuaga antes de colocarlo en el lavavajillas. Se lava las manos y saca otro del armario.

—Empezó sin mí, por lo que veo —comenta Palmer.

—Tenías que llamar y teníamos hambre —le dice Deacon.

—Oh, lo sé. —Palmer se apoya en la isla y choca su hombro con el mío.

Deacon se limita a sonreír, agarra el salero y el pimentero y vuelve a salir. —Te gusta. —Palmer sonrío.

—Es un buen tipo. —Miro fijamente al suelo.

—Lo es. También está soltero. Está soltero, así que... —Deja que las palabras se queden ahí.

—Es tu hermano.

—¿Verdad? Podríamos ser hermanas. —Está emocionada por la perspectiva. No hay duda de que por el sonido de su voz.

—Es el mejor amigo de Orrin. —No es que necesite el permiso de mi primo, pero él y sus hermanos y mis tíos me salvaron. No quiero hacer nada que les falte al respeto, pero siento como si hubiera una cuerda atada a mí, y está cerrada alrededor de Deacon. Es como si estuviera atada a él, y me parece bien. Me recuerda mucho a mis primos y a mi tío, hombres que respetan a las mujeres y les permiten tener voz.

—Estoy segura de que estará de acuerdo en que Deac es un gran tipo —responde Palmer.

—Es diez años mayor que yo. —La diferencia de edad no me molesta. Cuando me besa, o incluso cuando hablamos, la diferencia de edad no existe. Es sólo Deacon.

—La edad es sólo un número. Además, diez años no son tan malos. Cuando él tenga cincuenta años y tú cuarenta, podrás seguir teniendo el descuento para mayores. Todos salimos ganando. —Se ríe a carcajadas.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunta Deacon, cerrando la puerta del patio.

—Nada. —Me apresuro a desviar la conversación.

—Le decía a Ramsey que la edad es sólo un número. Por ejemplo, digamos que ustedes dos se juntan. Cuando tú tengas cincuenta años y ella cuarenta, podrá beneficiarse de tu descuento para mayores. —Palmer sonríe como una loca, orgullosa de sí misma.

Yo, me estoy sonrojando. Puedo sentir el calor en mis mejillas. No sé qué pasa con Deacon. Claro, me invitó a una cita. Dos citas si me pongo técnica. Hemos compartido algunos besos, pero eso no significa que quiera salir conmigo.

—Tiene razón, nena. —Deacon sonríe—. Piensa en ello como una ventaja.

Palmer se queda con la boca abierta por la sorpresa.

—¿Qué pasa, hermanita? ¿El gato te comió la lengua? —Deacon incita. Va un paso más allá, dando zancadas hacia mí y deteniéndose a mi lado—. Te daré todos mis descuentos, cariño —ronronea antes de poner sus labios en mi mejilla—. Las patatas fritas están en la despensa y la ensalada de frutas está en la encimera. Palmer, haz algo útil y toma los condimentos de la nevera. También hay lechuga y tomate cortados. —Me guiña un ojo y vuelve a salir, cerrando la puerta del patio tras de sí.

—Qué. Demonios. Fue. ¿Eso? —Palmer vibra de emoción.

—Nada.

—Oh, no lo harás, Ramsey Smithfield. Eso no fue nada. Necesito detalles, y los necesito ahora.

—No fue nada.

—Bien, le preguntaré a Deacon. Puedo sacárselo. He tenido años y años de práctica para hacer que mi hermano mayor se pliegue a mis formas. Sólo pregúntale a Piper. Ella me enseñó todo lo que sabe. —Sonríe con suficiencia, cruzando los brazos sobre el pecho.

Antes de que pueda contestarle, Deacon vuelve a entrar en la cocina con un plato de hamburguesas a la parrilla. Huelen deliciosamente y se me hace la boca agua. Sus ojos encuentran los míos. —¿Tienes hambre?

—Sí. —No sólo por las hamburguesas.

—Entonces, Deacon, ¿qué fue ese beso? —Palmer le pregunta.

—¿No puedo besar a mi chica? —pregunta, dejando el plato de hamburguesas al lado de donde estoy sentada en la isla. Mi corazón se detiene en mi pecho ante sus palabras. No sé qué esperaba que dijera, pero no era eso.

—¡Ramsey! —Palmer me regaña—. No me lo dijiste.

—Eso es porque no lo sabía —contesto.

—¿Deacon? —pregunta Palmer.

Se encoge de hombros. —Vamos a tener una cita la semana que viene.

—¿Eso la hace tuya? —pregunta, conteniendo apenas su sonrisa.

Sus ojos encuentran los míos. —Eso significa que quiero que sea mía. El resto depende de Ramsey.

—¿De mí? —grazné.

—No te quitaré la elección. Tú decides.

Mi corazón se derrite en un charco de baba, y me alegro de seguir sentada en la isla. ¿Por qué sus palabras me afectan tanto? ¿Es realmente él? ¿Son las dulces palabras sólo un espectáculo? ¿Cómo puedo saber si realmente puedo confiar en él?

Sé la respuesta a eso. No la sé. Al menos no cuando se trata de mi corazón. Voy a tener que correr el riesgo. Nunca he tenido que preocuparme por perder mi corazón antes. Esto es nuevo para mí.

—¿Puedo hacer saber que esto fue idea mía y que su primogénito debe llevar mi nombre? —Palmer se jacta.

—Creo que una Palmer es todo lo que podemos soportar. —Deacon se ríe.

Algo se revuelve en mi vientre. Supuse que le diría que estaba loca y que no había bebés en nuestro futuro, pero en lugar de eso, simplemente rechazó el nombre. ¿Estoy en algún tipo de universo alternativo?

—¿De cuántos bebés estamos hablando? —pregunta Palmer, alcanzando el paquete de panes de hamburguesa y preparándose un plato.

Me muevo para saltar del mostrador, pero Deacon llega antes que yo. Me pone las manos en las caderas y me levanta. —Puedo saltar del mostrador —le digo, ignorando la respiración entrecortada.

—Sí, pero entonces ¿qué excusa tendría para ponerte las manos encima? —pregunta en voz baja.

—¿Necesitas una excusa?

—No mientras tenga tu permiso.

—No has pedido permiso —comenta Palmer. Deacon pone los ojos en blanco, pero una sonrisa juguetona se dibuja en sus labios. Me levanta del mostrador y me alejo un paso de él.

—Entonces, ¿cuántos? —Palmer vuelve a preguntar.

—¿Sacaste todo de la nevera? —le pregunta Deacon.

—No. Esta conversación es demasiado fascinante.

Se ríe y se pone a sacar cosas de la nevera. —Ramsey, ¿qué te gusta en tu hamburguesa?

—Oh, um, lo que sea está bien.

Se levanta y me clava la mirada. —Voy a necesitar tus palabras, cariño, y tienen que ser tuyas. Tus deseos, no lo que sea.

Mi corazón se acelera. —Mayonesa, mostaza, ketchup —respondo. Tengo las manos juntas, esperando que me diga que es asqueroso y que así no se come. Eso es seguramente lo que me habrían dicho mi padre y Robert. Diablos, no me dejaban comer una hamburguesa. Sólo había ensaladas.

—Ahí está. —Guiña un ojo y vuelve a rebuscar en la nevera. Se levanta con las manos llenas de condimentos, así como un plato de lechuga y tomate. Los deja en la encimera y agarra un plato, entregándomelo—. Hazte un plato.

Palmer se inclina hacia mí, chocando su hombro con el mío. —Has hechizado a mi hermano —bromea.

—Para. —Niego hacia ella.

—No, hablo en serio. Está siendo muy dulce y todo eso. Nunca lo he visto así con nadie más. No a menos que fuera yo, nuestra hermana o nuestra madre. ¿Qué pasó mientras yo no estaba?

—Nada. —Mantengo la voz baja, mis ojos se dirigen a donde Deacon está sacando patatas fritas de la despensa.

—Me has estado ocultando cosas. —Me lanza una mirada que me dice que no me libraré de contarle todos los detalles.

Afortunadamente, lo deja pasar y los tres nos sentamos a comer. Palmer controla la conversación sobre la sesión de fotos, y Deacon y yo estamos de acuerdo en que todas las fotos son buenas para que ella las utilice. Son íntimas, pero ese es el objetivo del proyecto.

—Queremos que tengas éxito —le digo.

—Yo también te quiero. —Ella sonríe—. Gracias a los dos, de verdad. El resultado ha sido mejor de lo que podía esperar. Detrás del objetivo, estaba emocionada, pero una vez que empecé a editarlas, estaba eufórica. Estoy deseando empezar a publicarlas en mis redes sociales. Sólo esta sesión va a impulsar mi carrera. Puedo sentirlo.

—Me alegro —dice Deacon, tirando la servilleta en su plato ahora vacío.

—Nos ha funcionado a todos. —Palmer sonríe.

—Las imágenes son geniales. Has hecho un trabajo maravilloso.

—Ah, gracias, amiga. —Ella sonríe—. ¿Qué vamos a hacer el resto de la noche? —me pregunta.

—No estoy segura. No estoy acostumbrada a tener un sábado por la noche libre. Es raro.

—Podemos nadar o ver una película aquí —sugiere Deacon.

Antes de que podamos hablar de su sugerencia, suena su teléfono. Lo saca del bolsillo, sonríe y me muestra la pantalla. Aparece el nombre de mi primo Orrin. —Hola hombre —saluda Deacon. Él escucha—. Esta noche no trabajo. Palmer y Ramsey están aquí. Hablamos de nadar o de ir al cine. —Vuelve a escuchar.

Puedo oír la voz profunda de Orrin, pero no puedo entender lo que está diciendo.

—Espera —le dice Deacon. Sus ojos buscan los míos—. ¿Qué te parece que Orrin y algunos de sus hermanos vengan a unirse a nosotros?

—Yo voto que sí. Esos chicos Kincaid están BIEN —responde Palmer, aunque me estaba preguntando a mí.

—¿Qué te parece eso? —le pregunto a Deacon.

—O, voy a llamarte luego. —No espera una respuesta antes de terminar la llamada y dejar el teléfono sobre la mesa. Aparta su silla y se levanta, ofreciéndome la mano—. Acompáñame un momento.

Miro a Palmer y me hace un gesto para que vaya con él. Lentamente, me pongo de pie y coloco mi mano en la suya. El calor de su piel me tranquiliza al instante. Con sus dedos unidos a los míos, me conduce por el pasillo hasta lo que parece ser su despacho. En cuanto se cierra la puerta, me atrae hacia sus brazos.

—No me di cuenta de que sería tan difícil mantener mis manos fuera de ti.

No respondo nada. No estoy segura de lo que debería decir. Sé que quiero decirle que no tiene que hacerlo, pero me lo guardo para mí.

—Ramsey, dime cómo te sientes acerca de que Orrin y los chicos vengan. Quiero pasar tiempo contigo, así que si eso te va a incomodar, entonces les diré que no.

—Esta es tu casa, Deacon. No puedo tomar esa decisión por ti.

—Ahí es donde te equivocas. Este es nuestro día. No sé cuándo te tendré otro sábado por la noche, y no quiero desperdiciarlo. —Me da un beso en la frente—. Dime qué estás pensando.

—¿Qué les decimos?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a esto. Que me tomes de la mano, y me abrases, y me beses, y me subas y bajes de los mostradores.

With Me

Sonríe. —Aprovecho cualquier excusa para tocarte.

—Son mi familia.

—Y Palmer es la mía.

Me voy por las ramas, y él también. Quiere que diga lo que pienso. —¿Y si preguntan por ello? ¿Sobre los toques o las miradas? ¿Qué decimos?

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

—Ugh. Deja de responder a mis preguntas con preguntas.

—Lo siento, pero no quiero que elijas lo que yo quiero. Quiero que digas lo que piensas. No te preocupes por mí y mi respuesta. Sólo di la tuya. Te prometo que te daré mi sincera verdad. Quiero la tuya a cambio.

—Bien. —Asiento, respiro profundamente y le doy lo que quiere—. No sé lo que somos, y sé que es demasiado pronto para ponernos cualquier tipo de etiqueta en primer lugar. Sin embargo, no quiero mentirles. No quiero una relación construida sobre secretos y mentiras. Dejé ese mundo, y no quiero volver nunca más.

—Estoy de acuerdo contigo. La honestidad es siempre la mejor política. En cuanto a nosotros, para mí, hay un nosotros. Eres la primera mujer que capta mi atención de esta manera en bueno... nunca. Sé que ha sido muy poco tiempo, pero no quiero ver a nadie más que a ti. No quiero compartirte. —Esas últimas cinco palabras son más bien un gruñido, y es muy caliente.

—Yo nunca... no soy así. Sólo te vería si eso es lo que elegimos hacer.

—Bien. Entonces, estamos saliendo. ¿Te parece bien esa explicación?

—Sí. —Ni siquiera tengo que pensar mi respuesta.

—Dime qué está bien delante de los demás y qué no.

—¿Qué quieres decir?

—¿Puedo besarte? ¿Tomar tu mano? ¿Abrazarte? ¿Qué está bien que haga delante de otras personas?

—Quiero que seas tú. —De nuevo, no tengo que pensar mi respuesta—. Vengo de un mundo de falsedad y engaño, y me fui por una razón. Si estamos saliendo, es para conocernos mejor, y debemos ser nosotros, quienes somos todo el tiempo para que eso suceda. Si te apetece besarme o tomarme de la mano o abrazarme, entonces quiero que lo hagas.

—¿Dime para qué tengo que pedir permiso?

—Nada. He estado cerca de ti lo suficiente como para sentir que puedo confiar en ti. Lo has demostrado en el poco tiempo que te conozco. Tal vez, trata de abstenerte de agarrar o sostener mis muñecas, y cuando toques mi cara, sólo... sé gentil.

—Siempre, cariño. —Como si tuviera que demostrármelo, acuna mi mejilla con su cálida palma y presiona sus labios contra los míos—. ¿Se me permite llamarte mi chica? —pregunta, con una sonrisa en los labios.

—¿Quieres?

—Claro que sí.

—Entonces así me llamarás.

—Vamos. Palmer ya debe estar paseando por el suelo. —Pone su mano en la parte baja de mi espalda y me guía fuera de la habitación.

—¿Todo bien? —pregunta Palmer.

—Perfecto —le dice Deacon—. Nadar, y podemos pedir pizza o algo más tarde. Voy a llamar a Orrin.

—Bueno, tenemos que ir a buscar nuestros trajes. —Palmer señala hacia mí.

—Bien. Vuelve rápido —dice Deacon. Luego se inclina hacia él y susurra: —Deberías dejar uno aquí para que no tenga que perder tiempo contigo la próxima vez que queramos nadar. Pensándolo bien, no importa. Podemos bañarnos desnudos.

Tengo que mover mi peso para aliviar el dolor que sus palabras provocan entre mis muslos. —Sí. Eso, deberíamos hacerlo. —Me libero de su agarre y doy una zancada hacia Palmer. Sus ojos se calientan ante mi confesión y me guiña un ojo.

—Volveremos —grita, agarrándose de la mano y tirando de mí hacia la puerta. En cuanto estamos en su coche y en la carretera, habla—. Derrama.

Así que lo hago. Le cuento que me encontré con él en su oficina y que después cenamos. Le cuento que anoche vino a la Taberna y me dijo que quiere verme en exclusiva. Se queda callada todo el tiempo, lo que no es habitual en ella. Cuando llegamos a mi complejo de apartamentos, apaga el motor, se quita el cinturón de seguridad y se gira para mirarme.

—Tengo que confesar. Deacon es el único con el que he tratado de arreglarte. Ambos fueron demasiado tercos para dejarme intentarlo. La sesión de citas a ciegas fue sólo una excusa para tenerlos a los dos en el mismo lugar al mismo tiempo. Claro, es genial para mi carrera, pero podría haber elegido a cualquier extraño al azar. Me alegro mucho por ti.

—Es nuevo —le recuerdo. Aunque sospechaba que Deacon era el hombre que me ha estado rogando que conociera durante los últimos meses, no puedo evitar preguntarme si lo hubiera conocido antes si estaríamos donde estamos ahora. Creo firmemente que aún no estaba preparada para él. Que no estábamos preparados el uno para el otro.

Ahora sí.

With Me

—No, esto es el comienzo de algo increíble.
No puedo evitar esperar que tenga razón.

Never

Doce

DEACON

Espero a que se vayan antes de llamar a Orrin.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Sí, todo está bien. Quería asegurarme de que Ramsey estaba bien con los planes antes de hacerlos. —Mi chica quiere honestidad, y yo planeo darle nada más que eso. Me imaginé que podría soltar los frijoles con mi mejor amigo antes de que llegue. Sé que no voy a poder controlarme, y ella no quiere que lo haga.

—¿Por qué está Ramsey ahí?

—Acaba de salir con Palmer a buscar sus trajes. —No necesita una explicación real, y no la va a recibir.

—¿Por qué tenías que consultar con mi primita?

—En primer lugar, es una mujer adulta, que es más joven que tú, pero no es un bebé. En segundo lugar, eso es lo que se suele hacer cuando se sale con alguien. —Dejé caer las palabras. No tiene sentido facilitar esta conversación. O lo acepta, o no lo acepta.

—¿Quieres repetirlo? —Orrin pregunta.

—Me escuchaste la primera vez, pero ya que eres tan viejo y todo, lo repetiré. Ramsey y yo estamos saliendo.

—¿Saliendo con quién? —Puedo oír la incredulidad en su tono—. Es mi prima pequeña.

—También es una mujer muy hermosa.

—¿Cuánto tiempo lleva esto?

—Es nuevo.

—Mierda, no esperaba que dijeras eso.

—Bueno, ella y yo hemos hablado y no hay secretos, así que he pensado que podría arrancar la tiritita, por así decirlo, para que cuando llegues no montes una escena y la molestes.

—¿Te molestaría eso?

—Por supuesto que me molestaría. ¿Qué idiota quiere ver a su chica molesta?

—¿Tu chica? —pregunta.

—¿Qué parte de estamos saliendo no entendiste? —Me río.

—¿La estás reclamando? Eso es mucho más que una simple cita.

—Ella es mía, Orrin. Mira, entiendo que es tu prima. Sé que ha pasado por alguna mierda, y que quieres protegerla, pero no tienes que protegerla de mí. Diablos, en todo caso, soy yo quien debería preocuparte. Ella ha irrumpido en mi vida como un tornado y me ha hecho pensar y sentir cosas que nunca había pensado o sentido.

—Maldita sea —murmura.

—Sí. Me gusta, hombre. Esto no es sólo un escenario de 'mojar mi polla'. Me gusta de verdad. Más que gustarme. Empieza a importarme. Es demasiado pronto para decir eso, pero desafío a cualquiera a pasar tiempo con Ramsey Smithfield y no albergar sentimientos por ella. Amistad o no. No es de extrañar que ella y Palmer se lleven tan bien. Mi hermana es igual. Diablos, mis dos hermanas son así. No puedes evitar querer estar cerca de ellas.

—Es diez años más joven que tú.

—¿Y? Ella es una adulta. Tiene veintidós años, yo tengo treinta y dos. Sí, hay algunos años entre nosotros, pero no los noto cuando estoy con ella. —No estoy echando humo por el culo. Sé que los diez años están ahí, pero no los siento. Al menos no todavía. Además, no hay nada que pueda decir que no se me haya ocurrido a mí. He librado una batalla interna desde el día en que le puse los ojos encima, y he llegado a la conclusión de que me importa un carajo. No me importa lo que alguien tenga que decir sobre nuestra relación. Las únicas personas que importan son Ramsey y yo.

—Bien. Si la tratas bien, no tendremos problemas. Te digo, hombre, ella es de sangre, y si la jodes, vas a tener que lidiar con mis hermanos y conmigo —advierde.

—Créeme, eso no va a pasar, y lo último que quiero es que nueve Kincaids me persigan. Incluso los más jóvenes.

—Están más cerca de su edad que tú —bromea.

—Vete a la mierda.

Se ríe a carcajadas, el sonido resuena en mis oídos a través del teléfono móvil.
—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Las chicas han ido a buscar trajes y ya hemos hecho la parrilla, así que he pensado en pedir una pizza.

—Voy a recoger algo de cerveza. Brooks y Declan están conmigo. Sterling está dudando y no puede decidir qué va a hacer esta noche, así que podría estar con nosotros también.

—Son todos bienvenidos. Deberías advertirles sobre Rams y yo.

—Sí, sí. Se los diré.

—Hasta luego. —Termino la llamada, deslizando mi teléfono en el bolsillo delantero. Ha ido mejor de lo que esperaba. Sabía que la diferencia de edad sería un problema para los demás, y sé que debería ser un problema para mí también, pero parece que no me importa. No cuando la estoy besando.

Voy a la cocina, limpio la cena y subo a ponerme un traje de baño. Subo las escaleras de dos en dos mientras la emoción me recorre. No es sólo el tiempo que voy a pasar con mi hermana pequeña y mi chica, sino también con los chicos. Tengo que dedicar más tiempo a la vida fuera del trabajo. No quiero despertarme dentro de otros diez años y no tener nada más que mi trabajo. Estoy establecido dentro de la práctica, y soy la opción obvia para comprarlos. Si no me eligen para hacerlo cuando se jubilen, entonces empezaré mi propio despacho.

Es hora de empezar a vivir.



Orrin y sus hermanos aparecen antes de que vuelvan las chicas. Los cuatro entran en la habitación, y aunque todos sonríen, puedo sentir la tensión que nos rodea.

—Sólo digan lo que tienen que decir.

—Es de la familia —dice Brooks.

—Y demasiado joven para ti —añade Declan.

—Demasiado dulce para ser desechada —comenta Sterling.

Me dirijo a Orrin. —Vamos a escucharlo.

—No, creo que mis hermanos lo hicieron bien.

Expulso una pesada bocanada de aire mientras me enfrento al pelotón de fusilamiento. —Mira, ya se lo he dicho a Orrin —empiezo, pero la puerta principal se abre.

—Cariño, estoy en casa —dice Palmer. Los cinco nos giramos hacia la puerta y el sonido de su voz.

Entran en la habitación y mis ojos se fijan inmediatamente en Ramsey. Lleva los mismos pantalones cortos y el mismo top que antes, pero ahora lleva un bolso colgado del hombro. Quiero ir hacia ella y envolverla en mis brazos. Quiero besar el aliento de sus pulmones y demostrar a sus primos sobreprotectores que es mía.

Pero no lo hago. En cambio, la espero. Quiero ver cómo va a manejar esta situación. Ya estoy sintiendo cosas que es demasiado pronto para sentir. Estoy más que dispuesto a enfrentarlas, a luchar por esto, sea lo que sea. Estamos saliendo, es nuevo, pero se siente viejo. Sin embargo, necesito saber que no soy sólo yo. Necesito ver cómo maneja ella esto. Es más joven que yo, y hay una voz molesta en mi cabeza que me dice que quizá no esté preparada para todo lo que se me pasa por la cabeza en lo que respecta a Ramsey.

—Rams. —Orrin abre los brazos y ella no duda en entrar en su abrazo y devolverlo. Sale de su abrazo y repite el proceso con Declan.

—¿Por qué se lleva todos los abrazos? —se burla Palmer. Orrin le abre los brazos y ella se ríe mientras le da un abrazo.

Ambos abrazan a los cuatro Kincaid que están en mi cocina, y luego estoy yo. Ramsey suelta a Brooks y se gira hacia mí. Sus pasos son lentos, pero los da. Cuando está lo suficientemente cerca, me rodea la cintura con los brazos y apoya la cabeza en mi hombro.

Mi mano se posa en su cadera y la rodeo con mis brazos. Sin poder evitarlo, le doy un beso en la cabeza. Siento que su cuerpo se relaja y tengo que luchar para ocultar mi sonrisa.

—¿Así que esto es realmente una cosa? —pregunta Brooks. Tiene el brazo colgado sobre los hombros de Palmer, y a ella no parece importarle.

—¿Qué es una cosa? —pregunta Ramsey.

—Los dos. —Sterling nos señala—. Una cosa —aclara.

—Si por la 'cosa' te refieres a que Deacon y yo estamos saliendo, entonces sí, es una cosa. —Su voz es fuerte y clara, y mi pecho se hincha de orgullo, sabiendo que está usando sus palabras y que es abierta con ellas.

La habitación está en silencio, lo que hace que Ramsey arrastre nerviosamente los pies. Quiero susurrarle al oído que, digan lo que digan, esto queda entre nosotros. Quiero animarla a que podemos hacerlo. No necesitamos permiso. Los dos somos adultos que consienten, pero no lo hago. Un susurro en el estado de silencio de la habitación sonaría como si estuviera gritando.

Me mantengo erguido junto a ella, sin dejar traslucir ninguna de las dudas que me asaltan. No tengo palabras para explicar lo que siento cuando estoy con ella. No pienso en el trabajo. No me importa lo que ocurre a mi alrededor. Me concentro en

ella, y eso es una novedad para mí. Nunca he conocido a una mujer que pueda mantener mi atención como lo hace Ramsey. Cuando estamos los dos, incluso en un bar lleno de gente, parece que estamos solos. Como si ella fuera la única persona en el mundo. Es una especie de magia vudú o algo así, pero lo anhele. La anhele a ella y a lo que me hace sentir.

Conectado a tierra.

Establecido.

Contenido.

Soy todo eso y más cuando estoy con ella. Una tarde con Ramsey Smithfield cambió mi forma de ver las cosas. Soy un adicto al trabajo y antepongo el trabajo a todo lo demás. Nunca me di cuenta de lo mucho que me estaba perdiendo. Mis amigos y mi familia han intentado decírmelo. He escuchado innumerables sermones sobre cómo trabajar mi vida, pero nada resonaba en mí hasta que la hermosa belleza de cabello oscuro y ojos azules entró en mi vida.

Los cuatro nos miran fijamente, pero es Declan quien rompe el silencio. —¿Cuándo vamos a pedir pizza? Me muero de hambre.

—Acabamos de comer —le digo.

Declan saca su teléfono del bolsillo. —Es pizza. Está buena caliente o fría. ¿Qué quieren todos? —pregunta.

—Sin anchoas. —Palmer se estremece—. Aparte de eso, estoy bien.

—¿Ramsey? —Declan pregunta.

—Oh, yo no —empieza, y le aprieto la cadera. Se queda paralizada y levanta la cabeza para mirarme.

—Tus palabras, cariño. —Mantengo mi voz suave, sólo para ella. No es que me importe si los demás me oyen, pero mis palabras son para ella. Para darle el valor y el ánimo que necesita para decir lo que piensa.

Lo que más deseo es que entienda que sus deseos y necesidades son importantes, tanto como los de los demás. Durante demasiado tiempo, se ha limitado a seguir lo que los demás quieren. Quiero a la verdadera Ramsey. La buena, la mala y todas las malditas cosas intermedias.

—¿Ramsey? —Orrin pregunta.

Retira su mirada de la mía y yo hago lo mismo. Puedo ver la contemplación en su rostro. Mis ojos recorren Brooks, Declan y Sterling, y todos están pendientes de cada una de sus palabras.

—No soy muy fan de las aceitunas negras, pero puedo comerlas —añade.

—No hay aceitunas negras. —No dejo espacio en mi tono para las discusiones. No las va a comer. Simplemente no las vamos a pedir. Si las quieren tanto, pueden pedir una pizza especial con aceitunas negras.

Declan abre la boca y la cierra rápidamente. Estoy en alerta máxima, esperando que alguien le diga algo negativo. No se dan cuenta de que van a tener que responder ante mí. Soy un tipo bastante relajado, pero hay algo en Ramsey que revela mi lado protector.

Declan asiente lentamente, mirando a Ramsey como si fuera una extraña para él. —Sin aceitunas negras y sin anchoas. Entendido. —Colocando su teléfono junto a la oreja, sale de la habitación para hacer la llamada.

—Rams, tenemos que cambiarnos. —Palmer agarra la mano de Ramsey y desaparecen arriba.

—¿Cómo carajo no sabíamos que no le gustan las aceitunas negras? —Sterling pregunta.

—¿Cómo lo supiste? —Me pregunta Orrin.

—¿Cómo saber qué?

—¿Que no le gustaban las aceitunas negras? —aclara.

—No lo sabía hasta que ella lo dijo.

—Pero sabías que había algo que no le gustaba. —Su mirada es intensa.

Me encojo de hombros. —Fue una sensación.

—¿Una sensación? —pregunta Brooks con incredulidad.

—No me creerías si te lo dijera. —No es que sepa cómo explicarlo. Siento que la conozco. Hay una intensa conexión entre nosotros, y es como si nos conociéramos y estuviéramos juntos desde hace años.

Los tres asienten y toman mis palabras al pie de la letra. —Hace un calor de mil demonios. Vamos a la piscina. —Brooks me echa un brazo por encima del hombro y todos salimos.

—¡El último en llegar paga la pizza! —Sterling grita mientras sale corriendo y se lanza al agua.

Poco después, todos nos apresuramos a despojarnos de nuestras camisas y a asegurarnos de que nuestros teléfonos están fuera de los bolsillos antes de sumergirnos.

—Demasiado lento, hermano mayor —se jacta Sterling, señalando a Orrin—. Parece que la cena va por tu cuenta.

—Espero que las cosas vayan bien en el taller —dice Declan—. Nunca deberías dejarme pedir cuando estoy hambriento.

—Como si no estuviera acostumbrado. Diablos, los cinco podemos comer una grande solos, y luego las chicas probablemente dividirán una. Son seis.

—Pedí ocho, sólo para estar seguro. —Declan sonríe.

Orrin refunfuña en voz baja, pero todo es por diversión. Es el mayor de nueve hermanos, y nunca se sabría cuando se reúnen todos. Incluso los gemelos, Maverick y Merrick, que acaban de graduarse este año, parecen tan cercanos en edad cuando están juntos. Pasé mucho tiempo en su casa mientras crecía. Carol y Raymond Kincaid tienen más paciencia que cualquier otro padre que haya conocido.

—¡Allá vamos! —Palmer grita mientras viene corriendo hacia la piscina. Apenas tenemos tiempo de apartarnos antes de que esté chapoteando en el agua—. Ramsey, trae tu culo aquí —dice mi hermana llamando a su mejor amiga.

Me giro y veo a Ramsey sonriendo, sacudiendo la cabeza ante las travesuras de mi hermana. Llega al borde de la piscina y se sienta, metiendo los pies en el agua. Nado hasta donde está sentada y le paso la mano por la pierna que está bajo el agua.

—¿No vas a entrar? —le pregunto.

—Oh, eh, sí, tal vez más tarde.

—Ramsey.

—Deacon —dice ella, y mi polla se pone dura al instante.

—Dime por qué no estás nadando.

—Yo sólo —empieza a soltarme alguna mierda, pero nosotros no somos así. Ella puso las reglas, y ahora tiene que cumplirlas.

—Necesito tus palabras, cariño. Tu verdad —le recuerdo.

—No estoy acostumbrada a nadar entre multitudes. He ganado un poco de peso desde que estoy aquí, y... no quiero quitarme el pareo todavía.

—No. —Me acerco, colocándome entre sus piernas, y rodeo su cintura con mis brazos—. Eres perfecta. Han jugado con tus emociones, pero cariño, eso no va a pasar aquí. Tu familia está aquí, y Palmer, y sólo estoy yo. Si crees que hay algo debajo de este trozo de tela negra que no quiero ver, estás muy equivocada.

—Es difícil quitármelos de la cabeza. Lo estoy haciendo mejor. Es que en momentos como éste recuerdo las palabras que se dijeron y vuelvo a esa chica.

—Nunca fuiste esa chica. Eso es lo que querían que fueras. La única persona que quiero que seas es Ramsey. Tienes que decidir quién eres. Si realmente no te sientes cómoda, no te presionaré, pero no dejes que algo que te dijeron esos imbéciles te impida pasar un buen rato.

With Me

Asiente y me dedica una sonrisa forzada que no llega a sus ojos.

—Eres hermosa, Ramsey. No sólo tu cuerpo, sino tu corazón y tu mente. No dejes que te retengan. Sé tú. —Hago una pausa, dándole tiempo para procesar lo que acabo de decir—. Ahora, dime, ¿quieres nadar?

—Yo sí. Me encanta nadar. —Esta vez su sonrisa es más brillante.

—Quítate esto —le digo bruscamente, tirando del pareo negro que me oculta su cuerpo—. Quiero verte. —Me alejo, dándole el espacio que necesita. Me sumerjo en el agua para refrescarme. No por el calor del sol, que también, sino por estar tan cerca de ella. Cuando salgo, está sentada en el borde de la piscina con un bikini negro.

Me muevo antes de poder pensar mejor. La agarro por las caderas y la meto en el agua conmigo. Por suerte, solo hay un metro y medio donde estamos, y puedo mantenerme en pie porque ella me rodea la cintura con las piernas.

—Tan jodidamente sexy. —Mi voz es áspera incluso para mis propios oídos.

—Nos están observando —dice, enterrando su cabeza en mi cuello.

—¿Te molesta? —No contesta, así que le vuelvo a preguntar: —Ramsey, ¿te molesta que nos vean?

Lentamente, se aparta y levanta la cabeza. Sus ojos azules son más brillantes que el cielo sobre nuestras cabezas. En lugar de decirme sus palabras, se inclina lentamente y presiona sus labios contra los míos. El beso es breve, pero lo dice todo. Ha tomado lo que quería. Ha tomado una decisión por sí misma. No porque pensara que era lo que yo quería, sino porque era lo que ella quería.

—No cuando eres tú. —Su suave respuesta es sólo para mí, y no sé si su intención es que las palabras envuelvan mi corazón, pero eso es exactamente lo que hacen.

Never

Trece

RAMSEY

He tenido citas antes, pero nunca con un hombre con el que realmente quisiera tener una cita. Esta noche es mi primera cita oficial, y es con Deacon. Nos enviamos mensajes de texto durante todo el día de ayer y la mayor parte de hoy, y cuanto más tiempo paso hablando con él, más me gusta.

Para mí, eso es aterrador y estimulante al mismo tiempo. Me siento de nuevo como una niña de dieciséis años, sólo que esta vez puedo tomar las decisiones. Puedo elegir al chico, bueno, en este caso, al hombre, y estoy mareada. Esa es la única manera de describirme.

Ya me he cambiado de ropa tres veces, y estoy lo suficientemente desesperada como para derrumbarme y llamar a mi mejor amiga. —Ayuda —le ruego en cuanto responde a la videollamada.

—¿En qué estoy ayudando?

—No sé qué ponerme.

Sus ojos se suavizan. —Ramsey, respira profundamente —me dice, y yo hago lo que me dice—. Ahora, exhala lentamente. —De nuevo, hago lo que me dice—. Ya está. Ahora, le vas a gustar con cualquier cosa. Le gustas. No pienses demasiado en esto.

—¿Cómo no voy a hacerlo, Palmer? Es la primera vez que puedo elegir mi cita. Es una gran cosa. No tengo mucho que ofrecerle. Es mayor, exitoso y guapo, y tiene sus cosas claras. Yo soy una chica de veintidós años que tiene tres trabajos y que huyó de sus padres y de su ex novio maltratador. —La verdad de mi ansiedad sale libremente de mis labios.

—Vamos a diseccionar eso, ¿de acuerdo? —Ella levanta un dedo—. En primer lugar, así que hay unos cuantos años o diez entre ustedes dos. ¿A quién le importa? Son maduros, y los dos están interesados el uno en el otro. Eso no tiene importancia. En segundo lugar —ella levanta un segundo dedo—, eres el epítome del éxito. Dejaste el único hogar que conocías, te mudaste a una nueva ciudad para quedarte con una familia que apenas conocías, y mira dónde estás. Tienes tu propia casa, un

buen coche y dinero en el banco. Has hecho todo eso, Ramsey. Eres una trabajadora dura, dedicada, y eres una luchadora. —Ella levanta un tercer dedo—. Tercero, eres hermosa. Odio que lo que te hicieron te haya hecho pensar lo contrario, y odio que estés tan atrapada en rehuir a los demás que no veas la forma en que los hombres te miran. Odio que no veas la forma en que mi hermano te mira.

Hace un mes, habría apartado sus palabras del fondo de mi mente, sin permitirme creerlas. Hoy, sin embargo, golpean de manera diferente. Hacen que la esperanza florezca en mi pecho y que el calor llene mi alma. ¿Cuándo me permitiré darme cuenta de que esta es mi vida? No soy lo que mi padre quería que fuera. Soy mucho más.

—Esto... Bueno, Deacon. Es lo primero que he querido para mí, y más que estabilidad, desde hace mucho tiempo. Tengo todas estas emociones corriendo a través de mí. Nunca un tipo me había afectado de esta manera. Nunca habían querido pasar tiempo conmigo y yo con ellos a cambio.

—Muéstrame lo que tienes puesto.

Apoyando el teléfono en mi mesita de noche, doy un paso atrás. —Este es mi tercer intento.

—Sabes que me encanta ese vestido. ¿Zapatos? —pregunta.

—Estaba pensando en mis sandalias de tiras marrones. —Alejándome, las tomo de mi armario y las sostengo. El vestido que llevo tiene cuello alto y recortes en los brazos. El estampado es de cachemira, en azul oscuro, naranja, rojo y crema. Va bien con mi cabello oscuro, y las sandalias marrones combinan a la perfección.

—Ramsey, estás preciosa. Estoy segura de que los otros dos vestidos también eran perfectos. No te esfuerces demasiado. Sólo sé tú. Si Deacon no ve lo increíble que eres, entonces no lo necesitas. No me importa que sea mi hermano. Si está demasiado ciego para ver lo que tiene delante, entonces que se vaya.

—Quiero que vea lo que tiene delante —susurro, pero sé que me oye.

—Sólo sé tú, Ramsey. Es imposible no querer estar cerca de ti. —Tan pronto como ella dice las palabras, hay un golpe en mi puerta.

—Está aquí.

—Ve. Diviértete. Y quiero escucharlo todo.

—Gracias. —Le mando un beso, termino la llamada, tomo el teléfono y las sandalias y salgo corriendo de mi habitación. Al abrir la puerta, se me escapa la respiración. Deacon va vestido con una camisa negra abotonada, remangada, y unos vaqueros oscuros que parecen hechos a su medida, si la forma en que se amoldan a sus muslos sirve de indicación. Parece que se ha pasado las manos por el cabello varias veces. Me dan ganas de acercarme y hacer lo mismo.

—Eres hermosa. —Las palabras le resultan fáciles y da un paso adelante. Lentamente, desliza su brazo alrededor de mi cintura y presiona sus labios sobre mi mejilla.

—Gracias. Tú también. Quiero decir, estás guapo.

Sonríe, y un enjambre de mariposas se apodera de mi vientre.

—¿Estás lista para irte?

—Sí. Sólo tengo que ponerme esto. —Levanto mis sandalias—. Entra. —Me alejo, dejándole espacio para entrar en mi apartamento. Me siento en el borde del sofá y me pongo rápidamente las sandalias. Agarro mi pequeño bolso y me aseguro de tener todo lo que necesito, añadiendo mi teléfono antes de cerrarlo—. Lista. —Levanto la vista y me encuentro con que me está mirando. Se queda de pie, mirándome fijamente—. ¿Deacon?

—Lo siento, estoy tratando de decirme a mí mismo que devorarte está fuera de la mesa esta noche. Realmente te ves increíble, Rams, y hace demasiado tiempo que no te veo.

—Me viste el sábado.

—Es lunes. Es demasiado tiempo. —En dos largas zancadas, está de nuevo frente a mí. Me acomoda el cabello detrás de la oreja—. Me dije que iba a ser un caballero. Quiero más de ti que tus besos, pero también los anhele.

—¿Quieres besarme?

—Mucho.

—Me gustaría —confieso.

Es el único estímulo que necesita. Sus labios son suaves y cálidos, pero firmes al mismo tiempo. Su mano se desliza por detrás de mi cuello mientras me acerca. Su olor me envuelve y tengo que agarrarme a la parte delantera de su camisa para no caerme. Su beso hace que, literalmente, me flaquee en las rodillas.

Demasiado pronto para mi gusto, termina el beso. —Deberíamos irnos. Si no lo hacemos, no podré responsabilizarme de mis actos.

Sus palabras hacen que un cosquilleo recorra mi espina dorsal, pero no es por miedo, sino por el calor que hay detrás de sus palabras y la necesidad que tengo de él corriendo por mis venas.

Quiero decirle que podemos quedarnos en casa, y me parecería bien. Sin embargo, una parte mayor de mí quiere esta cita. Quiero esta experiencia, y quiero compartirla con Deacon. —Estoy lista —le digo.

Asiente y, con su mano en la parte baja de mi espalda, me guía fuera de mi apartamento. Nos detenemos justo delante de la puerta para que pueda asegurarme

de que está cerrada con llave antes de que me lleve a su coche. —¿Dónde está tu camioneta?

—Empecé a conducirlo. La idea de que te subieras en él con un vestido era a la vez una tortura y un placer. La tortura ganó. De ninguna manera voy a arriesgarme a que te vea otro hombre que no sea yo.

—Podrías haberme ayudado —bromeo. No es algo que haya hecho en el pasado con las citas, y me parece extraño, pero, por otra parte, con Deacon me parece bien. Soy una contradicción andante.

—Sí, yo también lo pensé, pero te echaba de menos y sabía que tenía que mantener la cabeza fría. Mis manos sobre ti no ayudarán con eso.

—Parece que te separaste bien de mí en mi casa —le digo mientras me abre la puerta.

—Créeme, cariño, no fue nada fácil. —Espera a que me ponga el cinturón antes de cerrar la puerta y rodear el coche.

—Entonces, ¿a dónde vamos? —pregunto una vez que estamos en el camino.

—Pensé que podríamos ir a Harris, cenar y ver una película. Mencionaste que las citas no eran algo que pudieras hacer o elegir, y algo me dice que el cabrón con el que salías no planeaba salidas para complacerte.

—Nunca he hecho una cena y una película. No en una cita. Con amigos, pero mirando atrás, nunca fueron mis verdaderos amigos, no como lo es Palmer para mí. Querían estar conmigo por mi apellido y el dinero de mis padres.

Se acerca y pone su mano en mi muslo desnudo. —Estoy aquí para ti, Ramsey. Sólo para ti.

Conseguimos mantener una conversación fácil durante el resto del trayecto hasta Harris. Hablamos de la universidad, y es fácil decir que su experiencia fue diferente a la mía. Hablamos de nuestras familias, la suya y la mía. Tanto las que dejé atrás como la que tengo en Willow River.

—Dime, ¿qué te ves haciendo? Si pudieras tener cualquier carrera, ¿cuál sería?

Es la segunda vez que me hace esta pregunta y aún no tengo respuesta. Tengo que reflexionar sobre mi futuro. Tengo que mirar más allá de la seguridad que me he construido y pensar en lo que me espera. —Sinceramente, no estoy segura. Siempre he sabido que la elección no era mía, así que nunca me he permitido soñar con algo diferente.

Deacon está sentado frente a mí en el restaurante. Hemos pedido nuestras comidas y estamos esperando nuestras bebidas. —Creo que deberías darte un tiempo para considerar lo que realmente quieres. No sólo como carrera, sino como vida. Sé que conocerte me ha puesto las cosas en perspectiva.

—¿Cómo es eso? —Me resulta difícil entender que el hecho de conocerme pueda tener ese tipo de impacto en su vida. Que salir conmigo le haya dado algún tipo de nueva percepción sobre la vida y su carrera.

—Soy un adicto al trabajo. —Me muestra una sonrisa—. Incluso puedes decirle a Palmer que lo he admitido. Estaba tan concentrado en hacer algo de mí mismo. Mis padres vivían al día, y yo no quería eso. No me malinterpretes, nunca nos faltó nada, y mis hermanas y yo fuimos a la universidad, pero yo seguía queriendo más. Cuando me contrataron en Patrick y Gordman, hablaban de retirarse en unos años. Quería demostrarles que era alguien en quien podían confiar sus años de trabajo. Quería ser el único candidato lógico cuando llegara el momento de hacerlo.

—¿Y ahora? —Tomo un trago de mi té dulce.

—Ahora, me doy cuenta de que lo que mis padres, y mis hermanas, e incluso mis compañeros me han estado diciendo es cierto. Estoy trabajando toda mi vida. No quiero despertarme dentro de otros diez años y no tener nada que mostrar de mi vida más que una carrera. Quiero tener mi propia familia.

—¿Quieres niños?

—Yo sí. Y una esposa. —Sus ojos se fijan en los míos, y me esfuerzo por no retorcerme bajo su mirada—. ¿Quieres hijos? ¿Un marido?

—Siempre se asumió que me casaría con Robert y le daría un heredero. No era algo que quisiera con él, pero era lo que mis padres habrían exigido si hubieran conseguido llevarme al altar con él. La elección nunca fue mía. Cuando le dije a mi padre que me negaba a casarme con Robert, las cosas se pusieron... intensas, y esa fue la noche en que me fui.

—¿Y ahora?

—Sí, quiero tener hijos. Quiero ser mejor que mis padres. Quiero mostrar a mi hijo o hijos que son amados y que el cielo es el límite de lo que pueden hacer.

—¿Y marido? —Su voz es ruda.

A ti.

Una visión de la vida con él a mi lado pasa por mi mente. —Quiero un hombre que me ame y me honre. Quiero a alguien que esté a mi lado y me deje tomar mis propias decisiones. Quiero a alguien que esté siempre a mi lado, pero que no tenga miedo de decirme cuando me equivoque. —Cierro rápidamente la boca cuando me doy cuenta de que acabo de describir a Deacon.

—¿Piensas quedarte en Willow River? —pregunta. Hay una ligera inclinación en sus labios y, al principio, me preocupa que sepa que le estaba describiendo, pero luego recuerdo que le he pedido honestidad y me he comprometido a dársela a cambio.

—Lo estoy haciendo. Este es mi hogar ahora. No hay nada a lo que pueda volver en Nueva York.

—Aquí tienes. Una hamburguesa de pizza y patatas fritas. —La camarera pone un plato delante de Deacon—. Y una hamburguesa con queso y tocino para ti. ¿Puedo ofrecerles algo más?

—¿Rams? —pregunta Deacon.

—No. Gracias, esto es perfecto. —Sonrío a la camarera.

—Volveré para ver cómo están —dice y se va corriendo.

—No puedo creer que estemos comiendo en un lugar que sirve hamburguesas y papas fritas para una cita.

—¿Esperabas algo más elegante?

—No. En absoluto. Esto es... todo lo que siempre quise. Sólo quería ser normal. No me gustaba tener que estar 'alerta' todo el tiempo. La imagen lo era todo para Donald y Angela Smithfield.

—Esperaba que te gustara este lugar. Estuve dándole vueltas a dónde llevarte y a lo que deberíamos hacer, pero por nuestras conversaciones, sólo quería darte un pedacito de lo que te perdiste.

—Gracias, Deacon. Esto es perfecto. No puedo pensar en una noche mejor. Jamás.

Una sonrisa perezosa inclina sus labios. Desvío la mirada y me concentro en mi comida antes de sentarme y mirarlo fijamente el resto de la noche. Es tan fácil perderse en sus preciosos ojos color miel.



—Bueno, ¿qué te ha parecido? —pregunta.

—Me encantó. No he visto ninguna de las otras, pero necesito hacerlo.

—Mi chica ha estado protegida —bromea, rodeando mi cintura con un brazo y guiándonos hasta su coche.

—Tengo tres trabajos —le recuerdo mientras me abre la puerta. Siempre es un perfecto caballero, incluso cuando no hay nadie mirando. Espera a que me ponga el cinturón antes de cerrar la puerta.

—¿Es una cosa de 'necesidad'? ¿O sólo una cosa de 'seguridad'? —pregunta una vez que estamos en la carretera.

—Un poco de ambas cosas, supongo. Tengo unos buenos ahorros, pero nunca quiero estar en la posición de tener que depender de otra persona para mis necesidades básicas. Si la tía Carol y el tío Raymond no me hubieran acogido, no sé qué habría hecho.

—Odio incluso pensar en el modo en que te trataron y en la vida que llevabas, pero no puedo odiar que eso te haya traído hasta Willow River. A mí —añade, echando un vistazo antes de volver a centrarse en la carretera.

—Sé que esto suena terrible, pero ni siquiera los extraño. Mis padres, quiero decir. O a Robert, para el caso. Es que... nunca fueron buenos conmigo. No importaba lo mucho que intentara ser lo que ellos querían que fuera, simplemente no se preocupaban por mí.

—Sabes que no estás sola, ¿verdad? —pregunta—. Ramsey, nunca volverás a estar sola. Sé con absoluta certeza que el clan Kincaid nunca dejará que eso ocurra. Son buena gente. No estoy seguro de dónde está la relación. No sé si es por parte de tu madre o de tu padre, pero no se parecen en nada a la familia que dejaste atrás. Tienes a Palmer, y me tienes a mí.

Asiento porque tengo un nudo en la garganta. Sé que está oscuro en el coche y que él no puede verme, así que me acerco y pongo mi mano en su brazo, dándole un suave apretón. Sin apartar la vista de la carretera, une nuestros dedos y me da un tierno beso en los nudillos antes de apoyar nuestras manos en su musculoso muslo.

El resto del viaje es tranquilo pero confortable. De hecho, nunca he sentido esta abrumadora sensación de calma con nadie más.

Cuando llegamos a mi complejo de apartamentos, se apresura a rodear la puerta para abrir la mía. Es extraño que un hombre lo haga cuando nadie está mirando. La única vez que Robert hizo algo remotamente agradable por mí fue cuando era para mostrarlo. No debería comparar a los dos, pero están a años luz en cuanto a sus diferencias. Sólo va a costar acostumbrarse.

—Gracias por esta noche —digo cuando llegamos a mi puerta—. ¿Quieres entrar? —Le ofrezco. Estoy nerviosa, pero no estoy lista para que la noche termine.

—Sí. Pero no lo haré —añade rápidamente—. No confío en mí mismo para no querer llevar las cosas más lejos, y aún no estamos allí.

—¿Y si digo que sí?

Se inclina y me besa justo debajo de la oreja. —Me estás haciendo muy difícil ser un caballero.

—¿Es eso lo que eres? —pregunto.

—Eso es lo que te mereces.

—Está bien si no me quieres o si has cambiado de opinión —suelto.

—Ramsey, cariño. —Me toma la mano y la coloca sobre su durísima polla. El calor se acumula entre mis muslos—. Te deseo. Nunca he deseado a una mujer como te deseo a ti, y estoy muy orgulloso de que me invites a entrar, pero quiero hacerlo bien. No eres del tipo de chica que se acuesta con el tipo en una primera cita, y sé que vale la pena esperar por cualquier cosa que valga la pena.

—¿Y si quiero serlo? —Desafío. No sé de dónde viene esta confianza. La única explicación que se me ocurre es que es él. Deacon me da fuerzas.

—¿Tú?

—Me lo pasé muy bien. No estoy lista para que la noche termine.

—Mañana por la noche.

—¿Qué pasa con eso?

—En lugar de salir, podemos cenar en mi casa. Así tendremos más tiempo juntos, los dos solos.

—Eso es dentro de mucho tiempo. —No sé lo que digo porque tiene razón. No soy el tipo de mujer que salta a la cama con su cita la primera noche. Tampoco soy del tipo de mujer que se muestra tan abierta a lo que quiere o a lo que siente. Todo por cortesía del hombre que tengo delante.

Sonríe. —Lo sé, pero nos da algo que esperar. —Lentamente, levanta su mano y la coloca en mi mejilla—. Buenas noches, cariño. —Su beso es suave y lento, y me deja con ganas de más—. Cierra detrás de mí.

Su beso me ha robado el aliento de los pulmones. Me tomo un minuto para reagruparme antes de decir: —Gracias por esta noche.

Sus ojos se suavizan. —De nada. Entra y cierra.

—¿Me... me llamarás cuando llegues a casa? ¿O sólo me enviarás un mensaje de texto? Quiero asegurarme de que llegas bien a casa.

—Te llamaré —acepta—. Buenas noches, Rams.

—Buenas noches, Deacon. —Paso detrás de la puerta y la cierro rápidamente, haciendo clic en la cerradura. Mis dedos tocan mis labios, y aún puedo sentir los suyos pegados a los míos. No tengo que mirarme en el espejo para saber que esa sonrisa tonta y feliz que solo Deacon puede arrancarme ilumina mi rostro.

Catorce

DEACON

—¿Está todo bien? —responde Palmer.

—Sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque me llamas cuando se supone que estás trabajando.

—Me fui temprano.

—¿Qué? ¿Qué sucede? ¿Estás enfermo? ¿Son mamá y papá? ¿Piper? —Puedo oír el pánico en su voz.

—Palmer, cálmate. Todo el mundo está bien. Yo estoy bien. —Me apresuro a tranquilizarla.

—¿Entonces a qué hora sales del trabajo? —me la imagino buscando un reloj—, a las cuatro de la tarde.

—Ramsey viene a mi casa esta noche para nuestra segunda cita. Quiero asegurarme de que mi casa está a punto. Necesito una ducha, y tengo que pensar en lo que vamos a comer.

—¿Y dejaste el trabajo antes de tiempo? ¿Para eso? —pregunta para aclarar.

—Lo hice. —Sé lo que está pensando. Nunca salgo temprano del trabajo. Nunca. A menos que sea una emergencia familiar. También hubo una vez que tuve gripe y me vi obligado a ir a casa, no es que estaba haciendo mucho en la oficina de todos modos. Por lo demás, la mayoría de los días estoy allí después de la hora normal de salida.

—Sabía que ustedes dos se llevarían bien —presume.

—Lo estamos haciendo. Anoche salimos y decidimos que esta noche nos quedaríamos en casa. Por eso necesito tu ayuda. ¿Qué debo hacer o pedir para la cena?

—Ah, estás nervioso.

Tiene razón. Estoy nervioso. Quiero que esta noche sea una buena noche para Ramsey. Para los dos. Quiero que vea que quedarse en casa puede ser igual de divertido y que no necesito exhibirla. Claro, me encantaría hacer eso, pero también soy bueno para mantenerla toda para mí. Su ex la usaba como un caramelo para el brazo, y yo no soy ese tipo.

—¿Vas a ayudarme o no?

—Sólo sé tú, Deacon. ¿Qué quieres hacer?

—Bueno, tuvimos hamburguesas en la parrilla el sábado por la tarde, y tuvimos hamburguesas anoche. No quiero volver a pedir pizza como hicimos el sábado por la noche.

—¿Qué es lo que te gusta hacer y no te estresa?

—Sé cocinar muchas cosas. Hace años que vivo por mi cuenta.

—Viejo —se burla.

—Palmer —gruño.

—Bien. Sólo estaba bromeando. Lo sabes, ¿verdad? Diez años no es el fin del mundo, y la haces feliz, Deac. Eso es lo único que importa. Ella necesita y merece toda la felicidad después de la vida que ha vivido.

—¿Qué tal la lasaña? ¿Come lasaña? —le pregunto a mi hermana.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? —pregunta.

—No lo sé. Tienes razón. La llamaré ahora.

—Deacon... —Se apresura a decir mi nombre antes de que cuelgue—. Sólo sé tú. A ella le gustas de verdad. Y no tienes que decirme que realmente te gusta. Tus acciones lo dicen todo. Sé feliz, hermano mayor.

—Gracias, niña —digo, haciendo mi propia indirecta sobre su edad. Sin embargo, ahora que lo pienso es un poco espeluznante, ya que ella y Ramsey tienen la misma edad. Salgo de mis pensamientos y me concentro en su risa.

—Te quiero, hermano mayor.

—Yo también te quiero, hermanita. Oye, ¿cuándo tendré copias de esas fotos?

—¿Hay alguno en particular que quieras?

—Todas ellos.

—¿Quieres alguna ampliada?

—Sí. ¿Puedes hacerlo?

—Claro. Te enviaré el enlace por correo electrónico. Conseguiré copias de 4x6 de todas ellas, pero si quieres una ampliada o en un lienzo o algo así, dímelo.

—Gracias, Palmer. —Termino la llamada y empiezo a escribir un mensaje a Ramsey, pero un mensaje no sirve. Aunque voy a verla dentro de unas horas, la idea de escuchar su voz me vence, y doy marcha atrás al mensaje y pulso Llamar en su lugar.

—Hola.

Exhalo una fuerte bocanada de aire al oír su voz. —Ramsey —murmuro.

—¿Está todo bien?

Supongo que el hecho de que actúe fuera de mi carácter está dejando perplejo a todo el mundo en mi vida estos días. —Necesitaba preguntarte algo y quería escuchar tu voz, así que te llamé en lugar de enviarte un mensaje.

—¿Querías escuchar mi voz?

—Sí.

—¿Qué querías preguntarme?

Sí, claro. Ve al grano, Setty. —¿Te gusta la lasaña?

—Oh, um, sí.

—Ramsey. —No es la intención, pero sale como un gruñido parcial—. Necesito tus palabras, cariño.

—Me gusta la lasaña. No me gusta mucho el queso ricotta o el requesón.

—A mí tampoco. Lo hago con carne, salsa, fideos, parmesano y mozzarella. ¿Suenan bien? ¿Tal vez un poco de pan de ajo para acompañar?

—Eso suena perfecto, Deacon. ¿Qué puedo hacer?

—Estoy sentado fuera de la tienda de comestibles ahora. Voy a entrar corriendo a comprar lo que necesito y luego me voy a casa. Puedes venir cuando quieras. —Necesito una ducha y ordenar la casa, pero soy un tipo bastante ordenado, así que no me preocupa demasiado. Además, ella necesita conocer mi verdadero yo, al igual que yo quiero conocerla a ella.

—De acuerdo. Llevaré algo para el postre.

Tengo en la punta de la lengua decirle que ella es el postre, pero me abstengo. —No tienes que hacer eso.

—Quiero hacerlo. Ya son más de las cuatro. ¿Qué tal si voy sobre las cinco o así? Puedo ayudarte a cocinar.

—Me gustaría eso. Te veré pronto.

—Nos vemos pronto. —Agarrando las llaves del contacto, salgo de la camioneta y me dirijo a la tienda de comestibles. La compra de alimentos suele ser

With Me

una tarea que odio, pero no me importa porque Ramsey viene a hacer la cena conmigo. Se está convirtiendo rápidamente en un punto brillante en mi vida



En cuanto entro por la puerta, tiro las bolsas de la compra en la encimera, sin molestarme en guardar ninguna, y me voy corriendo a la ducha. Diez minutos más tarde, estoy en un par de pantalones cortos de gimnasia y una camiseta de Kincaid's Body Shop que le robé a Orrin cuando estaba arreglando una pequeña abolladura en la puerta de mi camioneta.

Recorriendo la casa, compruebo que el medio baño que utilizan los invitados está reluciente. Nunca lo uso. Siempre voy a mi habitación. No hago nada a propósito para ordenar mi habitación o mi baño. Espero que eso me impida llevarla hasta allí.

No me malinterpretes, la quiero ahí, pero aún no estamos ahí. Necesita saber que es ella. Su compañía y su tiempo es lo que busco. Cualquier otra cosa que me dé es sólo un extra. Después de todas las historias que me ha contado, me niego a ser otro hombre que le quite. No si es algo que ella no está dispuesta a dar. Mientras tanto, seguiré masturbando mi polla como si tuviera quince años.

A las cinco en punto, llaman a la puerta y, si no lo estuviera viviendo, no creería que mi corazón se ha acelerado sólo por saber que Ramsey está al otro lado.

Abandonando la compra, me precipito hacia la puerta y la abro de un tirón. Ella sonríe y sostiene un pequeño recipiente. —Hice galletas.

—No tenías que hacer eso. Compré un pastel de chocolate en el supermercado, pero las galletas caseras suenan mucho mejor. Espera, ¿qué tipo de galletas?

—Mantequilla de cacahuete. Oh. No eres alérgico, ¿verdad? Mierda, debería haberte preguntado —murmura la última parte.

—No. No soy alérgico, y las galletas de mantequilla de cacahuete son mis favoritas.

—Lo dices por decir. —Se ríe.

—Entra. Puedo probarlo. —Doy un paso atrás, dejándole espacio para entrar a mi casa. Con mi mano en la parte baja de su espalda, porque tengo que tocarla, la conduzco a la cocina. Cuando llegamos a la isla, la agarro por las caderas y la levanto, provocando su risa.

—Una silla también sirve —dice con una risita. El sonido me envuelve como un cálido abrazo y llena el silencio de esta gran casa vacía. Es un sonido que podría anhelar si no tengo cuidado.

—Tal vez. —Me encojo de hombros—. Pero si estás sentada en una silla, tendría que agacharme para hacer esto. —Me inclino y aprieto mis labios contra los suyos. Es sólo un picoteo en los labios, pero me enciende por dentro igualmente.

—Hmm —responde ella—. Creo que puedo ver el mérito.

Juguetonamente, le aprieto el costado antes de alejarme de ella. Tengo que preparar la cena. —¿Cómo fue tu día?

—Estuvo bien. Acabé cubriendo un turno para una reunión de madrugada en Harris para la empresa de catering. Fue sólo de ocho a mediodía. Después, llegué a casa, me duché y leí un libro.

—Se suponía que hoy era tu día libre.

—Sí, pero me necesitaban y no tenía nada que hacer. No me importa.

—Trabajas demasiado.

—Hola, olla. —Se ríe. Yo asiento y me río también, porque tiene razón—. ¿Cómo estuvo tu día?

—Bien. Corto, que es nuevo para mí.

—No te vas temprano a menudo, ¿eh? —pregunta.

—En realidad, nunca.

—¿Y aun así lo hiciste hoy?

—Lo hice. Estaba emocionada por verte y quería pasar por la tienda para comprar lo que necesitaba. —Buscando en mi bolsillo trasero, saco mi teléfono y marco a mi hermana Piper. Iba a llamar a Palmer, pero no necesito que se regodee. A mi madre ni hablar. Sigo esperando a que se entere de que estoy saliendo con alguien. Ella tendrá nuestra boda planeada en poco tiempo, así que mi hermana mediana es la ganadora.

—Hola, ¿todo bien? —Piper me saluda. Su voz es fuerte por el altavoz. Me aseguré de usar el altavoz para que Ramsey pueda escuchar nuestra conversación.

—Estoy bien. Todo el mundo está bien. Tengo algo que preguntarte, y necesito que te pongas en marcha y respondas honestamente.

—¿Has estado bebiendo? —pregunta—. ¿Finalmente has trabajado al borde del alcoholismo?

—No. No estoy bebiendo y estoy bien. Sólo necesito que me respondas algo.

—De acuerdo. —Hay precaución en su tono.

—¿Cuáles son mis galletas favoritas?

—Mantequilla de cacahuete. —¿Por qué? ¿Planeas que mamá te haga algunas y luego nos las esconda de nuevo? —Se ríe.

—No, aunque no es una idea terrible —me burlo—. Estoy en una cita, bueno, una cena en mi casa, y ella hizo galletas. Le dije que eran mis favoritas, y pensó que sólo le decía lo que quería oír.

—Espera. ¿No estás en el trabajo? ¿Estás en una cita? ¿Cena en tu casa? ¿Quién eres y qué has hecho con mi hermano?

Empiezo a espabilarme, pero decido responder a sus preguntas rápidas. —No. No estoy en el trabajo. Sí, estoy en una cita. Sí, vamos a cenar en mi casa, y sigo siendo tu hermano.

—¿Qué te pasa? Estoy impresionada.

—Ramsey.

—¿Qué? ¿Ramsey? ¿La Ramsey de Palmer? —pregunta confundida.

—Ella es mi Ramsey ahora, y sí, es la misma. Ahora, necesito salir de aquí para poder hacer la cena para ella y comer algunas de sus galletas.

—Espero que te refieras literalmente a las galletas que te hizo. —Piper se ríe a carcajadas.

—Por ahora. Te quiero —digo, pulsando Fin de la llamada y colocando mi teléfono en la encimera—. ¿Quieres algo de beber? —le pregunto.

Está quieta, tan quieta que no sé si respira, y tiene la boca abierta. Su mirada busca la mía, buscando lo que no estoy seguro. Finalmente, se aclara la garganta—. No. Estoy bien por ahora. —Sus mejillas se tiñen de rosa y sonrío para mis adentros. Bien. Ha entendido el significado de mis palabras.

Asiento y empiezo a desempaquetar la comida.

—Tú no eres como ellos.

—¿Cómo quién? —Abro la libra de carne picada y la pongo en la sartén.

—Mi padre. Robert. Ambos son abogados también. No eres como ellos.

—No —estoy de acuerdo—. No soy como ellos.

—Sé que está mal, pero supongo que siempre pensé que todos los abogados eran como ellos. Despiadados. Sin corazón.

—Este no.

—Todos los abogados que he conocido han sido como ellos. Hasta ti.

—¿Intentas decirme que soy especial? —La miro por encima del hombro y le guiño un ojo.

—Tal vez. Para ser sincera, no estoy segura. Supongo que sólo quería que supieras que sé que no eres como ellos. Mi padre nunca, en toda mi vida, me trató

con una pizca del respeto que tú tienes. Y Robert, era el chico de oro de mi padre. Se le permitía hacer lo que quisiera.

Pongo el quemador a fuego lento y me coloco entre sus piernas. Levanto su mano y aprieto con mis labios una muñeca y luego la otra. —No te merecían. Ninguno de los dos. —Beso la comisura de su boca y me alejo, volviendo a los fogones antes de decir a la mierda la cena y llevarla a mi habitación. Le mostraría cómo merece ser tratada.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Nada. He comprado los fideos que no hay que hervir. Así que una vez hecha la carne, sólo tengo que montarla y meterla en el horno.

—Me siento mal sentada aquí mientras tú haces todo el trabajo.

—Bien. Puedes tomar la sartén de la lasaña. Está en el armario debajo de la isla. —Oigo sus pies golpear el suelo cuando baja de un salto y el sonido de la sartén colocada en la isla. Se pone a mi lado, apoyando la espalda en la encimera.

—Palmer me envió un mensaje antes. Me dijo que ibas a recibir algunas impresiones de nuestra sesión de fotos. Quería saber si quería alguna.

—Sí, le pedí que me enviara copias de cada una y que tal vez quisiera hacer unas cuantas versiones más grandes. Sólo tengo que decidir dónde las pondría.

—¿Deacon? —Espera que le preste atención—. ¿De verdad vas a colgar fotos nuestras en tu casa?

Me encojo de hombros. —¿Por qué no? Estamos saliendo.

—*Salir*, Deacon. —Mueve la cabeza como si hubiera perdido la cabeza.

Tal vez sí.

—¿No se me permite tener una foto de la chica con la que salgo en mi casa?

—Esto es tan nuevo.

—Pero se siente bien.

—¿Y si nos maldice?

—¿Te preocupa eso? —le pregunto. Se encoge de hombros, y cuando empiezo a decirle que necesito sus palabras, me las da libremente antes de que pueda hacerlo.

—Tal vez. No lo sé. Sé que eres diferente a cualquier hombre que haya conocido, excluyendo al tío Raymond y a mis primos. Sé que pienso en ti antes de irme a dormir y de nuevo cuando abro los ojos cada mañana. Sé que estar contigo hace que las mariposas revoloteen aquí. —Coloca la mano sobre su estómago.

—De acuerdo. —Puedo darle esto. Fácilmente—. No voy a hacer las impresiones todavía. Sin embargo, estoy obteniendo copias de todas ellas.

With Me

Otra sonrisa y un movimiento de cabeza. —¿Qué voy a hacer contigo?

—Bésame. —Mi cuerpo se inclina hacia el suyo y ella presiona obedientemente sus labios contra los míos. Vuelvo a la carne picada y ella me hace compañía. Quince minutos más tarde, y con un desorden en la encimera, la lasaña está en el horno.

Tomo dos botellas de agua y la llevo al patio. Esta es mi rutina habitual, sentarme fuera y relajarme después de un largo día. Apenas tiene el culo en la silla junto a mí, y ya sé que es mejor con Ramsey.

Tengo la sensación de que la vida y todo lo que hay en ella es mejor con Ramsey.

Never

Quince

RAMSEY

Lo siento antes de verlo. Suena espeluznante, pero es la verdad. Han pasado cuatro semanas y un puñado de días desde nuestra primera cita oficial. Desde entonces, somos inseparables. Las noches de los lunes y los martes son las únicas que tengo libres, y las paso con Deacon. Estamos en su casa o en la mía, y a veces nos aventuramos a salir, pero casi siempre preferimos quedarnos en casa. Palmer bromea diciendo que ya somos un viejo matrimonio, y yo no lo odio.

De hecho, me encanta. Disfruto pasando tiempo con él y él conmigo. Es un tipo estupendo, y cada día que pasa, me enamora un poco más que el día anterior. Deacon Setty es uno de esos tipos que es el paquete completo. Es encantador, guapo, sexy, y sí, ambas cosas son dignas de mención. Tiene un gran trabajo, es dueño de su propia casa, ama a su familia y quiere estar conmigo.

Algunos días todavía parece que estoy soñando.

—Oye, Ramsey, tu hombre está aquí —me dice mi compañera de trabajo, Tabitha.

Asiento y continúo llenando el pedido en el que estoy trabajando. Dos bebidas mezcladas de Sexo en la Playa para chicas de mi edad, según sus identificaciones que acabo de hacerles llegar. Después de cobrarlas, me permito dejar que mis ojos lo busquen.

No tengo que mirar mucho. Está sentado en el extremo más alejado de la barra. El mismo asiento que siempre ocupa cuando está aquí. Cena aquí la mayoría de las noches que estoy trabajando, y si no está comiendo aquí, me trae la cena. Por el aspecto del recipiente colocado en la barra, supongo que esta noche es una de esas noches.

—Hola, guapo —lo saludo. Quiero inclinarme sobre la barra y apretar mis labios contra los suyos, pero me abstengo. Hank es un jefe genial, pero es poco profesional e inmaduro. Ya tengo nuestras edades en contra. No necesito echar más leña al fuego. Hemos recibido algunas miradas extrañas cuando hemos salido por la ciudad, pero a ninguno de los dos parece importarle. Me preocupaban mis tíos y los

padres de Deacon, pero todos parecen estar de acuerdo. No nos hemos reunido con nuestras familias como pareja, pero Deacon se ha criado aquí y es el mejor amigo de Orrin, así que mi familia le conoce a él y a su familia, y viceversa. He conocido a los padres de Deacon y a su otra hermana con Palmer, pero no como Deacon... lo que sea. Estamos saliendo, y es glorioso, y me parece bien no ponerle una etiqueta.

—Cariño —dice—. ¿Cómo va tu noche?

—Hasta aquí todo bien. ¿Qué tal la tuyo?

—Aburrido sin ti. He hecho pollo salteado para cenar. —Desliza el recipiente hacia mí—. ¿Ya tomaste tu descanso?

—Es la hora —dice Hank, deslizándose a mi lado. Le ofrece la mano a Deacon y se la estrechan—. Treinta minutos, Ramsey. Ni un segundo antes. —Me lanza una mirada de advertencia que no contiene nada de calor.

—Esto debería estar todavía caliente. —Deacon agarra el recipiente que acaba de empujar hacia mí—. Vamos a sentarnos fuera mientras comes.

—Déjame tomar algo. —Alcanzo la nevera, tomo una botella de agua y me dirijo hacia el extremo opuesto de la barra, donde me espera Deacon—. Oh, necesito algo para comer esto —digo. Vuelvo corriendo a la barra y tomo un juego de cubiertos de plástico. Cuando llego hasta donde está Deacon, me ofrece la mano y no dudo en tomarla.

De la mano, me lleva a su camioneta. Deja caer la puerta trasero, deposita el contenedor y me levanta para que me siente, pasando entre mis piernas. Sus manos enmarcan mi cara mientras me besa como si hoy pudiera ser nuestro último día—. Te he extrañado —dice, soltando las manos y agarrando el contenedor. Quita la tapa, toma los utensilios, los abre con facilidad con una sola mano, y se sirve un bocado con un tenedor, dándomelo.

—Qué bien —digo, tapándome la boca con la palma de la mano.

—Me alegro de que te guste. Hice demasiado, así que tendremos esto para comer mañana también.

—Creía que mañana tenías que ayudar a tu padre a mover cosas en el garaje. —pregunto antes de abrir la boca para aceptar otro bocado.

—Lo sé. Le dije que iría más tarde después de que te fueras a trabajar. Sólo te tengo dos noches a la semana y dos días. No voy a quitarnos tiempo.

—Es tu padre.

Deacon se encoge de hombros. —Lo entiende —dice, ofreciéndome otro bocado.

—No puedes dejar tu vida en suspenso por mi horario de trabajo.

—Mírame.

Le quito el recipiente de las manos y lo pongo a mi lado en la puerta trasera. — ¿Qué pasa? —Le rodeo el cuello con mis brazos. A su vez, él me rodea la cintura con sus brazos y me pone las manos en la espalda.

—Te extraño. No te preocupes por mí. Estoy de mal humor.

—Me ves todo el tiempo.

—No. Te veo cuatro días a la semana. Eso no es suficiente para mí. Te veo de miércoles a viernes, y unas horas al día el sábado y el domingo, y lo mismo el lunes y el martes por la noche, si no tienes un trabajo de catering más tarde.

—Los he estado rechazando.

—¿Qué?

—Sólo soy una empleada a tiempo parcial, según las necesidades de At Your Service Catering. Después de aquel martes por la noche que tuve que cancelar, he estado rechazando cualquier trabajo que me haga trabajar después de las cinco. Este —señalo la taberna detrás de nosotros—, es mi trabajo principal.

—Sé que te gusta trabajar aquí, y nunca te pediría que lo dejaras por mí, pero te echo de menos. Temo la mitad de la semana porque sé que sólo te veré mientras esté aquí comiendo o no lo haré.

—Lo siento. —Lo abrazo más fuerte.

—No tienes nada que lamentar. Estoy siendo egoísta. Hay una parte de mí que quiere exigirte que encuentres un trabajo de día. Sin embargo, hay una parte más grande de mí que sabe que eres una mujer adulta que puede tomar sus propias decisiones. No voy a quitarte eso como hicieron ellos. Puede que me enoje por ello, pero nunca te exigiría eso. No importa cuánto lo desee.

—Yo también te echo de menos —confieso—. He estado pensando mucho en cómo podría utilizar mi título. Bueno, sobre lo que quiero hacer el resto de mi vida. La Taberna del Sauce no es para siempre.

—Mientras siga en la columna de para siempre, estamos bien —asegura.

No tiene ni idea de que sus palabras desencadenaron un maremoto explosivo de emociones en mi pecho. Básicamente me dijo que me quería para siempre.

—Come. Tienes que volver al trabajo pronto. A menos que estés dispuesta a dejarme decir que te has intoxicado por mi horrible cocina y que necesitas tomarte el resto de la noche libre —ofrece.

—Para. Ambos sabemos que eres un excelente cocinero, y ellos ya lo saben porque no es la primera comida que me traes mientras trabajo.

—Maldita sea. ¿Por qué tengo que ser uno de los chicos buenos? —se burla.

—Me alegro de que seas uno de los buenos, Deacon. También me alegro de que estés en mi vida.

—Yo también, cariño. Yo también. —Apoya sus labios en mi mejilla y se sienta a mi lado en la puerta trasera de la camioneta mientras yo termino de cenar.



Seis horas más tarde, finalmente cerramos las puertas y damos por terminada la noche. Los pies me están matando, y me he distraído con mi conversación de antes con Deacon. También me molesta que sólo tengamos dos noches entre semana en las que podamos salir, y es algo en lo que he estado pensando mucho. Cuando acepté este puesto por primera vez, me parecía bien lo de las noches. Las propinas eran mejores, y si Palmer estaba ocupada, me quedaba sola en casa de todos modos. Ahora tengo a alguien más que a mi mejor amiga en mi vida con quien quiero pasar tiempo. Solía pasar los domingos en casa de mis tíos, y últimamente también lo echo de menos. Cada minuto libre lo paso con Deacon y no es suficiente.

No estoy segura de que ninguna cantidad de tiempo con él sea suficiente.

—Oye, Ramsey, ¿puedes agarrar algunas servilletas del armario de suministros? —Tabitha pregunta.

—Claro. —Dejo los vasos sucios que acabo de recoger en la barra y me dirijo por el pasillo hacia el armario de suministros. Paso por delante del despacho de Hank y, en lugar de pasar como cualquier otra vez, llamo al marco de la puerta.

—Ramsey. Entra. —Sonríe amablemente—. ¿Qué pasa?

—Bueno —digo, retorciéndome las manos—, me preguntaba si podríamos hablar de mi horario.

—Claro, ¿necesitas un día libre?

—Más o menos. Esperaba poder tener menos noches los fines de semana. Sé que dije que podía trabajar con ellos cuando me contrataste, pero mi situación ha cambiado.

—Deacon. —Sonríe.

Asiento. —Trabajo todos los viernes, sábados y domingos por la noche. Eso no deja mucho tiempo para cultivar una relación.

—Confía en mí, lo sé. —Asiente con la cabeza—. Entonces, ¿qué estás pensando?

—¿Tal vez una noche de fin de semana a la semana? ¿De esos tres días?

—Es una gran petición. Eso va a alterar todo el calendario.

—Lo sé. Siento haber preguntado. —Me giro para salir de su despacho.

—Ramsey —me llama.

—¿Sí? —Me giro para mirar por encima del hombro.

—Déjame ver qué puedo hacer. Eres una gran trabajadora y muy fiable. No me gustaría perderte. De todos modos, he pensado en incorporar a otro empleado. Siempre es bueno tener opciones cuando alguien se retira. Llevaría algún tiempo capacitarlos.

Intento ocultar mi sonrisa, pero no puedo. —Sí, por supuesto. Estaré encantada de ayudar y hacer turnos durante el día, lo que sea necesario para ayudar a entrenarlos.

Se ríe. —Muy bien. Te mantendré informada.

—Gracias, Hank. —Saluda con la mano, dando por terminada la conversación. Tomo rápidamente un par de paquetes de servilletas de bar del armario de suministros y se las llevo a Tabitha.

—Pensé que te habías perdido —se burla.

—No. Estaba hablando con Hank.

—Bueno, ya está todo listo aquí. ¿Estás cobrando?

—Todavía no. Dame cinco. —Me dirijo hacia la caja registradora y cuento rápidamente mi cajón antes de llevárselo a Hank, que sigue sentado detrás de su escritorio—. Estamos listas para irnos.

—Buen trato. Estoy agotado. Ustedes, señoras, tomen sus cosas y reúnanse conmigo en la puerta trasera.

—Hank se reunirá con nosotros en la puerta trasera —le digo a Tabitha.

—Mis pies me están matando —gime.

—Dímelo a mí. Ni siquiera estaba tan ocupada esta noche. Hemos tenido cosas peores.

—Lo sé. Tal vez sea porque hicimos más cosas de pie, y cuando nos movemos, no es tan malo —sugiere.

—Posiblemente. —Tomo mi bolso de debajo del mostrador, apago las luces y la sigo por el pasillo.

—¿Te he dicho que te quiero por contratar un equipo de limpieza permanentemente? —Tabitha le pregunta a nuestro jefe.

—Lo has hecho, pero puedes seguir diciéndolo. Me gusta salir de aquí a una hora decente. De todas formas estaba aquí temprano para dejarlos entrar, así que el equipo de limpieza tenía sentido.

—Buena decisión, jefe. —Tabitha le da una palmadita en la espalda mientras empuja la puerta trasera.

—¿Dónde puedo encontrar uno de esos? —pregunta Tabitha.

Miro hacia donde ella está asintiendo y veo a Deacon sentado en su puerta trasera. Está desplazándose despreocupadamente por su teléfono como si no estuviera sentado en un estacionamiento a casi las dos de la mañana esperando a que salga del trabajo. El corazón me da un vuelco en el pecho. Está aquí por mí.

No respondo a Tabitha. Consigo levantar la mano en el aire para saludar a los dos, pero no puedo estar segura de que me vean, y ahora mismo, no me importa. Lo único que quiero es abrazarlo. Necesito los brazos de Deacon a mi alrededor. Más aún, necesito mis brazos alrededor de él.

No sé qué hice para que este hombre increíble entrara en mi vida, pero estoy agradecida, y sólo rezo para que esté siempre aquí conmigo. Él salta de la puerta trasera y debe leer la expresión de mi cara. Abre sus brazos de par en par, y yo camino directamente hacia ellos.

—No sé por qué sigues aquí, pero necesitaba esto —le digo después de unos minutos de aferrarme a él.

—Estoy aquí para ti, Ramsey.

Abro la boca para darle las gracias, pero las palabras que salen de mi boca son diferentes a las que pretendía. —Quédate conmigo esta noche. —Cuatro palabras que seguramente llevarán nuestra relación a un nuevo nivel, y no me arrepiento de ellas.

Deacon me enmarca la cara con sus grandes manos y me estudia durante lo que parecen horas pero son sólo segundos. —¿Mi casa o la tuya?

—La tuya. —No es porque no me guste mi casa. Sí me gusta. Es más bien que la casa de Deacon se siente más como un hogar que mi pequeño apartamento de una habitación. En este momento, lo necesito a él y a la comodidad que me brinda su casa.

—Te sigo. —Me besa rápidamente y me lleva al coche. Como el caballero que es, me abre la puerta y espera a que me acomode antes de cerrarla.

Mi mirada lo sigue mientras sube a su camioneta y enciende las luces para indicarme que está listo para partir. No es la primera vez que me sigue a casa. Sin embargo, es la primera vez que me sigue a la suya. Es la primera vez que alguno de los dos ha mencionado pasar la noche con el otro. Antes de conocer a Deacon, nunca imaginé pedirle esto a un hombre. Jamás. Me hace sentir fuerte y hermosa, y esta noche necesito más de eso. Necesito su abrazo.

With Me

Lo necesito.

Mientras conduzco hacia su casa con sus faros en el espejo retrovisor, no me estreso por lo que va a pasar. No me preocupa pasar la noche en su casa. Sé que estoy a salvo con Deacon. Me dijo que me echaba de menos, y yo también le echaba de menos, más de lo que puedo expresar con palabras.

Un rayo de emoción me enciende por dentro, al pensar en dormirme a su lado. Al menos espero poder dormirme a su lado. Debería estar nerviosa. Será la primera vez para mí. Una que Robert nunca ha robado. Sin embargo, no me preocupa lo más mínimo. Incluso si no quiere dormir a mi lado, sé que estará al final del pasillo. Eso es mejor que estar al otro lado de la ciudad de él cualquier día.

Never

Dieciséis

DEACON

—¿Tienes hambre, sed? —le pregunto a Ramsey cuando entramos en la casa desde el garaje.

—Estoy bien. —Hay un ligero temblor en su voz, que me indica que debo aliviar sus temores.

—Ven aquí. —Abro los brazos y ella entra en ellos sin rechistar—. Esta es una de esas veces que voy a necesitar que uses tus palabras, Ramsey.

Ella inclina la cabeza hacia atrás para mirarme. —Lo he hecho.

Sonrío y levanto un brazo de su cintura para apartarle el cabello de los ojos. — Sé que lo has hecho, pero puedo sentir la energía nerviosa que se desprende de ti en oleadas. Sólo soy yo. No hay nada por lo que estar nerviosa.

—Te equivocas —contesta ella.

—Explica eso. ¿Te preocupa quedarte aquí conmigo?

—No. No me preocupa quedarme contigo. —Hace una pausa, y sé que está tratando de encontrar su voz para decirme lo que le preocupa—. Me preocupa quedarme.

—Me estás confundiendo, cariño.

—Nunca he pasado la noche con alguien.

—No tienes que dormir en mi cama conmigo. Tengo dos habitaciones libres que puedes elegir, o puedes tomar mi cama, y yo dormiré en la habitación libre. Lo que necesites para estar cómoda. —Lo digo en serio. Quiero que se sienta cómoda y segura aquí. Lo que no le digo es que de ninguna manera voy a dormir sabiendo que ella está al final del pasillo, pero ella sigue aquí, y eso vale una noche sin dormir. Vale la pena una vida sin dormir, y me niego a pensar en lo que eso significa.

—¿Qué quieres, Deacon? —pregunta ella.

—No se trata de lo que yo quiera. Se trata de lo que te hace sentir más cómoda.

—No. Ya lo sé. —Se apresura a asegurarme—. Sé que estoy segura contigo. Lo que quiero decir es que estoy nerviosa porque no sé lo que quieres.

Siento como si estuviéramos hablando en acertijos, pero entiendo por qué. Está nerviosa. —Voy a decírtelo, pero sólo porque creo que tu miedo te está superando. Necesito que sepas que donde duermas esta noche es tu elección, independientemente de lo que yo quiera. La elección es tuya, y aceptaré con gusto tu decisión. Me alegro de que estés aquí. —Mis labios se dirigen a su sien.

—El suspenso me está matando. —Se ríe nerviosamente.

La guío hasta la isla de la cocina y la levanto como he hecho en innumerables ocasiones. Me gusta poder acercarme y mirarla sin doblar el cuello. Me meto entre sus muslos y la rodeo con mis brazos. —Te quiero. Te quiero en mi cama y en mis brazos. Así es como quiero dormirme y así es como quiero despertarme. —Me sudan las palmas de las manos mientras espero su respuesta. Me hace sentir como un maldito adolescente.

—¿Pero sólo para dormir? —Sus mejillas se vuelven rosas, el adorable tono que hace que mi polla se endurezca.

Con mis brazos alrededor de su espalda, la atraigo hacia el borde del mostrador. Mi polla está acurrucada contra su coño. Claro, hay capas de ropa entre nosotros, pero sé por la forma en que sus ojos se ensanchan que puede sentir lo que me hace.

—Me parece que es una pregunta trampa. —Me río entre dientes.

—Para. —Me golpea el pecho juguetonamente—. Estoy hablando en serio.

—Te he dicho que te quiero. Pero sabes tan bien como yo que tú tienes todas las cartas aquí, Rams. No puedo darte lo que quieres a menos que me digas qué es.

—¿Y si una vez que te lo diga, no quieres dármelo? Es decir, darme lo que quiero.

Sé lo que quiere, al menos estoy bastante seguro de que lo sé. Pero existe la posibilidad de que me equivoque, y por eso voy a necesitar que ella me lo explique. No hay lugar para la falta de comunicación cuando se trata de sexo.

—Confía en mí, cariño. No hay nada que puedas pedirme a lo que me negaría.

—Eso no lo sabes.

—Pruébame.

Ella duda. —¿Y si te digo que quiero que me toques?

Mierda, sí. —Te estoy tocando. —La abrazo un poco más fuerte para probar mi punto.

—Otros lugares.

Mierda. Me está matando.

—¿Dónde quieres que te toque, Ramsey?

—En todas partes —confiesa apurada, enterrando su cara en mi cuello.

En todas partes.

En todos los malditos lugares.

Mi mano encuentra fácilmente el camino hacia la parte trasera de su blusa. Mis dedos acarician su suave piel mientras trazo su columna vertebral. —¿Aquí? —Un escalofrío la recorre al contacto, y mi polla se agita detrás de la cremallera.

—Ya me has tocado ahí —susurra roncamente.

Tiene razón. La he tocado ahí. Hace más de un mes que salimos, seis semanas desde el día en que la vi por primera vez, y he besado el aliento de sus pulmones más veces de las que puedo contar. También he dejado que mis manos recorran la parte trasera de su blusa como lo estoy haciendo ahora. Por su vientre, por sus costados. He tocado todo lo que podía tocar sin llegar hasta allí.

No suelo ser tan lento para cerrar el trato, pero Ramsey no es sólo un polvo rápido. Cuanto más tiempo paso con ella, lo especial que es se me graba en el alma. Por no hablar de que viene de un entorno en el que nunca se puede elegir.

Por mucho que quiera tomar el control y quitarle la ropa, todas las veces que la he besado me he mantenido firme. He estado esperando este momento. Para el momento en que ella esté lista para dar el siguiente paso. Ella es una adulta, pero se perdió todas las citas y la acumulación que tienes como adolescente. Se metió en una relación con un tipo que odiaba y que la obligaba a besarlo cuando ella decía que no, y jura que eso es todo; él era muy duro con ella cuando se negaba. Odio pensar en sus manos sobre ella.

Quiero cazarlo y darle una paliza, pero sé que eso no va a ayudarla. Sólo me va a ayudar a mí. En lugar de eso, estoy intentando darle todo lo que él robó, nos besamos como adolescentes, enviándola a casa con mis pelotas apretadas y doloridas. Me he masturbado más veces en las últimas seis semanas que en todos mis treinta y dos años.

Lo volvería a hacer.

Por ella.

Por Ramsey.

—Tienes razón —respondo, saliendo de mis pensamientos—. Te he tocado ahí. ¿Estás pensando en algún lugar nuevo entonces? —pregunto tímidamente.

—Sí.

—¿Me lo enseñas?

—Deacon. —Se ríe—. Sólo... hazlo.

—¿Hacer qué? ¿Hacer esto? —Mi mano se desplaza hasta su pecho bajo la camisa y aprieto su duro pezón a través de su sujetador de seda.

—Eso. Sí, eso. —Ella asiente mientras sus ojos se cierran.

—Abre los ojos, Ramsey. —Espero a que me muestre esos ojos azules de bebé—. Necesito verte. Si no me lo dices con tus palabras, necesito ver tus ojos.

—En todas partes, Deacon —me recuerda.

—Bien. Sólo me gusta cuando sé que me estás mirando. —Le guiño un ojo—. ¿Podemos deshacernos de esto? —Le doy un tirón a la camiseta de la Taberna del Sauce que lleva puesta.

Traga con fuerza y asiente. Espero pacientemente y ella pone los ojos en blanco. —Sí.

—Gracias. —La recompenso con un beso en los labios antes de tirar de la camisa por encima de su cabeza. Dejo la camiseta sobre la encimera antes de que mis manos prueben el peso de sus pechos. Mis pulgares recorren sus pezones y ella gime.

—Deacon.

—¿Qué, cariño?

Sus ojos azules se fijan en los míos. —Más.

—¿Estás segura?

—Deja de preguntarme si estoy segura —bromea—. Tócame. Por favor.

—Es importante para mí saber que esto es lo que quieres.

—Quiero. Deseo *tanto* —respira, mientras mis pulgares siguen frotando sus picos.

—Quítatelo. —Mi voz es áspera, y apenas mantengo la compostura. He pensado en esto desde el momento en que la vi.

Me quedo donde estoy, con las manos apoyadas en sus muslos, mientras ella se echa la mano a la espalda y se desabrocha el sujetador. Lentamente, baja un tirante y luego el otro, sujetando el material contra su pecho, como si no estuviera segura de lo que quiere hacer. Me relamo los labios y abro la boca para decirle que podemos parar, pero las palabras no salen. Lo vuelvo a intentar, pero antes de que pueda pronunciar las palabras, ella suelta las manos y aparta la tela de su cuerpo, dejándola caer sobre el mostrador.

Me arranco la camisa por encima de la cabeza y la dejo caer al suelo. Necesito sentir su piel contra la mía más que mi próximo aliento. Acercándome, coloco mi mano detrás de su cuello, bajo su cabello, y guío su boca hacia la mía. Sus manos

pasan por debajo de mis brazos y se agarran a mi espalda. Sus tetas me presionan el pecho desnudo y es lo mejor que he sentido en toda mi vida. Si el contacto piel con piel es tan bueno, no puedo imaginar lo que va a sentir su coño envuelto en mi polla.

Su lengua se desliza contra la mía con facilidad. Mi mano libre se dirige a sus pechos y atrapa su pezón entre el pulgar y el índice. Hago rodar el capullo, y sus uñas se clavan más en mi espalda.

—Deacon —murmura contra mis labios.

Esta vez no le pregunto si quiere más. Los dos estamos demasiado lejos para pensar lo contrario. Separando mis labios de los suyos, le doy besos por la mejilla y por el largo de su esbelto cuello. Mis labios siguen un rastro hasta sus pechos, donde chupo un pezón duro en mi boca. Su piel es tan jodidamente suave, pero su pezón es tan duro como para cortar un cristal. Lo pellizco con los dientes y lo tranquilizo rápidamente con la lengua.

—Oh, Dios —gime. Su cabeza cae hacia atrás, y estoy seguro de que sus ojos están cerrados, pero no puedo concentrarme en eso ahora. Es mejor que sólo sienta. Quiero que sienta todo esto. Sus piernas se cierran más alrededor de mi cintura y mi polla se acerca aún más a su coño. Ella jadea ahora, y yo estoy a punto de perder la cabeza.

—¿Podemos ir a mi habitación? —le pregunto. Ella levanta la cabeza y sus ojos azules son tan oscuros que casi son negros, y el deseo que veo allí casi me hace caer de rodillas—. Quiero acostarte en mi cama y explorarte. ¿Por favor? —Y añadido, porque soy un hombre desesperado en lo que a ella se refiere.

—Sí.

—Aguanta. —Me rodea el cuello con sus brazos y nos ponemos en marcha. No me molesto con las luces ni con nuestra ropa, que están esparcidas desordenadamente por mi cocina. En su lugar, subo las escaleras de dos en dos. Su cara está enterrada en mi cuello, y la forma en que se aferra a mí hace que algo tropiece en mi pecho. No es la primera vez que esa sensación se produce cuando estoy con ella, pero esta vez es diferente. Tal vez sea porque su cuerpo está envuelto en el mío, y sus tetas desnudas están presionadas contra mi pecho.

Tal vez sólo sea Ramsey.

Llegamos a mi habitación y me dirijo a la cama en la oscuridad. No la dejo en el suelo. En cambio, la agarro con fuerza con un brazo mientras encuentro el interruptor de la lámpara y lo enciendo, bañando la habitación con un suave resplandor.

Me siento en la cama con ella todavía envuelta en mí, y ahora está a horcajadas sobre mí. —Ramsey. —Mi voz es grave—. Mírame, cariño. —Ella levanta la cabeza y

me dedica una tímida sonrisa—. Dime dónde quieres que vaya esto. Aquí no hay respuesta incorrecta. Te daré lo que quieras. Sólo necesito tus palabras.

—Haz que este dolor desaparezca.

—¿Aquí? —Coloco mi mano sobre su pecho, sobre su corazón.

—No. Ya has arreglado ese dolor —susurra.

Menos mal que estoy sentado. Su confesión me habría dejado con el culo al aire. Tal y como están las cosas, me he quedado sin palabras. Rodeo su espalda con mis brazos y la abrazo con fuerza. Tan fuerte que probablemente la esté aplastando, pero mierda, me deja sin aliento.

—¿Deacon?

—¿Sí? —respondo bruscamente.

—Me duele esto —dice, balanceando sus caderas contra las mías.

Suceden varias cosas a la vez. Mi polla palpita dolorosamente contra mi cremallera. Mi chica tímida encuentra su voz y me dice exactamente lo que quiere. Y por último, y probablemente la más importante, es que algo sucede dentro de mí. Algo cambia. Es una sensación no sólo en mi pecho sino en mis entrañas. Me dice que ella es diferente, algo que siempre he sabido, pero es más que eso. Ella me importa. La anhele a ella y a esta nueva sensación. Es algo que atrapa el alma y lo consume todo. No se parece a nada que haya sentido antes.

Se siente mucho como... el amor.

Nunca he estado enamorado. Claro, tuve relaciones en el pasado. Hubo una mujer en la universidad que pensé que iba a ser la elegida, pero no funcionó. Queríamos cosas diferentes. Estuve destrozado durante un par de semanas cuando rompimos, pero superé el dolor y a ella con facilidad. Sé con absoluta certeza que no superaría la pérdida de Ramsey.

Nunca.

También sé que lo que sentía por mi novia de la universidad no es nada comparado con la mujer que tengo en mis brazos.

A pesar de las ganas que tengo de desnudarla y follarla, esta sensación, esta constatación, cambia las cosas. No quiero que nuestra primera vez sea después de que ella haya estado de pie toda la noche y agotada. Quiero que sea... más. No sé qué es más ni cómo conseguirlo, pero encontraré la manera. Ahora mismo, mi chica tiene un dolor del que tengo que ocuparme.

De pie, la beso suavemente antes de apoyar mi frente en la suya. —Necesito que te quites estos vaqueros —le digo.

—Capris —me corrige.

—Son de mezclilla y me estorban —respondo. Ella suelta una risita y el sonido me envuelve el corazón. Lentamente, dejo que su cuerpo se deslice por el mío. Cuando sus pies tocan el suelo, retrocede. Mantiene el contacto visual mientras se lleva la mano al botón de su *pantalón capri* y lo abre antes de bajar la cremallera; el sonido resuena en la habitación.

—¿Por qué soy la única que se desnuda? —pregunta.

—Porque no puedo confiar en mí mismo para no follarte hasta la próxima semana.

—¿Y si quiero que lo hagas?

—¿Es eso lo que quieres? ¿Un polvo duro? —Para demostrar mi punto de vista, me bajo la cremallera y me quito los vaqueros, pateándolos a un lado. Mi polla asoma por encima de los bóxers y la aprieto con fuerza para evitar el dolor.

—Quiero hacerte feliz.

Me alegro de que haya encontrado su voz y me diga lo que quiere, pero esas seis palabras confirman que mi polla no se acercará a su coño. No esta noche. No quiero que me quiera dentro de ella para hacerme feliz. Quiero que lo quiera porque la hará feliz. Llámame marica, o toma mi tarjeta de hombre o lo que sea, pero ella ha vivido su vida para todos los demás. No voy a dejar que tome decisiones así porque piense que es lo que tiene que hacer para hacerme feliz.

Su respiración me hace feliz.

Sólo tengo que demostrárselo.

—Vaya —murmura. Encuentro sus ojos, y se fijan en mi polla.

—Rams —gruño—. Cariño, no puedes mirarme así. Apenas puedo mantener el control.

—Dime qué hacer.

—¿Quieres que el dolor desaparezca?

—Sí.

—En la cama.

Se pasa las bragas por los muslos y las deja a sus pies. Se quita las bragas, hace lo que le pido y se sube a la cama. —¿Dónde me quieres?

—La cabeza en la almohada, preciosa. —Se contonea hasta que su cabello oscuro se despliega, y la visión me hace reflexionar.

—¿Estás bien? —pregunta suavemente.

—Sólo estoy memorizando este momento.

With Me

—Por favor. —Aprieta los muslos. Es como si mis palabras hubieran hecho crecer el dolor de su coño. Tal vez lo hayan hecho. Sé que mi polla está llorando por ella.

Me acerco a la cama, con los calzoncillos todavía puestos. —Abre para mí —le digo con una voz que no parece la mía. Sus piernas se abren y su coño brilla para mí, llamando mi nombre. Está desnuda, y eso me sorprende—. ¿Esto es para mí? —pregunto, pasando mi dedo por sus pliegues.

—Para los dos, supongo.

—Lo apruebo —le digo. Entonces me muevo, dejando que mis piernas cuelguen de la cama, y beso su coño desnudo. Cuando mi lengua prueba por primera vez, ella se levanta de la cama. Deslizo mi mano hacia arriba para mantenerla quieta mientras bebo hasta la saciedad.

—Deacon. —Ella jadea—. Oh, mierda.

Su grito de placer es todo el incentivo que necesito. Chupo su clitoris mientras deslizo un dedo dentro de ella, haciendo que sus muslos aprieten mi cabeza. Colocando mis manos bajo su culo, la levanto para conseguir un mejor ángulo, y sus piernas me atrapan por completo.

Mierda, sí.

La única forma en que puedo describir los siguientes minutos es una experiencia extracorporal. La devoro como si fuera mi última comida. Sus piernas me agarran con fuerza y ella entierra sus manos en mi cabello. Gime mi nombre, y “más” y “por favor” y le doy lo que quiere.

Lo que necesita.

Cuando su coño se agarra a mis dedos, sé que está cerca. Mi boca se cierra sobre su clitoris y ella estalla como un cohete. No me detengo hasta que sus piernas se abren, sus manos se sueltan de mi cabello y su cuerpo se relaja en el colchón.

Esta es una noche que nunca olvidaré.

Este momento con ella me ha cambiado.

Mi corazón ya no es mío.

Diecisiete

RAMSEY

Mi corazón está acelerado. Mis extremidades son débiles y estoy desnuda en su cama. Debería moverme para taparme o darle las gracias por haber hecho que mi mundo se tambalee. Sin embargo, lo único que puedo hacer es quedarme acostada e intentar recuperar el aliento y calmar mi corazón antes de que se me salga del pecho.

La cama se inclina a mi lado y miro por encima. Deacon está de lado, con su gran mano apoyada en mi vientre tembloroso mientras me observa. —Ahí está —susurra.

—Gracias. —Consigo dos palabras en mi estado catatónico.

—Me diste las gracias cuando te corriste sobre mi lengua. Por lo demás, no necesito tu agradecimiento. —Se inclina y presiona sus labios contra los míos. Es un beso casto, y después de lo que acaba de hacer con su boca, uno pensaría que me alejaría, pero quiero cualquier cosa que esté dispuesto a darme.

—Eso merecía un agradecimiento. Es lo menos que puedo hacer. —Soy muy consciente de que parezco la mujer inexperta que soy, pero no parece que me importe—. Nunca —empiezo pero luego sacudo la cabeza, guardando mi confesión para mí.

—¿Nunca lo has hecho? —Desliza su mano sobre mi coño y recorre lo que estoy segura que es un lío pegajoso, pero de nuevo, no parezco tener la energía para preocuparme. Estoy segura de que una vez que me sienta como yo misma de nuevo, me mortificaré.

—No es nada.

—Rams, vamos ahora. No te pongas tímida conmigo. Dime. No hay nada que puedas decir que esté mal. Sólo dime lo primero que se te ocurra.

—Nunca he hecho eso. O que me lo hayan hecho a mí —suelto.

—Eso es porque era un imbécil egoísta —refunfuña.

Se inclina para darme otro beso y su erección me presiona el muslo. —¿Y tú?

With Me

—No soy un imbécil egoísta. —Guiña un ojo.

—Oh, créeme, lo sé. ¿Y tú? —Señalo con la cabeza su erección.

—Estoy bien. Esta noche se trataba de ti.

—Quiero que sea sobre ti también.

—Lo conseguiremos —promete.

—Eso tiene que ser incómodo, ¿verdad?

—Me encargaré de ello.

—¿Cómo?

Levanta la mano y guiña un ojo. —Estoy bien, cariño, lo prometo.

—¿Puedo mirar? —pregunto.

Él escupe y tose. —¿Quieres ver cómo me saco la polla?

—Sí. —No sé por qué, pero de repente no tengo ningún problema en decirle lo que quiero. Puede que me avergüence cuando se me pase el subidón del orgasmo, pero ahora mismo, me lo tomo con calma.

Veo cómo retira su mano de donde estaba explorando tranquilamente mi coño y se pone de espaldas. Levanta las caderas y se quita los calzoncillos. Toma su polla con la mano y la acaricia lentamente desde la base hasta la punta. Gira la cabeza hacia mí y la comisura de su boca se levanta en una sonrisa. —Nunca podré decirte que no.

—¿Nada? —pregunto, un plan que ya se está formando en mi mente.

—No hay nada que puedas pedir que no me esfuerce en cumplir.

—Y qué si digo que quiero hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Eso. —Señalo hacia donde tiene el puño en la polla—. ¿Puedo tocarla? —le pregunto, como él me ha preguntado tantas veces antes.

—Siempre. Conmigo nunca tienes que pedir permiso, Ramsey. No hay nadie más que tú. —Su mirada es intensa, así que desvío la mirada y busco su polla. Me agarra de la muñeca y yo me estremezco, pero no me aparta.

—Mierda. Lo siento, Rams. No era mi intención —empieza, pero me inclino y lo beso para que se calle.

—Está bien. Estoy bien. Me estremecí un poco, y puede que siempre, pero no hubo pánico ni miedo. No contigo.

—No importa. Yo lo sabía mejor. Dejaste los límites claros.

—A la mierda los límites —digo, sorprendiendo a ambos—. No quiero límites. No contigo. —Lo miro fijamente, deseando que vea la verdad en mis ojos—. Nunca contigo.

Traga con fuerza. —Nunca conmigo. —Asiente, haciéndome saber que escucha lo que digo.

Es lo mejor que puedo hacer sin decirle que es dueño de mi corazón. Todavía no estoy preparada para desnudar esa verdad.

—¿Puedo? —Le tiendo la mano. Mi mano queda suspendida en el aire.

Asiente y deja caer su mano, y la mía ocupa su lugar. Cuando me muevo para apoyarme en el codo y conseguir un mejor ángulo, desliza su brazo por debajo de mí y me acerca. —Soy tuyo —susurra con voz ronca.

Arranco mi mirada de donde mi mano está agarrando su polla. —Y yo soy tuya. —La confesión se me escapa de la lengua con facilidad. Sus labios se pegan a los míos y puedo saborear mi propio sabor. Es más excitante de lo que pensaba—. Muéstrame lo que te gusta.

—No hay nada que puedas hacer que no me guste.

—No sé lo que estoy haciendo, Deacon. Quiero que esto sea bueno para ti.

—Tus manos están sobre mí, nena. Confía en mí. Es bueno para mí.

—Dime.

Se acerca a la mesita de noche y abre el cajón.

—¿Qué estás haciendo?

—Necesitamos lubricación.

—¿Así? —Con un movimiento más audaz de lo que jamás pensé que podría ser, meto la mano entre mis pliegues y deslizo los dedos por mi coño. Mis dedos están húmedos y pegajosos, pero aun así los envuelvo alrededor de su polla.

—Mierda. —Su mano deja de buscar en el cajón de la mesita de noche antes de que su cabeza caiga de nuevo sobre la cama, y se cubre los ojos con el brazo.

—¿Deacon?

—¿Sí, cariño?

—Necesito ver tus ojos. —Sonrío, emocionada por el hecho de poder devolverle sus sensuales palabras.

Resopla una carcajada pero retira el brazo, dejándolo caer sobre la cama. — Ese pequeño movimiento que acabas de hacer es la cosa más jodidamente caliente que he visto en mi vida.

—¿Sí?

—Sí. —Su mano se desliza detrás de mi cabeza y me besa lenta y profundamente. Vuelvo a meter la mano entre las piernas, tomando más de mi humedad y cubriéndolo con ella—. ¿Lo estoy haciendo bien? —pregunto, necesitando respuesta. Estoy fuera de mi elemento.

—Perfecto —respira.

La habitación está en silencio, excepto por nuestras respiraciones y el sonido de mi humedad en mi mano mientras lo acaricio. Necesito estar más cerca. Quiero ver cómo se derrama en mi mano. Desciendo por su cuerpo y apoyo la cabeza en su vientre mientras lo acaricio.

Deacon me pasa los dedos por el cabello, sin decirme ni una sola vez que pare ni comentar mi falta de experiencia. Lo acaricio y puedo sentir cómo se estremece su vientre. Sus manos se tensan en mi cabello, su polla se agita bajo mi palma y, de repente, quiero saborearlo. Saborearnos juntos. Esta vez no le pido permiso. Dijo que podía hacer lo que quisiera, cuando quisiera, así que, por una vez en mi vida, tomo lo que quiero sin temor a las repercusiones.

Acercándome, no dejo de acariciar mientras mi lengua se asoma y nos saborea juntos.

—Oh, mierda. —Sus piernas se levantan de la cama, y también su espalda, pero se acomoda y me deja hacer lo mío.

Me acerco para probar otra vez, esta vez introduciendo la cabeza de su polla en mi boca. Puedo saborear la sal de su pronta liberación en mi lengua.

—¿Ramsey?

—¿Hmm? —digo, mi boca todavía sosteniendo la punta de su polla.

—Mierda, nena, si sigues haciendo eso, voy a perderlo. Me voy a correr.

Me detengo y dejo que su polla se desprenda de mis labios con un sonoro chasquido. Me giro para mirarle por encima del hombro. —¿No es ese el punto?

—¿Quieres que me corra en tu garganta? Sólo te lo advierto.

—Sí. Eso. Hagamos eso.

Resopla una carcajada antes de que su rostro se ponga serio. —Eres un regalo, Ramsey. Un regalo precioso y una luz que hace que mi mundo sea más brillante.

Parpadeo para evitar las lágrimas. —Ya soy algo seguro —bromeo. Algo que nunca me habría visto haciendo hasta que Deacon entró en mi vida.

—Lo eres todo.

Tengo en la punta de la lengua decirle que me estoy enamorando de él, pero no quiero que sea así. No cuando estamos en medio de la intimidad. Quiero que sepa que viene de mi corazón y que no es el orgasmo el que habla. En lugar de eso, vuelvo

a centrarme en la tarea que tengo entre manos. Lo acaricio un par de veces antes de llevármelo a la boca. No puedo tomarlo todo, pero lo intento con todas mis fuerzas.

Su mano se posa en mi nuca, pero no ejerce presión. Me recoge el cabello en lo que parece su puño y me deja hacer lo que quiera.

—Jesús, Ramsey. Qué calor.

Sus palabras me impulsan a mover la cabeza con rapidez, a acariciar mi mano más rápido. Otro gemido profundo llena la habitación, y es una sensación embriagadora saber que le estoy dando este tipo de placer.

—Nena, estoy cerca. Tienes que parar. —Su mano no suelta mi cabello mientras la otra toca mi hombro—. Mierda, Ramsey, me voy a correr. —Parece dolido, pero sé que no es así.

No me detengo.

Quiero esto.

Quiero darle esto a él. Quiero saborearlo como él me ha saboreado a mí. Aumento mis esfuerzos, me empieza a doler la mandíbula, pero sigo adelante, deseando su liberación tanto como la mía.

—¡Carajo! —ruge mientras dispara su caliente y salada descarga en mi garganta. Trago, no me gusta el sabor pero tampoco lo odio. Cuando se relaja, lo dejo caer de mi boca y subo para apoyar la cabeza en su pecho.

Los dos nos quedamos abrazados, sin decir una palabra. Para mí, todavía estoy procesando esta noche. Deacon viniendo a mi trabajo, trayendo la cena, y luego nosotros terminando en su casa, desnudos y enredados en sus sábanas.

Me estremezco y él me acerca. —Vamos. Tomemos una ducha rápida, y podemos ir a la cama.

—¿Juntos?

—A menos que no quieras eso.

—No. Lo hago. Sólo que nunca lo he hecho antes. —Levanto la cabeza para que me vea los ojos.

—Era un imbécil. Si alguna vez me lo encuentro... —Su voz se interrumpe.

—Si alguna vez te encuentras con él, nada. No vale tu aliento ni tus puños.

—¿Qué te hace pensar que mis puños se involucrarían?

—La mirada en tu cara. Además, ya no puede hacerme daño. Mi padre y Robert, ya no me controlan ni mi vida. Lo estoy haciendo bien por mi cuenta.

—No estás sola.

Siento que mi corazón podría estallar ante sus palabras. No respondo, pero le aprieto fuerte, y él hace lo mismo a su vez.

—Vamos. Vamos a ducharnos. —Se levanta de la cama y me ofrece su mano. Ante el gesto, me doy cuenta de que le seguiría a cualquier parte.

Deacon nos pone un par de toallas y pone el agua en marcha. Espera a que la temperatura sea la adecuada antes de meterse y me tiende la mano para que me una a él. Colocar mi mano en la suya es una decisión fácil.

—Por mucho que quiera explorar tu cuerpo jabonoso y sexy, me voy a quedar aquí. —Señala la segunda ducha—. Mientras tú haces lo tuyo allí. Sé que estás agotada y necesitas descansar.

—¿Es un reto? —me burlo.

—No. No contigo, pequeña descarada. —Me sonrío—. Límpiame antes de que te diga que te vayas a la mierda y te ensucies de nuevo. Los dos estamos agotados.

Hago lo que me dice y permanezco en mi lado de la ducha, pero mis ojos se quedan mirando. Su cuerpo está tonificado en todos los lugares adecuados y su polla, bueno, me cuesta procesar el hecho de que hace poco estaba en mi boca.

—¿Estás bien? —pregunta con voz ronca.

—Estoy bien.

Asiente y cierra el grifo. Sale, toma una toalla y me envuelve con ella antes de hacer lo mismo con él. Luego me da otra. —Para el cabello —dice.

—Me cuidas mucho —le digo. Mi corazón se siente como un gran charco caliente de pegamento, y no es por el orgasmo. Es el cuidado que me muestra cada día.

—Siempre. —Mis palabras pretendían ser una broma, pero su respuesta no lo es. Se acerca a mí, abrazándome—. Siempre te cuidaré. —Me da un beso en la nariz antes de decir: —No tengo secador ni nada. Probablemente deberías dejar algunas cosas aquí para noches como esta. O dime lo que necesitas y me aseguraré de tenerlo para ti.

—¿Te parece bien?

—Sí. —Toma nuestras toallas y las echa en el cesto.

Me paso los dedos por el cabello y recuerdo que tengo una goma de cabello en el bolso. —Voy a bajar corriendo a tomar la goma del cabello del bolso.

—Quédate. Tengo que ir a cerrar y apagar las luces. Lo subiré por ti.

Mientras se va, miro mi reflejo en el espejo. Parezco la misma, pero me siento diferente. No me siento como la chica mansa que se quedaba parada y dejaba que los que se suponía que la querían la pisotearan. Me siento fuerte y segura de mí misma.

With Me

—Qué sexy —ronronea, entregándome mi bolso—. ¿Quieres algo para dormir?

Me muerdo el labio y sacudo la cabeza. Me da tiempo, como siempre hace, para expresar lo que quiero de él. —¿Podemos dormir así? ¿Desnudos?

—Sí. —No hay dudas en su respuesta. Si se lo pido y puede dármelo, lo hará. Se ocupa de mí.

Una vez que tengo el cabello trenzado y atado al final, me pone la mano en la parte baja de la espalda y apaga la luz del techo. Me guía hasta la cama, retira las sábanas y me hace un gesto para que me suba. A continuación, se acerca para apagar la lámpara de la mesilla de noche y se desliza bajo las sábanas a mi lado.

No pierdo tiempo en acurrucarme contra él, y me rodea con sus brazos. —Siempre me pregunté cómo se sentiría esto. Acostarse con alguien piel con piel.

—No alguien. Conmigo. Sólo estarás acostada así conmigo.

—No puedes prever el futuro, Deacon. —Es una reacción visceral a sus palabras. He pasado demasiado tiempo sin permitirme creer en el “felices para siempre”. Sin embargo, no tengo razones para no creer en Deacon. Ha sido abierto y honesto conmigo acerca de querer que estemos juntos. Supongo que me resulta difícil permitirme esperar un futuro con él.

—No, supongo que no puedo. ¿Qué tal esto? Si yo respiro, tú estás acostada a mi lado.

—Está... bien. —Empecé a decirle que es imposible saberlo, pero confío en él. Sé que es un hombre de palabra.

—Haces que mi corazón se acelere —confieso en la oscuridad.

—Haces que el mío se ilumine. —Siento sus labios presionando mi sien—. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches. —Coloco mis labios contra su pecho desnudo y cierro los ojos. No pasa mucho tiempo antes de que el sueño me lleve.

Never

Dieciocho

DEACON

Me dirijo a la puerta de la Taberna del Sauce cuando suena mi teléfono móvil. Me detengo y lo saco de mi chaqueta para ver a Orrin llamando.

—Hola, hombre.

—Acabo de pasar por tu oficina y no estás ahí.

—No. Me estoy preparando para ir a la taberna a cenar.

—Mi prima ya te tiene agarrado por las pelotas. —Se ríe.

—¿Tiene algún sentido esta llamada o sólo quieres echarme mierda?

—Empezó como queriendo darte una mierda, pero ha sido un día muy largo y me muero de hambre. Te veré allí.

—Suena bien. Estaré en el bar.

—Consíguenos una mesa.

—No consigo verla de nuevo a menos que esté detrás de este bar hasta el sábado por la mañana. Ella trabaja todo el maldito tiempo. Estaré en el bar.

—Bien. —Se ríe—. Te veo en diez. —Termina la llamada y yo abro la puerta, ansioso por ver a mi chica.

Al entrar en la taberna, veo que está muerto, lo que esperaba para un jueves por la noche. Me dirijo a lo que me gusta llamar mi rincón del bar, ya que paso mucho tiempo allí. Ramsey me descubre nada más entrar y me sirve un vaso de agua. Me lo pone delante mientras me inclino sobre la barra y la saludo con un beso.

—Te he echado de menos hoy.

—Te traje el almuerzo al trabajo —me recuerda.

—¿Eso fue qué? ¿Veinte minutos? No es suficiente.

Ella sonríe y sacude la cabeza. —¿Qué vas a tomar esta noche?

—Orrin va a reunirse conmigo. Acaba de llamar para echarme la bronca por no estar en la oficina. Le dije que estaba aquí, y dijo que vendría a comer conmigo.

—Hola, Deacon. —Tabitha, una de las empleadas del bar, saluda al pasar.

—Hola. —Asiento en su dirección antes de volver a dirigirme a Ramsey—. ¿A qué se debe esa sonrisa?

—No te dije cuando lo hice porque no quería ilusionar a ninguno de los dos. Pero... —alarga la palabra—. Hablé con Hank sobre cambiar mi horario. Le dije que me gustaría tener al menos una noche de fin de semana libre, si es posible dos.

—¿En serio? —Apoyo los codos en la barra para acercarme a ella. Ella hace lo mismo, y nuestras caras están cerca—. ¿Cuándo empieza esto?

—Mañana por la noche.

Me inclino un poco más y aprieto mis labios contra los suyos. —¿Qué vamos a hacer?

Se encoge de hombros. —Podemos pasar el rato. No tenemos que hacer una gran producción al respecto.

—¿Una gran producción sobre qué? —dice Orrin, interrumpiéndonos.

—Estoy libre mañana por la noche.

—¿De verdad? Entonces deberíamos salir todos —sugiere.

—¿A dónde vamos? —Miro por encima del hombro de Orrin y veo a Archer y Ryder, dos de sus hermanos menores, de pie detrás de él.

—Sí, recogí algunos rezagados en el camino. Llamaron y preguntaron qué estaba haciendo, y bueno, aquí estamos.

—¿Y qué estamos haciendo? —Archer pregunta de nuevo.

—Nada. —Ramsey se ríe—. Estoy libre mañana por la noche para la primera noche de viernes en mucho tiempo, y le estaba diciendo a Deacon que podríamos tener una noche tranquila en casa.

—Rams, vamos. —Ryder sonríe—. No puedes pasar la noche del viernes sentado con este tipo. —Me señala a mí.

—Sí, puedo —responde ella, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Nena, nunca tienes los viernes por la noche libres. Deberíamos salir.

—Yo tampoco tengo nunca las noches de los viernes tranquilas en casa —replica.

—¿Qué pasa el viernes por la noche? —pregunta otra voz.

Mirando, veo que es Rushton, otro hermano de Orrin. —Estamos intentando convencer a mi chica para que salga mañana por la noche.

—¿Cuál es el problema? —Brooks pregunta a Ramsey.

—No hay trato. Sólo pensé que sería bueno quedarse en casa y tener una noche tranquila con mi novio. Sin embargo, si quieres salir con los chicos, adelante.

—Cariño, si crees por un segundo que te voy a dejar pasar tu primera noche de viernes libre en meses sin mí, te equivocas.

—Vamos, Rams —la anima Rushton—. El tipo está prácticamente rogando por tu tiempo. Sácalo de su miseria —dice, golpeando una mano en mi hombro.

—Estoy claramente en desventaja. —Sacude la cabeza, con una sonrisa en los labios.

—¿Por qué acosan todos a mi mejor amiga? —pregunta una voz que sé que pertenece a mi hermana pequeña.

—Palmer, ayúdame aquí. —Ramsey agita sus manos hacia nuestro grupo—. Diles que está bien que quiera pasar la noche del viernes en casa.

—Trabajas los viernes por la noche —responde Palmer.

—Mañana no. Me voy.

—Entonces sí, vamos a salir. ¿Qué hacemos, chicos? —pregunta ella, pasando el brazo por los hombros de Archer. Se graduaron juntos y siempre han estado cerca.

—Bien. —Ramsey levanta las manos en el aire—. Dime dónde estar y cuándo —dice, moviéndose por la barra para atender a alguien que acaba de entrar.

—En serio, ¿qué están haciendo todos aquí? ¿Es una especie de reunión de la familia Kincaid? —Palmer se burla.

—Estos bromistas me siguen como cachorros perdidos. —Orrin señala a sus hermanos.

—Todos somos solteros y nos morimos de hambre —replica Archer.

—Me parece justo. Vamos a agarrar una mesa. ¿Vienes, Deacon? —Palmer pregunta.

—Estoy bien aquí.

—Vamos. —Palmer me agarra de la mano y me tira del taburete—. Tenemos que hacer planes para mañana por la noche. Puedes ir a sentarte con tu chica después.

—Estaré allí en un minuto —le digo, haciéndole un gesto para que se vaya. Ella sonríe y mueve la cabeza. Sé que le encanta que Ramsey y yo estemos juntos. Tengo la sensación de que nunca me va a dejar vivir el hecho de que nos haya presentado.

—¿No vas a contribuir a la planificación? —pregunta Ramsey después de servir a su cliente.

—Si realmente quieres quedarte en casa, podemos. Sólo pensé que te merecías una noche de diversión.

—Está bien. No me importa salir. Sólo odio que siempre insistas en pagar. No tienes que gastar tu dinero en mí para que quiera estar contigo.

—Eso no es lo que estoy haciendo. En absoluto. Estoy pagando porque quiero cuidarte, y antes de que digas que no necesitas que te cuide, también lo sé. No es porque necesites que lo haga. Es porque quiero hacerlo. Me gusta hacer cosas bonitas para ti.

—Eres un buen hombre, Deacon Setty.

—Soy tu hombre —digo, inclinándome sobre la barra para apretar mis labios contra los suyos.

—Muy bien, chicos locos, déjenlo ya —bromea Tabitha.

Me acomodo de nuevo en mi taburete. —Te compré algo anoche.

—¿Lo hiciste?

Asiento. Me meto la mano en el bolsillo, tomo el objeto y se lo deslizo por la barra.

—Esto es tuyo.

—¿Una llave? —La agarra con la mano e inclina la cabeza hacia un lado.

—De mi casa. Si hay alguna noche que salgas del trabajo y quieras venir a casa conmigo en lugar de estar sola, aprovecha.

—Darme una llave de tu casa es algo importante.

Inclinándome sobre la barra una vez más, la beso. Parece que no puedo evitarlo. Por suerte, sólo hay un par de grupos pequeños, menos los Kincaid y mi hermana. Espero que no nos estén prestando un poco de atención. No quiero meterla en problemas, pero tampoco puedo dejar de besarla. —¿No sabes que somos algo importante, tú y yo? —Le guiño un ojo y me levanto del taburete—. Voy a ver qué planean para mañana por la noche. ¿Hay algo que no quieras hacer en absoluto?

—Sólo quiero estar contigo. No me importa el resto.

Se me aprieta el pecho cuando ella está cerca y tengo en la punta de la lengua el deseo de decirle que la quiero. De hecho, tengo que morderme la mejilla para evitar que las palabras salgan de mi boca. Este no es el lugar ni el momento para confesar algo así. Necesito estar donde pueda tomarla en mis brazos y abrazarla, hacer el amor con ella cuando eso ocurra. —Hecho. —Un beso más y me doy la vuelta para reunirme con sus primos y mi hermana en su alborotada mesa.

—Ahí está —dice Brooks—. ¿Por fin te han soltado la correa? —se burla.

—Desgraciadamente. —Me río. Puedo aguantar sus burlas todo el día. Soy muy consciente de que he pasado por encima de esta mujer, y me importa un bledo. Preferiría estar sentado en ese taburete cerca de ella que aquí en esta mesa con ellos.

—Para. —Palmer empuja el brazo de Brooks y éste se ríe pero no dice nada más.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Estamos pensando en conducir hasta Harris y hacer un poco de lanzamiento de hachas en el nuevo lugar de karts cubierto, Karting Express. Tienen los karts, el lanzamiento de hachas, un bar y una sala de juegos.

—Suena bien.

—¿No necesitas preguntarle a tu chica? —Orrin se burla.

—No lo hace —dice Ramsey a mi lado. Me pone la mano en el hombro—. Ya le dije que si él estaba dentro, yo también.

Me giro para mirarla. —¿Estás tomando tu descanso?

—Sí. He pedido comida. Puedo cambiarla si quieres, pero te he traído una hamburguesa y patatas fritas.

—Está bien, cariño. Gracias. —Me echo hacia atrás y me doy un golpecito en el muslo—. Siéntate. —Hace lo que le pido y la rodeo con mis brazos. Maldita sea, esto ha resultado mejor que conseguir una mesa juntos para comer durante sus descansos.

—Parece que esto va bien —dice Orrin, asintiendo en nuestra dirección.

—Lo es —responde Ramsey. Se gira para mirarme por encima del hombro y le doy un beso en la comisura de los labios—. ¿Qué vamos a hacer mañana? —me pregunta.

—Oh, vamos a ir al Karting Express —responde Palmer por mí—. Tienen lanzamiento de hachas y me muero por probarlo.

—Suena divertido.

—¿Quién va con quién? —pregunta Palmer.

—Nos vamos por nuestra cuenta —digo.

—Puedes venir con nosotros —le dice Archer.

—No crean que pueden dejar que los acompañe, así que seré su conductor designado —dice Palmer.

—Es mi turno. —Rushton levanta la mano.

—¿Realmente se turnan? —pregunta Palmer.

—Sí. Es la mejor manera de asegurar que todos estemos a salvo en casa.

—¿Qué pasa cuando todos van?

—Bueno, los gemelos son todavía muy jóvenes, así que nunca somos más de siete.

—¿Y los siete se amontonan en sus camionetas? —pregunta.

—No, si vamos todos, llevamos dos, y hay dos conductores designados.

—Bueno, está bien, si necesitas que lo haga, lo haré.

—Te rindes a ellos con demasiada facilidad —le dice Ramsey.

—Prefiero ser voluntario que tener que depender de estos matones para llegar a casa sano y salvo.

—¿Hola? Aquí el hermano mayor. —Me señalo el pecho—. No estoy bebiendo ya que estoy conduciendo.

—Entonces deberías dejarme ir contigo.

—No puedo. Las reglas de la noche de citas —le digo. Espero burlas por el comentario, pero sorprendentemente todos los chicos se quedan callados.

—Como tu cita nocturna es con mi mejor amiga, lo dejaré pasar. —Palmer le guiña un ojo a Ramsey, que seguro que sonríe ante las travesuras de mi hermana.

—¡Oye, Ramsey, tu orden! —Tabitha grita desde detrás de la barra.

—Vuelvo enseguida.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto.

—Sí. Puedes llevar las bebidas.

De pie, la sigo y agarro nuestras bebidas mientras ella toma nuestra cesta de comida. Tomo asiento y la subo a mi regazo.

—Necesitas las dos manos para comer.

—Estoy bien donde estoy. —Ella sacude la cabeza pero no discute mientras comienza a comer su comida.

Sus treinta minutos de descanso pasan demasiado rápido y, demasiado pronto, deja mi regazo para volver al trabajo. —Vendré a verte antes de irme.

—De acuerdo. —Se inclina y vacila durante un breve segundo antes de seguir adelante, depositando un suave beso en mis labios.

—Tampoco pagues mi cuenta —le digo.

Me ignora como sabía que lo haría. Ella ha pagado mi cuenta algunas veces, así que sólo he metido dinero en su tarro de propinas. Me gusta saber que puedo cuidar de ella.

Me siento mientras los demás comen, y cuando se van a casa, le doy un abrazo a mi hermana, diciéndole que me mande un mensaje cuando llegue a casa, y me dirijo de nuevo al bar.

—Oye, ¿vas a salir? —Ramsey pregunta.

—Pensé en sentarme contigo unos minutos más. Acapararon mi tiempo.

—Deacon, vete a casa. Has trabajado todo el día. Y tienes que levantarte temprano mañana.

—Vale la pena perder unas horas de sueño.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—¿Mantenerme? —Sugiero, haciéndola reír.

—Bésame y vete a casa a descansar.

Sin necesidad de que me lo digan dos veces, me inclino sobre el mostrador y la beso. —Usa esa llave, Rams —susurro contra sus labios.

—¿Estás seguro?

—Si por mí fuera, vendrías a casa conmigo todas las noches. Estoy seguro.

Sus ojos se suavizan.

—Conduce con cuidado.

—Siempre lo hago. ¿Tienes mi cuenta? —le pregunto.

—Ya está solucionado.

Saco dos billetes de 20 de mi cartera, me acerco al mostrador y los meto en el tarro de las propinas con su nombre. Intenta detenerme, pero no lo consigo. —Es demasiado.

—Eres mi novia. Es lo mismo que guardarlo en mi cartera. —Le lanzo un guiño y salgo por la puerta.



Son más de las once y estoy despierto en la cama. No puedo dormir porque no puedo dejar de pensar en Ramsey y desear que esté aquí conmigo. Tampoco quiero perderme su mensaje, diciéndome que ha llegado bien a casa. Odio que trabaje hasta tarde. Claro que Willow River es una ciudad segura, pero en este mundo hay todo tipo de personas que hacen cosas malas. No puedo evitar preocuparme.

Tengo el teléfono en la mano, esperando noticias tuyas, cuando la puerta de mi habitación se abre sigilosamente. No sé cómo en la oscuridad de la habitación, pero sé que es ella. —¿Ramsey?

—Siento si te desperté.

—No lo hiciste. Te estaba esperando. ¿Está todo bien?

—Dijiste que podía usar mi llave, bueno, la llave que me diste, y te extrañé.

—Ven a la cama, cariño.

—Realmente necesito ducharme.

—Ya sabes dónde está todo. —La oigo moverse por la habitación y luego su brazo acariciando el mío.

—Está muy oscuro aquí —susurra mientras se inclina y encuentra mis labios en la oscuridad.

—Puedo encender la luz —digo después de recibir mi beso.

—No, está bien. Trata de dormirte. Seré rápido.

Escucho cómo vuelve a dar la vuelta a la cama y desaparece en el cuarto de baño, con un suave clic de la puerta al cerrarse. La luz se enciende y, unos instantes después, oigo que el agua también se abre. Estoy tentado de acompañarla, pero estoy agotado y no quiero que piense que le he dado la llave para poder utilizarla como reclamo. No es que hayamos ido tan lejos todavía. La semana pasada, cada vez que estamos juntos, mis manos están sobre ella, y viceversa, pero aún no he sentido su coño envuelto en mi polla. Nos lo estamos tomando con calma, y eso está bien. Esto es un maratón, no un sprint.

Quiero que esto dure.

Quiero que duremos.

Como prometió, la ducha es rápida. No han pasado ni cinco minutos cuando la luz bajo la puerta desaparece y el sonido de la puerta al abrirse se filtra por la habitación. Las mantas se levantan y ella se desliza junto a mí, con su piel desnuda y recién duchada contra la mía.

—¿Duermes desnudo? —me pregunta mientras se acomoda a mi lado.

—Sí.

—¿Siempre? ¿O lo hiciste porque yo estaba aquí?

—No siempre, pero me he duchado al llegar a casa y he obviado la ropa interior.

With Me

Permanece en silencio durante varios minutos. Su respiración se estabiliza y estoy seguro de que se ha quedado dormida, al menos hasta que pregunta: —¿Seguro que está bien que esté aquí?

Aprieto mis brazos alrededor de ella. —Está más que bien. No hay nada mejor que tú durmiendo en mis brazos.

Más silencio. Cierro los ojos y empiezo a quedarme a la deriva cuando oigo su voz. —¿Deacon?

—¿Hmm?

—No quiero que esto termine nunca.

—Yo tampoco, cariño. Yo tampoco. —Beso la parte superior de su cabeza, y juntos nos dejamos llevar por el sueño.

Never

Diecinueve

RAMSEY

—¿Cómo eres tan buena en esto? —le pregunto a Palmer.
Se encoge de hombros. —Es un talento natural.
—Sigue con un guiño burlón.

—Lo siento por tu futuro marido —dice Deacon.
Está de pie junto a mí, con el brazo echado despreocupadamente sobre mi hombro.

Palmer mueve las cejas hacia él. —Maldita sea, sí.

—¿Necesitas otra cerveza? —pregunta Deacon.

—No, estoy tratando de ir a mi ritmo. —Lo que no le digo es que esta noche quiero algo más que caricias pesadas por su parte, y sé que si piensa que estoy mínimamente borracha, me va a cerrar el paso—. Un agua estaría bien.

—Lo tienes. —Me besa la sien—. ¿Palmer?

—Estoy bien. Gracias. —Levanta su botella de agua medio vacía. Espera a que él esté fuera del alcance del oído antes de volverse hacia mí—. ¿Cómo va eso?

—Bien. —No me molesto en ocultar mi sonrisa.

—¿Sólo bien?

—Él es... todo, Palmer.

Su sonrisa coincide con la mía. —Me alegro por ti. Por los dos. Sólo desearía que ustedes dos, testarudos, me hubieran dejado arreglarlos el uno con el otro antes.

Me río. —No sé si habría estado lista antes. Puede que él tampoco lo estuviera.

—¿Pero ahora sí?

—Sí. —Han pasado dos meses desde la sesión de fotos, y puedo decir sinceramente que ha sido la época más feliz de mi vida. Deacon es sexy y mandón, pero no de una manera controladora. Es atento y considerado, y me he enamorado perdidamente de él. No estoy segura de cuándo sucedió, pero sucedió. Anoche estuve a punto de decírselo, pero me acobardé. No es que no quiera que lo sepa, pero no sé si él siente lo mismo, y no oírlo me destrozaría el alma.

—Estás enamorada de él. —No es una pregunta. Palmer me conoce mejor que nadie, bueno, aparte de Deacon.

Se me llenan los ojos de lágrimas. No porque no quiera que lo sepa, sino porque tiene razón, y esta será la primera vez que pueda admitirlo en voz alta. —Lo estoy.

—Sabes que él también te quiere, ¿verdad? —pregunta.

—No estoy segura, pero es bueno conmigo.

Los ojos de Palmer se suavizan. —Así es como un hombre debe tratar a una mujer, Rams. —Ahora no soy sólo yo quien tiene lágrimas en los ojos.

—¿Qué pasa? —pregunta Deacon, dándome una botella de agua.

—Nada. —Le ofrezco una sonrisa acuosa.

—Entonces, ¿por qué los ojos brillantes, cariño? —pregunta suavemente.

—Sólo le decía a Palmer lo bendecida que me siento por tenerte como parte de mi vida.

Traga con fuerza antes de que sus labios encuentren los míos. El beso es suave, pero lo suficientemente potente como para que desee que terminemos la noche y volvamos a su casa o a la mía. No soy exigente. —Soy el afortunado —dice, separándose del beso.

—¿Palmer? ¿Deacon? Hola. Me alegro de verte. —Una mujer, que parece tener algunos años más que yo, se inclina y abraza a Palmer y luego a Deacon mientras su brazo aún me rodea. Le da un abrazo con un solo brazo—. ¿Cómo han estado? —pregunta.

—Bien. Ha sido una eternidad. ¿Cómo estás? —le pregunta Palmer.

—Me va bien. De hecho, me acabo de mudar a la ciudad.

—Vivías en Indiana, ¿verdad? —pregunta Palmer.

—Sí. Me trasladé allí para ir a la universidad y conseguí un trabajo en el hospital local nada más salir de la escuela como técnico de radiología. Cuando se abrió una plaza en Harris, no dudé en solicitarla. Conseguí el trabajo y me mudé a casa. Lo siento, estoy divagando. ¿Cómo está Piper?

—Ella está bien. Sigue trabajando en la escuela primaria. Enseña cuarto grado.

—Eso es genial. ¿Y tú? —le pregunta la recién llegada a Palmer.

—Empecé mi propio negocio de fotografía. Tengo un pequeño estudio en Willow River. Capturando Momentos. —La sonrisa de Palmer es de orgullo, como debe ser.

—Es increíble. —Se gira hacia Deacon—. La última vez que hablé con Piper, me dijo que eras abogado.

—Lo soy —responde Deacon—. Yo también trabajo en Willow River, en Patrick y Gordman.

Asiente antes de dirigir su atención a mí. —Hola, soy Jade. —Me tiende la mano.

—Es un placer conocerte. Soy Ramsey.

—Mi novia —añade Deacon.

—¿Vas a dejar que te dé una paliza en la pista? —pregunta Orrin, acercándose a nuestro pequeño grupo. Se detiene al ver a Jade. La mira fijamente durante unos minutos. Algo parpadea en sus ojos, pero rápidamente lo disimula y se gira hacia su mejor amigo—. ¿Te apuntas?

—Sí. Nena, ¿quieres correr? —Deacon me pregunta.

—Creo que me sentaré en este caso.

—¿Segura?

—Positivo. —Se inclina y me besa antes de alejarse con Orrin.

—Maldición —murmura Palmer—. Eso fue caliente.

—Para. —Me río de ella.

—Oh, sí, quiero decir, todos sabemos que Deacon está enamorado de ti, pero yo estaba hablando de Orrin. ¿Viste los ojos que te ponía? —le preguntó a Jade.

—No lo hizo. —Jade le hace un gesto para que lo olvide. No me extraña el tinte de sus mejillas—. ¿Cuánto tiempo llevan juntos Deacon y tú? —me pregunta, cambiando claramente de tema.

—Un par de meses.

—Parece que está enamorado. —Jade sonríe.

—No es el único —respondo.

—Vamos. Vamos a ver a estos hombres fingiendo ser niños. —Palmer enlaza un brazo con el mío y el de Jade y nos lleva a la sala de visualización de la pista de karts.



—Ha sido divertido. Me alegro de que lo hayamos hecho —le digo a Deacon.

With Me

—Yo también me alegro de haber ido. Fue agradable ver a todos. —Me lleva a la casa desde el garaje, a través del cuarto de baño hasta la cocina—. ¿Quieres algo de beber? ¿Tienes hambre?

—Estoy bien. Fue agradable tener una noche de fin de semana libre.

—Me alegro de que hayas hablado con Hank y de que haya podido hacerlo.

—Yo también. La verdad es que he estado pensando mucho en mi trabajo y en mi carrera en las últimas semanas. Desde que me preguntaste si podía elegir lo que haría —le digo, siguiéndole hasta el salón. Toma asiento en el sofá y me arrima a su regazo.

—¿Qué has decidido? —pregunta.

—No pude elegir mi carrera, pero la disfruté. Me gustaría pensar que si la elección fuera mía, habría querido seguir los pasos de mi padre.

—¿Y ahora? —me pregunta, moviéndome el cabello hacia atrás por encima del hombro.

—Nunca quiero ser como él.

—Soy un abogado —me recuerda—. No me parezco en nada a ese pedazo de mierda. —No tiene ningún remordimiento por llamar a mi donante de esperma pedazo de mierda, como no debería.

—Eres la excepción a toda regla, Deacon. —Le beso la mandíbula, y el pelo de su barba me hace cosquillas en la cara. No puedo evitar contonearme en su regazo cuando afloran los recuerdos de lo que se siente al tener esa barba entre los muslos.

—¿Estás bien? —Sonríe.

No sé cómo, pero él sabe exactamente en qué estaba pensando. —Muy bien —respondo con una sonrisa—. De todos modos, he estado pensando que podría empezar a buscar un trabajo de asistente legal o algo así. Estoy cualificada y creo que lo disfrutaría. Nunca quise tener nada que ver con ese campo, temiendo que todos los abogados fueran como mi padre y Robert, pero tú has demostrado que esa teoría estaba equivocada.

—No todos somos como ellos, pero hay muchos más imbéciles que seguro que te vas a encontrar como ellos independientemente del ámbito en el que trabajes.

—Estoy de acuerdo. —Me relajo en él—. Esta noche me ayudó a tomar mi decisión. Durante los últimos dos años, todo lo que he hecho es trabajar y ahorrar y luchar contra mi pasado. No quiero volver allí, y una vez que me instalé en mis trabajos, me acomodé y nunca intenté más. —Hago una pausa, pensando hasta dónde llevar esto, y decido darle mis palabras que siempre me pide—. Estar contigo me hace desear esa vida normal. Cenar contigo después de un largo día. Poder salir con nuestros amigos los viernes o sábados por la noche. Me encantaría poder ir a las

cenos de los domingos de mi tía Carol. Está abierto, y quien puede ir esa semana se presenta. Yo nunca he ido. Siempre es a las cinco de la tarde, y bueno, a esa hora ya estoy en el trabajo.

—Sí que tienes un horario de mierda —asiente Deacon.

—¿Verdad? —Me río—. Nunca me has hecho pasar un mal rato por eso. ¿Por qué?

—Porque por mucho que odie que trabajes allí, por mucho que odie las horas, me niego a ser otro hombre en tu vida que te quite la posibilidad de elegir. A menos que sea la elección de que yo pague la cena. —Guiña un ojo.

—¿Odias que trabaje en la Taberna?

—Sí. Odio que estés allí a altas horas de la noche, que conduzcas hasta tarde, que vuelvas tarde a una casa vacía. Cualquier tonto borracho podría seguirte. Odio que los hombres te coqueteen cada puta noche que estás allí.

—Ojalá hubieras dicho algo.

—Es tu decisión, Ramsey. Yo también lo odio. He tenido que morderme la lengua muchas veces, queriendo decirte que dejaras el trabajo en la Taberna. Podrías mudarte conmigo y yo podría cuidar de ti. —Abro la boca para discutir, pero él me pone la mano sobre la boca para detenerme—. Sin embargo, sé que eso no es lo que quieres. Sé que no quieres volver a depender de otra persona. Eso es algo más en lo que estoy trabajando. Uno de estos días, vas a confiar en que siempre estaré a tu lado, detrás de ti y delante de ti cuando me lo permitas.

—Los tres, ¿eh? —pregunto, luchando contra las lágrimas. No sé qué hice para que este hombre entrara en mi vida, pero le estaré siempre agradecida.

—A tu lado porque quiero ser tu compañero de vida. —Me besa la mejilla izquierda—. Detrás de ti porque no necesitas que hable por ti. Necesitas mi apoyo, y siempre lo tendrás. —Me besa la mejilla derecha—. Delante de ti porque quiero protegerte. Sé que no lo necesitas, pero quiero hacerlo igualmente. —Me besa suavemente los labios.

Me pongo a horcajadas sobre sus caderas para que estemos frente a frente. Coloco las manos a ambos lados de su cara y miro fijamente sus ojos dorados. He estado luchando contra mis lágrimas, pero pierdo cuando una se desliza por mi mejilla. Abro la boca para hablar, pero la cierro igual de rápido.

—Nunca conmigo, Ramsey. Dame tus palabras, nena.

Es el momento. No importa si él siente lo mismo o no, mi corazón me pide a gritos que se lo diga. —Te amo. —Mi voz es fuerte—. Eres todo lo que he soñado en un compañero, en un hombre, y te amo mucho, Deacon —digo. Mi corazón se acelera, y mis manos están húmedas cuando se apoyan en sus mejillas.

With Me

Una mano me agarra por la cadera mientras la otra se desliza por detrás de mi cuello. —Dilo otra vez —me pide con voz ronca.

—Te amo.

—Ramsey —respira. Veo cómo traga con fuerza y sus ojos se vuelven vidriosos—. Yo también te amo. He querido decírtelo, pero no quería asustarte.

—Somos una pareja, ¿eh? —Me río mientras el alivio me invade. ¡Deacon Setty me ama!

—Creo que somos la pareja perfecta —dice, besándome profundamente. El corazón me da un vuelco en el pecho de la felicidad. Hay un millón de mariposas en mi vientre, y este momento es uno que nunca en toda mi vida olvidaré. Se retira y se apoya en el sofá—. Antes de que me sumerja tanto en tus besos que no pueda pensar bien, volvamos a tu trabajo. Sabes que trabajo en un bufete de abogados, ¿verdad?

—Ja, ja, gracioso. Sí, soy consciente.

—Los socios han estado barajando la posibilidad de contratar a un asistente legal. Están reduciendo el ritmo y dándome más trabajo. No están dispuestos a contratar a otro abogado. De hecho, creo que me ofrecerán venderme a mí antes de hacerlo, así que la contratación será decisión mía, ya que soy yo quien tratará con el nuevo contratado.

—Gracias. Te lo agradezco. Sin embargo, no quiero conseguir el trabajo por ser tu novia.

—¿Y como la mujer que amo? —Me hace un guiño con sus pestañas.

—Eso tampoco. —Me río—. Quiero saber que puedo salir adelante por mí misma. Sé que parece una locura, pero esa es una de las grandes cosas que me decía mi padre. Que yo no era nada sin él y que nunca lograría salir adelante sin sus contactos o su dinero.

La mandíbula de Deacon se tensa. —Es un pedazo de mierda.

—Lo sé, pero todavía necesito hacer esto. Quiero hacerlo. Me has dado el valor y la motivación para arriesgarme. He estado viviendo para trabajar. Ahorrando cada centavo, pero tengo una educación, y creo que disfrutaría el trabajo.

—Si no lo haces, puedes volver a la universidad o buscar una nueva carrera. Puedes hacer cualquier cosa que te propongas.

—Siempre quise más, pero ahora que te tengo a ti, y que me has ayudado a expresar lo que quiero, sé que trabajar en la Taberna para siempre no es mi fin. Quiero una carrera. Un día, cuando tenga hijos, quiero estar en casa con ellos por la noche. Quiero cenas familiares en las que me cuenten su día. No quiero perderme un partido, un entrenamiento o un acto escolar. Quiero que mis hijos tengan lo contrario

Never

de lo que yo tuve. No me malinterpretes. Nunca me faltó nada, bueno, excepto el amor y la atención de mis padres.

—Nuestros hijos siempre sabrán lo mucho que los queremos. Te lo prometo.

—¿Nuestros hijos? —Es la segunda vez que dice algo así.

—Has oído la parte en la que nos dijimos que estábamos enamorados, ¿verdad?

—Sí, pero los niños, eso es un gran problema.

—Somos una gran cosa, nena.

Esas malditas mariposas pululan y me siento mareada de lo feliz que me hace. Puedo ver a los futuros niños que acaba de mencionar. Puedo ver nuestra vida como una película en mi cabeza. —Sí, supongo que sí —digo, besándolo—. Gracias por el ofrecimiento. Te prometo que si necesito ayuda u orientación, y estoy segura de que la necesitaré, acudiré a ti.

—O puedes venir por mí aquí mismo —dice, deslizando su mano bajo mi camisa.

—Eso también funciona. —Me estremezco cuando su pulgar se desliza por mi pezón cubierto por el sujetador.

—Este maldito sujetador es muy fino. Déjame ver.

Levanto los brazos en el aire y le permito que me levante la camisa por encima de la cabeza. Se lame los labios y su agarre en mi cadera se hace más fuerte. —¿Te gusta lo que ves? —Me burlo.

—Amor, Ramsey. Me encanta lo que veo. —Su cabeza se inclina, y a través de mi sujetador de encaje blanco, chupa un pezón duro en su boca, haciéndome gemir.

—¿Estás lista para ir a la cama? —pregunta.

—Estoy lista para ir a la cama. No estoy lista para ir a dormir.

—¿No? ¿Quieres jugar?

—Claro, pero también quiero que me hagas el amor.

Se queda paralizado y temo haber ido demasiado lejos hasta que una lenta y sexy sonrisa inclina sus labios.

—Todo lo que mi chica quiere, lo consigue. —Me pellizca el labio inferior—. Voy a cerrar aquí abajo. Te veré en mi habitación.

—De acuerdo. —Me muevo para bajarme de su regazo, agachándome para recoger mi blusa desechada del suelo, y me da un golpe en el culo—. ¡Oye! —Me hago la ofendida.

—Estaba justo ahí, delante de mí. —Se encoge de hombros.

With Me

—Tienes suerte de que te ame. —Le señalo con el dedo índice.

Me toma la mano y me da un beso en la palma. —Lo sé. Ahora, sube antes de que te desnude y te folle aquí en mi sofá. Me pediste que te hiciera el amor, y eso es lo que voy a hacer.

Aprieto mis muslos ante sus palabras. —Tu opción también funciona.

Se ríe, una risa profunda y gutural. —Te prometo que lo haré. Esta noche no. Ahora vete. —Se levanta, se inclina y me besa—. Te amo.

—Yo también te amo. —Con la blusa en la mano, salgo hacia las escaleras. Estoy nerviosa y noto un ligero temblor en mis manos mientras me desnudo para él, pero no tengo miedo. Se trata de Deacon, y él cuidará de mí. Siempre lo hace.

Never

Veinte

DEACON

Entro en la cocina, apago las luces y subo las escaleras. En lugar de subir las escaleras de dos en dos, como quiero, doy pasos lentos y medidos. Esta noche haré mía a Ramsey en todos los sentidos. Cuando empuje dentro de ella, se acabarán las apuestas. No importa quién tenga un problema con que salgamos, ya sean los miembros de la familia o el mundo, por nuestra diferencia de edad. Las razones ya no importarán.

Es mía.

No hay vuelta atrás.

Ramsey es mi futuro.

Ahora, necesito asegurarme de que ella lo entienda antes de llevar esto más lejos. Nunca le he dicho a una mujer con la que no tenga relación que la quiero, y si me salgo con la mía, Ramsey será la primera y la última. Abro la puerta de mi habitación de un empujón y me detengo al ver el bajo resplandor de la lámpara de cabecera y a mi chica sentada en la cama.

Desnuda.

Esperando por mí.

Estoy aquí de pie, mirándola, asimilando el hecho de que esta hermosa mujer me ama, y me doy cuenta. Esto no es una cosa de una sola vez. Puedo tenerla así por el resto de mi vida.

Alcanza el edredón para cubrirse, lo que me impulsa a actuar. En unas pocas y largas zancadas, me pongo a su lado. Me agarro la camiseta por detrás del cuello y me la paso por encima de la cabeza. A continuación, me abrochan el botón de los vaqueros y los deslizo junto con los calzoncillos por las caderas en un solo movimiento. Mi polla está dura y preparada para ella, pero antes de ir allí, tengo que asegurarme de que lo entiende. Los dos estamos desnudos y en igualdad de condiciones, por así decirlo.

Me arrodillo y rodeo sus caderas con los brazos. Con nuestra diferencia de altura, nos miramos a los ojos, que es lo que quería. Aunque me encanta que me mire la polla, necesito que me mire a mí para esta conversación.

La atraigo hasta el borde de la cama, sintiendo su suave piel contra la mía, donde me acuesto entre sus muslos. Mis manos se cierran detrás de la parte baja de su espalda, manteniéndola cerca. —Me pediste que te hiciera el amor.

—Está bien si has cambiado de opinión. —Me aparta el cabello de los ojos. Sus miedos del pasado no han desaparecido del todo, pero está bien. Ya llegaremos a eso.

—Eso es... No, Ramsey. No he cambiado de opinión. Pero te estoy dando la opción de cambiar la tuya.

Ella inclina la cabeza hacia un lado. —No lo entiendo.

—Nunca le he dicho a una mujer que la amo. Aparte de mi familia. Eso es algo muy importante para mí, y lo digo en serio. Te has metido en mi corazón, y quiero que te quedes ahí. Para siempre.

—Yo también te amo. —Su voz es suave, y su cuerpo se relaja ante mi confesión.

—Esto es para siempre, Ramsey. No puedo hacer el amor contigo y luego dejarte ir. Me conozco. Sé lo que siento por ti y sé que no sobreviviré. Si tienes alguna duda, podemos esperar. —Ella niega con la cabeza, pero yo sigo—. Sé que habrá gente que desapruebe nuestra diferencia de edad, pero todo lo que veo es la mujer que amo. No veo la edad más allá de lo que eres.

—Eso no me importa.

—Sé que nuestra relación ha sido un tren rápido y no cambiaría nada. Creo que tenías razón cuando dijiste que no nos habíamos conocido antes de la sesión de fotos porque quizás no estábamos preparados. Ahora estoy preparado. Estoy listo. Sólo hay Deacon y Ramsey como una unidad de aquí en adelante. Quiero asegurarme de que sepas que soy tuyo y que tú eres mía. Necesito saber que te sientes confiado en el amor que compartimos y que sabes que siempre puedes contar conmigo. Quiero que siempre digas lo que piensas y uses tus palabras. Nunca te silenciaré.

Las lágrimas brillan en sus ojos. —Gracias por amarme como lo haces.

—Nunca me des las gracias por amarte, cariño. Es tan fácil como respirar para mí.

—Me haces más fuerte. No tienes miedo de llamarme la atención y no dejas que me esconda detrás de mis inseguridades. Te amo. El tipo de amor para siempre, Deacon.

Es todo lo que necesito oír. Mis labios encuentran los suyos y los nervios bullen en mi pecho. He tenido sexo, no soy un monje, pero nunca he hecho el amor. Sí, soy

consciente de que es lo mismo. Al menos, solía pensar que era lo mismo. Ahora lo sé mejor. Estoy más nervioso ahora que la primera vez. Perder mi virginidad no fue nada comparado con saber que esta mujer es la última que tendré dentro. Esta es mi última primera vez.

Mi Ramsey.

Sus manos están enterradas en mi cabello y sus piernas me rodean. Mis manos están por todas partes. Su cabello, sus pechos, deslizándose por su espalda. Es como si mis manos tuvieran la misión de tocar cada centímetro de su suave y sedosa piel.

Me cuesta separar mis labios de los suyos. Los dos respiramos con dificultad y mi corazón late contra mi pecho. Tengo miedo de romperme una costilla. —Échate hacia atrás, cariño. —Ella se echa hacia atrás y apoya su cabeza en mi almohada. De pie, a mi altura, agarro mi polla y la acaricio perezosamente. Sus ojos siguen todos mis movimientos.

—Tengo que prepararte —le digo, leyendo su expresión—. No quiero hacerte daño. —Ella asiente, y eso es mi luz verde. Busco en la mesita de noche la nueva caja de preservativos que compré hace un par de semanas, cuando nuestras sesiones de besos empezaron a ser más calientes.

Abro la caja, saco una tira y la dejo caer junto a ella en la cama. Vuelvo a meter la caja en el cajón y me reúno con ella. De rodillas, me acomodo junto a ella, para contemplarla. Me sonrío y noto el cambio en ella. Mi chica está más segura de sí misma y me dan ganas de golpear los puños contra el pecho. Mi amor hizo eso por ella.

—¿Por qué sonríes? —pregunta ella, con voz suave.

—Eres hermosa y toda mía.

—Muéstrame. —Sus piernas se abren y su coño brilla para mí.

Moviéndome entre sus muslos, me acuesto sobre mi vientre y hago lo que mi chica me pide, y se lo demuestro. La adoro con mi boca, chupando su clítoris hasta que se retuerce debajo de mí. Añado un dedo y luego otro, trabajándola, preparándola para mí. Me agarra del cabello, y es como si esa acción estuviera unida a mi boca. Le meto la lengua en el clítoris, chupando más fuerte, y ella grita, diciendo mi nombre. Su coño aprieta mis dedos, y no paro hasta que su cuerpo cae relajado de nuevo en la cama.

Limpiándome la boca con el dorso de la mano, me muevo sobre ella. Mis manos se apoyan a ambos lados de su cabeza. Mantengo mi peso alejado de ella, dándole tiempo para recuperar el aliento, y no quiero aplastarla.

Finalmente sus ojos se abren. —Hola —susurra tímidamente.

With Me

—Hola. —Sonrío. Me encanta el hecho de poder ponerla en este estado de felicidad—. ¿Estás bien?

—Estoy muy bien. —Se mete entre nosotros y me agarra la polla—. Déjame ayudarte con esto —dice, su voz se convierte en una rima sexy.

—No puedo hacerlo, nena. Me pediste que te hiciera el amor, y eso va a ser una lucha tal y como está. Si pones tu boca en mí ahora, todo esto va a terminar antes de empezar.

—Quiero más de ti.

—Tienes todo de mí.

—Muéstrame. —Retira su mano de mi polla y busca la tira de condones, arrancando un pequeño paquete de papel de aluminio y entregándomelo. Sus manos tiemblan ligeramente. Sosteniendo mi peso con un brazo, tomo su mano y le doy un beso en la palma.

—En cualquier momento que quieras parar esto, sólo dímelo. No me importa cuándo. Si quieres parar, paramos.

—¿Pero eso no... dolerá?

—No tanto como la idea de hacerte daño.

—No me harás daño. —Sus palabras son fuertes y seguras, y vuelvo a tener uno de esos momentos en los que me late el pecho. Mi chica está usando su voz—. No tengo que preocuparme por eso contigo.

—Nunca conmigo —confirmo.

Sentado de nuevo sobre mis rodillas, abro el envoltorio y lo deslizo sobre mi dolorida polla. Estoy duro como una piedra, y soy un tipo grande, así que espero haber hecho lo suficiente para prepararla. La idea de herirla de alguna manera hace que me duela el pecho. No quiero ser nunca el hombre que le cause miedo, dolor o lágrimas. Sólo quiero amarla. Nunca supe que existiera este lado ñoño y enamorado de mí. De hecho, estoy seguro de que no existía hasta que Ramsey entró en mi vida.

Ramsey se muerde el labio inferior mientras agarro la polla y me inclino hacia delante, deslizándola sobre su húmedo coño. Moviéndome, apoyo mis manos a ambos lados de su cabeza mientras mi polla llora, suplicando estar dentro de ella. Le ignoro a él y a sus necesidades y me centro en Ramsey. —Todo lo que tienes que hacer es decirme que pare.

—No lo haré.

—Pero dime que sabes que puedes.

Sus manos se posan en mis mejillas. Sus grandes ojos azules me dicen que está diciéndome la verdad. —Sé que si quiero parar, tú pararás. Sé que me quieres y que

With Me

nunca me harías daño. Sé que esto significa que soy tuya y que tú eres mío. El tipo de amor para siempre. Lo que no sé es por qué seguimos hablando de ello.

—Qué atrevida. —Agacho la cabeza y la beso—. Te amo.

—Yo también te amo.

—Guíame hacia adentro, nena. —Me estoy tomando esto con calma. No porque tenga miedo de herirla, sino porque todos los hombres en su vida antes de mí le quitaron. Nunca se le permitió elegir antes, y quiero que sepa que siempre tendrá una opción conmigo. Claro que quiero empujar dentro de ella y follarla, persiguiendo mi liberación que he estado anhelando desde el momento en que puse mis ojos en ella, pero no voy a hacer eso. Soy un hombre que puede mostrar contención cuando es necesario, y para la primera vez que tenemos sexo, es necesario.

Hay un ligero temblor en sus manos cuando me agarra, recordándome de nuevo que esto es algo más que sexo. Este acto está sellando nuestro destino. Es como si ella también se diera cuenta de que esta es su última primera vez.

Con cuidado, me guía hasta su entrada y empujo. Ella se tensa, y eso no sirve. Bajando, con cuidado de que mi peso no la aplaste, la beso. Lentamente, mi lengua se desliza contra la suya hasta que siento que se relaja. Me acerco un poco más y me detengo para darle el tiempo que necesita. La beso y luego le doy un poco más. No sólo de mi polla, sino de mí.

—Ya casi, cariño —murmuro contra sus labios.

—Te quiero todo, Deac. Por favor —jadea—. Dame todo de ti.

Con sus palabras, empujo hasta el fondo y ella grita. Sólo que este grito, no es de placer, es de dolor. Me quedo inmóvil y la miro fijamente. Se muerde el labio inferior y una lágrima rueda por su mejilla.

Tengo la lengua espesa. Apenas puedo formar palabras. Abro la boca para hablar, pero no lo consigo. Lentamente, me alejo y miro entre nosotros. Es entonces cuando veo su verdad. La que no usó sus palabras para decirme.

Respiro profundamente, exhalo lentamente y encuentro mi voz. —Cariño, ¿por qué hay sangre en mi polla? —Ella gira la cabeza, sin querer mirarme, pero eso no va a funcionar. Apoyando mi peso en un codo, me muevo para acunar su cara con la palma de la mano, y ella se estremece—. Oye —digo en voz baja—. Ramsey, mírame. —Espero hasta tener toda su atención—. Voy a necesitar tus palabras, cariño.

Ella asiente.

—Dime. —Sigue siendo exigente, pero no tan dura como antes. Mueve la cabeza, y de nuevo no acepto un no por respuesta. No con sus palabras—. No hay respuesta equivocada aquí, Ramsey. Sólo necesito escuchar tus palabras, cariño. Necesito que me lo digas.

Never

With Me

—Quería que fueras tú.

Mierda. Cuatro palabras envuelven mi corazón como un tornillo de banco. No sé qué me está pasando. Es casi como si mi corazón saliera físicamente de mi pecho y saltara al suyo. El amor que siento por ella es mayor que cualquier cosa que haya sentido en mi vida. ¿Por qué saber que ella me dio esto, que pudo elegirlo, y que fue a mí a quien eligió, hace que se me humedezcan los ojos? ¿Cómo no sabía que era virgen?

¿Qué tiene ella que hace que mi corazón baile en mi pecho a un ritmo que sólo ella puede escuchar?

—¿Estás enojado?

Sacudo la cabeza antes de que termine de preguntar. —No. No estoy enojado. Me siento honrado. Me siento humilde y extasiado de que no te haya quitado eso. Me elegiste a mí, y siento que mi corazón va a explotar.

Ella sonríe, secándose las lágrimas. —¿Puedes pedirle a tu corazón que espere hasta que terminemos? —Ella levanta sus caderas, y yo me deslizo dentro suavemente esta vez.

Mis labios se encuentran con los suyos mientras me retiro y vuelvo a introducirme. Me inclino sobre los codos y le pongo las manos encima de la cabeza mientras mis caderas se balancean lentamente contra las suyas. Hace un momento, estaba corriendo para perseguir el subidón de mi orgasmo, y todavía lo quiero, pero ahora quiero más este momento. Es su primera vez y, mierda, voy a hacer que sea especial para ella. Voy a ser suave con ella y mostrarle lo mucho que significa para mí. Tenemos el resto de nuestras vidas para tener sexo sucio y sudoroso. Ahora mismo, estoy haciendo exactamente lo que ella me pidió.

Estoy haciendo el amor con ella.

Su petición tiene aún más sentido para mí ahora. No sé por qué nunca tuvimos la conversación. Ella no sacó el tema, y yo tampoco. Dijo que él nunca la forzó, y lo dejamos así. No me gustaba pensar en ellos dos juntos así. Resulta que no tenía que hacerlo.

Soy el único hombre que ha estado dentro de ella.

Muevo las caderas y ella gime. —Hazlo otra vez —me dice, y le doy lo que quiere. Su coño empieza a apretarse a mi alrededor, y sé que está cerca. Estoy allí, listo para volar sobre el borde, así que busco entre nosotros y rodeo su clitoris con mi pulgar. Sus uñas se clavan en mis brazos, donde se aferra. Sus ojos se cierran y quiero exigirle que los abra para poder verla, pero no lo hago. La dejo disfrutar de este momento.

Never

With Me

Memorizo cada uno de sus rasgos, y cuando su coño me agarra y grita mi nombre, sus ojos se abren de golpe. Un fuego azul y líquido me mira fijamente mientras me calmo y me libero dentro de ella.

Ella sonríe suavemente. —Te amo, Deacon.

—Yo también te amo. —La beso, deslizando mi lengua contra la suya una vez más, antes de retirarme lentamente—. No te muevas. —Me apresuro a ir al baño. Tiro el preservativo a la basura, tomo una toalla de la estantería y me limpio, luego agarro una toalla para ella. La pongo bajo el agua caliente antes de volver a la cama—. Abre para mí —le digo, sentándose a su lado.

—¿Qué estás haciendo?

—Cuidando de ti. Abre. —Le doy un golpecito en la rodilla.

—No tienes que hacer eso. Es... un desastre. Puedo hacerlo.

—Amo cada parte de ti, incluso las partes sucias. Especialmente las partes sucias que ayudé a hacer. Deja que te cuide, cariño. —Mis palabras funcionan. Ella abre la pierna lo suficiente para que la limpie. Satisfecho de que está tan bien como puede estarlo sin una ducha, lanzo la toalla a través de la puerta del baño. Cae al suelo con una bofetada, pero no me importa. La recogeré más tarde. Ahora mismo, nada es más importante que abrazarla.

Me deslizo bajo las sábanas junto a ella y la estrecho entre mis brazos. Apoya su cabeza en mi pecho, mi corazón se calma y nuestra respiración se estabiliza. Es la vez que más contento estoy.

—¿Siempre es así? —pregunta.

—No. Eso es algo que es sólo nuestro. Estás hecha para mí.

—¿Cuándo podemos volver a hacerlo? —pregunta, haciéndome reír.

—Vas a estar adolorida. Tenemos para siempre.

—Para siempre —acepta.

Never

Veintiuno

RAMSEY

—Tengo que ir a mi casa a lavar ropa —le digo a Deacon. Estamos sentados en su sofá, acurrucados bajo una manta para evitar el frío del aire acondicionado. También es algo que me reconforta. Me gusta estar acurrucada con mi hombre y una manta suave y peluda. Hace un mes que nos acostamos por primera vez y nunca siento que pueda estar lo suficientemente cerca de él. No lo entiendo, pero a Deacon no parece importarle que me aferre a él cuando sólo pasamos el rato, así que tampoco dejo que me afecte.

—Podemos ir a recogerla y puedes lavarla aquí.

—Pero luego tengo que llevarla a mi casa.

—Déjala aquí.

—Entonces, ¿vendré aquí y me vestiré todos los días después de mi ducha? —Me río.

—No. Si tus cosas están aquí, entonces tú también lo estarás.

Me incorporo y me giro para mirarlo. —¿Qué estás diciendo? Usa tus palabras —me burlo, lo que me hace ganar un juguetón golpe en el costado.

—No tengo ningún problema en usar mis palabras. Quiero estar donde tú estás. Tenemos más espacio aquí, y sé que te encanta la piscina, pero puedo empacar algunas cosas, y podemos pasar la semana en tu casa.

—¿La semana?

—La semana. El mes. Para siempre. —Se encoge de hombros.

—Deacon Setty, ¿me está pidiendo que me mude contigo? —Espero que el pánico se apodere de mí o el miedo a no tener mi propia casa, pero nunca llega.

—¿Qué dirías si lo hiciera?

—Seguramente te diría que tres meses de cita no son suficientes. —Hago una pausa. Él empieza a hablar, pero yo hablo por encima de él—. Entonces pensaría en

lo que siento cuando estoy contigo. Pensaría en el amor que compartimos, y pensaría en que me dices que no hay nadie que importe más que nosotros.

—¿Y?

—Y te preguntaría qué vamos a hacer con todos mis muebles.

Esta vez es Deacon quien se mueve para sentarse. —Múdate conmigo.

Abro la boca para aceptar. La decisión es fácil. Lo amo. Él me ama. Ya hemos prometido ser el uno para el otro para siempre. He pasado más tiempo aquí que en mi casa en el último mes. Estoy desperdiciando dinero en el alquiler. Sin embargo, antes de que pueda darle una respuesta, empieza a defender su caso.

—Estás aquí todo el tiempo. Me encanta dormir a tu lado. Sé que no podemos cenar juntos a menudo, pero cuando cambies de carrera, eso va a cambiar. Podrías ahorrar dinero en el alquiler, y tengo ese armario extra en mi habitación que tiene apenas unas pocas perchas de las cosas que dejas aquí. Está siendo desperdiciado. Es un chiste. Que te mudes lo arreglaría. —Sonríe, orgulloso de sí mismo.

Abre la boca para empezar de nuevo, pero le pongo los dedos en los labios para detenerlo. —De acuerdo.

—¿De acuerdo? —Hay un brillo en sus ojos dorados que hace que las mariposas vuelen en mi vientre. ¿Siempre se sentirá así? Como si estuviera flotando en una nube de amor. Soy feliz. Tan feliz, y por primera vez en mi vida, conozco el amor y la felicidad verdaderos y honestos. Todo gracias al hombre sentado a mi lado.

—Me prometiste para siempre, Deacon Setty. Planeo hacer que lo cumplas.

—Hecho. —Me besa con fuerza pero se aparta rápidamente—. ¿Cuándo? ¿Cuándo podemos hacer que esto suceda?

Me encojo de hombros. —Cuando sea.

Se inclina hacia delante y toma su teléfono de la mesa. Toca la pantalla antes de sostenerlo frente a él. Suena tres veces antes de que responda una voz grave que reconozco.

—¿Qué pasa? —pregunta Orrin.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Nada. Tengo cosas de adulto que hacer, como la lavandería, pero estoy pensando en dejar eso para mañana.

—Bien. Necesito tu ayuda. Y la de tus hermanos. Todos los que puedas encontrar que estén libres.

—¿Para qué?

—Bueno, es Ramsey quien necesita ayuda, en realidad.

—¿Qué pasó? —Orrin se pone instantáneamente en alerta, y mi corazón se hincha.

—Ella está bien. Está perfecta. —Deacon se inclina y me besa.

—¿La estás besando? —Orrin pregunta—. ¿No puedes aguantar esa mierda hasta que colguemos? Ahora, quita tus garras de mi primita y dime qué necesita.

—Se va a mudar conmigo y necesitamos manos.

—¿Hoy?

—Sí. Hoy. Antes de que cambie de opinión.

—No voy a cambiar de opinión —digo.

—¿Rams? —Orrin pregunta.

—Estoy aquí. Te tiene en altavoz —le explico.

—¿Seguro que quieres mudarte con este tipo? —Hay humor en su voz—. Podría contarte algunas historias... —Deja que su voz se pierda.

—Nada de lo que me digas me hará cambiar de opinión.

—Es justo. ¿Cuándo vamos a hacer esto?

—Nos dirigimos a su apartamento ahora.

—Todavía no he empacado nada.

—Traigan cajas —añade Deacon.

Orrin se ríe. —Enhorabuena, chicos. Reuniré a mis hermanos y nos dirigiremos hacia ustedes en un par de horas. Rams, ¿te dará tiempo a empezar a hacer las maletas?

—Realmente no tiene que hacerse hoy. ¿Qué tal si lo planeamos? Voy a empaquetar y desechar algunas de mis cosas y decidir qué conservar y qué donar. Entonces, cuando eso esté hecho, me encantaría que tú y algunos de los chicos nos ayudaran.

—¿Puedo decirles que me han llamado chicos? —Orrin ruega, el humor evidente en su tono.

—No hasta que me ayuden —respondo con una risa propia.

—Muy bien. Hazlo tú, Rams, y avísame cuando estés lista.

—Gracias. Mientras tanto, me quedaré aquí. Así que si me necesitas por alguna razón, si no estoy en el trabajo, estaré... en casa. Con Deacon.

—Claro que sí. Te llamaremos —dice Deacon, terminando la llamada y empujándome de nuevo al sofá. Me besa como si fuera nuestro último día juntos.

Suena su teléfono y gime. Se echa hacia atrás, mira la pantalla y me la muestra antes de contestar, poniendo de nuevo el altavoz—. ¿Qué?

—¿En qué se metieron esta noche? ¿Pasan el rato mientras Rams trabaja? —Orrin pregunta.

—No. Está libre esta noche.

—¿No hay una banda en la Taberna? Estaba pensando en reunir a algunos de mis hermanos e ir a comprobarlo. Ustedes dos deberían venir.

—Lo discutiremos y te lo haremos saber. Estoy seguro de que Ramsey no quiere pasar el rato en su lugar de trabajo en su única noche libre.

—En realidad, he oído que la banda se supone que es buena. Deberíamos ir.

—¿Segura?

—Positivo.

—Bien. Estaremos allí. Siete.

—Siete —acepta Orrin, y la llamada termina.

—Ahora, vamos a tu casa y tomemos lo que podamos. Ropa, artículos de aseo y cualquier otra cosa que podamos empacar antes de que cambies de opinión. —Deacon se levanta y me ofrece su mano para ayudarme a salir del sofá.

—No voy a cambiar de opinión.

Asiente. —Todavía no me arriesgo contigo. Vamos. Llevaremos la camioneta.

—Necesito mi teléfono y mi bolso, y no tengo zapatos.

—¡Apúrate, mujer! No todos los días el amor de mi vida acepta mudarse conmigo.

—Tengo que llamar a Palmer también.

—¿Qué? ¿Por qué tienes que llamar a mi hermana?

—Para darle la noticia. No quiero que se entere por otra persona, y quiero invitarla a la taberna esta noche.

—Podemos llamarla en el camino. —Agarra mi bolso de la encimera y me señala las chanclas que están junto a la puerta del guardarropa.

Con una carcajada, lo sigo, deteniéndome sólo para meter los pies en las chanclas antes de seguirlo hasta el garaje y su camioneta.

—Menos mal que tenemos tres plazas, ¿eh? —Sonríe al pasar junto a mi coche. Insistió en que me estacionara allí. Hace un par de semanas limpió el espacio, trasladando el cortacésped y no sé qué más a un pequeño cobertizo que compró con ese fin en la parte de atrás.

Le sonrío y espero a que me abra la puerta, sabiendo que se quejará si no lo hago. Una vez cerrada la puerta, saco mi teléfono para llamar a Palmer. Hablo con ella durante todo el camino hasta mi apartamento. Está encantada de que me vaya a vivir con Deacon, como yo sabía que haría.

—Estamos aquí —le digo—. Te veré esta noche a las siete. ¿Necesitas que te recojamos?

—No, estoy lista. Tengo un rodaje el domingo, así que no voy a beber. No hay nada como tener resaca cuando estás filmando una fiesta de tercer cumpleaños llena de niños gritando.

—Uff. Bueno, te quiero. Te veré más tarde.

—Dile a mi hermano que me hace sentir orgullosa —bromea.

—Lo haré. —Termino la llamada y deslizo mi teléfono en mi bolso—. Palmer se reunirá con nosotros allí, y me dijo que te dijera que la haces sentir orgullosa.

—Nos va a recordar que nos ha juntado hasta que seamos viejos y canosos, ¿no?

—Sí. Sí, lo hará.



—¿De verdad te vas a mudar con este tipo? —Sterling señala hacia donde Deacon está sentado a mi lado.

—Ya es demasiado tarde para echarse atrás. Pasamos el día empacando la mayor parte de mi ropa y artículos de aseo y trasladándolos a su casa.

—Reconozco que no creía que fuera a ver el día —confiesa Brooks.

—Tú y yo, ambos. Este —Orrin señala a Deacon—, trabajó tanto que pensé que iba a morir como un viejo solitario.

—Sólo estaba esperando a que llegara el adecuado.

—Ugh, —Declan gime—. Ahora lo tienes encerrando todo tipo de mierda poética. Ramsey, lo rompiste. Rompiste a Deacon. —La mesa estalla en risas, incluido Deacon. Tiene el brazo colgado en el respaldo de mi silla y noto que tiembla.

—Oh, ahí está Jade. Vamos a saludarla. —Palmer se levanta y me hace un gesto para que la siga.

—¿Quieres algo? —le pregunto a Deacon.

—No, estoy bien.

—¿Seguro?

—Hoy ya me has dado lo que quería. —Sus ojos son suaves, pero mis primos no pueden verlo. Sé que se refiere a que me vaya a vivir con él, pero para los que no lo ven, la afirmación puede sonar sugerente.

—Mis orejas. —Archer se pone las manos sobre las orejas, y de nuevo la mesa se ríe a costa de mi hombre.

—Oh, yo también le di eso —les digo a mis primos—. Pero a lo que se refería mi novio era a que aceptara irme a vivir con él.

—¿No te está esperando Palmer? —Rushton pregunta.

—Bien, entiendo la indirecta. ¿Puedo traerles algo a alguno de ustedes mientras estoy en el bar? —Me ofrezco.

—No. Es tu noche libre. Si necesitan algo, pueden conseguirlo ellos mismos —dice Deacon.

—Lo que él dijo. —Orrin me señala—. Ve, estamos bien aquí.

Hago un montaje de levantarme e inclinarme para besar a Deacon. Mis primos refunfuñan y gimen por el beso. Cuando me retiro, los dos sonreímos. —Volveré —digo en voz baja, solo para él.

Cuando llego a la barra donde está sentada Palmer, agita la mano delante de su cara. —Bien, ya sé que es mi hermano, pero mierda, chica, qué manera de ponerlo. —Se ríe.

—Eso fue caliente —coincide Jade.

—Nos estaban haciendo pasar un mal rato, así que pensé en darles algo de qué hablar. —Me encojo de hombros.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi mejor amiga? —pregunta Palmer.

—Sigo siendo yo. Acabo de enamorarme de un hombre increíble.

—¿Dónde puedo conseguir uno de esos? —pregunta Jade.

—¿Verdad? —Palmer está de acuerdo.

—Señoras, tengo una mesa llena de primos solteros para que elijan. Son todos tipos estupendos que me han acogido como si fuera su hermana. Serías afortunada de tener a cualquiera de ellos.

—¿Son todos solteros? —pregunta Jade, mirando por encima del hombro a la mesa.

—Sí.

—¿A quién estás mirando? —Palmer se gira para mirar nuestra mesa.

—Todos ellos. —Jade sonríe.

With Me

—¿Y tú? —Choco mi hombro con el de Palmer—. ¿A quién estás mirando?

—Todos —repite la respuesta anterior de Jade.

—Tu hermana está perdida. La llamé para intentar que saliera esta noche, pero ya tenía una cita.

Palmer suspira. —Está en una aplicación de citas y todos son unos perdedores.

—Necesito tres cervezas de barril —me dice Hannah, una de las camareras, desde su lugar junto a mí—. Esto es para tu mesa —me dice—. ¿Cómo llevas lo de estar relacionada con todo ese calentón?

—¿No has visto a su hombre? Está viviendo con el calor —responde Jade—. Lo siento, Ramsey, sabes que está caliente —añade.

—Es muy guapo. —Le sonrío. No me preocupa que se le insinúe. Claro, ella podría estar más cerca de su edad, pero sé lo que tenemos, y confío en ello. Se siente muy bien saber que lo que tenemos es sólido y que otros pueden mirar, pero soy yo la que se acuesta con él en la cama cada noche.

—También está locamente enamorado de ti. Lo siento, señoras, mi hermano está fuera del mercado —añade Palmer. Me guiña un ojo y yo sonrío. Le agradezco que me apoye, pero la verdad es que no lo necesito. No con Deacon. Me ha costado llegar hasta aquí, pero sé sin lugar a dudas que es uno de los buenos.

—Aquí tienes. —Tabitha pone tres cervezas de barril en la bandeja de Hannah, y se va—. Ramsey, chica, ¿qué haces aquí en tu noche libre? —pregunta.

—Oh, ya sabes, sólo pasar el rato —respondo—. Vinimos a escuchar a la banda. Es una mierda que hayan tenido que cancelar.

—Sí, a Hank le preocupaba lo que pudiera hacer el público, pero parece que todo el mundo se queda.

Antes de que pueda responder, siento que unas manos fuertes me agarran por las caderas. Sé que es él sin siquiera mirar. —Voy al baño. Quédense juntas o donde los chicos puedan verlas. —Deacon me besa la mejilla—. Te amo —susurra, pero no realmente a juzgar por los asombros que provienen de mis amigas.

—¿Ustedes dos van en serio, eh? —Tabitha pregunta mientras Deacon se aleja.

—Diré que desde que aceptó mudarse con él hoy.

—Vaya, es un gran paso —comenta Tabitha.

—¿La culpas? —pregunta Jade.

—Si alguno de los hombres de esa mesa me pidiera que me fuera a vivir con ellos, estaría encantada —afirma Palmer.

—Vamos. Tienen que decirme a cuál le han echado el ojo. Te puedo enganchar —les digo.

—Oh, o déjame hacer una sesión de fotos. —Palmer da una palmada—. Pregúntale a Ramsey... funciona de maravilla.

—¿Así conociste a Deacon? —Jade pregunta.

—Sí. Esta —señalo a Palmer—, me convenció de que necesitaba mi ayuda para impulsar su carrera. No sabía que me estaba tendiendo una trampa todo el tiempo.

—Oye, la sesión de fotos fue oro. Oro puro. Y he conseguido algunos clientes gracias a ella —presume—. Admítelo. Será una gran historia para contar a tus nietos algún día.

—Y estoy segura de que vas a estar ahí mismo diciéndoles que todo fue idea tuya y que eres responsable de su existencia. —Me río.

—Maldita sea, sí.

—Seis botellas —dice Hannah, bajando su bandeja—. Mis pies ya me están matando.

—Ya voy —le dice Tabitha—. Oye, Ramsey —empieza, pero Deacon está de vuelta, deslizándose detrás de mí y rodeando mi cintura con sus brazos—. No importa. —La hace pasar por alto.

—¿Qué es? —le pregunto.

—Nada. Iba a decirte lo afortunada que eres. Ve a divertirte. Ya te alcanzaré.

—¿Estás segura?

—Sí, estamos de turno juntas el próximo domingo. Puedes contarme todo sobre esta nueva aventura con tu hombre entonces.

—De acuerdo. Entonces podemos hablar de buscarte un hombre. —Tabitha no es alguien con quien salgo o incluso hablo fuera del trabajo, pero es una buena compañera de trabajo, y me culpo por no estar cerca. He tenido mis muros levantados durante demasiado tiempo.

—¿Vuelves a la mesa? —pregunta Deacon.

—Sí. —Me giro para mirarlo y presiona sus labios contra los míos. Me suelta, une nuestros dedos y me lleva de vuelta a la mesa. Oigo a Palmer y a Jade hablar de lo dulce que es antes de que salgamos de su alcance. Sonrío durante todo el camino hasta la mesa y durante el resto de la noche. Quiero pasar más tiempo con mis amigas y con Deacon. Definitivamente, es hora de centrarme en cambiar mi carrera.

Veintidós

DEACON

Es miércoles por la tarde y estoy metido de lleno en esta declaración. Mi estómago gruñe, recordándome que esta mañana he salido de casa y olvidé el almuerzo en la encimera. Ni siquiera puedo enojarme conmigo mismo porque la razón por la que lo olvidé fue porque estaba besando a Ramsey por última vez antes de salir para la oficina.

Valió la pena.

Tengo que tomarme un descanso e ir por algo, pero también puedo trabajar y llegar antes a casa con ella, lo que me parece una idea mucho mejor. Levanto la vista al oír que llaman a mi puerta. Para mi sorpresa, Ramsey está de pie sosteniendo mi almuerzo.

—Hola. Entra. —Me pongo de pie y voy hacia ella. Me inclino para besar sus labios antes de agarrar la bolsa que me ofrece.

—Pensé que te daría hambre. —Ella sonríe.

—Por ti —digo, inclinándome para besarla de nuevo.

—Oh —viene una voz profunda que reconozco como mi jefe Daniel Patrick—. No quería interrumpir.

—En absoluto. Daniel, esta es mi novia, Ramsey. Ramsey, este es uno de los socios, Daniel Patrick.

—Es un placer conocerte. —Mi chica le ofrece la mano amablemente, y él la toma, sus ojos vienen a los míos.

—¿Este es la Ramsey de la que has estado hablando?

—La misma —afirmo con orgullo.

—De hecho, de eso venía a hablarte.

—¿Sí?

—Spencer y yo hemos decidido que es hora de traer más ayuda. Esto va a sonar mal, pero estabas tirando tanto del peso por aquí, que ahora que has pasado a un horario algo normal, estamos sintiendo la carga de trabajo.

Empiezo a disculparme, pero mantengo la boca cerrada. Tiene razón. Llevo trabajando horas de locura desde el día en que me contrataron, y me parecía bien hasta que conocí al amor de mi vida. Ahora necesito esas horas para ella. Para nosotros.

—Dicho esto, hemos hablado de lo que necesitamos. Barajamos la posibilidad de otro abogado, pero ambos nos estamos preparando para la jubilación y, con suerte, tú estarás interesado en quitarnos este lugar de encima en ese momento. Pensamos que tú podrías decidir quién es esa persona.

—Gracias, señor. Sería un honor hacerme cargo de la consulta.

Asiente y continúa: —Así que hemos decidido que lo que buscamos es un asistente legal. Alguien que conozca el campo y pueda ayudar con la investigación y la selección de clientes. Ese tipo de cosas. —Se dirige a Ramsey—. Deacon me ha dicho que tienes una licenciatura en ciencias políticas.

—S-Sí, la tengo. —Me mira con los ojos muy abiertos y vuelve a mirar a Daniel.

—Sea cual sea la empresa para la que trabajes actualmente, la igualaremos y esperamos hacerlo un poco mejor.

—¿Qué? —pregunta ella, confundida.

—Quiero que vengas a trabajar para Patrick y Gordman. Este tipo —me señala—, canta tus alabanzas todos los días. Me imaginé que le gustaría trabajar contigo, y necesitamos la ayuda. Supongo que tienes que darle a tu actual empresa dos semanas —me pregunta.

—Sr. Patrick, actualmente no estoy trabajando en una empresa. Trabajo en la Taberna del Sauce a tiempo completo, y tengo otros dos trabajos a tiempo parcial según se me necesite.

—Trabaja aquí y sólo tendrías un trabajo. ¿Crees que puedes soportar estar con este todo el día? —pregunta, con la barriga temblando.

Ramsey se gira para mirarme. —¿Sabías de esto?

—No. Es la primera vez que te enteras, igual que yo.

—Ese es mi error. Asumí que estabas usando tu título. Realmente podríamos usar a alguien con tu educación. Willow River es un pueblo pequeño, y no muchos tienen tus credenciales, y quieren vivir en un pueblo pequeño. —Se dirige a mi escritorio, toma un Post-it y un bolígrafo, y escribe algo en él, entregándoselo a Ramsey—. Esta es nuestra oferta inicial. Cuarenta horas a la semana. Tómate unos días

para pensarlo, háblalo con Deacon y vuelve a llamarme. —Con eso, saluda con la mano y vuelve a salir por la puerta.

—¿Acaba de suceder? —pregunta.

—Lo hizo. ¿Qué escribió en el papel? —Deslizo mi brazo alrededor de su cintura y aprieto mis labios contra su sien.

—Tengo miedo de mirar.

—No tienes que hacerlo. Puedes tirarlo a la basura y decirle que gracias pero no gracias. No me molestaré contigo de ninguna manera.

—¿Crees que podríamos trabajar juntos?

—Sí.

—¿No te vas a hartar de mí?

—Nunca.

Ella asiente. —Quiero al menos ver lo que dice.

—Parece un plan sólido. Sopesa todas tus opciones. —Se muerde el labio inferior y la energía nerviosa se desprende de ella en oleadas. La suelto, me dirijo a la puerta de mi despacho y la cierro. La guío hasta una de las dos sillas de invitados y me siento, tirando de ella hacia mi regazo—. Estoy aquí, Ramsey.

Se ríe suavemente. —No tengo miedo. Bueno, supongo que tal vez lo esté.

—Sé que el cambio es difícil después de la seguridad que te has construido. Has querido hacer esto. Sólo tienes que ver lo que te ofrecen, y a partir de ahí puedes empezar tu proceso de decisión.

Lentamente, abre la nota adhesiva doblada y jadea al instante. —Eso es más del doble de lo que gano ahora. En los tres trabajos.

—Eso es algo bueno, ¿verdad?

—Eso es algo muy bueno. ¿Pero puedo hacerlo? ¿Puedo hacer el trabajo?

—Sí. Sé que puedes. Claro, habrá cosas que tendrás que aprender, pero eso es en cualquier carrera. La universidad no te prepara para usar lo que has aprendido. Todo trabajo tiene una curva de aprendizaje. —Se queda callada y no la presiono. En cambio, la rodeo con mis brazos y la estrecho. Independientemente de lo que elija, le esperan grandes cosas. Las dos lo tenemos. Juntos.

—¿Me ayudarás? Quiero decir, sé que es mucho pedir con tu actual carga de trabajo, pero ¿lo harás? —Se gira para mirarme.

—Sabes que lo haré.

—¿Y tú no tienes nada que ver con esto?

—Te prometo que no lo sabía. Te enteraste cuando yo lo hice. Soy culpable de hablar demasiado de la mujer que amo, pero eso nunca va a cambiar. Estoy muy orgulloso de llamarte mía.

Sus ojos se suavizan. —Quiero hacerlo, Deacon. Quiero aceptar el trabajo. Quiero una vida normal con un horario de trabajo como el tuyo. Sé que puede haber casos importantes y noches de fiesta para ti, pero no horas de cierre de bares y todos los fines de semana. Quiero poder cenar los domingos en casa de mis tíos. Quiero cenar contigo todas las noches. Sólo... quiero más de lo que tengo. Me ha ido bien estos dos años, pero ya no me valgo por mí misma. Tengo a alguien que está a mi lado, detrás de mí, y delante de mí. Te tengo a ti, y quiero esto para nosotros. Yo también lo quiero para mí, pero lo quiero aún más para nosotros. Yo conseguiría usar mi título.

—Vamos a decírselo, y te llevaré a comer para celebrarlo.

—¿De verdad?

—Sí. —Le doy un golpecito en el muslo y se levanta. La conduzco hasta la puerta de mi despacho y la abro de un tirón—. Su despacho es el último de la izquierda. ¿Quieres que te acompañe?

—No. —Se levanta un poco más—. Puedo hacerlo. —Me besa la mejilla y se va por el pasillo.



—Prepararé esto para ustedes —dice nuestra camarera mientras se aleja.

Nos decidimos por Dorothy's Diner para comer. Está a la vuelta de la esquina de mi oficina. —¿Cómo te sientes con tu decisión? —le pregunto a Ramsey. Su sonrisa radiante ya me dice cómo se siente, pero aun así la animo a que me lo diga con sus palabras.

—Me siento emocionada y nerviosa y como si fuera mi primer trabajo de adulta, aunque sé que no es cierto. Me encantan mis trabajos, los tres, pero ninguno me ha emocionado así. Espero que Hank no esté molesto conmigo.

—Estoy seguro de que te va a echar de menos. Te has dejado la piel por él. Pero es un buen tipo, y no conozco a ningún empleador que le haga pasar un mal rato a alguien por superarse a sí mismo o a su vida, siempre que se haga con aviso y respeto.

—Definitivamente —está de acuerdo—. Voy a ir a verlo después de comer. Quiero decírselo cuanto antes, y mi turno no empieza hoy hasta las cinco.

—Es una buena idea.

Baila un poco en su asiento y su sonrisa es como un rayo de electricidad en mi sistema. Me encanta verla feliz y sonriente. Desliza su mano por la mesa y coloca la suya sobre la mía. —Conocerla ha cambiado mi vida en muchos aspectos. No puedo esperar a ver qué pasa con nosotros.

Me encanta cómo *nos* dice, y estoy a punto de decírselo cuando empiezan a sonar las sirenas de fuera. Estamos sentados en una cabina junto a la ventana, así que ambos nos giramos, prestando atención al fuerte ruido. Willow River es un pueblo pequeño, así que cuando ves pasar a toda prisa a la policía del pueblo, a la brigada de salvamento y a los bomberos, no puedes evitar preguntarte si es alguien a quien conoces y quieres a quien acuden a socorrer.

—Aquí tienes. —La camarera nos pone los platos delante—. Les traeré algunos recambios —nos dice y se va corriendo de nuevo.

—Me pregunto qué está pasando. —Dice Ramsey, picando sus patatas fritas.

—No lo sé. —Tomo la botella de ketchup y empezamos a comer. Le cuento un poco más sobre la empresa y cómo funcionamos, y el tipo de tareas que se le asignarán.

—Voy a tener que comprar un nuevo guardarropa.

—Me gustaría hacer eso por ti —le digo—. Como un regalo de 'felicidades por tu nuevo trabajo'.

—No puedo dejar que hagas eso.

—Quiero hacerlo. Me gusta hacer cosas bonitas para ti.

—Me lo puedo permitir. He vivido muy frugalmente durante los últimos dos años, y pronto perderé el alquiler y los servicios públicos. Que, por cierto, tenemos que hablar de que pagaré yo.

—¿Pensé que habíamos hablado de esto hace meses? Cuando estás conmigo, no pagas.

—Deacon. —Se ríe—. Eso era la cena. Esto es la manutención.

—Que te mudes no me cuesta nada más.

—Más comida, más agua, más electricidad.

—Difícilmente. —Le sacudo la cabeza.

—Quiero ayudar.

—Bien. Puedes comprar toda la comida.

—Eso no es suficiente.

—¿Qué te parece esto? Lo que creas que es suficiente, lo guardas en una cuenta aparte y lo ahorras para nuestra boda.

Ella escupe y tose. Le deslizo el té dulce y ella toma un pequeño sorbo. —¿Has dicho nuestra boda?

—Amor para siempre, Rams. Ya hemos hablado de esto. —Mi tono es burlón.

—Amor para siempre —acepta. Se mete una última patata frita en la boca y aparta el plato—. Estoy llena.

—Yo también. —Sonríe. Mi plato está vacío, mientras que en el suyo aún queda una cuarta parte de su hamburguesa y casi la misma cantidad de patatas fritas—. ¿Estás lista?

—Sí. —Agarro el ticket que la camarera dejó cuando nos trajo los recambios, y le ofrezco mi mano para ayudarla a salir de la cabina. Miro el total y pongo algo de dinero en la mesa como propina. Juntos, nos dirigimos a la caja registradora.

—¿Están listos para salir? —nos pregunta Dorothy. Estamos lejos de ser niños, pero Dorothy tiene casi ochenta años, así que para ella lo estamos.

—Sí, señora. Estaba delicioso —le digo.

—Tienes un encanto con este —le dice Dorothy a Ramsey.

—No lo sé —coincide Ramsey.

Pago rápidamente y me pasa el cambio. —Que estés a salvo ahí fuera. Espero que estén controlando el fuego —dice Dorothy.

—¿Por eso eran todas las sirenas? ¿Sabes dónde estaba el fuego?

—Es una pena. Sólo unas pocas cuadras más allá. La Taberna del Sauce.

—¿Qué? —Ramsey respira.

—Pobre Hank —responde Dorothy—. Que tengan un buen día.

Con mi mano en la parte baja de la espalda de Ramsey, la conduzco fuera de la cafetería. —Tengo que ir a ver qué pasa.

—Iré contigo. Déjame llamar a la oficina y avisarles que voy a tomar un almuerzo más largo.

—Son un par de manzanas, Deacon.

—Voy contigo. —Enlazo mis dedos con los suyos y comenzamos a caminar. El olor a humo llena el aire. Tengo la otra mano en la oreja. Llamo a la oficina pero no hay respuesta. Nuestro contestador automático responde. Nuestra recepcionista también debe estar almorzando—. Hola, chicos, soy Deacon. Ha habido un incendio en la Taberna del Sauce. Estoy acompañando a Ramsey. Volveré a la oficina en cuanto pueda. —Terminando la llamada, deslizo mi teléfono en el bolsillo.

—Espero que todos estén bien. Esto es terrible. ¿Cómo se inició un incendio en la taberna? —Ramsey divaga con preguntas a través de su preocupación.

Llegamos a la esquina, pero hasta ahí no podemos llegar. Los bomberos parecen tener el fuego controlado. Veo a Hank a unos metros de distancia y lo señalo. —Vamos a ver qué necesita.

—¡Hank! —Ramsey llama una vez que estamos cerca.

Se gira para mirarla, su cara muestra un millón de emociones diferentes. —Hola —nos saluda.

—¿Qué pasó?

—Empezó en los baños. Olí humo y salí de mi despacho para ver qué pasaba. El humo salía por debajo de la puerta. Saqué a todo el mundo lo más rápido que pude antes de llamar al 9-1-1. Los baños están justo al lado del armario donde guardamos las botellas extra. Una vez que las llamas llegaron a esa habitación, estaba fuera de control. Nada que mi pequeño extintor pudiera soportar.

—Lo siento mucho. —Ramsey le da un rápido abrazo y vuelve a meterse en mi abrazo. La mantengo cerca mientras vemos cómo se rocía con agua un elemento básico de esta pequeña ciudad—. ¿Dónde están todos?

—Los envié a todos a casa. No hay nada que puedan hacer aquí. Después de que los revisaran los paramédicos, les dije que se fueran.

—¿Hay algo que podamos hacer? —le pregunto.

—No. Sólo aguanta el próximo par de días hasta que podamos ver la gravedad de los daños. Va a llevar algún tiempo limpiar y reparar esto. Espero que no sea una pérdida total —dice solemnemente.

—Si hay algo que pueda hacer, házmelo saber. Ramsey puede localizarme.

—Gracias, Deacon. —Me ofrece su mano.

—Yo también.

—Siento que vayas a estar sin trabajo durante un tiempo.

—Eso está... bien.

—¿Qué? ¿Qué es esa cara? —le pregunta.

Suspira, me mira y yo asiento. —Venía a presentar mi renuncia. Me siento fatal por decírtelo, con todo esto —señala detrás de nosotros el edificio—, que está pasando.

—Eso es realmente un alivio. Una persona menos por la que tengo que estresarme. Sé que vives por tu cuenta y necesitas el dinero.

—Bueno, ahora vivo con Deacon, pero sé lo que quieres decir. Una vez que tengas este lugar en funcionamiento, estoy dispuesta a ayudar a entrenar a los nuevos empleados o a pintar o lo que sea.

—Yo también —digo—. Lo que necesites.

—Gracias, hombre. Mi hermano, Heath, está en el departamento de bomberos, así que espero que podamos obtener algunas respuestas.

Ramsey ofrece a Hank otro abrazo, y nos damos la vuelta y nos alejamos. —Ojalá pudiéramos hacer algo. Odio dejarlo ahí.

—Lo sé, pero lo tienen controlado y su hermano está aquí con él. Lo único que podemos hacer es estar a su lado para lo que necesite.

—Creo que voy a ir a la tienda a comprar algunas cosas y preparar la cena. Puedo llevarlo al parque de bomberos para que los chicos puedan comer después.

—Es una gran idea. Voy a ayudar.

—¿No tienes que volver al trabajo?

—El trabajo estará allí mañana. No quiero dejarte sola ahora.

—Eres un hombre especial. —Me dedica una sonrisa cursi.

—Y tú eres mi mujer especial. —Le guiño un ojo juguetonamente. Le doy un beso en la sien y, agarrados de la mano, volvemos a mi despacho. Entro y les cuento a Daniel y a Spencer lo que pasa, y me hacen un gesto para que les avise si pueden ayudar.

Willow River es un pueblo pequeño, pero también somos como una gran familia gigante. Todos vamos a estar ahí para Hank, y la Taberna Willow volverá, mejor que nunca.

Veintitrés

RAMSEY

—Tengo algo que preguntarte. —Deacon y yo estamos acurrucados en la cama. Hemos pasado todo el fin de semana encerrados en su casa. Bueno, en nuestra casa. Nos va a llevar algún tiempo acostumbrarnos a eso. El viernes por la noche dejamos en el parque de bomberos dos grandes cacerolas de espaguetis al horno, y desde entonces no hemos salido de casa.

—¿Qué pasa? —pregunta. Estamos de lado, uno frente al otro.

—Primero, quiero que sepas que puedes decirme que no. No me enojaré ni me molestaré ni nada por el estilo.

—Sabes que no puedo decirte que no. —Me aparta el cabello de los ojos—. ¿Qué pasa en esa bonita cabeza tuya? —me pregunta.

—Hoy es domingo.

—¿Lo es? —Se ríe.

—Mi tía hace cenas familiares los domingos. Yo nunca puedo ir.

—Entonces vamos.

—¿Vendrás conmigo? —Me muerdo el labio inferior. He avanzado mucho en el manejo de mis inseguridades en los últimos meses, pero le estoy pidiendo que venga a cenar con mi loca familia. Es otra novedad para mí.

—Ramsey, cariño, vives conmigo. Ellos saben que estamos juntos. Tú y yo, no somos un secreto.

—Lo sé, pero nunca te he llevado allí, y se siente... —Dejo que mi voz se pierda. No sé cómo poner esto en palabras.

—¿Cómo se siente? Cuéntame. —Con mucha paciencia, espera que encuentre las palabras.

—Se siente como un sueño hecho realidad. Sigo esperando a despertarme y darme cuenta de que todo fue un sueño y que no eres realmente mío.

—¿Tengo los ojos abiertos?

—Sí.

Toma mi mano y la coloca sobre su corazón. —¿Puedes sentir mi piel? ¿El latido de mi corazón?

—Sí.

Toma mi mano y la mueve sobre su erección. —¿Puedes sentir lo que me haces? —Agarro su polla y la acaricio suavemente—. ¿Esto se siente como un sueño?

—Supongo que es porque eres mi sueño hecho realidad. Siempre he querido el tipo de amor que compartimos. Lo anhelaba. Cuando me mudé a Willow River, mi tía, mi tío y mis primos me mostraron amor. Me mostraron cómo debe ser una familia, pero lo que tengo contigo es algo que nunca había sentido pero que siempre anhelé.

—Ramsey, eres el amor de mi vida. Vamos a ir a cenar con tu familia y luego volveremos a nuestra casa. Estamos construyendo una vida juntos, y lo quiero. Te quiero a ti, y quiero todo lo que nuestro futuro nos depara.

—Mi corazón se siente feliz.

—Eso es porque me quiere —dice con suficiencia—. ¿Sabes qué más se siente feliz?

—¿Qué es eso?

—Mi polla.

—¿Sí? —pregunto mientras lo acaricio perezosamente—. Creo que puedo hacerlo más feliz.

—¿Lo crees? No estoy seguro. —Finge pensarlo.

Empujándolo sobre su espalda, me pongo a horcajadas sobre sus muslos. Agarrando su polla, lo guío dentro de mí.

—Mierda. —Se tensa, y su mano en mi muslo se tensa. En un rápido movimiento, se sienta y me ayuda a colocar mis piernas alrededor de su espalda. Sus manos se posan en mis mejillas y me besa como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Muevo las caderas y él rompe el beso. Sus manos me agarran por las caderas—. Para —grita. Me quedo paralizada, sin saber qué hacer a continuación—. Cariño, olvidamos el condón.

Incluso con su agarre en mis caderas, consigo balancearme hacia delante. —Estoy tomando la píldora.

Sus cejas se levantan y sé lo que está preguntando. ¿Cuándo ocurrió esto? —Lo hago desde los dieciséis años. Se lo rogué a mi madre y ella accedió. Creo que ella asumió que me acostaba por ahí, pero no me fiaba de Robert. No estaba segura de

hasta dónde intentaría llegar o me obligaría a llegar, y yo sólo... quería estar protegida. Esa es probablemente la cosa más bonita que mi madre ha hecho por mí.

—No hablemos de ese imbécil cuando esté dentro de ti. De hecho, él ya no existe para nosotros. Es insignificante. —Me besa con fuerza—. Segundo, ¿estás segura de que estás bien con esto?

—Sólo he estado contigo, Deacon. Nunca quiero estar con nadie más. Sí, estoy segura.

—Ha pasado mucho tiempo para mí. Más de un año antes de conocerte.

Le paso los dedos por el cabello. —Confío en ti. —Le beso la comisura de la boca. Rápidamente toma el control del beso mientras su mano se desliza por detrás de mi cuello con el otro brazo y me aprieta contra él.

—Nunca he sentido nada igual —confiesa—. Nunca he estado desnudo dentro de una mujer, y ahora no quiero volver a ver un condón nunca más. —Subo y vuelvo a bajar, y él gime—. Hay riesgos. No de enfermedades, ya que ambos estamos seguros, pero sí de embarazo. Sé que nada es cien por cien.

—¿Es el abogado que hay en ti cubriendo todas tus bases? —Me burlo.

—No. Este es el hombre que te ama y quiere asegurarse de que esta elección sea tuya. Los llevaré si tú quieres.

—No quiero que lo hagas —digo, levantándome de nuevo sobre mis rodillas y deslizándome lentamente sobre él. Ambos gemimos con el movimiento, y tengo que luchar para evitar que los ojos se me pongan en blanco. ¿Quién iba a decir que ese fino trozo de látex iba a marcar una diferencia tan grande? Pero quizá sea porque sabemos que no está ahí.

—¿Y el riesgo de embarazo? —pregunta.

Dejo de moverme y miro fijamente sus preciosos ojos color miel. —Verás, hay un hombre. Es amable, cariñoso y muy guapo. También me ama. Me mostró lo que significa realmente ser amado. Me dijo que su amor por mí era del tipo de amor para siempre.

—Parece un gran tipo.

—Oh, lo es —le aseguro con una pequeña sonrisa—. También es el tipo de hombre con el que construyes una vida. El tipo de hombre con el que quieres formar una familia. —Hago una pausa, dejando que eso se asimile—. Te amo, Deacon. No creo que estemos preparados para tener hijos todavía, pero si ocurriera, sé que no lo haré sola.

—Nunca conmigo —dice, con voz ronca—. Nunca más estarás sola. Nunca. —Sus brazos me rodean y me abrazan tan fuerte que apenas puedo respirar, pero no se

lo digo. En su lugar, lo abrazo con la misma fuerza. Cuando siento que sus brazos empiezan a relajarse, empiezo a levantar las caderas.

Me deja marcar el ritmo. Encuentro un ritmo constante mientras sus manos recorren cada centímetro de mi piel. Cuando mete la mano entre nosotros y me toca el clítoris, grito su nombre. Sus caderas se mueven hacia arriba y él se queda quieto. Siento cómo se libera dentro de mí, y me calienta muchísimo saber que lo hace sin nada entre nosotros.

Me abraza a él. Los dos respiramos con dificultad. De alguna manera se las arregla para moverse a un lado de la cama, con su polla todavía enterrada dentro de mí. —¿Qué estamos haciendo? —Me río a carcajadas cuando se levanta y me agarra las nalgas.

—Necesitamos una ducha. Te he hecho un lío, y no tiene dónde ir.

Me doy cuenta de ello. —Buen punto. —Me lleva al baño y consigue abrir el agua. Me besa mientras espera a que se caliente y luego se mete bajo el chorro de agua con yo todavía en sus brazos. Mi cuerpo se desliza sobre el suyo, y noto el resultado de nuestro acto sexual en el interior de mis muslos.

Deacon se las arregla para lavarnos a los dos, ensuciarme de nuevo y volver a lavarnos a los dos antes de salir de la ducha. Quizá deberíamos saltarnos la cena del domingo y quedarnos aquí.

—¿A qué hora tenemos que estar allí? —pregunta Deacon, entregándome una toalla.

—Cinco. Pero podemos quedarnos aquí.

—No. Nos vamos. Has trabajado todos los domingos durante todo el tiempo que has trabajado en la Taberna. Es hora de pasar un tiempo de calidad con la gente que te quiere.

No lo discuto. Echo de menos a mis tíos, y también hace mucho tiempo que no veo a los gemelos. No son lo suficientemente mayores como para pasar el rato en la Taberna. Será bonito poder verlos a todos. —Espero que puedan venir todos. Sería bonito tenerlos a todos juntos.

—Estoy seguro de que estarán allí. —Me besa y sale a grandes zancadas del baño.

Unos minutos después, me seco y salgo a buscar mi ropa. Deacon lanza su teléfono sobre la cama. —¿Todo bien?

—Veamos, hoy te he hecho el amor dos veces, y ni siquiera es mediodía. Yo diría que todo es perfecto. —Se desliza un par de jeans sobre sus caderas—. Voy a preparar algo de comer.

With Me

Asiento y veo cómo se pone una camiseta por encima y toma el teléfono y un par de calcetines de la cama. De repente, está delante de mí.

—Rams, si sigues mirándome así, vamos a tener que tomar otra ducha.

—De acuerdo.

Se ríe. —Te amo. —Me besa rápidamente y sale por la puerta.



Me detengo en la puerta de casa de mis tíos y levanto la mano para llamar. La puerta se abre y la tía Carol está de pie. Mira mi mano levantada y pone las manos en las caderas. —Nena, sé que no ibas a llamar a esta puerta. ¿Cuántas veces te lo he dicho? Eres de la familia y esta será siempre tu casa. Aquí no se llama a la puerta. Entrás y sales cuando quieres. —Me abraza fuertemente—. Te he echado mucho de menos. —Se aleja y se gira hacia Deacon—. Deacon Setty, ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo has estado? —Se acerca a él y lo abraza también.

No se parece en nada a mi madre. Es difícil creer que sean hermanas. No sólo eso, sino que en cuanto entramos en la entrada, pude sentir el amor de este lugar. Es un hogar en el que se comparte el amor y los abrazos a diario, y les debo a mis tíos toda una vida de gratitud por haberme enseñado lo que se siente.

—Me va bien. Conocí a una buena mujer, me enamoré, me mudé con ella. Ya sabes, viviendo el sueño —lo suelta todo como si no fuera gran cosa.

—Pórtate bien con mi chica. —Ella le señala.

—Es la única manera que conozco.

—Pasen, ustedes dos. Hice el favorito de Ramsey.

—¿Cómo sabías que estaríamos aquí? —le pregunto.

—Parece que ese hombre tuyo envió un texto a su mejor amigo. Decía algo así como que mi chica viene a cenar a casa y los quiere a todos allí. —La tía Carol guiña un ojo y desaparece en la cocina.

—¿Tú hiciste eso?

—Los querías a todos aquí. Te dije que no hay nada que no te dé si está a mi alcance.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Es una estupidez emocionarse tanto por algo como que él envíe un aviso a mi revoltoso grupo de primos, pero es más que eso. Es el esfuerzo y la forma en que me quiere. Hay tantas emociones rebotando dentro de mí. Amo a este hombre con todo mi ser, y desearía saber cómo decírselo. Ojalá

podiera encontrar las palabras que siempre me pide, para explicarle lo que significa para mí. Entonces me doy cuenta. Algo que pueda decir que le diga no sólo lo que siento, sino lo que él significa para mí. Me pone nerviosa incluso lanzarlas al universo, pero voy a hacerlo de todos modos.

Respirando profundamente, dejo que mi mano se apoye en su mejilla. Me sonrío. Sus ojos son suaves y están llenos de amor por mí. Todos mis nervios se desvanecen y sólo estamos el hombre que amo y yo. Abro la boca y las palabras escapan libremente. —Algún día me casaré contigo, Deacon Setty. —Mi voz es fuerte, mi corazón está lleno, y la confianza que siento en mi declaración me llena de satisfacción.

Traga con fuerza antes de que sus labios presionen los míos. —Ramsey Setty, suena bien. —Me abraza, pero antes de que podamos decir nada más, aparecen mis primos.

—Vamos, hombre, no en casa de mis padres —bromea Sterling.

—Deja que la chica salga a tomar aire. —Esto es de Brooks.

—¿Estás haciendo bebés en el pasillo? —Declan pregunta en voz alta.

—¡Mamá! Necesitamos palomitas. —Esto es de Orrin.

—Muy bien, chicos divertidos. —Me vuelvo hacia ellos—. Esperen. Van a caer todos, y estoy tomando nota. —Les señalo con el dedo.

—Oye, somos inocentes —afirman los gemelos, Maverick y Merrick, al mismo tiempo. Es esa cosa rara de los gemelos.

—Sí, ustedes dos están libres de culpa. Por ahora —añado, dirigiéndoles una mirada mordaz—. Vengan. —Ambos se acercan a mí y me envuelven en un enorme sándwich de Kincaid.

—No puedo respirar. —Finjo que me ahogo con el aire, haciéndoles reír.

—Denme espacio —dice mi tío a sus hijos. Mis primos se alejan, desapareciendo en la cocina y el salón, dejándonos con el tío Raymond—. Ramsey. —Me abre los brazos y yo me acerco a ellos. Me ha abrazado varias veces desde que llamé a la tía Carol aquella fatídica noche, pero esta vez es diferente. Casi como si hubiera aceptado el amor de Deacon, y ahora, me doy cuenta de que también he tenido el suyo todo el tiempo. Lo sabía, pero esto... se siente diferente. Se siente libre.

—Tío Raymond, conoces a Deacon. —Me zafo de su abrazo y miro hacia atrás. Deacon se adelanta y estrecha la mano de mi tío.

—¿La estás cuidando? —El tío Raymond pregunta.

Deacon me mira y sonrío. —Algún día me casaré con ella.

El tío Raymond echa la cabeza hacia atrás riéndose. —Bueno, de acuerdo entonces. Bienvenido a la familia, hijo. —Con eso, se da la vuelta y se aleja.

Golpeo el brazo de Deacon. —No acabas de decir eso.

—Lo hice. No eres la única que puede hacer declaraciones, cariño. —Me guiña un ojo y, con la mano en la espalda, me lleva a la cocina.

Es un torbellino de actividad mientras todos preparamos nuestros platos y los llevamos al enorme comedor. Justo cuando nos sentamos a comer, suena el teléfono de la casa. Creo que mi tía Carol y mi tío Raymond son los únicos que tienen teléfono fijo.

—Disculpen. —La tía Carol sale del comedor a la cocina para responder a la llamada.

Merrick toma una cuchara y el tío Raymond le da un golpe en la mano. —Espera a tu madre. Ha trabajado toda la tarde cocinando para ti. No va a ser la última en comer. —Le dirige a su hijo menor, bueno, a uno de los dos hijos menores, una mirada severa que hace que Merrick asienta y coloque las manos en su regazo.

Unos minutos más tarde, mi tía vuelve a entrar en la habitación y toma asiento. Por la expresión de su cara me doy cuenta de que algo va mal. —¿Qué pasa, cariño? —pregunta el tío Raymond.

Mira a su marido y luego sus ojos encuentran los míos. —Es Angela.

El corazón se me estruja en el pecho al oír el nombre de mi madre. —¿Qué pasa con ella? —pregunto. Mi voz es tranquila, aunque sé que lo que sea que vaya a decir no va a ser bueno.

—Ella está enferma. Era tu padre. Ese era Donald —se apresura a enmendar—. No le queda mucho tiempo, y ha estado preguntando por ti. Por las dos.

Deacon me pasa el brazo por los hombros y me acerca a su pecho. Siento sus labios presionando la parte superior de mi cabeza. —¿Enferma? —Aclaro.

—Sí. No dijo mucho más. Sólo que no tardaría mucho y que le gustaría vernos a las dos.

—No vas a ir, ¿verdad? —Maverick pregunta. Es uno de los gemelos—. No fueron buenos contigo. Papá, no podemos dejarla ir. ¿Y mamá? No. Se quedan aquí. —Cruza los brazos sobre el pecho como si su palabra fuera definitiva. Está sentado alrededor de una mesa con sus siete hermanos mayores, su padre, Deacon, y su gemelo, y no parece importarle en absoluto ser el que da las órdenes. Se me derrite el corazón.

—Tienes razón, Mav. No fueron buenos conmigo. Sin embargo, tú y tu familia me enseñaron lo que debe ser la familia. —Me giro para mirar a Deacon—. Y tú —

digo en voz baja, pero sé que mi familia puede oírme—. Tú lo borraste y me enseñaste lo que es tener el amor incondicional de un hombre.

Deacon traga con fuerza. —Dime qué quieres hacer, Rams. Decidas lo que decidas, es tu elección. No habrá ningún juicio. Tienes todo el derecho a negar su petición.

Tiene razón. La tengo. —Lo sé. Sin embargo, no puedo evitar pensar que si pregunta por mí, tal vez haya cambiado. Tal vez se ha dado cuenta de que hacer la vista gorda a los abusos de mi padre todos estos años no fue la elección correcta. Tal vez quiera disculparse.

—¿Y si no lo hace? —Archer pregunta.

Se me llenan los ojos de lágrimas. —Si no lo hace —me aclaro la garganta—, entonces los tengo a todos ustedes. Tengo a mi familia, y tengo el amor de un hombre bueno y honesto que preferiría morir antes que hacerme daño. Puede que me duela, pero no me romperá. Tengo demasiada gente que me quiere ahora. Demasiada gente que está a mi lado para que eso ocurra.

Murmullos de acuerdo me saludan, y sonrío a través de mis ojos llenos de vaho. —Como dijo Deacon, te apoyamos —me dice la tía Carol.

—¿Y tú? ¿Vas a ir?

Se toma el tiempo necesario para pensar su respuesta mientras la mesa llena de chicos revoltosos, buenos hombres, están callados como ratones esperando su respuesta. —No. No voy a ir. Las cosas con mi hermana han sido tensas durante años. Nunca la perdonaré por las cosas hirientes que me ha dicho, y no hay manera de que pueda ver a alguno de los dos sin empezar una guerra después de saber cómo te han tratado. Mi relación con Angela terminó hace mucho tiempo. Y antes de que digas algo —mira alrededor de la mesa a cada uno de sus hijos—, sé que hablo de perdón. Sé que es importante, pero en este caso concreto, no puedo hacerlo. Se ha dicho demasiado. Se han hecho demasiadas cosas, y en el caso de Ramsey, se han dejado demasiadas cosas. —Hace una pausa cuando sus ojos se posan en mí—. Ramsey, toma la decisión por ti. Esto podría ser el cierre que necesitas. Simplemente te alejaste. Tal vez necesitas que vean lo fuerte que eres. Tal vez necesitas que vean que no necesitas su dinero o su nombre para ser feliz o hacer una vida por ti mismo. La elección es tuya y sólo tuya.

Le doy una débil sonrisa. —Gracias. Lo consideraré. No voy a tomar una decisión ahora mismo.

—Avísanos si podemos ayudar —me dice el tío Raymond—. Ahora, vamos a comer.

Durante las dos horas siguientes, comemos y reímos y disfrutamos de la compañía del otro. Nunca he estado tan relajada, ni siquiera con las recientes noticias,

With Me

y todo se lo debo al hombre que está sentado a mi lado con su mano en mi muslo. De vez en cuando, se inclina y presiona sus labios contra mi sien, pero nunca pierde el ritmo de las conversaciones que mantiene con mis primos.

No importa lo que decida, y no importa el resultado si voy a visitar a mi madre, nada de eso afectará a la vida que he construido en Willow River.

Esta es mi vida.

Este es nuestro futuro.

No puedo esperar a vivir cada minuto.

Veinticuatro

DEACON

—Sabes que no tienes que seguir con esto —le digo a Ramsey. Estamos acostados en la cama de nuestra habitación de hotel. Nuestro vuelo aterrizó hace dos horas. De ninguna manera iba a dejar que volviera a su ciudad natal y a los hombres que la destrozaron y abusaron de ella por su cuenta. No. Hay jodida. Manera.

—Lo sé. Creo que la tía Carol tenía razón. Necesito saber que estuve aquí, aunque nunca me haya querido. Es mi madre. —Se encoge de hombros.

Entiendo su razonamiento, pero odio que tenga que verlos. Las personas que deberían haberla amado más allá de cualquier otra cosa en sus mundos y han fallado. Estoy al borde, y mis nervios están crispados, porque la idea de que le hagan daño o incluso que la miren de forma cruzada, me hace arder la sangre.

Suena su teléfono móvil y el nombre de Carol parpadea en la pantalla. —Hola —saluda. Ramsey se queda callada mientras escucha, y sus ojos vuelan hacia los míos. —¿De verdad? —pregunta, con lágrimas en los ojos. Me preocupa de inmediato, pero luego una pequeña sonrisa se dibuja en la comisura de su boca y siento que me relajo. Me siento incómodo. No dejaré que le hagan daño, pero no sé. Hay algo que no encaja. Supongo que es la sensación de querer a alguien más que a la vida y estar preocupado por él. Es un concepto nuevo para mí, y no puedo decir que sea un fanático—. Bien. Me alegro de que estés aquí. —Termina la llamada y se gira hacia mí una vez más.

—La tía Carol y el tío Raymond están aquí. —Una sola lágrima se desliza por su mejilla—. Ella cambió de opinión. Dijo que quería estar aquí por mí. No lo hace por mi madre y su petición. Está aquí por mí.

—Ella te quiere.

Mi chica asiente. —Es difícil para mí reconciliar que sean realmente hermanas. No podrían ser más diferentes.

—El dinero cambia a las personas.

With Me

—Algunos —está de acuerdo—. Nunca dejaría que me cambiara. Claro que podría trabajar menos y no preocuparme constantemente por el saldo de mi cuenta bancaria, pero nunca sería cruel o codiciosa o simplemente mala. Y menos con mi hija. —Se seca otra lágrima y me dedica una sonrisa triste—. Si alguna vez nos toca la lotería, prométeme que no cambiarás. Prométeme que no tendré que preocuparme de perderte por el dinero y la codicia.

—Nunca conmigo —digo suavemente—. No podría importarme menos mientras estés a mi lado. Algunos dirán que el dinero es su definición de rico o pobre, pero yo tiendo a discrepar. Sí, me dediqué a la abogacía para ser estable económicamente. No para hacerme rico. Sin embargo, soy rico. Sólo que no lo fui hasta que tú llegaste a mi vida. Amor, amistades y un corazón feliz. Eso es lo que me hace rico. Amarte y recibir tu amor me hace el hombre más rico del mundo.

—Suave, Setty, muy suave —se burla.

Le guiño un ojo, haciéndola reír. —Entonces, ¿están aquí? —pregunto.

—Lo están. Su vuelo acaba de aterrizar. Se alojan en el mismo hotel.

Asiento. —Esto no cambia el hecho de que voy a ir contigo. Lo sabes, ¿verdad? No voy a dejar que vayas allí sin mí.

—Tan protector. —Pone la palma de su mano en mi mejilla.

—No conozco a un hombre en este planeta que no atravesaría el fuego para proteger tu corazón.

—Hoy estás en llamas. —Ella sonríe.

—Sólo me aseguro de que sepas lo mucho que te amo. Pase lo que pase, cuando vayas a ver a tu madre, quiero que lo recuerdes. Eres amada. —Mi voz es fuerte. Feroz—. No dejes que se te metan en la cabeza. Te has construido una vida en Willow River, y tú y yo estamos construyendo nuestro futuro. Ellos son insignificantes en eso.

—Lo sé. Estoy de acuerdo contigo. Sin embargo, todavía hay una parte de mí, la niña que sólo deseaba ser amada y abrazada por sus padres, que espera que hayan cambiado de opinión. Sé que las posibilidades de que eso ocurra son escasas, pero el deseo está ahí de todos modos.

—Ven aquí. —Se mueve para acurrucarse junto a mí, y la envuelvo en mis brazos—. Te amo, Ramsey. Ese amor es incondicional. Pase lo que pase, volveremos a Willow River y viviremos nuestra vida. —La sensación de desasosiego me invade una vez más. Quiero quitarle todo su dolor. Quiero sacudir a sus padres y hacerles entrar en razón. Enfermos o no, si son fríos e insensibles con ella, nos vamos. No me quedaré parado y dejaré que la traten así.

No van a pisotear mi corazón.

No se lo permitiré.

With Me



—Esto es todo —dice Ramsey cuando entramos en la entrada de la casa de su infancia—. Pretencioso, lo sé. Mi padre es todo un espectáculo. —Hay un dolor en su voz que nunca había escuchado de ella. Ni siquiera cuando me hablaba de su pasado. Es este lugar; trae todo el dolor de vuelta en color, y estoy a momentos de girar este maldito alquiler y conducirnos directamente al aeropuerto.

—Señoras, ¿estamos listas para acabar con esto? —pregunta Raymond desde el asiento trasero. Una mirada al espejo retrovisor me dice que él tampoco tiene ganas de esto.

—¿Ramsey? —Carol pregunta.

—Estoy tan preparada como nunca lo estaré. —Indica el camino y los demás la seguimos. Me reúno con ella en la parte delantera del coche y entrelazo mis dedos con los suyos. No miro detrás de mí, pero estoy segura de que Raymond está dando a Carol una muestra de apoyo similar.

Llegamos a la puerta y Ramsey llama. Golpea. En la casa de sus padres. En la casa en la que creció, tiene que llamar como un maldito extraño. La puerta se abre, y un hombre que reconozco como Donald Smithfield está ante nosotros. Ramsey buscó su foto en la página web de su empresa mientras esperábamos para tomar nuestro vuelo. Ha envejecido desde que se tomó esa foto, pero su postura y sus ojos fríos me dicen que sigue siendo un capullo.

—¿Cómo está ella? —pregunta Ramsey.

—Entra. —Sus ojos se dirigen a los míos y luego a nuestras manos unidas. Luego parpadean detrás de mí—. Carol. Raymond. No te esperaba.

—Tú me llamaste —dice Carol, su disgusto por él es evidente en su tono—. Dime, Donald, ¿cómo sabías que Ramsey estaba con nosotros?

Sonríe. —Ella se deshizo de su teléfono, pero tú fuiste su última llamada. No es ciencia de cohetes.

—¿Has sabido dónde estaba todo este tiempo? —Ramsey pregunta.

Se burla. —Por supuesto, sabía dónde estabas. Es el trabajo de un hombre mantener el control de todos sus activos.

Mis hombros se ponen rígidos y aprieto su mano más fuerte de lo que debería. Cuento hacia atrás desde diez y lo hago una vez más para calmarme. —Es tu hija. —Mi voz es dura, mi ira inconfundible.

Me ignora. —Tu madre está arriba. Ha estado preguntando por ti.

—Quiero verla.

Asiente. —Está en su habitación.

Este imbécil ni siquiera comparte la habitación con su esposa. No es que la culpe. Yo tampoco querría acostarme al lado de ese cabrón, pero tampoco es mucho mejor dejar que su hija sufra a manos de su padre.

—Ramsey, tú conoces el camino. Tu amigo y tu tío pueden seguirme.

—Voy contigo —le digo a Ramsey.

—Está bien, Deacon. Iremos a ver a mi madre y luego podremos irnos. —Los ojos de Ramsey me dicen otra cosa. Ella no quiere estar aquí más que yo. Está aquí para ver a su madre y largarse.

No me gusta dejarla ir a ninguna parte de esta maldita casa sin mí, pero este es su momento. Yo estoy aquí. Eso es lo que sigo recordándome a mí mismo. No le hará daño mientras yo esté aquí con ella. Me inclino y aprieto mis labios contra los suyos. —Te amo. —Susurro las palabras. No porque no quiera que lo sepa, sino porque mis palabras son para ella.

—Yo también te amo.

—Caballeros. —Donald asiente y se gira, esperando que lo sigamos.

No me muevo hasta que Ramsey lo hace. Se une a su tía y suben la escalera de caracol. Me cuesta mucho no perseguirla.

—Estamos aquí, Deacon. No va a tocarla —dice Raymond, dándome una palmada en el hombro.

Asiento y juntos seguimos a Donald. —¿Puedo ofrecerte un trago? —pregunta una vez que estamos en el estudio.

—No —decimos Raymond y yo al mismo tiempo. Tengo que reprimir mi sonrisa. Este cabrón no nos va a engatusar.

—Como quieran —dice, sirviéndose un generoso vaso de bourbon. Se sienta en un sillón de cuero negro con respaldo, mientras que Raymond y yo optamos por permanecer de pie detrás del sofá de cuero negro a juego—. Parece que te gusta mi hija.

—Si no fueras tan imbécil, ya lo sabrías. —Sus ojos se encienden, y es obvio que no le gusta que le llamen la atención.

—Qué hostilidad. ¿Debería preocuparme por la seguridad de mi hija? —Levanta una ceja tupida en forma de pregunta.

—Corta el rollo, Donald —dice Raymond—. Todos sabemos que no estás en la carrera por ningún premio al padre del año.

Donald se ríe. —No pretendas saber lo que es ser yo —se burla. Abre la boca para decir algo más, pero unos gritos procedentes de lo que parece el piso de arriba lo detienen.

Salgo corriendo, con Raymond pisándome los talones. Cuando llego a lo alto de la escalera, veo a Ramsey de espaldas a la pared y a un tipo con traje enjaulándola. Mis ojos recorren la zona y no veo a Carol. La sangre me zumba en los oídos. Respiro profundamente y es entonces cuando lo oigo. Suena como los puños golpeando la puerta y la voz de Carol pidiendo ayuda.

—Hijo de puta. —Raymond corre hacia la puerta y le dice que retroceda mientras la abre de golpe.

Al mismo tiempo, me abalanzo sobre el bastardo que tiene a mi chica inmovilizada contra la pared. Agarrando la parte trasera de su traje, lo separo de ella y lo tiro al suelo. Atraigo a Ramsey hacia mis brazos mientras el imbécil se pone en pie.

—¿Qué carajo? —se queja.

—Retrocede —gruño. Mi voz es autoritaria.

—¿Quién demonios eres tú para decirme lo que tengo que hacer? —pregunta el cabrón.

—Es mía. —Señalo a Ramsey. La acerco un poco más—. Nos vamos.

—Oh, esto es clásico. —El joven idiota se ríe—. Eres patética —escupe—. Corriendo hacia el primer hombre que te tiene y abriendo las piernas para él.

—Ramsey, has manchado el nombre de nuestra familia —dice Donald—. Eres una desgracia. —Ni siquiera me di cuenta de que nos había seguido hasta aquí. Seguro que no le importaba que este cabrón retuviera a su hija.

Miro y veo a Raymond con Carol en brazos. Asiente, haciéndome saber que ella está bien.

La rabia no se parece a nada de lo que he conocido me atraviesa. Tenía sus manos sobre ella. Quiero ponerme delante de ella para protegerla de sus viles palabras. Quiero protegerla de ellos, pero sé que no puedo hacerlo. Sé que ella necesita esto. Necesita darse cuenta de lo fuerte que es. Alejarse de la vida tóxica que llevaba y mudarse a Willow River lo demuestra. Ahora necesita mostrarles por segunda vez quién es.

Así que, en lugar de ponerme delante de ella, mirándolos con desprecio, me conformo con rodear su cintura con el brazo, sosteniéndola junto a mí. Quiero que sepa que tiene todo mi apoyo y que siempre lo tendrá. Soy su compañero, no sólo para este momento, sino, si tengo suerte, para toda la vida. Las diferencias de edad y los conocidos de la familia están condenados.

Es mía.

—Por fin entras en razón y vuelves a casa, pero lo traes contigo —se mofa el imbécil, que supongo que es su ex.

Me mira y yo le guiño un ojo, lo que hace que su boca se levante en forma de sonrisa antes de que vuelva a fruncir el ceño mientras se enfrenta a su ex y a la mierda de su padre. —No estoy en casa. Mi padre me dejó muy claro que ya no era alguien que quería en su vida. Creo que sus palabras exactas fueron: estás muerta para mí. ¿Te suena eso, padre? —pregunta ella, con la voz vacía de emoción.

Robert, el imbécil, da un paso hacia ella, pero el gruñido que se me escapa del pecho detiene su movimiento. Me mira fijamente antes de girar hacia Ramsey. —Es bueno ver que has tenido que encontrar un hombre que te cuide, otro abogado además. ¿Piensas en mí cuando está dentro de ti? —Le dedica una sonrisa malvada.

Se pone rígida a mi lado y quiero arrancarle la puta cabeza de los hombros. —Tú y yo sabemos que nunca estuviste dentro de mí. —Su puño agarra mi camisa—. Sin embargo, veo que has hecho tus deberes. Sí, Deacon es un abogado. Uno muy bueno. ¿Sabes qué más es? Es el amor de mi vida. —Su voz es fuerte, y quiero besarla hasta el cansancio.

—Sabía que no podías hacerlo sola, pequeña zorra. —Los escupitajos salen de su boca, y ya he tenido suficiente. Soy un hombre, y no puedo soportar que otro hombre grite e insulte a la mujer que amo. Puede que se enoje conmigo por intervenir, pero ya me encargaré de eso más tarde. Nada que unos cuantos orgasmos no puedan arreglar. Entonces podré explicar mi punto de vista. Nadie puede hablarle así.

—Ramsey no necesita que la cuide. Se las arregla bien sola. —Siento que se relaja en mi abrazo, acercando un poco su cuerpo ante mi confesión—. Lo que sí necesita es que yo sea su pilar de apoyo. Necesita que esté ahí en los días buenos y en los malos. Necesita que le diga lo increíble que es. —Miro para encontrar sus ojos en los míos—. Lo hermosa que es. —Sus ojos se ablandan y necesito toda mi fuerza de voluntad para no inclinarme y apretar mis labios contra los suyos—. Necesita saber que es apreciada y que su sonrisa ilumina una habitación. —Me trago mis emociones y continúo—. Necesita que la abrace cuando se duerme por la noche y que le dé un beso de buenos días. Necesita saber que si tiene un buen día, quiero oírlo. Necesita saber si tiene un mal día. Es en mi hombro donde quiero que lllore.

—Deacon —susurra.

Me giro ahora, de cara a ella, tomando su cara entre mis manos. —Ella necesita saber que es amada. Necesita saber que ningún hombre ha amado tanto a una mujer. —Sus ojos se llenan de lágrimas, pero una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios.

With Me

Giro la cabeza para mirar al imbécil. —Tiene que saber que mi amor no es condicional. La amaré sin importar lo que lleve puesto, la carrera que tenga o lo que pida para comer en un restaurante. La amaré si quiere quedarse en casa un viernes por la noche en lugar de salir. La amaré si quiere holgazanear todo el día del domingo en pijama. La amaré incluso después de que deje esta tierra. Incondicionalmente. Irrevocablemente.

Ramsey aprieta su cuerpo contra el mío, rodea mi cintura con sus brazos y entierra su cara en mi cuello. No dudo ni un segundo en devolverle el abrazo. Coloco mis labios en la parte superior de su cabeza y la inspiro.

Un lento aplauso llena la silenciosa habitación, recordándome dónde estamos y que acabo de dejar que estos dos imbéciles sean testigos de un momento íntimo entre nosotros. No es mi mejor momento, pero mi enojo con su ex y su padre y la flagrante indiferencia de su madre por sus acciones, mezclado con el amor que siento por ella, me llevaron al límite.

—Bonito espectáculo. Se acabó. Nos vamos a casar. Pasaré por alto tus indiscreciones. Esta vez. —Robert, el imbécil, alcanza a Ramsey, y si creía que sentía rabia antes de mi discurso, estaba muy equivocado. Al ver que la alcanza, la idea de que la toque después de todas las veces que la lastimó, veo rojo.

Empiezo a soltar a Ramsey, pero incluso con las manos temblorosas, es capaz de aferrarse a mí. —No —susurra suavemente—. Él no vale la pena.

—Ah, mira eso. Te tiene entrenado. Ese coño debe ser bueno —dice Robert, lamiéndose los labios.

—Hijo de puta. —Doy un paso adelante, pero Ramsey se envuelve alrededor de mí, saltando en mis brazos. Dejo de moverme, mis manos se posan en sus muslos.

—Vamos a casa, Deacon. Llévame a casa.

—Ya estás en casa —dice su padre, con voz potente. Está perdiendo su apariencia distante, y eso me da cierta satisfacción. Está enojado porque no puede controlarla.

Ya no.

—¿Raymond?

—Estamos bien —me asegura.

—Vamos. —No pongo a Ramsey en sus pies. Me doy la vuelta y me dirijo a las escaleras con mi niña aún en brazos.

—¡Donald! —Robert grita—. Haz algo. Dijiste que se quedaría y que todos nuestros problemas desaparecerían. Tú empezaste este lío. Será mejor que lo arregles, carajo. —La voz de Robert suena con pánico.

Never

With Me

—¿Estás lista, nena? —le pregunto a Ramsey. Que se jodan estos imbéciles. No les debemos nada. Pueden solucionar esta mierda por su cuenta. Me importa un carajo lo que tengan que arreglar.

—Llévame a casa, Deacon.

Never

Veinticinco

RAMSEY

—¡N^o puedes dejar que se vayan! —Robert grita mientras Deacon comienza a moverse hacia las escaleras.
—Donald. ¡Detenla, carajo! —Robert grita.

No sé por qué, pero digo: —Para. —Deacon se congela.

—¿Rams?

Libero mis piernas de su cintura y me deslizo hasta el suelo. Me giro para mirar a mi padre, lo que coloca a Deacon a mi espalda. Me rodea la cintura con los brazos y me estrecha contra su pecho. Mis tíos están de pie junto a nosotros, y el tío Raymond adopta la misma postura que Deacon, rodeando con sus brazos a la tía Carol. Somos un frente unido.

—¿Qué está pasando? —le pregunto a mi padre.

—Todo lo que necesitas saber es que te vas a mudar a casa, y que te casarás con Robert.

Deacon gruñe desde su lugar detrás de mí, y ese sonido me da valor. Este hombre ama sin límites. Abro la boca para decirle a mi padre que se vaya a la mierda, pero es la voz de mi madre la que me detiene.

—Donald, se acabó. —Está de pie en la puerta de la habitación donde estaba encerrada la tía Carol. Es la que la sostuvo mientras Robert me sacaba al pasillo, dejando a la tía Carol y a mi madre encerradas en el dormitorio.

—¡Cállate la boca! —le grita mi padre.

Mi madre pone los ojos en blanco, lo que supone más emoción de la que le he visto mostrar en años. —Tú te metiste en este lío. No es trabajo de Ramsey arreglarlo.

—Ángela —se burla mi padre.

—Está endeudado. La empresa está endeudada —dice mi madre.

—¡Te he dicho que te calles de una puta vez! —grita mi padre, haciendo que se le salte la vena de la frente.

—He permanecido callada el tiempo suficiente. —Los ojos de mi madre se dirigen a los míos—. Nunca quise ser madre. —Sus ojos se dirigen a su hermana—. Sufriste por eso —dice, encontrando mis ojos de nuevo—. Sin embargo, esto ya ha durado demasiado.

—Ángela. —La voz de mi padre contiene una advertencia a la que mi madre no hace caso.

—Tu padre y su empresa invirtieron dinero que no era suyo.

—Cierra. La puta boca. Cállate. —Mi padre se mueve hacia ella, pero me sorprende cuando Robert se pone delante de ella.

—Tú has hecho esto —arremete Robert.

—Tus manos también están por todas partes —le recuerda mi padre.

—¿Eso crees? —Robert sonríe—. No necesitas ser tan confiado, viejo.

—Vete a la mierda —escupe mi padre, pero hay menos veneno y más preocupación en su tono.

—Tu padre apostó con el dinero de sus clientes. Hizo algunas malas inversiones —explica Robert.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Tus abuelos, la madre de tu padre en realidad, te dejaron una herencia —me informa mi madre.

—¿Qué? ¿Abuela Edna?

—Sí.

—¿Cómo no sabía esto? —le pregunto.

—Tu padre es un fanático del control.

—Ya está bien —exige mi padre, pero está perdiendo la rabia.

—Legalmente, no debías tener acceso hasta los veintiún años.

—No lo entiendo. ¿Por qué me lo ocultas? ¿Por qué insistir en que me case con Robert? —Me estremezco incluso con las palabras, y Deacon me acerca. Siento que sus labios me presionan la nuca.

—Tu abuela estableció en las directrices de la herencia que cualquier hombre con el que te casaras también tendría acceso. Ella era una romántica, como sabes, e insistió en que cualquier hombre que encontraras lo suficientemente digno como para cambiar tu apellido también lo era para tener acceso a tu dinero.

—¿Es eso siquiera legal?

—Está escrito en el testamento que el hombre con el que te cases recibirá el cincuenta por ciento de los fondos.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Cien millones.

—¿Qué? —Tartamudeo.

—¡Te dejó todo! —grita mi padre—. Todo. La fortuna de mi familia es para ti.

—¿Por qué? Quiero decir, ¿por qué demonios me dejaría esa cantidad de dinero?

—Te dejó una carta.

—Jesús, Angela. Cierra la boca. —Mi padre se pasa los dedos por el cabello. Está perdiendo la calma.

—¿Dónde está la carta?

—Con el abogado de la familia.

—Así que tu padre —digo, mirando a Robert.

Asiente. —El plan era que nos casáramos. Yo recibiría cincuenta millones y podría arreglar el lío de la empresa.

—¿Por qué? Podrías lavarte las manos e irte.

—Mi padre.

Eso es todo lo que necesita decir. Sé que su padre siempre ha sido su ídolo, y siempre se ha esforzado para que su atención le haga sentirse orgulloso. Pensó que con esto lo habría conseguido, pero ambos sabemos que a Robert Barrington le habría importado un carajo mientras su culo estuviera cubierto.

—¿No estás enferma? —le pregunto a mi madre.

—No. No físicamente. Mentalmente. —Se encoge de hombros.

Estoy aquí, en lo alto de las escaleras de la casa en la que crecí, y veo a mis padres como lo que son. Tontos hambrientos de dinero. Y Robert, y su padre, no son mejores. Mis ojos se dirigen a mi tía Carol y a mi tío Raymond. Han estado callados durante todo esto, al igual que Deacon, pero están aquí. Los tres. Mis pilares de fuerza que me recuerdan que esta es mi vida, y que puedo hacer con ella lo que quiera.

—Gracias por decírmelo. Robert, por favor, dile a tu padre que Deacon Setty, mi abogado, se pondrá en contacto. —Me doy vuelta en los brazos de Deacon—. Llévame a casa.

Deacon asiente y me pasa el brazo por la cintura. Les hace un gesto a mis tíos para que nos sigan por las escaleras.

—¡Ramsey! —grita mi padre—. Vuelve aquí. No puedes irte sin más. No puedes tomar lo que es mío.

Lo ignoro, dando cada paso al compás de Deacon. Llegamos a la puerta y mi padre vuelve a llamarme. No me molesto en mirar atrás. No deseo seguir siendo miembro de esta familia.

Deacon me abre la puerta del pasajero del coche de alquiler, mientras el tío Raymond hace lo mismo con la tía Carol. Nadie dice una palabra mientras sale a la carretera, dejando atrás a las dos personas que me dieron la vida.

Mi mente está acelerada con todo lo que he aprendido. Mi madre no está enferma. Sólo fue una estratagema de mi padre para traerme aquí e intentar forzar mi mano para casarme con Robert. Mi abuela Edna me dejó más dinero del que puedo gastar en toda mi vida. Murió cuando yo tenía nueve años, y no tengo más que buenos recuerdos de ella.

No puedo evitar pensar en mi vida hace dos años y en el miedo que sentí cuando me fui. Miedo mezclado con libertad. Hoy, lo único que siento es... felicidad. Tomé una decisión, la difícil decisión de hace dos años, de alejarme. Hoy esa elección ha sido fácil al alejarme por segunda vez, y no me arrepiento. Me quito el cinturón de seguridad y me giro para mirar a mis tíos.

—Rams, vuelve a ponerte el cinturón —dice Deacon en voz baja.

Lo ignoro, lo que hace que me haga una señal y se aparte a un lado de la carretera. —No arriesgo tu seguridad, cariño. Di lo que tengas que decir. Te escuchamos —me asegura.

—Los quiero a los dos —les digo a mis tíos—. Gracias por salvarme. Me dieron un lugar seguro cuando lo necesitaba. Me ayudaron a ponerme en pie, y cada día, desde el primero, me han tratado como si fuera su hija. No puedo decir lo que su amor y su generosidad significan para mí.

—Eres nuestra hija —dice el tío Raymond—. Y sabes, cariño, que los Kincaid trabajamos mucho, pero amamos aún más. —Guiña un ojo.

—Si no pensara dejar que Deacon me cambie el apellido, le rogaría que me dejara cambiarlo a Kincaid.

—Setty suena mejor —dice Deacon.

Me giro para mirarlo. —Sí, estoy de acuerdo. —Me acomodo de nuevo en mi asiento, pero mantengo la mirada en él—. Deacon, eres todo lo que nunca supe que necesitaba. Me has devuelto a la vida y me has mostrado el verdadero significado de un hombre que ama a una mujer. Te amo con cada parte de mi alma.

Parpadea con fuerza un par de veces antes de inclinarse sobre la consola del coche de alquiler y besarme con fuerza.

With Me

—Me muero de hambre —anuncia el tío Raymond una vez que Deacon me suelta por fin.

—¿Tienes hambre, Rams? —pregunta Deacon.

—Sí. Vamos a tomar algo en el hotel y luego a ver si podemos tomar todos los vuelos antes. Estoy lista para ir a casa.



—Entonces, ¿es legítimo? —le pregunto a Deacon. Estamos sentados en su oficina dos días después.

—Es legítimo. Tienes acceso a todos los cien millones ahora, y una vez casada, tu cónyuge tiene derecho al cincuenta por ciento de lo que queda.

—De nada —digo, sonriendo.

—¿Qué?

—Voy a hacerte millonario. —Sonríe.

—Cariño, ya me has dado tu corazón. Ya soy millonario.

—¿Buscas tener suerte esta noche?

—Soy afortunado cada día que paso contigo —responde con descaro.

—Eres imposible.

—Sólo cuando se trata de ti.

—Entonces, ¿qué es lo siguiente? —le pregunto.

—Has firmado los papeles. Una vez casados. —Sonríe. Ambos sabemos que es con él con quien me casaré—. Tu cónyuge tiene que firmar también una vez que entregues una copia de tu licencia de matrimonio.

—¿Cómo va a funcionar eso cuando eres tú? —le pregunto.

Su sonrisa no tiene rival. —He pedido a mis socios que se hagan cargo. Me encargué del papeleo, pero están sus nombres en ellos. No el mío.

—Siempre pensando en el futuro. Me gusta. —Me pongo de pie y camino alrededor de su escritorio, depositando un beso en sus labios—. Me voy a casa. Palmer ha quedado conmigo.

—Diviértanse.

—Lo haremos. Será mejor que disfrutes hoy. Es tu último día de trabajo sin que yo esté pendiente de ti.

—Estoy deseando hacerlo. —Sonríe—. Te veré en casa más tarde. Te amo. —Me atrae en otro beso rápido antes de que me obligue a salir de su oficina. Mientras abro la puerta, Palmer y Piper entran—. Hola, iba de camino a encontrarme con ustedes.

Ella sonríe. —Tenía que dejarle algo a Deacon primero. —Señala el paquete que tiene en sus manos. Piper también lleva uno.

—¿Qué son esos? —le pregunto.

—Ven. —Me hace un gesto para que los siga.

—¿Piper? —le pregunto a la hermana mediana de Deacon y Palmer.

—Todo lo que voy a decir es que me encanta el amor que los dos comparten. Fue evidente desde el primer día.

¿De qué demonios están hablando? Siguiéndolos por el pasillo, entro en el despacho de Deacon detrás de ellos.

—Hola, acabas de perder a Rams —saluda a sus hermanas.

—Oh, la hemos encontrado. —Palmer se aparta para poder verme.

Sus ojos se suavizan. Me tiende la mano y yo voy hacia él. ¿Cómo podría no hacerlo? Me sube a su regazo y me besa la mejilla. —Te he echado de menos.

—Han pasado como dos minutos. —Me río.

—Dos minutos de más.

—Aww —dicen Piper y Palmer al mismo tiempo.

—¿Las tienes? —pregunta Deacon.

—Lo tengo. —Palmer deja el paquete envuelto en papel marrón sobre su escritorio y lo desenvuelve lentamente.

Jadeo cuando veo lo que es. —Oh, Dios mío. —Estoy mirando una impresión en lienzo de una de nuestras imágenes de la sesión de fotos. Es aquella en la que Deacon me tiene sentada en la pared, con sus manos sujetando mi cara y sus labios pegados a los míos. Es sexy e íntima, y Piper tiene razón. Se ve el amor. Claro que no estábamos enamorados entonces, pero por la forma en que Palmer captó la imagen, cualquiera que la viera diría que había amor entre nosotros ese día.

—Ese va a ir a nuestro dormitorio —me dice Deacon.

—¿Ese es otro? —Señalo el paquete similar que sostiene Piper.

—Lo es. —Sonríe y realiza el mismo proceso de desenvolvimiento que acaba de hacer Palmer para su destape.

—Esa, era tu sonrisa —me dice Deacon. En la imagen, está de pie detrás de mí. Su cara está enterrada en mi cuello. Mi cabeza está inclinada hacia atrás,

permitiéndole el acceso como la libertina que soy para él, y tiene razón. La sonrisa en mi cara es amplia y despreocupada. Es todo lo que Deacon me hace sentir capturado para que lo recordemos siempre.

—Palmer —mi voz se quiebra.

—Para. —Palmer sacude la cabeza, tragando con fuerza—. Estoy contenta de que ustedes, dos tercios, finalmente me dejen hacer esto. —Nos señala a nosotros.

—¿Qué? ¿No estás reclamando los derechos de nombre de su primer bebé? —se burla Piper.

—No la animes. —Me río—. Ella ya lo ha mencionado.

—Te diré algo. Si me encuentras el amor de mi vida como lo hice contigo, te daré con gusto los derechos de nombre de mi primogénito. —Palmer se ríe.

—Ten cuidado, Palmer —me burlo de ella—. Puede que lo haga.

Se encoge de hombros. —No necesito un hombre para ser feliz. Tengo a mi familia, a ti, que pronto serás familia cuando mi hermano lo haga oficial, y mi estudio. A Capturando Momentos le va muy bien, y esta sesión me ha traído muchos negocios. Así que soy yo quien debería darte las gracias.

—¿Seguimos saliendo? —le pregunto.

—Sí. Ya que estamos todos aquí, deberíamos ir a la cafetería a comer y luego volver a tu casa.

—Terminaré temprano, y podemos poner algo en la parrilla para la cena.

—Vaya —dice Piper—. Realmente eres un hombre cambiado —se burla.

—Eso es lo que te hará el amor de una buena mujer. —Deacon guiña un ojo y las tres estallamos en carcajadas. Me despido de él con un beso, prometiendo llevar los lienzos a casa sanos y salvos, y le dejo que termine su jornada mientras yo paso el día con sus hermanas.

Técnicamente soy millonaria y no tengo que trabajar, pero estoy deseando empezar el lunes y poder pasar mis días con Deacon. No sé si es mi para siempre, pero es mi derecho ahora. El único para siempre del que tengo que estar segura es de Deacon y de que Willow River es mi hogar.

Epílogo

RAMSEY

Hoy se cumplen seis meses desde que la Taberna Willow se incendió. Hank ha estado trabajando incansablemente para terminar la reconstrucción de la taberna.

Hoy, finalmente es el día. Hank va a reabrir las puertas de la Taberna. Bueno, más o menos. Es lo que él llama una apertura simple. Donde la gente con la que está cerca viene y comprueba el lugar. Él tiene a su personal ejecutados a través de los procedimientos con una pequeña multitud, indulgente de los clientes. Su verdadera noche de apertura es el próximo fin de semana. Resulta que la mayoría de los clientes son mi familia o la de Deacon. Eso es vivir en un pueblo pequeño. Deacon y yo hemos ayudado a pintar y a realizar otras tareas para ayudar a Hank a prepararse para la inauguración. Supongo que todos están aquí para apoyarnos y, por defecto, para apoyar a Hank.

—Todo se ve tan diferente —le digo a Deacon mientras observamos el nuevo aspecto.

—Sí —está de acuerdo—. Hank dijo que había tantos daños por humo y agua que el seguro lo calificó de pérdida total.

—Me alegro de que haya podido reconstruirse. Willow River no es Willow River sin la Taberna Willow —digo.

Deacon se ríe. —Di eso tres veces rápido.

—Hola, hermano —dice Palmer, tomándome de la mano—. Adiós, hermano —dice, tirando de mí hacia una mesa del fondo. Jade y Piper ya están allí esperándonos.

—Hola. —Saludo con la mano mientras me deslizo en la cabina.

—¿Cómo la alejaste de Deacon? —Piper pregunta.

—Simplemente le agarré la mano y corrí. —Palmer sonríe, orgullosa de sí misma.

—Maldita sea —murmura Jade, con la mirada puesta en algún lugar de mi hombro.

Todos nos giramos para seguir su mirada, y es difícil saber de quién habla. Pero puedo ver el atractivo. Mis nueve primos, incluso los gemelos, están aquí con mis tíos. Los padres de Deacon están aquí, así como algunas otras personas, como Heath, el hermano de Hank.

—Pido a ese. —Piper señala al grupo de chicos.

—Vas a tener que ser más específica —le dice Jade.

—Heath. —Su cara se pone roja.

—Heath, ¿eh? —Palmer pregunta.

—Tuvimos una especie de cita el fin de semana pasado.

—¿Qué? —preguntamos las tres—. ¿Y no nos lo has dicho? —comenta Jade.

Las cuatro nos hemos hecho muy amigas. Palmer siempre será mi número uno, pero las otras dos son chicas estupendas, y es agradable tener amigas que son amigas mías porque así lo deciden, no por el tamaño de la cuenta bancaria de mis padres.

—¿Cuál para ti? —le pregunta Palmer a Jade.

—Son todos magníficos.

—Vamos. Confiesa —la anima Piper—. Lo dije.

Piper y Jade se reconectaron, y ahora son mejores amigas como Palmer y yo.

—Bien. Orrin —susurra Jade en voz baja.

—¿Sí? —pregunto, asintiendo—. Es un encanto.

—Es sólo una cosa. Como he dicho, todos son fáciles de ver.

Miro a Palmer, y ya puedo ver cómo se mueve. —¿Y tú? —Apoyo mi hombro en el de mi mejor amiga—. Sólo puedes elegir uno —le digo.

—Hmmm, Brooks —confiesa—. ¿Has visto a ese buen hombre con su bata? —pregunta, haciéndonos reír a todas.

—Tienes suerte —dice Jade.

—¿Cómo es eso? —le pregunto.

—Daría cualquier cosa por tener un hombre que me mire como te mira Deacon.

—Tengo suerte. —Me apresuro a darle la razón.

—Hablando de mi hermano. —Piper asiente, y cuando giro la cabeza, mi hombre está de pie junto a nuestra cabina.

Epílogo

DEACON

He estado llevando este anillo conmigo durante semanas. No fue hasta que Hank nos invitó a esta apertura tranquila que supe que esta noche iba a ser la noche. Le llamé y le conté mi plan, consiguiendo invitaciones para que su familia y la mía estuvieran aquí. Básicamente secuestré su apertura tranquila para mis propios fines y no me siento un poco culpable por ello. Pagué la barra libre y la comida para todos. Después de todo, es una noche que vale la pena celebrar.

He estado tranquilo toda la semana, sabiendo que hoy es el día en que le pido al amor de mi vida que se case conmigo. Pensé que tal vez, una vez llegado el día, me pondría nervioso, pero todavía nada. Esta mañana he hecho el amor con Ramsey y sólo he podido pensar en que la próxima vez será mi prometida.

No me preocupa que no vaya a decir que sí. Somos sólidos, y somos para siempre. Sin embargo, estoy emocionado. No puedo esperar a casarme con ella y cambiar su apellido. Quiero despojarla de ese nombre y de la familia que representa. Ella es más una Kincaid que una Smithfield, y pronto será una Setty.

No puedo esperar.

Todo el mundo sabe lo que va a pasar hoy. Su familia, mi familia, incluso mi hermana que me la acaba de robar. Todo el mundo está en esto, excepto ella. Es hora de cambiar eso. Arrojando mi botella de agua vacía a la basura, capto la mirada de mi mejor amigo y asiento. Él sonríe y empieza a hacer saber a todos que es la hora.

Me dirijo a su cabina y siento que las cuatro me miran fijamente, especialmente mis hermanas, pero sólo tengo ojos para Ramsey. —¿Puedo tener a mi chica de vuelta ahora? —pregunto, todavía manteniendo mis ojos fijos en el amor de mi vida.

—Hermano, ¿por qué siempre tienes que robarme a mi mejor amiga? —Palmer pregunta. No deja traslucir en sus acciones ni en sus palabras ni siquiera un indicio de lo que está a punto de suceder.

—Porque la quiero. Porque es más fácil respirar cuando está a mi lado. Porque es mi mejor amiga. ¿Necesitas que siga? —pregunto.

—Uh, no. No, eso servirá. —Palmer se mueve para ponerse de pie y hace un gesto para que Ramsey haga lo mismo—. Lo siento, amiga, él gana. Eso fue una mierda profunda.

Ramsey sonríe, se desliza fuera de la cabina y me toma de la mano. Sin mediar palabra, la conduzco al escenario, y no tengo que preocuparme de que todas las miradas estén puestas en nosotros. Sé que Orrin ha corrido la voz de que el evento principal va a comenzar.

Con sus dos manos entre las mías, miro fijamente sus profundos ojos azules. —Ojalá hubiera una forma de que vieras dentro de mi corazón. Si pudieras, verías que tu nombre está escrito en él. Podrías ver que late por ti.

—Deacon. —Sus ojos brillan con lágrimas.

Ya está. Es el momento.

Me arrodillo y veo cómo se queda con la boca abierta. —Si pudieras ver en mi corazón, sabrías que nunca habrá nadie para mí más que tú. Verías que mi amor por ti corre por mis venas. Ramsey, cariño, ¿me harás el increíble honor de pasar el resto de tu vida conmigo? ¿Te casarías conmigo?

—Sí. —Las lágrimas resbalan por sus mejillas y su mano tiembla cuando deslizo el diamante de un quilate de talla princesa en su dedo. Me pongo de pie y la atraigo hacia mis brazos, dándole un beso de muerte.

Nuestros amigos y familiares nos aclaman a nuestro alrededor, pero yo lo ignoro todo. Sólo veo a la mujer que tengo entre mis brazos. Rompiendo el beso, apoyo mi frente en la suya.

—Te dije que algún día me casaría contigo —bromea.

—Que sí. —Me río entre dientes.

—¿Estabas nervioso? —pregunta.

—No, sé que somos eternos. ¿Y tú?

—No, sé que nunca tengo que estar nerviosa contigo.

—Nunca conmigo, nena.

Acerca de la autora



La autora éxito en ventas del New York Times y del USA Today Kaylee Ryan ha sido coronada por sus lectores como la Reina del Desmayo. Con casi cincuenta libros románticos en su haber, es conocida por escribir historias felices con corazón. Cuando no está escribiendo, se la puede encontrar con un libro en la mano o pasando el rato con su familia en su estado natal de Ohio.

With Me

SIMPLYBOOKS TE INVITA A APOYAR
LA LECTURA Y COMPRAR LOS
LIBROS DE TUS AUTORAS
FAVORITAS



Never